

**B**

IBLIOTECA

CLÁSICA.

BIBLIOTECA PARTICULAR

DEL

**M. I. Sr. Dr. D. Ignacio Navarro Canales**

CANÓNIGO MAGISTRAL DE CÁDIZ

*Titulo de la obra* .....

*Número de orden* .....

A.T.A

1039



A.T.A.  
1039



OBRAS COMPLETAS

DE

LUCIANO.



M. 7398  
R. 3224

BIBLIOTECA CLASICA.  
TOMO CXXXII

---

OBRAS COMPLETAS  
DE  
LUCIANO

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

CON ARGUMENTOS Y NOTAS

POR

D. FEDERICO BARAIBAR Y ZUMÁRRAGA

—  
TOMO III  
—

MADRID  
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.<sup>a</sup>  
calle del Arenal, núm. 11

—  
1889

---

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESTORES DE RIVADENEYRA»,  
Paseo de San Vicente, 20.

---



---

---

## OBRAS DE LUCIANO.

---

### XXXIV.

#### LEXIFANES.

LICINO, LEXIFANES, SÓPOLIS.

1. LICINO.—¿El buen Lexífanos con un libro?

LEXIFANES.—Sí por cierto, Licino. Uno de mis escritos de este año: calentito todavía.

LICINO.—¿Nos has escrito algo del calor, eh?

LEXIFANES.—Nada de eso; no hablo una palabra del calor: recuerdo que un libro recién compuesto se dice que está calentito. Tienes, sin duda, obstruidas las orejas.

LICINO.—Perdón, querido: siempre hay calor en todo lo caliente. Pero dime, ¿cuál es el objeto del libro?

LEXIFANES.—Un banquete rival del hijo de Aristón.

LICINO.—Muchos Aristones hay; pero, por lo del banquete, sospecho que se trata de Platón.

LEXIFANES.—Bien entendido: mas ¡qué ininteligible hubiera sido mi frase para cualquier otro!

LICINO.—Léeme algo de tu libro; así no será absoluta mi exclusión del banquete. Me figuro que has de escanciarnos néctar.

LEXÍFANES.—Echa al suelo la ironía: abre de par en par los oídos, límpialos de cerilla obstructora, y escucha.

LICINO.—Habla sin temor. No están ya en mis oídos ni la cerilla ni su madre la cera (1).

LEXÍFANES.—Observa la factura de mi obra: ¡verás qué buen principio! ¡qué excelente elocución! ¡qué estilo y qué terminos!

LICINO.—Será así, siendo tuyo. Pero principia.

2. LEXÍFANES.—«Entonces cenaremos, dijo Calicles, y luego, hacia la tarde, daremos una vuelta en el Liceo. Ocasión es ahora de perfumarnos al sol, de abrigarnos á sus rayos, de bañarnos y de comer pan después. Partamos ya. Tú, esclavo, tráeme al baño en una barca una estregadera, una piel, una toalla y jabón, con el dinero para el bañero: hallarás dos óbolos en el suelo, junto al armario. ¿Qué haces tú, Lexífanos? ¿Vienes, ó te quedas ahí todavía?—Yo también, respóndile, ha tiempo que ardo en deseos de bañarme. No estoy bien. Me duele el perineo por haber venido sobre la basta de una mula: el muletero me daba prisa, aunque él saltaba á la pata coja sobre un odre engrasado. Ni en el campo me ha faltado que hacer: encontré unos trabajadores tarareando un cantar de verano, y otros que preparaban un sepulcro para mi padre. Ayudéles á cavar la fosa, y eché mano también á la labor de los que terraplenaban una orilla. Dejélos por el frío y por las quemaduras. Ya

---

(1) Hay en el original un meliano juego de palabras entre *κρυψελίς*, *suciedad del oído*, y *Κύψελος*, *Cipselo*, padre de Periandro, tirano de Corinto. He tratado de aproximarme un poco con la variante.

sabéis que el frío excesivo produce quemaduras. De camino encontré unos barbechos, donde habían nacido ajos; arranqué de la tierra algunos, cogí perifollo y brácanos (1), compré pan de cebada tostado, y como los prados, faltos todavía de perfumes, no me estimulaban á un paseo pedestre, monté de nuevo en la mula y me escorié las nalgas; y ahora ando con dolor, sudo mucho, desfallezco, y tengo gran necesidad de nadar en el agua: el baño, tras la fatiga, me da gozo.

3. Corro en busca de mi esclavo, que me aguarda seguramente junto á una vendedora de harina de guisantes ó un vendedor de trapos: yo le había dicho que me aguardase en el rastro. Pero helo ahí muy á punto: acaba de comprar, según veo, panes cocidos en horno portátil y subcinerarios, cebollas, tripacallos, un morrillo, una papada, una tripa de buey dividida en muchas hojas, y un asado. «¡Bravo, Atición! me has ahorrado la mayor parte del camino. -- Señor, respondió, me he quedado bizco de tanto mirar si venías. — Pero tú ¿dónde cenaste ayer? ¿Quizá en casa de Onomácrito? — No, por Júpiter, le dije; me había ido al campo con toda la velocidad posible. Ya sabes que soy amantísimo del campo. Vosotros creeríais que estaba jugando al cótabo (2). Pero entra,

---

(1) No se sabe qué verdura era ésta.

(2) Diversión de los asistentes á un festín, que consistía en arrojar á un recipiente los restos del vino de sus copas. Del ruido que el líquido producía al caer, deducía cada jugador el cariño que su amante le profesaba. Había dos especies de cótabo. El Escoliasta de Aristófanes (*Paz*, 343) los describe de la manera siguiente: Primero, clavábase en tierra un palo á cuyo extremo superior se adaptaba por medio de una correa una barra movable que sostenía dos platillos colgados de sus brazos como de los de una balanza; debajo de estos platillos se ponían dos vasijas llenas de agua; cada jugador lanzaba una copa de vino sobre un platillo, que, al llenarse, descendía y chocaba con la cabeza de una estatuíta de bronce puesta en la vasija con

guisa esto y lo otro, y limpia la artesa, para que se ablanden las lechugas.

4. —Yo voy á fricciónarme en seco.—Y nosotros, dijo Filino, Onomarco, Helánico y yo te seguiremos.—El reloj de sol cubre ya de sombra la mitad del cuadrante, y temo que nos bañemos en el agua engrasada por los Carimantes (1), apretados por la hez del pueblo.» Entonces Helánico: «Apenas veo, dijo: turbias están las niñas de mis ojos; parpadeo sin cesar, y tengo un lagrimeo continuo: mis ojos necesitan medicamentos; úrgeme hallar un Asclepiades, un sabio oculista que me quite esta rubicundez, me limpie estas legañas, y me aclare la vista.»

5. Conversando de esta manera, salimos todos los presentes. Llegamos al gimnasio, y ya desnudos, ejercítase uno en la lucha de la punta de los dedos; otro en la de agarrarse por el cuello y por medio del cuerpo; aquel, untado de aceite, hace flexiones en todos sentidos; éste tira los bolos; éste otro se llena las manos de bolas de plomo y las arroja con ruido. Nos fricciónamos, nos llevamos á cuestras unos á otros y jugamos en el gimnasio. Filino y yo nos sumergimos en el baño caliente y salimos de él; los otros meten, como delfines, la cabeza en el agua fría, y nadan admirablemente bajo el líquido. A la vuelta, cada cual se entrega á distintos ejercicios. Yo me calzo, y me peino con un batidor de púas, porque no tengo el pelo cortado á la mona, sino á lo esquife,

---

agua de que se ha hablado; cuando este choque se verificaba sin ningún derramamiento del líquido, el jugador era proclamado vencedor y se le auguraba buena suerte en las lides amorosas. Segundo, colocábase una vasija con agua, sobre la cual flotaban otras más pequeñas: el juego consistía en sumergir una de éstas, arrojando bruscamente el vino que quedaba en el fondo de las copas.

(1) Nombre de esclavos en las comedias griegas.

pues poco hace que me he trasquilado la barba y la parte superior de la cabeza; otro mastica altramuces; otro vomita el desayuno; otra socava rodajitas de rábano y toma con ellas una salsa de peces; otro come aceitunas; otro traga cebada.

6. Llegada la hora, cenamos apoyados sobre el codo: había dispuestas sillas para plegar, y camastros. La cena era á escote, y los platos muchos y variados: patas de cerdo, jamones, tripas, vientres de puerca donde estuvo el feto, hígado frito, picadillo de ajo, baturrillo de frutas y verduras, y otros manjares parecidos, pasteles, golosinas envueltas en hojas de higuera (1), y miel dulcísima. Además muchos pescados escamosos y crustáceos, escabeche del Ponto, anguilas del Cópais (2), una gallina doméstica, un capón, un pez de vivero, una oveja entera asada, y una pierna de buey de edad inaveriguable por falta de dientes. Los panes eran excelentes, de harina de trigo, y otros hechos en el novilunio, llegados tarde á la fiesta, y todas las legumbres que crecen encima y debajo de la tierra. El vino no era añejo, sino recién salido del odre: no era dulce, pero tampoco suficientemente maduro.

7. Sobre la délfica mesa (3) había vasos de todas clases, unos grandes hasta cubrir al bebedor, otros de fácil asidero, cuya fabricación se atribuía á Mentor, otros abombados, otros de cuello largo, muchos de barro, como los que Tericles cocía, algunos anchísimos, bastantes de boca cómoda, pocos de Focea y de

---

(1) Su nombre griego es θριών. En una nota á nuestra traducción de Aristófanes (tomo I, pág. 110) pueden verse dos recetas para confeccionar este plato, tomadas de autores antiguos.

(2) Lago de Beocia. Sus anguilas eran sumamente sabrosas.

(3) Denota pedantescamente una mesa de tres pies como el tripode de Apolo en Delfos.

Cnido ligeros como el ala de una mosca, y en fin acitas diversas, botes y frascos con letras. El aparador estaba lleno.

8. En tanto, de la marmita que calentaba encima caen algunos carbones sobre nuestras cabezas. Bebe-mos á grandes tragos, y una vez repleto el tórax, nos untamos de bácaris: échannos rodando adentro una bailarina y una trigonistría (1). Uno puesto sobre el suelo dispónese á dar saltos: otro hace sonar los dedos: otro se dobla por la cintura de risa.

9. Entonces llegan después del baño á nuestro banquete unos inesperados comensales: Megalónimo, el buscador de causas; el platero Quereas, de jaspeada espalda, y Eudemo, perforador de orejas. Pregúntoles por qué vienen tan tarde.—Yo, dice Quereas, arreglaba una chuchería, unos zarcillos y una cadena de pie para mi hija, y por eso vengo después de la comida.—Y yo, prosigue Megalónimo, hacia otra cosa. Hoy, como sabéis, no hay tribunal, ni discursos forenses: es día de lingüístico, y no hay que medir palabras ni que poner agua en la clepsidra. Sé que el pretor está visible; me pongo el vestido nuevo, de excelente tela; estreno zapatos, y me voy á verle.

10. Encuentro un lampadóforo (2), un hierofante y otros celebradores de misterios, que traían ante el magistrado á un tal Dinias, acusándole de haberles nombrado, aunque sabía muy bien que desde el momento de su consagración los iniciados son anónimos é innominables, y se hacen hierónimos (3) y por su nombre sacro se les llama.—No conozco ese Dinias de quien hablas, dije yo á Megalónimo.—Es, respon-

---

(1) Tañía un triángulo de metal, á modo de nuestros hierrillos.

(2) Lit. *porta antorcha*, δαδούχῳ.

(3) Es decir, tienen nombre sagrado.

dióme, uno de esos hombres que en las casas de juego bailan por un mendrugo, de esos que llevan su alcuza, y se amasan la harina, tienen siempre erizado el cabello, gastan endrómidas (1) ó baucidas (2), y túnicas de manga doble.—Y qué, dije yo, ¿ha sufrido algún castigo, ó ha puesto pies en polvorosa?—¡Oh! repuso, el saltador de hace un momento, está ya encadenado. En el instante en que á huir se disponía púsole esposas y carlanca el pretor, y guárdale atado de pies y manos. Al infeliz prisionero amedrentado se le escapaban del vientre hondos suspiros, y quería dar todos sus bienes en pago de su vida.

11. —Pues á mí, dijo Eudemo, llamóme en el vespertino crepúsculo Damasias, atleta y á menudo vencedor en otro tiempo, jubilado hoy de certámenes por su edad avanzada. Sabéis que está de pie, todo de bronce, en la plaza pública. Ocupadísimo se hallaba en cocidos y asados. Quería casar aquel día á su hija; embellecía ya, cuando un triste incidente vino á turbar la fiesta. Su hijo Dión, ignoro por qué pena ó si envuelto en la ira de los dioses, se había colgado de una cuerda, y, sabedlo bien, hubiera muerto, si oportunamente no llegara yo á descolgarle y á desatar el nudo: póngome de hinójos á su lado, le palpo, le cosquilleo, é inspecciono con todo cuidado si su garganta está libre. Lo que más bien le hizo fué una fuerte compresión con mis manos en las extremidades de su cuerpo.

12. —Ese Dión de que hablas, dije yo, ¿es acaso un asqueroso mozuelo, de flácido y colgante escroto, gran masticador de lentisco, dado á la masturbación y á la lascivia con otros compañeros vigorosos? Es

---

(1) Calzado ligero para los corredores.

(2) Calzado amarillo ó blanco, usado por los elegantes.

también guloso y cortejante.—Prosternados ante la Diosa, siguió Eudemo (porque tiene en el patio una Diana, obra de Escopas), suplicándola digo, Damasias y su mujer, anciana ya de cabellos casi completamente blancos', pedíanle que se apiadase de ellos: asintió la deidad y salvóse; tanto, que hoy tiene un jovencito llamado Teodoro, ó más bien Artemidoro (1). Ofrecieronle por ello, entre otros dones, flechas y saetas, gozo de Diana, sagitaría, como sabéis, de cerca y de lejos.

13. —Bebamos, pues, dijo entonces Megalónimo. Os traigo una botella de añejo vino, trozos de queso fresco, estas aceitunas cogidas del suelo, que guardo en cajas muy apolilladas, estas otras aderezadas, vasos de arcilla tenues como conchas y profundos para que bebamos, y un pastel de tripas rizadas en forma de tirabuzones. Ea, muchacho, escánciame más agua, no empiece á tener dolor de cabeza, y luego te reprenda el pedagogo. Sabéis cuánto me atormenta, y qué gorro tan grueso é impermeable llevo siempre.

14. Después de beber nos divertiremos como acostumbramos: la charla es natural después del vino.—Me place, dije yo, puesto que la flor y nata del aticismo somos nosotros.—Bien dicho, añadió Calicles; la discusión afile la lengua.—Pues yo, objetó Eudemo, preferiría, como hace frío, vaciar muchas copas. Estoy helado: si tuviera calor, oiría más á gusto á aquellos quirósofos (2), al flautista y al citarista.

15. —¿Qué dices, Eudemo? exclamé yo. ¿Nos impones silencio, como si no tuviéramos boca ni lengua? Pues la mía siente comezón de hablar, y ya iba á empe-

---

(1) Artemidoro vale tanto como regalo de Diana.

(2) Vid. *La Danza*.



zar á disertar sobre arqueología y hacer caer sobre todos la nieve de mis palabras. Tú obras como un hombre que, llevado por favorable viento en pesado navío de tres velas, eligiese el instante de estar hinchado el lino y serena la mar, brindando facilísima ruta, para echar al agua resistentes arpones, férreas cadenas, marítimos frenos, que detengan la rápida marcha, envidiando los favores del céfiro.—Pues bien, repuso, navega tú si quieres, nada, vuela sobre las olas; yo me quedo en tierra, y, como el Júpiter Homérico (1), desde la calva de un monte ó de la celeste altura, veré, mientras bebo, bogar viento en popa tu esquife.....»

16. LICINO.—¡Basta, por Hércules; basta de bebida y de lectura! ¡Estoy ebrio! ¡estoy mareado! Si no vomito al punto toda esa garrulería, vas á ver que rompo á bailar como un Coribante al son de las palabras con que me has destrozado los oídos. Al principio me daban risa; pero su muchedumbre y su monotonía me han hecho compadecerte, pues te veo metido en un laberinto sin salida, víctima de gravísima enfermedad, ó más bien de un ataque de atrabilis.

17. En vano me pregunto dónde has podido recoger tantos males, y cuánto tiempo habrás necesitado para encajar en tu libro ese enjambre de absurdos y de palabras extrañas, inventadas unas por tí, exhumadas otras de sus antiguos sepulcros; de modo que te coge de medio á medio la imprecación del poeta yámbico:

Maldito sea el colector de males!

¡Cuánto cieno has arrojado sobre mí, que nada te ha-

(1) *Iliada*, XIII, v. 4.

bía hecho! Infeliz, sin duda no tienes un amigo, un pariente, nadie, en suma, que se interese por tí; sin duda jamás has encontrado una persona franca y leal que te haya hablado sinceramente para curarte de esa hidropesía. La acumulada linfa puede hacerte estallar, por haber creído gordura la hinchazón, y firme salud la enfermedad. Te aplauden los imbéciles que no conocen tu enfermedad: á los instruídos sólo les inspiras justa compasión.

18. Pero ahí viene con mucha oportunidad el buen médico Sópolis. Voy á ponerte en sus manos: hablemosle de tu enfermedad, y quizá hallemos algún remedio. Es hombre hábil; ha curado á muchos medio locos como tú, y les ha librado de su humor propinándoles una poción, Salud, Sópolis: encárgate de Lexífanos, compañero mío, como sabes, atacado de extraño delirio y de una peregrina enfermedad de la lengua. El peligro es grave; sálvalo de cualquier modo.

19. LEXÍFANES.—No soy yo, Sópolis, sino Licino, el que evidentemente está loco; cree que todos los hombres cuerdos han perdido el juicio, y se obstina, como aquel Samio, hijo de Mnesarco, en imponernos silencio y mutismo. Mas por la inavergonzable Minerva y el gran monstridestructor Hércules te juro que me cuido de él como de la crujiente cáscara de un comino (1). Plegue á Júpiter que jamás con él tope. Antojáseme que mi nariz flautea cuando sus fraternas escucho. Voyme á casa de mi compañero Clinias, cuya mujer me han dicho que, privada del flujo mens-

---

(1) La frase griega es τοῦ γρῦ καὶ τοῦ φρεῖ, que significa *una recortadura de uña y un sonido inarticulado*. Hemos puesto la equivalente «no se me da un comino» con los aditamentos precisos para darle el tono pedantesco que conviene al cultísimo Lexífanos.

trual, padece una amenorrea. El marido no la frecuenta ya; es camino intransitado y campo barbecho.

20. SÓPOLIS.—¿De qué padece Lexífanos, amigo Licino?

LICINO.—De esto mismo, Sópolis. ¿No oíste lo que ha dicho? Prescindiendo de que vivimos con él, nos habla en un lenguaje de hace mil años, tergiversa el actual, compone palabras extravagantes, y pone todo su afán en ello, como si fuese la cosa más sublime del mundo singularizarse así, alterando la moneda del lenguaje corriente.

SÓPOLIS.—Grave es esa enfermedad, Licino. Hay que acudir con todos nuestros recursos en auxilio de este pobre. Por inspiración divina, había preparado esta poción para un atrabiliario, é iba á dársele para provocar el vómito: bébela tú primero, Lexífanos; te purgarás, te curarás, y echarás fuera ese lenguaje absurdo. Obedéceme, bebe, y te pondrás muy bueno.

LEXÍFANES.—No sé lo que queréis hacer de mí obligándome á tomar ese medicamento: por beber ese fluido, temo que dejen de fluir mis términos.

LICINO.—Obedece sin tardar, y discurrirás y hablarás como hombre.

LEXÍFANES.—Obedezco y bebo. ¡Oh! ¿qué es esto? ¡qué ruidos en el vientre! Parece que me he tragado un ventrílocuo.

21. SÓPOLIS.—Principia á vomitar. ¡Dioses! Primero un μῶν (1); después sale un καῖτα (2); luego el ἦ δ' ὅς (3),

(1) Significa *es que*. Esta palabra y otras constituían detalles de dicción intraducibles.

(2) Por καὶ εἶτα, *en seguida*.

(3) Locución muy usada en Platón y otros autores áticos por ἔφη δ' οὕτως, *él dijo*.

y el ἀμηγέπη (1), el λῶστε (2), el δήπουθεν (3) y el frecuentísimo ἄττα (4). Vamos, un esfuerzo más: métete los dedos en la garganta. Aun no has provocado el ἕκταρ (5), ni el σκορδινᾶσθαι (6), ni el τευτάεζσθαι (7), ni el σκόλλεσθαι (8). Aun quedan muchos: tienes el vientre lleno. Lo mejor será que evacues algunos por abajo. ¡Qué estallido dará σιληπορδία (9) al salir con el viento! Ea, ya está completamente purgado, si no le queda algún residuo en los últimos intestinos. Encárgate de él ahora, Licino; dale otra educación y enséñale á hablar como se debe.

22. LICINO.—Así lo haré, Sópolis, ahora que me has abierto camino. En cuanto á tí, Lexífanos, vaya además un consejo. Si quieres alabanza sincera para tus escritos y ser bienquisto del público, huye de esa palabrería y vuélvele la espalda. Principia por los buenos poetas, y cuando, bajo la dirección de inteligentes maestros, los hayas conocido, pasa á los oradores, y nítrete en su estilo. El estudio, en fin, de Tucídides y de Platón será oportuno después de largo ejercicio en la lectura de la donosa Comedia y de la Tragedia grave. Luego que hubieres cogido, como si fuesen flores, las principales bellezas de estas obras, serás algo en la elocuencia; pero hoy, sin advertirlo, te pareces á esos vasos fabricados para el mercado:

(1) Significa *en cierto modo*.

(2) Significa *querido amigo*.

(3) Significa *sin dudã*.

(4) Ἄττα, con espíritu suave como aquí se usa, equivale á τινά, *quædam*, *ciertas cosas*.

(5) Significa *cerca*, y á veces *de pronto*, *aprisa*. Es adverbio casi exclusivamente usado en poesia.

(6) *Estirarse bostezando*.

(7) *Errar*.

(8) *Atormentar, fatigar*.

(9) *Insolencia*.

por fuera muy pintado de negro y rojo; por dentro quebradiza arcilla.

23. Si esto hicieres, si durante algún tiempo sufres la nota de ignorante y no te avergüenzas de aprender de nuevo, podrás dirigirte con seguridad á la multitud, sin temor de que se rían de tí como ahora, y te tengan en el peor concepto las personas instruídas, que por burla te llaman Griego y Clásico (1), aunque no mereces figurar ni entre los literatos bárbaros. Procura, ante todo, no imitar el pésimo ejemplo de los últimos Sofistas, y no te hartes, como hasta ahora, de sus vaciedades; pisotéalas, por el contrario, é imita los modelos antiguos. No te prendes de flores fugitivas del lenguaje, y nútrete, como los atletas, con alimentos sólidos, y rinde culto sobre todo á las Gracias y á la Claridad, de las que tan apartado estabas.

24. Fuera la hinchazón, la afectación, el amaneramiento, la frase rebuscada, el sistemático desdén por ciertas expresiones. No creas que serás el primero motejando los escritos de todos. Tu no pequeño, ó mejor dicho, tu grandísimo defecto, consiste en no buscar las ideas antes de las palabras, para vestir las después con oportuno estilo; porque si encuentras una palabra extraviada fuera de su tribu, ó si se te antoja hermoso un término de tu invención, te afanas por encarnar en ellos tu pensamiento, y te crees perjudicado si no los embutes en cualquier parte, aunque no sean precisos, como aquel θυμάλωπα (2) que nos has encajado hace poco, sin conocer su significado, ni cuadrar al asunto. Todos los ignorantes

---

(1) Lit. *Atico*.

(2) Palabra inexplicable. Θυμάλιωπα significa un *tizón*. Otros leen οὐ μάλιωπα, y otros οὐ μάλ' ὤλα, no muy aprisa.

se asombraron cuando hirió sus oídos la peregrina palabreja; pero las personas instruídas se rieron de ti y de tus admiradores.

25. Lo más ridículo de todo es que, con pretensiones de hiperático y de estilista á la antigua, introduces en tus escritos algunas, ¡qué digo algunas! muchísimas expresiones, cuya impropiedad no se le escapa á un niño de la escuela. Tu πῶς οἶει, por ejemplo. Hubiera querido estar bajo tierra cuando te oí este alarde de elocuencia, y noté que crees que puede también llamarse χιτώνιον el vestido de los hombres y δουλάρια á los esclavos varones. ¿Quién, sin embargo, ignora que χιτώνιον es vestido de mujer y que δουλάρια sólo puede designar las esclavas? No digo nada de otras todavía más chocantes, como ἵπτατο y ἀπαντώμενος y καθεσθείς (1), que jamás han sido ciudadanos en el lenguaje del Atica. Nosotros no gustamos de poetas cuyas obras hierven en voces desusadas. Sus escritos, para comparar á la poesía la prosa, me hacen el efecto de *El Aitar* de Dosías (2), de la *Alejandra* de Licofronte (3), ó de cualquiera obra de desdichado estilo. Si aborreces esto y lo olvidas, obrarás cuerdamente; pero si, por descuido, das un paso en falso, y vuelves á incurrir en tu depravado gusto, yo ya he cumplido mi misión, y sólo á tí mismo podrás acusar, si alguna vez adviertes que has empeorado.

---

(1) Formas rarísimas ó nunca usadas. ἵπτατο, voló; ἀπαντώμενος, yendo al encuentro; καθεσθείς, deteniéndose.

(2) Dosías de Rodas compuso dos poemitas enigmáticos llamados Βωμοί (*altares*) por la figura que hacían sus versos.

(3) Obscurísimo y enfático poeta de la época alejandrina.

## XXXV.

### EL EUNUCO.

PÁNFILO, LICINO.

1. PÁNFILO.—¿De dónde vienes tan risueño, Licino? Siempre sueles estar alegre, pero hoy me parece que lo estás más que de costumbre, pues no puedes contener la risa.

LICINO.—Vengo del foro, Pánfilo. Te reirás como yo cuando sepas la chistosa cuestión que he visto entre dos filósofos.

PÁNFILO.—Ya es cosa de risa el mero hecho de haber un litigio entre filósofos, que deben, aunque sea grande la causa, arreglar sus diferencias amistosamente.

2. LICINO.—¡Amistosamente! ¿de dónde sacas eso, bendito? En el primer ataque se arrojaron un carro de insultos, vociferando y gesticulando como locos.

PÁNFILO.—¿Disputarían sobre alguna cuestión de filosofía por ser de opiniones y escuelas diferentes?

LICINO.—No por cierto; se trataba de otra cosa: ambos son de la misma opinión y de la misma escuela. Sin embargo, se entabló el litigio, y han sido jueces los mejores, más sabios y más ancianos de la ciudad. Cualquiera se hubiera avergonzado de propasarse ante

ellos lo más mínimo, lejos de llegar á tal extremo de impudencia.

PÁNFILO.—Dime, pues, el motivo del proceso, para que sepa lo que te da tanta risa.

3. LICINO.—El Emperador, como sabes, tiene consignado un no despreciable sueldo, igual para todos, á los profesores de cada una de las escuelas filosóficas, Estoicos, Platónicos, Epicúreos y Peripatéticos. Había que cubrir una vacante producida por el fallecimiento de un profesor, poniendo en su lugar otro aprobado por las personas notables. El premio del certamen no era, como dice el poeta (1), una piel de buey, ó una víctima, sino diez mil dracmas (2) al año, con obligación de enseñar á la juventud.

PÁNFILO.—Lo sé: también me han dicho que ha muerto recientemente el segundo profesor de la escuela peripatética.

LICINO.—Esta era la Helena que se disputaban los dos contendientes. Hasta aquí, no había más de ridículo que el espectáculo de dospreciados de filósofos y de despreciadores del dinero, combatiendo por un sueldo como si se tratase de la patria en peligro, de la religión nacional ó de los sepulcros de sus antepasados (3).

PÁNFILO.—Sin embargo es dogma peripatético no despreciar en absoluto las riquezas, sino considerarlas el tercero de los bienes.

LICINO.—Tienes razón. Eso dicen, y la contienda era conforme á la patria disciplina.

4. Oye lo que siguió. En los juegos fúnebres del

(1) Homero, *Iliada*, XXII, v. 159.

(2) Unas nueve mil doscientas pesetas.

(3) Alude al Peán ó canto de victoria entonado por los Griegos en la batalla de Salamina.



difunto combatían muchos atletas, pero la victoria estaba indecisa entre dos: el anciano Diocles (ya sabes quién, aquel disputador eterno) y Bagoas (1), que pasa por eunuco. Ambos habían ya luchado en el terreno de la ciencia, demostrando sus conocimientos filosóficos y su sumisión á la doctrina aristotélica. Ninguno quedaba vencedor.

5. La disputa terminó de este modo. Diocles, dejando de hacer ostentación de saber, atacó personalmente á Bagoas, y trató de censurar su conducta; Bagoas, por su parte, emprendió igual inquisición contra la de Diocles.

PÁNFILO.—Tenían razón, amigo mío. La mayor parte de sus discursos debiera haber versado sobre este particular. Si yo fuese juez, con frecuencia me detendría más en la investigación de la moralidad de los contendientes que en la de sus facultades oratorias, y declararía vencedor al más virtuoso.

6. LICINO.—Dices bien, y yo hubiera votado contigo en el asunto. Después de mil recriminaciones é injurias, Diocles dijo que Bagoas estaba imposibilitado en absoluto para la enseñanza de la Filosofía y para aspirar á sus sueldos, por su condición de eunuco. «Tales gentes, aseguró, no sólo deben ser excluidas de la Filosofía, sino de los sacrificios, de las aguas lustrales y de toda reunión. Son aves de mal agüero, espectáculo abominable para quien al salir de mañana se encuentra con uno de ellos.» Insistió después mucho en lo mismo, añadiendo que un eunuco no era hombre ni mujer, sino un compuesto indefinible, una mezcla pavorosa, un monstruo extraño á la naturaleza humana.

PÁNFILO.—Es un delito de nueva especie. Me causa

---

(1) Bagoas en lengua persa significa eunuco.

ya risa, como á ti, acusación tan inesperada. ¿Qué ha dicho el otro? ¿Se dió por vencido, ó se ha atrevido á replicarle?

7. LICINO.—Al principio por la vergüenza y la timidez propias de estos seres, estuvo en silencio un rato, se puso rojo y sudó copiosamente. Por fin, con voz afeminada y débil, ha sostenido que Diocles no tenía derecho á excluir de la Filosofía á los eunucos, cuando ésta admite á las mujeres. Ha citado á Aspasia, á Diótima y á Targelia en apoyo de su tesis, y á un eunuco galo (1), de la escuela académica, que en tiempos recientes floreció entre los Griegos. Pero Diocles, sin miramientos á este filósofo, decía que si hubiese aspirado á la plaza disputada le hubiera rechazado, sin dársele un ardite de su fama notoria, por su condición de eunuco; recordando, al efecto, las sátiras de los Estoicos, y sobre todo de los Cínicos, á propósito de su defecto.

8. Sobre esto había de decidir el jurado; versando principalmente su deliberación sobre si debía tolerarse que un eunuco profesase la Filosofía y aspirase á ser maestro de los jóvenes. «El filósofo necesita un exterior decoroso, decía Diocles, un cuerpo íntegro en todas sus partes, y sobre todo una barba larga y cerrada que inspire confianza y respeto á sus discípulos y sea digna de los diez mil dracmas que el Emperador paga. El eunuco es de peor condición que los castrados. Estos al fin han gozado de la virilidad algún tiempo; pero aquél, separado desde el principio de los hombres, es un animal ambiguo, parecido á las cornejas, que no se pueden contar entre las palomas ni entre los cuervos.»

9. Bagoas objetaba que no se iba á juzgar del

---

(1) Favorino, cuya vida puede verse en Filóstrato, I, 8.

cuerpo, sino de las facultades del espíritu, de la inteligencia de los concursantes, y de sus conocimientos filosóficos. Citó, para el caso, el testimonio de Aristóteles, tan grande admirador del eunuco Hermias (1), tirano de Atarnes, que llegó á ofrecerle sacrificios como á un numen. Atrevióse á añadir Bagoas que un eunuco es mucho más á propósito para maestro de la juventud, en cuanto no puede dar pretexto á que se le calumnie, como á Sócrates, de corruptor de muchachos. Á la falta de barba que le había echado en cara su adversario, contestó, donosamente á su juicio: «Si por la barba ha de juzgarse á los filósofos, los más justo será preferir á los chivos.»

10. Levantóse, en esto, un tercero, cuyo nombre calló, y dijo: «Aunque el orador tiene rosadas las mejillas, mujeril la voz, y aspecto general de eunuco, si se le desnuda, acaso se vea que es muy hombre. Porque, de no ser falsos mis informes, éste fué sorprendido en flagrante delito de adulterio, ayuntado á la mujer como la ley de Solón (2) dice; pero entonces alegó que era eunuco, y mediante este subterfugio fué absuelto de un crimen cuya imposibilidad se deducía del aspecto del acusado. Paréceme que ahora va á retractarse por ganar los diez mil dracmas.»

11. Estas palabras excitaron, como puedes figurarte, la risa de todos. Bagoas estaba cada vez más irresoluto, mudaba de color á cada instante y se inundaba en sudor frío: no le parecía bien confesar el delito, no rechazándolo; ni creía inútil la acusación para ganar su causa.

---

(1) Cuando menos, fué Aristóteles acusado de impiedad por un himno ó escolio compuesto en honor de Hermias (V. Diógenes Laercio, lib. v, 5), y un epigrama epitáfico para la estatua que se le había erigido en Delfos.

(2) Literalmente *membra in membris habens*, ἄρθρα ἐν ἄρθρις ἔχων.

PÁNFILO.—Tiene chiste todo eso, y no dudo que la disputa os habrá regocijado infinito. ¿Qué hicieron por fin? ¿Qué han decidido los jueces?

12. LICINO.—No todos opinaban lo mismo: unos pedían que se le sometiese desnudo á una inspección ocular como á los esclavos, para decidir si, tocante á los órganos de la virilidad, podía ó no ser filósofo; otros, ¡invención más chusca! que se trajeran de un lupanar algunas meretrices y se exigiese á Bagoas la consumación del coito, bajo la inspección del más anciano y fidedigno de los jueces, que vería si el pretendiente era ó no buen filósofo. Por fin, muertos todos de risa, y quebrantados de las carcajadas los vacíos, determinaron inhibirse del conocimiento del asunto y remitirlo á Italia.

13. Diocles, en tanto, se dedica, dicen, á demostrar su elocuencia: se ejercita, se prepara y compone una acusación de adulterio que, como suele ocurrir á los malos abogados, se volverá contra él, pues da á entender, al acusarle de este delito, que tiene por hombre á su adversario. Bagoas tira por otro lado y procura parecer hombre, y no anda lejos, dicen, de triunfar si demuestra, como espera, no ser inferior á los asnos que cubren yeguas en las paradas. Será, amigo mío, la mejor prueba de aptitud filosófica; el argumento absolutamente irrefutable. Por eso un hijo que tengo muy joven todavía no quisiera que tuviese inteligencia y lenguaje idóneos para los estudios filosóficos, sino las necesarias prendas corporales.

---

## XXXVI.

### DE LA ASTROLOGIA (1).

1. Este escrito trata del cielo y de los astros; pero no del cielo y de los astros en absoluto, sino relativamente á las predicciones verdaderas que suministran á la vida de los hombres. Mi libro no contiene preceptos, ni promete enseñanzas, ni dice cómo se puede sobresalir en la adivinación, pero acuso á todos los sabios que se dedican á otras ciencias y revelan á los demás sus verdades, de no honrar y ejercer la Astrología.

2. La Astrología, sin embargo, es una ciencia antigua; no es reciente y de ayer, sino obra de primitivos monarcas, amados de los dioses. Los contemporáneos, por ignorancia, por ociosidad y por pereza, piensan lo contrario de ella, y también si encuentran falsos adivinos se desatan contra los astros y detestan la Astrología, y dicen que no es buena ni verdadera, sino falaz é ilusoria, en lo cual, á juicio mío, yerran. La ignorancia de un artífice no proviene de la mala índole de su arte: la impericia de un músico no es falta de la música: los artistas pueden ser ignorantes, pero cada arte tiene su ciencia propia.

---

(1) Es dudosa la autenticidad de este tratado.

3. Los Etiopes fueron los primeros que descubrieron esta ciencia. La causa fué el saber de aquella gente, muy superior en todo al de los demás hombres, y su ventajosa situación topográfica. Reina allí perpetua calma y serenidad en la atmósfera: no hay cambios de estaciones, y la temperatura es siempre la misma. Al observar, pues, que la Luna no aparecía igual en todas ocasiones, sino que se presentaba bajo diferentes aspectos y tomaba distintas formas, creyeron la cosa digna de admiración y de estudio. Dedicáronse á estudiarla, y descubrieron que el no brillar la Luna con luz propia, sino reflejada del Sol, era la causa del fenómeno.

4. Descubrieron tambien los movimientos de los astros llamados por nosotros planetas, porque son los únicos astros que se mueven, y su naturaleza, su poder y los efectos por cada uno producidos. Diéronles tambien nombres, no, como parece, insignificantes, sino altamente significativos.

5. Esto observaron en el cielo los Etiopes. Transmítieron después los vecinos Egipcios su ciencia todavía imperfecta. Los Egipcios, dando gran impulso al arte de la adivinación que de los Etiopes habían recibido en mantillas, señalaron la medida y movimiento de cada astro, y determinaron el orden de los años, los meses y las horas. La Luna y su revolución fueron la medida de los meses: el Sol y su marcha circular, la del año.

6. Llevaron muchos más adelante sus descubrimientos. Todo el espacio, con las demás estrellas inmóviles y fijas, fué dividido por los Egipcios en doce partes, dentro de las cuales se movían los astros errantes. Cada división fué distinguida con signo propio: un pez, un hombre, una fiera, una ave, ó un animal doméstico.

7. De aquí la multitud de ritos sagrados del Egipto, porque todos los Egipcios no aplicaban á la adivinación las doce divisiones, sino que unos consultaban una constelación y otros otra diferente. Los que consultaban la constelación *Aries*, adoran un carnero; los que adivinaban por la de *Piscis*, no comen peces; los que predecían por la de *Capricornio*, no matan chivos, y así sucesivamente, según el astro que querían tener propicio. Si adoran un toro, es seguramente por honrar al celeste *Taurus*: el buey Apis, sacratísimo para ellos, que padece en libertad en el país y para el cual se ha fundado un oráculo, es un símbolo astrológico de la constelación del Toro.

8. Poco después se dedicaron á la misma ciencia los Libios, cuyo oráculo de Ammón se refiere igualmente al cielo y á la sabiduría celeste, por lo cual el numen está representado con cabeza de carnero.

9. También conocieron esta ciencia los Babilonios, antes que nadie, según ellos, pero yo creo que mucho más tarde que otros pueblos.

10. Los Griegos no aprendieron la Astrología de los Egipcios ni de los Etiopes. Orfeo, hijo de Eagro y de Calíope, fué su primer maestro; pero no hizo pública su ciencia, ni la manifestó toda á día descubierto, sino por medio de encantamientos y misterios, conformes á sus fines. Al son de la lira de su invención, celebraba las orgías y cantaba los dogmas sagrados. Esta lira heptacorde producía una armonía símbolo de la de los siete planetas. Con estas disquisiciones y con estos impulsos deleitaba Orfeo y subyugaba todas las cosas; pero, en realidad, no atendía á la lira de su invención, ni á especie alguna de música, sino á la gran *Lira de Orfeo*. Y, en efecto, los Griegos, por honrarle, le designaron un lugar en el cielo, y llamaron *Lira de Orfeo* á la reunión de mu-

chas estrellas. Por eso, si ves alguna vez á Orfeo en piedras ó en pinturas, sentado con la lira en la mano en actitud de cantar, y rodeado de muchos animales y algún hombre, de un toro, de un león y otros así, recuerda cuál es aquel canto y cuál aquella lira, y qué toro y qué león escuchan á Orfeo. Si conoces las causas de lo que digo, lo verás también en la bóveda celeste.

11. Dícese que el beocio Tiresias, que logró gran fama prediciendo el porvenir, enseñó á los Griegos que los planetas eran masculinos unos y femeninos otros, y de influencias diferentes. De aquí la fábula de que Tiresias tenía dos naturalezas y sexos, y que era unas veces hembra y otras varón.

12. Cuando Atreo y Tiestes se disputaron el trono paterno, cultivaban ya los Griegos públicamente la Astrología y la ciencia del cielo, por lo cual el Estado de Argos determinó dar mando á aquel de los dos que sobresaliese en este saber. Entonces Tiestes les dió á conocer el signo Aries, de donde la fábula de que tenía un vellocino de oro. Atreo les habló del Sol y de sus ortos, y de que el Sol y el mundo no se mueven en la misma dirección, sino en sentido opuesto, de manera que nos parece ocaso del Sol el ocaso del mundo, y orto de aquel astro. Esta doctrina le hizo ser elegido rey, y le granjeó mucha gloria de sabio.

13. Yo pienso lo mismo acerca de Belerofonte. No puedo creer que tuviera un corcel alado: creo, más bien, que el estudio de la Astrología le inspiró pensamientos sublimes, y que vivió entre los astros, y se remontó al cielo, no en las alas de su corcel, sino en las de su ingenio.

14. Lo mismo digo del mito de Atamante, hijo de Frixo, á quien se representa cruzando los aires en el



vellocino de oro. Lo mismo del ateniense Dédalo. Esta fábula extranjera da á entender, en mi concepto, que Dédalo, lejos de ser profano á la Astrología, hizo mucho uso de sus principios y la enseñó á su hijo.

15. La juventud y la temeridad arrastraron á Ícaro á indagaciones vedadas: se levantó en espíritu hasta el polo, pero fué precipitado de lo alto de la verdad, y cayó en el mar sin fondo y sin límites de los errores. Los Griegos fingieron su aventura de otra manera, y llaman Icaro á un golfo, sin verdadera causa.

16. Quizá Pasifae, habiendo aprendido de Dédalo á conocer la constelación del Toro que brilla entre los astros, se prendó de la ciencia astrológica; y de ahí la fábula de que Dédalo la casó con un toro.

17. Algunos, dividiendo en varias partes esta ciencia, las aumentaron con nuevos conocimientos, relativos á la Luna, á Júpiter, al Sol, á sus órbitas, movimientos é influencias.

18. Endimión ordenó todo lo relativo á la Luna.

19. Faetón determinó la marcha del Sol, pero no pudo determinar bien todas sus leyes, y murió dejando imperfecto su trabajo. Los que ignoran esto, creen que Faetón era un hijo del Sol, y cuentan una fábula increíble. Dicen que se presentó á su padre y le pidió permiso para guiar el carro de la luz; y que accedió el Sol, dándole consejos para la buena dirección. Pero, joven é imperito, en cuanto subió al carro, guiaba Faetón unas veces demasiado lejos y otras demasiado cerca de la Tierra, destruyendo á los hombres con extremos de frío y de calor. Júpiter, por fin, le hirió lleno de indignación con uno de sus rayos. Cayó Faetón; lloráronle sus hermanas hasta ser convertidas en álamos, que todavía vierten lágrimas de ámbar sobre el mozo infeliz. Sin embargo, ni la cosa

fué así, ni se la puede creer, ni el Sol tuvo hijo, ni murió el hijo del Sol.

20. Los Griegos tienen otros muchos mitos á los cuales no doy mucha fe. ¿Cómo es posible creer que Eneas fué hijo de Venus, Minos de Júpiter, Ascalafó de Marte y Autólico de Mercurio? Cada uno de éstos fué, sin duda, amado por un dios, y Venus, Júpiter ó Marte lo miraron propicios en el momento de nacer, porque los dioses que dominan al nacer los hombres, ejercen sobre ellos una influencia semejante á la de los padres, en el color de la tez, en la forma del cuerpo, en las obras, en el ingenio. Minos fué rey, por la dirección de Júpiter; Eneas hermoso, por la voluntad de Venus, y Autólico ladrón (1), porque Mercurio le inspiró el arte de robar.

21. Nunca Júpiter encadenó á Saturno, ni lo precipitó en el Tártaro, ni maquinó contra él todo lo que piensan los hombres. Saturno gira en el espacio más distante de nosotros, y su movimiento es muy lento y difícil de advertir: de aquí que se haya dicho que esta inmóvil y encadenado; y el llamarse Tártaro la inmensa profundidad del aire.

22. En las poesías de Homero y de Hesiodo es donde principalmente puede adquirirse el convencimiento de la concordancia antigua de los hechos astrológicos. La cadena de Júpiter, y las vacas del Sol, relatadas por el poeta, son para mí simbolismos de los días; las ciudades, las danzas y las vendimias hechas por Vulcano en el escudo de Aquiles, se refieren también á la Astrología. Todo el relato del adulterio de Venus y Marte (2) revelado á los dioses, no es otra cosa que una invención astronómica, siendo la con-

---

(1) Homero, *Odisea*, XIX, v. 396.

(2) Homero, *Odisea*, VIII.

junción de los dos planetas el fondo de verdad del episodio homérico. En otros versos describe Homero su respectiva influencia. Dice de Venus:

Son obra tuya las amables bodas (1);

y respecto á las guerras:

El rauda Marte y Palas las disponen (2).

23. En vista de esto los antiguos empleaban mucho la adivinación y no la creían superflua. No fundaban ciudades, ni levantaban murallas, ni trababan combates, ni contraían matrimonios, sin consultar antes á los adivinos. Los mismos oráculos estaban unidos á la Astrología. En Delfos la virgen profética es símbolo de la virgen celeste; el dragón emite su voz bajo el trípode, porque hay un dragón que brilla entre las estrellas, y el oráculo de Apolo establecido en Dídimo (3) deriva su nombre de los zodiacales mellizos.

24. Tan sagrada pareció la adivinación á los antiguos, que Ulises, aunque fatigado por tantas peregrinaciones, deseoso de averiguar su destino, bajó á las mansiones de Plutón, no

A ver los muertos y el imperio triste (4),

sino á consultar al adivino Tiresias; y cuando en el sitio designado por Circe ha cavado una fosa y sacri-

---

(1) Homero, *Iliada*, v, v. 429.

(2) Id., *ibid.*

(3) Dídimo significa *gemelo*, *geminis*.

(4) Homero, *Odisea*, XI, v. 93.

ficado ovejas, y se ve cercado de sombras, entre ellas la de su propia madre, ansiosas de beber la sangre de las víctimas, no permite acercarse á ninguna, ni á la de su madre, hasta que Tiresias bebe y se obliga á predecirle lo futuro. Tuvo valor para resistir á su madre sedienta.

25. Licurgo ajustó al modelo de las leyes celestes todas las que dió á los Lacedemonios; por eso es precepto legal entre ellos el no emprender la guerra antes del plenilunio. Sin duda creía que no es igual la influencia de la Luna en creciente que en menguante y que todo le está sometido.

26. Los Arcades son los únicos que no han aceptado ni estimado la Astrología; pero son tan locos é insensatos que se creen más antiguos que la Luna.

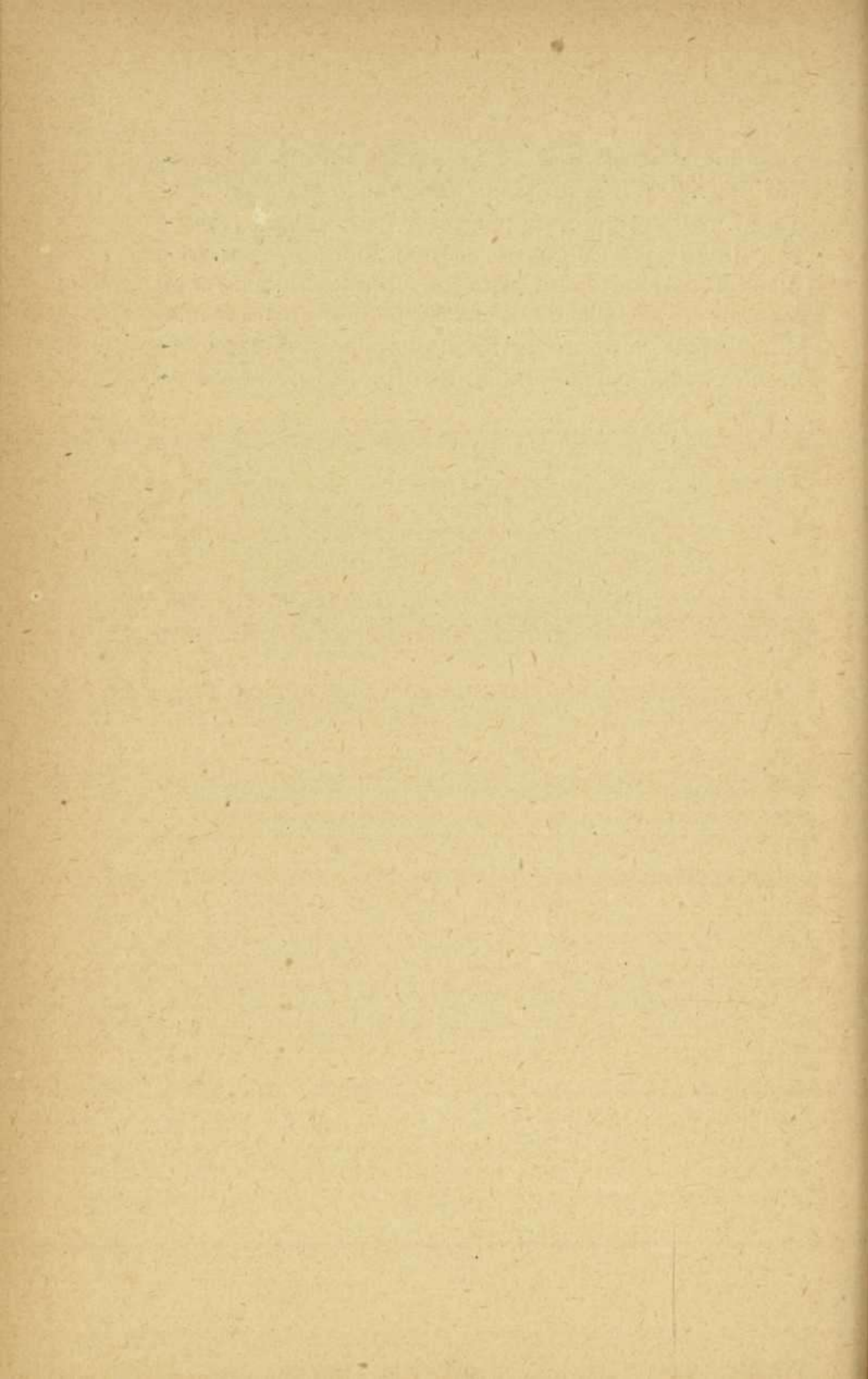
27. Nuestros ascendientes eran, pues, muy dados á la adivinación, pero los contemporáneos niegan unos la posibilidad de asignarla fin cierto y fundamento sólido, porque ni Marte ni Júpiter se mueven por nosotros en el cielo, ni se cuidan lo más mínimo de las cosas humanas, ni tienen nada que ver con ellas, girando en sus órbitas impelidos por impulso fatal.

28. Otros no tachan de impostura á la ciencia astrológica, sino de falta de utilidad, pues la adivinación es impotente para que el decreto de las Parcas se deje de cumplir.

29. Yo respondo á unos y á otros: los astros recorren sus órbitas celestes; pero, independientemente de su movimiento, influyen en nuestras cosas. Un caballo, al correr; los hombres y las aves, al moverse, hacen saltar piedras y removerse aristas con el viento que levantan; ¿y no ha de producir efecto alguno la rotación sidérea? El fuego más pequeño, aunque no arde para nosotros, ni se cuida de calentarnos, influ-

ye algo en nuestro ser; ¿y no han de influir las estrellas? La Astrología no puede mejorar lo malo, ni mudar en nada lo que está por venir, pero tiene evidente utilidad para los que la cultivan; porque si les predice buena suerte, les anticipa el regocijo; si mala fortuna, les predispone á la resignación: la desgracia no les coge de improviso; y el ejercicio y la expectación la hacen más tolerable. Esto pienso de la Astrología.

---



## XXXVII.

### VIDA DE DEMONAX.

1. No debían faltar á nuestro tiempo hombres dignos de fama y de memoria, sino que los había de producir notables, ya por su inmensa fuerza corporal, ya por su extraordinario ingenio filosófico. Digo esto, refiriéndome al beocio Sostrato, á quien los Griegos llamaban Hércules y creían que lo era, y sobre todo al filósofo Demónax. Yo he visto y he admirado á los dos, y he vivido mucho tiempo con el segundo. De Sostrato ya traté en otro libro (1), en el cual dí á conocer su estatura, su fuerza prodigiosa, su vida al aire libre en el Parnaso, con lecho de césped y alimentación montaraz, y sus trabajos, que, en conformidad con su nombre (2), consistieron en destruir ladrones, abrir caminos por lugares inaccesibles, y unir con puentes pasos dificultosos.

2. De Demónax debo ya hablar por dos motivos: primero, para que, en cuanto en mí esté, viva en la memoria de los hombres virtuosos; segundo, para que los jóvenes bien nacidos é inclinados á la filoso-

---

(1) Se ha perdido esta obra de Luciano. En la *Vida de Herodes Ático*, por Filóstrato, hay un retrato detallado de Sostrato, con el nombre de Agatón.

(2) Hércules, como antes ha dicho.

fía no tengan sólo modelos antiguos á que ajustarse, sino que en nuestra misma época hallen ejemplo digno de imitación en el mejor de los filósofos que yo he conocido.

3. Nació en Chipre, de familia distinguida por su posición social y sus riquezas. Superior, sin embargo, á todas estas cosas y aspirando á las mejores, se dedicó á la Filosofía, no á instigación de Agatobulo (1), ni de su predecesor Demetrio (2), ni de Epicteto, con los cuales mantuvo relaciones, así como con Timócrates de Heraclea (3), sabio tan ilustrado como elocuente, sino á impulsos de cierta inclinación natural al bien y de cierto innato amor que desde niño tuvo á la Filosofía. Despreciando, pues, todos los bienes mundanos, se consagró por completo á la libertad y á la franqueza, y vivió siempre sobria, recta é irrepreensiblemente, proponiendo como ejemplo, á cuantos le escuchaban ó veían, su prudencia y su sinceridad filosófica.

4. Pero no emprendió sin lavarse los pies, como dicen, este género de vida. Al contrario, se había nutrido de los mejores poetas, y se los sabía casi todos de memoria; tenía facilidad de palabra; conocía, no superficialmente y por haberlas tocado con la punta del dedo, según el dicho vulgar, sino á fondo, las escuelas filosóficas: había fortificado su cuerpo en el gimnasio y lo había acostumbrado al sufrimiento, poniéndose, para decirlo de una vez, en situación de no necesitar de nadie. Por eso, en cuanto conoció

---

(1) Vivió en Egipto, dedicado á la Filosofía. Luciano lo supone maestro de Peregrino en el tratado LXVIII, núm. 17.

(2) Vid. Filóstrato, *Vida de Apolanto Tianeó*, lib. IV, cap. XXV.

(3) Elogiado por Filóstrato en la *Vida de Polemón*. Floreció en el primer tercio del siglo segundo después de Jesucristo. Luciano le considera jefe de la escuela filosófica. (Vid. *Alejandro*, 57.)



que ya no se bastaba á sí mismo, abandonó voluntariamente la vida, dejando mucho que hablar de sí á los Griegos mejores.

5. No se encerró en una sola escuela filosófica, sino que reunió casi todas en una, sin declarar paladinamente á cuál daba la preferencia. Parecía, sin embargo, inclinarse al sistema de Sócrates, aunque en el exterior y en el descuido de su vida se acomodaba á la del filósofo de Sínope (1): pero nunca exageró su modo de vivir para atraerse la admiración y las miradas de los hombres: vestía como los demás, su trato no era ni humilde ni hinchado, y hablaba con todos en particular y en público.

6. No admitía la ironía de Sócrates, pero sazónaba toda su conversación con sales áticas, de suerte que los que con él conversaban ni despreciaban su indulgencia, ni rehuían la severidad de sus reprensiones: su afabilidad los transformaba por completo, y les predisponía al bien, á la alegría y á la esperanza.

7. Jamás se le oyó gritar, disputar ni indignarse cuando tenía que reprender. Perseguía el pecado y perdonaba al pecador: quería que imitásemos á los médicos, que curan las enfermedades y no se irritan contra los enfermos. Creía que el errar es de hombres, y de dioses, ó de hombres semejantes á dioses, el corregir el error.

8. Con tal género de vida, de nadie necesitaba; pero cuando lo creía oportuno ayudaba á sus amigos: si veía algunos demasiado pagados de su felicidad, les recordaba cuán efímeros son los bienes en el mundo: si deploraban otros su pobreza, ó llevaban á mal el destierro, ó acusaban á la vejez ó la enfermedad, les consolaba sonriéndose y haciéndoles no-

---

(1) Diógenes el Cínico.

tar que no advertían lo pronto que habrían de cesar sus pesares, y que el olvido de bienes y de males y una absoluta libertad envolverían sin tardar mucho á todos.

9. Procuraba la avenencia entre hermanos desavenidos, y la paz entre marido y mujer mal conciliados. También en un alboroto popular habló con suma elocuencia, y persuadió á la multitud á trabajar con orden en favor de la patria. Así era su filosofía, dulce, alegre y amable.

10. Únicamente le afligía la enfermedad ó la muerte de un amigo, porque creía que la amistad es el mayor bien de los hombres. Por lo mismo, era amigo de todos; el ser hombre bastaba para no serle extraño (1). Sin embargo, gustaba más ó menos del trato con algunas personas, y sólo se apartaba de aquellas cuyas faltas le parecían imposibles de enmienda. Todo lo que hacía y decía, parecía inspirado por Venus y las Gracias, pues siempre, como dice la comedia (2), la persuasión residía en sus labios.

11. Así es que todo el pueblo ateniense y sus principales magistrados admiraban extraordinariamente á Demónax y lo consideraban como un sér superior. Al principio, sin embargo, había ofendido á muchos, granjeándole su franqueza y su libertad odio no menor que el que se suscitó contra Sócrates entre la multitud: levantáronse contra él algunos Ánitos y Melitos (3), acusando á Demónax, como en otro tiempo á aquel filósofo, de que no se le había visto nunca ofrecer sacrificios, y de que era el

---

(1) Cf. la célebre frase de Terencio (*Heautontimorúmenos*, act. I., esc. I, v. 25): *Homo sum, humani nihil a me alienum puto.*

(2) Se atribuye á Eúpolis este fragmento.

(3) Recuérdese que Anito y Melito fueron los acusadores de Sócrates.

único Griego no iniciado en los misterios eleusinos. Rechazando estas acusaciones, presentóse Demónax en la asamblea coronado de flores y vestido de blanco, y defendió su causa empleando á veces un lenguaje comedido, á veces más áspero del que acostumbraba. Tocante á la acusación de no haber ofrecido nunca sacrificios á Minerva: «No os admiréis, Atenienses, dijo, de que no haya ofrecido todavía sacrificios á la Diosa, pues no pensaba que necesitase de mis víctimas.» Respecto á los misterios, lo que le impedía iniciarse era que, si fuesen malos, no podría menos de revelárselos á los profanos para apartarlos de las orgías; y si fuesen buenos, los divulgaría también por amor á los hombres. Los Atenienses, que tenían ya las piedras en las manos para apedrearle, se aplacaron al punto y le fueron favorables: comenzaron por honrarle y respetarle, y por fin le admiraron, aunque el discurso que les dirigió tuvo un exordio bastante más violento de lo usado: «Atenienses, les había dicho, aquí me veis coronado; sacrificadme, ya que antes no habéis hecho felices sacrificios.»

12. Voy á recordar ahora algunas de sus agudas y delicadas respuestas, principiando por la que dió á Favorino. Habiendo oído éste que Demónax se reía de sus conferencias filosóficas, y sobre todo de los versos que les solía mandar, dándoles un corte débil, mujerial é indigno de la Filosofía, se fué á verlo, y encarándosele, le dijo que quién era él para burlarse de su método. «Un hombre, le respondió, cuyos oídos no se dejan engañar fácilmente.» Insistió el sofista y añadió: «¿Con qué provisiones de viaje emprendiste desde niño el estudio de la Filosofía?—Con testículos», replicó Demónax.

13. En otra ocasión se acercó el mismo Favorino á Demónax y le preguntó qué escuela filosófica pre-

fería. «¿Quién te ha dicho, le contestó, que yo filósofo?» Y como al retirarse se riese de muy buena gana y le preguntase Favorino por qué se reía: «Porque me parece ridículo, respondió, que tú que no tienes barbas, quieras distinguir por ellas á los filósofos.»

14. Sidonio (1), sofista que había adquirido reputación en Atenas, pronunciaba un discurso en que, elogiándose á sí mismo, se preciaba de haber explorado toda la Filosofía. Pero mejor será citar textualmente sus palabras: «Si Aristóteles me llama al Liceo, le seguiré; si Platón me llama á la Academia, acudiré; si Zenón me soicita, habitaré en el Pecilo; si Pitágoras me llama, callaré.»—«¡Eh! dijo entonces Demónax levantándose entre los oyentes y llamándolo por su nombre, Pitágoras te llama.»

15. Un tal Pitón, gallardo joven hijo de un distinguido Macedonio, queriendo burlarse de Demónax, le propuso una argumentación sofística, y le pidió la solución de su solecismo. «Sé, le dijo, que tú te prestas á otra solución.» Irritado el muchacho por el doble sentido de la respuesta, le amenazó diciendo: «Yo te haré ver un hombre.—¿Tienes, pues, uno?» le preguntó el filósofo riéndose.

16. Un atleta vencedor en los juegos olímpicos, á quien por haberse presentado con un vestido recamado de flores, ridiculizó Demónax, le arrojó una piedra y le hizo sangrar de la cabeza. Indignados los presentes, como si hubiesen sido ellos los heridos, gritaron que era preciso acudir al procónsul. «No, amigos míos, dijo Demónax, al procónsul no, al médico.»

17. Había encontrado, yendo de paseo, un anillo de oro, y puso en la plaza un anuncio diciendo que el dueño de la joya podía presentarse en su casa,

---

(1) Sólo lo cita Luciano.

donde se le entregaría si daba las señas del peso, la piedra y el grabado del anillo. Un hermoso muchacho se presentó á reclamarlo, diciendo que á él se le había perdido; pero no habiendo dado ninguna seña exacta: «Anda, muchacho, le dijo Demónax, guarda bien tu anillo, porque éste no se te ha perdido.»

18. Un senador romano, que se hallaba en Atenas, mostrándole su hijo, muchacho hermosísimo, pero afeminado y muelle: Este hijo mío te saluda», le dijo. Y Demónax: «Es hermoso, le respondió, digno de tí é idéntico á su madre.»

19. De un filósofo cínico, que andaba vestido con una piel de oso, decía Demónax que no debía llamarse Honorato sino Arcesilao (1).

20. Habiéndole preguntado en una ocasión en qué consistía la felicidad: «Sólo es feliz, dijo, el hombre libre.—Pero hay muchas gentes libres, le repusieron.—Yo, añadió, sólo creo libre al que ni teme ni espera.—¿Puede haber un hombre de esa especie? dijo su interlocutor, porque todos somos esclavos de esas pasiones.—Sí, replicó el filósofo; pero bien consideradas las cosas de los hombres, verás que no son dignas de miedo ni de esperanza, pues todas, agradables ó molestas, son, sin excepción, caducas.»

21. Peregrino, por sobrenombre Proteo, echándole en cara que se reía y burlaba mucho de los hombres, y diciéndole: «No haces el perro, Demónax.»—Ni tú el hombre, Peregrino», le replicó el filósofo.

22. Disputando con un físico acerca de los antípodas, le hizo levantarse, lo llevó al brocal de un pozo y, mostrándole su imagen en el agua, le preguntó: «¿Dices que así son los antípodas?»

(1) Parece más probable la lectura ἀρτεσίλαον, palabra en cuya composición entra ὄρκτος, oso, alusiva á la zamarra del Cínico.

23. También á uno que se preciaba de mágico y de tener poderosísimos conjuros, con los cuales podía persuadir á todos á que le diesen cuanto quisiera: «No hay que admirarse, le dijo; yo conozco también tu arte: sígueme, si quieres; acerquémonos á una vendedora de pan, y verás cómo la induzco á que me dé pan sin más que un conjuro mio y una pequeña droga.» Aludía á la moneda, que tiene la misma fuerza que un conjuro.

24. El famoso Herodes (1) celebraba los funerales de Polideuco (2), muerto prematuramente, y había hecho enganchar los caballos al carro para montar en él, y preparar el festín: acercósele Demónax y le dijo que traía una carta de Polideuco. Gozoso Herodes, y creyendo que el filósofo iba, según costumbre, á tomar parte en su dolor: «Y bien, le preguntó, ¿qué manda Polideuco?—Se queja, respondió Demónax, de que no hayas ido ya á buscarle.»

25. El mismo Herodes lloraba la muerte de su hijo y se había encerrado en la obscuridad: acercósele Demónax, diciéndole que era mágico y que podía evocar la sombra de su hijo, con sólo que le nombrase tres personas que jamás hubiesen llorado á nadie. Quedó Herodes muy perplejo y dudoso, pues á mi juicio no podría hallar tal persona; y el filósofo entonces: «Hombre famoso, le dijo, te crees el único que padeces penas insufribles, cuando ves que nadie está exento de dolor.»

26. Solía burlarse de los que en la conversación usaban términos peregrinos ó anticuados. Habiéndole respondido con afectado aticismo uno á quien hizo una pregunta: «Amigo, le dijo, te pregunto

---

(1) El Herodes Ático, biografiado por Filóstrato.

(2) Polidenco es el mismo nombre que Pólux.

ahora y me contestas en tiempo de Agamenón.»

27. Habiéndole dicho uno de sus amigos: «Vamos, Demónax, al templo de Esculapio y pidamos por mi hijo.—Pues qué, le respondió, ¿crees que Esculapio es sordo y no puede oír lo que pidamos desde aquí?»

28. Viendo en una ocasión á dos filósofos, completamente ignorantes, que disputaban haciendo el uno preguntas absurdas, y respondiendo el otro cosas completamente impertinentes á la cuestión: «¿No os parece, dijo, que el uno ordeña un chivo, y el otro le pone debajo una criba?»

29. El peripatético Agatocles (1) se jactaba de ser el único y el primero de los dialécticos: «Si eres el primero, le dijo Demónax, no eres el único, y si eres el único no eres el primero.»

30. El consular Cetego (2), al pasar por Grecia en dirección á Asia para ser lugarteniente de su padre, habló é hizo mil necedades. Uno de los amigos de Demónax dijo, al verlo, que Cetego era un gran criminal. «El grande sobra», replicó el filósofo.

31. Habiendo visto un día al filósofo Apolonio, que salía acompañado de muchos discípulos, llamado por el Emperador, que deseaba instruirse con sus pláticas: «Ahí viene, dijo, Apolonio con sus Argonautas (3).»

32. Habiéndole preguntado uno si creía que el alma era inmortal: Sí, pero como todo», le respondió.

33. A propósito de Herodes, decía que Platón estaba en lo firme al asegurar que no teníamos una sola alma, pues no podía ser la misma la que daba convites,

(1) No citado en ningún otro autor antiguo.

(2) Hubo un cónsul de este nombre hacia el año 172 después de Jesucristo.

(3) Para comprender el chiste de esta frase, recuérdese que hubo un colombroño de Apolonio, autor del poema titulado *Los Argonautas*.

como si viviesen, á Regila (1) y á Polideuco, y la que declamaba tan bien.

34. Atrevióse en una ocasión á preguntar públicamente á los Atenienses, con motivo de la proclamación de los misterios, por qué excluían de ellos á los bárbaros, cuando el que instituyó las iniciaciones fué Eumolpo, bárbaro y Tracio de origen.

35. Estando para embarcarse con mal temporal: «¿No temes naufragar, le dijo un amigo, y ser comido por los peces?—Sería un ingrato, le respondió, si temiese que me comieran los peces, después de haber comido yo tantos.»

36. Á un retórico que declamaba muy mal, le aconsejaba que se adestrara con el ejercicio. «¡Si todos los días declamo para mí!» le respondió el retórico. «Con tan necio auditorio, ya no me extraña que lo hagas tan mal», replicóle Demónax.

37. Viendo á un adivino que profetizaba públicamente mediante una cantidad: «No comprendo, dijo, por qué cobras; pues si puedes cambiar en algo los decretos del destino, pides excesivamente poco, por mucho que pidas; y si todo ha de ser como está decretado, ¿para qué sirve tu adivinación?»

38. Un romano anciano y bien conservado, se ejercitaba en pelear contra un poste, y le preguntó: «¿Qué tal peleo, amigo mío?—Muy bien, le respondió, mientras tu enemigo es un leño.»

39. Hasta para las preguntas más difíciles tenía preparadas contestaciones agudas. Preguntóle uno de burlas: «Si quemo mil minas (2) de madera, ¿cuántas minas habrá de humo?—Pesa la ceniza, le respondió, y todo lo demás será el humo.»

(1) Mujer de Herodes Ático.

(2) La mina, medida de peso, equivalía á unos 500 gramos.



40. Habiéndole dicho un tal Polibio, hombre ignorantísimo y que hablaba muy mal: «El Emperador me ha honrado con la ciudadanía romana.— ¡Ojalá, replicó, te hubiera hecho Griego antes que Romano!»

41. Habiendo visto á un noble orgulloso con su *laticlavia* (1), se le acercó al oído y cogiéndole el vestido y mostrándoselo: «Esto, le dijo, antes que tú lo llevabas un carnero, y era carnero.»

42. Retrasándose un día en entrar en el baño, cuya agua estaba hirviendo, y echándole uno en cara su cobardía: «¿Va en ello, le dijo, la salvación de la patria?»

43. Preguntándole otro: «¿Qué crees que pasa en el infierno?—Aguarda, le respondió, y te lo escribiré desde allá.»

44. Admeto, mal poeta, le dijo que había escrito su propio epitafio en un solo verso, el cual, según su disposición testamentaria, habría de ser grabado sobre su estela sepulcral. Pero no será malo transcribir el epitafio:

Coge, oh tierra, de Admeto la envoltura.  
Él marcha hacia los dioses inmortales.

Demónax, riendo: «Es tan hermoso el epitafio, le dijo, que desearía que ya estuviese grabado.»

45. Habiendo observado uno en sus muslos ciertas señales de vejez, y habiéndole preguntado: «¿Qué es eso, Demónax?—Mordeduras de Carón», le contestó sonriendo.

46. Viendo á un Lacedemonio que golpeaba á su

---

(1) Ropa de senador guarnecida de una franja de púrpura, con ciertos nudos ó botones del mismo color.

esclavo: «Deja, le dijo, de tratar como igual tuyo á tu siervo.»

47. Cierta Dánae sostenía una cuestión contra su hermano: «Vé al tribunal, le dijo, porque no eres la Dánae hija de Acrisio (1).»

48. Atacaba sobre todo á los que por vanidad, y no de corazón, se preciaban de filósofos. Viendo á un Cínico con manto, alforja y una mano de mortero por garrote, que á voz en cuello se proclamaba por todas partes émulo de Antístenes, Diógenes y Crates (2): «No mientas, dijo, porque eres discípulo de Hipérides (3).»

49. Habiendo visto que muchos atletas combatían mal, y que, contra las leyes de la lucha, se mordían, en vez de emplear el pancracio: «No mienten, dijo, al llamar hoy leones á los atletas para animarlos.»

50. Chistoso, y al mismo tiempo mordaz, fué un dicho suyo á un procónsul. Era éste de los que se depilaban las piernas y todo el cuerpo. Un Cínico, subido sobre una piedra, le echó en cara esta costumbre y su infame molicie. Indignado el procónsul, mandó apresar al detractor, é iba á matarlo á palos ó á condenarle al destierro. Presentóse por casualidad Demónax y solicitó el perdón del filósofo, alegando que el atrevimiento era como patrimonio de los Cínicos. «Le perdono por tí, dijo el procónsul; pero si en lo sucesivo se insolentase, ¿qué castigo merece?—La depilación», contestó Demónax.

51. Á otro procónsul encargado por el Emperador

(1) Juego de palabras basado en la etimología de Ἀκρίσιος, nombre del padre de la Dánae amada por Júpiter, compuesto de la partícula privativa ἀ, y de κρίσις, juicio.

(2) Filósofos de la escuela Cínica. (Vid. *Diógenes Laercio*, vi.)

(3) El juego de palabras consiste en la semejanza de ὕπερον, mano de mortero, é Ὑπερίδης, Hipérides.

del mando de las legiones y del de una gran provincia, que le preguntó cómo ejercería mejor su autoridad: «No encolerizándote, le dijo, oyendo mucho y hablando poco.»

52. Habiéndole preguntado uno si también comía pasteles: «¿Crees, le respondió, que las abejas hacen sus panales sólo para los necios?»

53. Viendo en el Pecilo una estatua con la mano cortada: «Por fin, exclamó, los Atenienses han honrado con una estatua de bronce á Cinegiro.»

54. Observando que Rufino de Chipre (me refiero al cojo, discípulo de Aristóteles) paseaba mucho en el Liceo: «Un cojo peripatético (1), dijo, es el colmo de la desvergüenza.»

55. Aconsejándole en cierta ocasión Epicteto, no sin cierta censura, que se casase y tuviese hijos, pues convenía que un filósofo dejase descendencia, refutó agudamente su reprensión, diciéndole: «Pues bien, Epicteto, dame una de tus hijas.»

56. Es también digno de mención lo que dijo al aristotélico Hermino. Era éste un perverso, culpable de infinidad de atentados, pero que siempre estaba hablando de Aristóteles y de sus diez categorías. «En verdad, le dijo Demónax, eres digno de diez categorías (2), Hermino.»

57. Los Atenienses, por imitar á los Corintios, trataban un día de establecer el espectáculo de los gladiadores. Presentóse ante ellos Demónax y les dijo: «No votéis eso, Atenienses, antes de derribar el altar de la Misericordia (3).»

(1) *Peripatético* vale tanto como *paseador*.

(2) *Κατηγορία* significa *acusación*, y *predicado ó atributo*. Alude á los diez categorías de Aristóteles.

(3) Bellamente descrito por Estacio (*Tebaida*, XII).

58. Estando en Olimpia, los Eleos le votaron una estatua de bronce. «No hagáis tal, les dijo, no se crea que censuráis á vuestros antepasados por no haber erigido estatuas á Sócrates ni á Diógenes.»

59. Yo oí á Demónax decir á un jurisconsulto que las leyes eran casi inútiles, bien se escriban para los buenos, bien para los malos; porque aquéllos no las necesitan, y á éstos no los mejoran.

60. Canturriaba á menudo este verso de Homero (1):

Muere lo mismo el bravo que el cobarde.

61. Elogiaba á Tersites, considerándolo como arengador cínico.

62. «¿Qué filósofo prefieres?» le preguntaron en cierta ocasión. «Todos son admirables, dijo, pero yo venero á Sócrates, admiro á Diógenes y amo á Aristipo.»

63. Vivió casi cien años, sin enfermedades, sin dolores, sin molestar á nadie, sin pedir nada, útil á sus amigos, y sin enemigo alguno. Los Atenienses y Grecia entera le tenían tal amor, que al pasar él se levantaban los magistrados y todo el mundo permanecía en silencio. Cuando llegó á una extremada vejez, entraba sin que le llamaran en cualquiera casa, cenaba en ella y pasaba la noche, lo cual era estimado por los habitantes del país como la aparición de un dios, creyendo que un genio benéfico había visitado su mansión. Cuando pasaba se lo disputaban las panaderas, rogándole todas que les llevase un pan. La que lograba que lo aceptase, se consideraba feliz. Hasta los niños le ofrecían frutas y le llamaban padre.

64. Habiendo surgido una sedición entre los Ate-

---

(1) *Ilíada*, IX, v. 320.

nienses, acudió á la Asamblea, y su presencia impuso silencio á todos. Viendo que reconocían su error, retiróse sin hablar palabra.

65. Cuando conoció que no podía atender por sí mismo á sus necesidades, recitó á sus amigos estos versos que los heraldos proclaman en los juegos públicos:

¡Terminaron los juegos! Bellos lauros  
Para los vencedores. Ya nos llama  
El tiempo, y nos prohíbe detenernos;

y absteniéndose de todo, dejó la vida tan alegre como le habían visto siempre sus amigos. «¿Qué dispones para tu sepultura?—No os cuidéis de eso, dijo; el mal olor me enterrará.» Y replicando otro: «¡Cómo! ¿No sería una vergüenza dejar para alimento de aves y perros el cuerpo de un hombre como tú?—Nada tendría de extraño, repuso, que después de muerto quisiera ser útil á los seres vivientes.»

66. Sin embargo, los Atenienses le hicieron funerales magníficos á costa del erario; lloráronle largo tiempo, y veneraron el asiento de piedra en que solía descansar, coronándolo de flores, en la creencia de que aquella piedra era una cosa sagrada. Nadie dejó de asistir al funeral, sobre todo los filósofos, que cargando con el féretro lo llevaron hasta el sepulcro.

Estos son los pocos hechos que he mencionado de entre otros muchos. Pero bastan, á mi juicio, para que los lectores tengan idea de lo que fué aquel filósofo.

---



## XXXVIII.

### LOS AMORES (1).

LICINO Y TEOMNESTO.

1. LICINO.—Con pláticas de amor, amigo Teomnesto, has llenado desde la mañana hasta ahora mis oídos fatigados de conversaciones serias: ardiente sed tenía de semejante descanso, y la amenidad de tus agradables discursos ha fluído con oportunidad extrema. El espíritu no puede resistir una tensión perpetua, y los trabajos tenaces exigen que de tiempo en tiempo interrumpa el placer las graves reflexiones. La dulce persuasión de tus desenvueltas historias me recrea tanto desde el amanecer, que casi me creo un Arístides (2), encantado con las fábulas Milesias. Sólo deploro, lo juro por los amores á que tantas veces has servido de blanco, que tu narración haya concluído: te ruego, pues, por la misma Venus, que si aun tienes alguna nueva aventura de amor, me la cuentes

---

(1) D. Cristóbal Vidal indica ya en el discreto prólogo de esta traducción, que es muy dudosa la autenticidad de este tratado. Lo escabroso y resbaladizo de la cuestión en él tratada nos ha obligado á poner en latín los trozos más obscenos y á suprimir al fin el más indecente de todos, indicando la laguna con puntos suspensivos.

(2) Arístides de Mileto recogió las llamadas fábulas Milesias, cuentos del más subido color, á lo que parece.

evocándola plácidamente en tu memoria. Hoy, por otra parte, celebramos una gran fiesta y ofrecemos sacrificios á Hércules. No ignoras cuán ardiente fué en sus amores este numen: gustosísimo, pues, admitirá tus discursos como víctimas.

2. TEOMNESTO.—Más pronto contarías, Licino, las olas del mar (1) y los espesos copos de la nieve, que mis amores. Creo que he dejado vacías sus aljabas, y que si quisieran lanzarse sobre alguno, se reirían al verse desarmados. Desde que pasé de la infancia á la adolescencia, voy de deseo en deseo. Sucédense unos á otros mis amores, en términos de que antes de apagarse unos ya principian á arder otros. Son cabezas de Lerna, más numerosas que las de la Hidra, renacientes sin cesar, contra las cuales no cabe el auxilio de Iolas. El fuego, en efecto, no se apaga con fuego. Hay en mis ojos no sé qué gachón (2) atractivo que arrebatara sin saciarse jamás todo género de hermosura. Muchas veces se me ha ocurrido si esto pudiera ser efecto de la cólera de Venus; pero ni soy hija del Sol (3), ni autor del crimen de las Lemnienses, ni Hipólito orgulloso y selvático, para haber merecido el rencor implacable de la Diosa.

3. LICINO.—Basta de intolerable ficción, amigo

---

(1) Cf. la Anacreóntica XXII:

Si del frondoso bosque  
 Contar las hojas sabes;  
 Si á enumerar aciertas  
 Las olas de los mares,  
 Podré de mis amores  
 La cuenta encomendarte.

(2) Lit. ὕγρον, húmedo. Castillo y Ayensa traduce *gachón* en la Anacreóntica XXVIII. Se atribuye este género de ojos á la diosa Venus y á sus favorecidos.

(3) Fedra, mujer de Teseo y madrastra de Hipólito. Su desatrosa pasión por éste dió asunto á varias tragedias. Racine lo trató en el teatro francés.



Teomnesto. ¡Cómo! ¿llevas á mal que la fortuna te haya otorgado semejante suerte? ¿crees insoportable el vivir entre mujeres hermosas y muchachos en la flor de la adolescencia? Tendrás que ofrecer algunos sacrificios expiatorios para librarte de tamaño mal. El padecimiento es terrible. Déjate de vaciedades y considérate feliz por no haber sido destinado por los dioses á la poco aseada agricultura, á los viajes mercantiles, á la milicia siempre sobre las armas. Tus únicos cuidados son los ejercicios brillantes de la palestra, el traje caído elegantemente hasta los pies, y el mantener el cabello con graciosa separación. El mismo tormento de los deseos amorosos es verdadero placer, pues el diente del deseo muerde con deliciosa suavidad. Cuando deseas, gozas con la esperanza: cuando posees, gozas con la posesión; de suerte que hallas placer igual en el presente y en el porvenir. Poco ha, cuando me hacías un catálogo tan largo como el de Hesiodo (1) de los amores que has tenido desde que principiaste á amar, tus ojos alegres nadaban en tierna voluptuosidad; tu voz, dulce y suave como la de la hija de Licambo (2), tomaba muelles inflexiones, manifestando claramente tu exterior que amas tanto como los mismos amores su agradable recuerdo. Por consiguiente, si te queda algo que referir de tu navegación bajo los auspicios de Venus, no me lo ocultes, y ofrece á Hércules una víctima completa.

4. TEOMNESTO.—Aquel dios, Licino, es devorador de bueyes, y no gusta, según dicen, de víctimas sin

(1) Conócesele en la historia literaria con el título de *Catálogo de las mujeres ó Las grandes Eas*.

(2) Neóbule, amada por Arquíloco. A la negativa de su mano, hecha por Licambes, se debe, según tradición poética, la invención del género en que el desdeñado pretendiente desahogó su rabia: *Archiloco proprio rabies armavit iambo*.

humo. Pero ya que celebramos con discursos esta festividad anual, yo temo que los míos, que duran desde el amanecer, lleguen á producir hastío si se prolongan más. Conviene, pues, que tu Musa, dejando sus ordinarios estudios, entone otros cantos y pase alegremente el día en honor del Dios. Sé tú mi juez imparcial. No veo en tí inclinación especial en favor de una ú otra pasión. Dime, pues, si es la filopedia ó la filoginia lo que te parece mejor. Yo, partidario de ambas, me mantengo sin inclinarme á una ni á otra, como una balanza en el fiel; pero tú, sin interés en la causa, y juez incorruptible, puedes decir racionalmente lo que sea mejor. Déjate, pues, de miramientos, amigo mío, y di sin vacilar el juicio que te merecen mis amores.

5. LICINO.—¿Crees, Teomnesto, que la cuestión puede decidirse como cosa de juego y diversión? Es grave y seria, á la verdad. Yo traté de resolverla, no ha mucho, y sé lo grave y seria que es desde que acerca de ella oí disputar con todo empeño á dos personas, cuyas palabras aún suenan en mis oídos. Sus sentimientos eran tan diferentes como sus discursos: no tenían, como tú, el alma bastante fuerte para resistir al sueño y percibir, apacentando, dos salarios,

Uno guardando toros y otro ovejas. (1).

---

(1) Alude á este trozo de la *Odtsea*, x, v. 80 y siguientes:

. . . . . llegamos  
 A Telepilo, la ciudad excelsa  
 De Lamo en Lestrigonia, en la cual suele  
 Un pastor, al volver con su rebaño,  
 Llamar á otro pastor que le oye y saca  
 El suyo al pingüe pasto. Doble sueldo  
 Ganar podría allí quien no durmiese;  
 Uno guardando bueyes, y otro al pasto  
 Llevando los carneros; pues se tocan  
 Los caminos del día y de la noche.

La explicación de este obscuro pasaje puede verse en la nota 8 al lib. x de mi versión de la *Odisea* (tomo I, pág. 357).

Uno de ellos era partidario ardiente de la filopedia, y creía abismo sin fondo el amor femenino: el otro, por el contrario, ardía por las bellas. Nombráronme árbitro de una disputa nacida de sus opuestos gustos, y es indecible el placer que experimenté escuchándolos. La huella de sus palabras ha quedado impresa en mis oídos, como la de un sello en la cera, de modo que las recuerdo como de recién pronunciadas. Así, para quitarte todo motivo de censura, voy á repetirte con puntualidad cuanto los dos dijeron.

TEOMNESTO.—Y yo, apartándome un poco, voy á sentarme enfrente de tí, atento

Hasta que cese el canto del Eácida (1).

Cántanos tú melodiosamente la antigua gloria de esa amorosa contienda.

6. LICINO.—Para un proyectado viaje á Italia había preparado un navío veloz, de esos birremes usados con preferencia por los Liburnios, gente que puebla las orillas del golfo Jonio (2). Después de haber adorado, como debía, á todos los dioses de mi patria y de haber invocado á Júpiter hospital para que fuese propicio á mi expedición, bajé de la ciudad al mar en un carro de mulas. Abracé á mis acompañantes, turba de personas instruídas que acostumbrados á mi continuo trato me veían marchar con pena, y subiendo á la popa me senté junto al piloto. La fuerza de los remos nos llevó pronto de tierra á alta mar: los vientos, á modo de pastores, nos empujaban fuertemente por la espalda; levantamos el mástil en medio de la

(1) *Iliada*, IX, v. 191,

(2) En la Iliria. Usaban barcos muy ligeros. En la escuadra con que Octavio derrotó á Antonio en Accio había muchos.

nave: acercamos la gavia á la antena, y derramadas sobre las cuerdas las recogidas velas, el viento hinchó poco á poco el lino y volamos sobre el mar con la rapidez de una flecha, surcando el agua que mugía fuertemente cerca de la proa.

7. Para no alargar excesivamente el relato, omitiré los sucesos serios ó agradables ocurridos en la travesía. Después de haber costeadado el litoral de Cilicia, entramos en el golfo de Panfilia, y pasadas no sin trabajo las Quelidonias (1), límites dichosos de la antigua Grecia, tocamos en cada una de las ciudades Licias, gozando con el relato de sus mitos, pues no quedan en ellas restos aparentes de su antiguo esplendor, y al llegar á Rodas, consagrada al Sol, determinamos suspender por algún tiempo nuestra navegación, hasta allí no interrumpida.

8. Los remeros sacaron á tierra el navío y pusieron sus tiendas junto á él. Yo, que me había hecho preparar hospedaje frente al templo de Baco, me dirigí á él tranquilamente, disfrutando de extraordinario placer. La ciudad es verdaderamente la ciudad del Sol, y tiene una hermosura digna de esta deidad. Recorrí por todas partes los pórticos del templo; contemplé todas sus pinturas, cuya vista recrea y al propio tiempo hace recordar las fábulas heroicas. Acercáronseme en seguida dos ó tres personas, que por una pequeña cantidad me explicaron todos los asuntos: la mayor parte ya los había yo comprendido por conjeturas.

9. Harto de ver, pensaba en retirarme á mi casa,

---

(1) Eran cinco, próximas á las costas de Licia, á unos 63 kilómetros al Este de Rodas, y cerca del promontorio *Sagrado*, hoy cabo *Chelidoni*, en la costa meridional de la Natolia. Su nombre se debió, sin duda, á las infinitas *golondrinas* (*χελιδών*) que anidaban en sus rocas.

cuando tuve el mayor gusto que en tierra extranjera se puede conseguir, con el encuentro de dos antiguos amigos, que no deben serte desconocidos, pues los habrás visto muchas veces aquí. Era uno el corintio Caricles, joven cuya gallardía se realza por un traje elegante que demuestra el deseo de parecer hermoso á las mujeres, y el otro el ateniense Calicrátidas, hombre de exterior sencillo, jefe, sin embargo, de los oradores políticos, maestro en la facultad de decir, y muy dado á la gimnasia, menos por gusto á la palestra que por afecto á los muchachos que á ella suelen concurrir. Era todo fuego en el particular, y odiaba el sexo femenino hasta el punto de maldecir á Prometeo (1). En cuanto me distinguieron de lejos corrieron hacia mí llenos de alegría y gozo: abrazáronme, como es natural, y se empeñaron los dos en que fuese á su casa. Viéndoles disputarse vivamente el gusto de llevarme: «Lo mejor será, les dije, que os vengáis hoy á mi casa, para que la disputa no pase á mayores: en los días siguientes (pues pienso detenerme aquí tres ó cuatro) me obsequiaréis por turno. La suerte designará quien ha de principiar.»

10. Se aprobó mi idea. Aquel día les obsequié yo; al siguiente estuve en casa de Calicrátidas, y al otro en la de Caricles. En el festín advertí ya indicios evidentes de sus diversas aficiones. El Ateniense estaba servido por muchachos hermosos: todos sus esclavos eran mozos imberbes, que permanecían en su casa hasta que el primer vello les sombreaba el rostro: en cuanto se cuajaba en sus mejillas la barba, eran enviados como mayordomos y colonos á sus campiñas de Atica. En cambio Caricles estaba rodeado de un coro de músicas y bailarinas: toda su casa estaba,

---

(1) La maldición se concreta más adelante, 43.

como en las Tesmoforias, llena de mujeres, y no había hombre alguno, fuera de algún niño ó de algún anciano cocinero, cuya edad alejaba toda celosa sospecha. Era esto, como he dicho, indicio manifiesto de la diversa inclinación de los dos dueños. A menudo tenían sus escaramuzas sobre sus diferentes gustos, pero no duraban lo bastante para decidir la cuestión. Cuando llegó el tiempo de partir, les admití, conforme deseaban, en mi nave, pues ambos pensaban, como yo, dirigirse á Italia.

11. Determinamos arribar á Cnido, deseosos de ver el templo y su famosa estatua de Venus, obra *venustísima* (1) de Praxíteles. Fuimos impelidos suavemente á tierra por una calma magnífica, producida, á mi ver, por la diosa que guiaba nuestra nave. Dejando á los demás ocupados en las faenas acostumbradas, dí con aquellos dos amadores la vuelta á Cnido, riéndome de las figuras lascivas en barro cocido (2), tan propias de la ciudad de Venus. Después de examinar primero el pórtico de Sótrato (3) y todo lo demás que pudiera agradarnos, nos dirigimos al templo de Venus, nosotros, Caricles y yo digo, de muy buena voluntad, y de mala gana Calicrátidas como á espectáculo demasiado mujeril. Con gusto, creo, hubiera cambiado la Venus de Cnido por el Amor de Tespias (4).

---

(1) El latinismo *venustissima* da una idea del juego de palabras del texto, formado por los vocablos Ἀφροδίτη, *Venus*, y ἐπαφροδίτων, *lo hermoso*.

(2) La isla de Caprea fué adornada por Tiberio con iguales incentivos. (V. Suetonio, *Tiberio*, pár. 43.)

(3) Constructor de la célebre torre de Faro. (V. *Cómo debe escribirse la historia*, 62.)

(4) Bella estatua en mármol, obra de Praxíteles. Tespias (hoy *Neocorio*) estaba en Beocia, al pie del Helicón. Celebrábanse en ella cada cinco años solemnes fiestas en honor de Cupido.

12. En cuanto entramos en el primer recinto nos sentimos acariciados por amorosas auras. El suelo del patio no es estéril ni está enlosado con piedras bien labradas. Como dedicado á Venus, abunda en árboles frutales, cuyas verdes ramas suben tan altas que encierran el aire bajo frondosas bóvedas. Además, cuajados de frutos crecen lozanos los mirtos bajo la influencia de su señora, y todos los árboles despliegan á porfia sus naturales bellezas, sin que jamás los marchite ó deseque la vejez, llenos siempre de exuberante savia é inmarcesible follaje. Mezclados á éstos hay algunos estériles, cuya hermosura suple al fruto, como cipreses, álamos gigantes y el árbol de Dafne (1), fugitiva antes de Venus y ahora refugiada en su templo. La amorosa hiedra se abraza estrechamente á cada árbol. Multitud de racimos penden de las espesas parras, porque Venus unida á Baco es más voluptuosa: los placeres de ambos se alían perfectamente, y separados resulta el goce de cada cual mucho menor. En los sitios donde el bosque es más umbroso y cerrado, hay deliciosos cenadores para los que quieran venir á comer: los ciudadanos distinguidos rara vez los frecuentan, pero en cambio numeroso pueblo acude á ellos los días festivos y rinde culto al natural á la diosa.

13. Suficientemente recreados con estas plantas, entramos en el templo. Ocupa el centro la imagen de la diosa, bellísima estatua de mármol de Paros. La boca parece entreabierta por ligera sonrisa: todos sus encantos se muestran descubiertos sin vestido alguno: está completamente desnuda, y sólo cu-

---

(1) El laurel. Dafne, perseguida por Apolo, enamorado, fué transformada en laurel.

bre su pudor con una mano (1). El genio del escultor tuvo tal fuerza, que el mármol, naturalmente frío y rígido, parece ablandarse para expresar bien los miembros delicados de Venus. Caricles, como en un arretrato de locura, exclamó al verla: «¡Oh Marte, fuiste el más feliz de los dioses al ser encadenado por ésta!» Y corriendo hacia la estatua, apretó los labios y la besó, alargando cuanto pudo la cabeza. Calicrátidas la contemplaba en silencio, lleno de concentrada admiración. El templo tiene otra puerta para si se quiere contemplar detenidamente á la diosa por la espalda, con objeto de que ninguna parte de ella se oculte á la admiración. Es, pues, fácil á los que penetran por esta entrada contemplar su belleza posterior.

14. Queriendo ver toda la estatua, rodeamos el recinto del templo. Una mujer, encargada de guardar las llaves, nos abrió la puerta, y quedamos atónitos á la vista de tanta hermosura. El Ateniese, que poco antes había mirado con indiferencia, en cuanto vió la espalda de la diosa exclamó de pronto con más frenesí que Caricles: «¡Por Hércules! ¡qué proporción en el dorso! ¡qué voluptuosa plenitud en las caderas! ¡qué bellísimo movido el de esas carnes, ni demasiado enjutas y como estiradas sobre los huesos, ni profusamente gruesas! ¡Nadie es capaz de explicar la sonrisa de los dos hoyuelos de esa cintura! ¡Qué corrección en ese muslo y en esa pierna prolongada hasta el pie en línea recta! Así Ganimedes escancia á Júpiter el néctar, que hace más dulce su hermosura: si me lo sirviese Hebe, yo no lo aceptaría.» A este delirante apóstrofe de Calicrátidas, estuvo á punto

---

(1) En esta actitud se halla Venus en la estatua conocida con el nombre de Venus de Médicis.



Caricles de quedar inmóvil de sorpresa; y sus ojos, bañados en voluptuosa humedad, delataron su emoción.

15. Cuando á fuerza de mirar fué debilitándose nuestro asombro, observamos sobre un muslo de la estatua una mancha parecida á las de un vestido. La blancura del mármol hacia resaltar más la falta. Creí yo, por racional conjetura, que lo que veíamos era un defecto natural de la piedra. Sabido es que los mármoles mejores no están exentos de estas faltas, y á menudo un accidente de éstos afea obras que de otra suerte hubieran sido en sumo grado perfectas. Creyendo, pues, que aquella mancha negra era un defecto natural del mármol, admiraba el arte de Praxíteles, que había hallado modo de colocarla en el sitio menos visible de la estatua; pero la sacerdotisa que nos acompañaba nos contó á este propósito una extraña é increíble historia. «Venía á menudo al templo, nos dijo, un joven noble, cuyo delito obliga á no nombrarle, y se prendó bajo malos auspicios de la diosa. Como pasaba aquí los días enteros, se creyó al principio que sentía una veneración supersticiosa. A punto de amanecer y mucho antes de salir la aurora venía al templo, y se iba á casa de mala gana después de puesto el sol: permanecía todo el día sentado frente á la diosa, fijos constantemente en ella los ojos, y murmuraba por lo bajo dulces palabras y quejas amorosas.

16. »Cuando quería engañar un poco su pasión, decía algunas palabras á la diosa, contaba en una mesa cuatro tabas de gacela, y hacía depender su esperanza de la suerte. Si salía lo que deseaba, y sobre todo si, al no caer ninguna taba de cara, resultaba el golpe de Venus, adoraba á la diosa creyendo que lograría sus deseos; mas si, como suele suceder,

el golpe era malo y las tabas caían en disposición siniestra, maldecía á todo Cnido, y se entristecía como afligido por daño irremediable; pero muy pronto, volviendo al juego, trataba de corregir con nuevo golpe la infelicidad del primero. Agravada su enfermedad, llenó de inscripciones todas las paredes, grabó en la blanda corteza de todos los árboles homenajes á la hermosura de Venus, y al genio de Praxíteles á quien consideraba igual á Júpiter, é hizo oblación á la diosa de cuantas preciosidades tenía en su morada. Por fin la violencia de sus contenidos deseos degeneró en locura, y su audacia le brindó modo de satisfacerla. Un día, al ponerse el sol, sin ser visto por los concurrentes, se ocultó detrás de una puerta y se mantuvo escondido casi sin respirar en un rincón obscuro. Las sacerdotisas, según costumbre, cerraron la puerta trayéndola hacia sí, y el nuevo Anquises quedó dentro del templo. ¿A qué relataros el delito cometido en aquella nefanda noche? Ni yo ni nadie podría referirlo. Al día siguiente se vieron esas huellas de sus amorosos abrazos, y la diosa conserva esa mancha, señal de lo ocurrido. El joven, según rumor público, ó se precipitó de unas rocas ó se arrojó al mar y nadie ha vuelto á verle.»

17. Caricles interrumpiendo á la sacerdotisa: «Por consiguiente, exclamó, la mujer es amada, aunque sea de piedra. ¿Qué sería si se viese viva semejante hermosura? ¿Una de sus noches no valdría tanto como el cetro de Júpiter?» Sonriéndose Calicrátidas: «Aun no sabemos, le dijo, si oiremos muchas narraciones de esa especie cuando vayamos á Tespías. Por de pronto, ésta depone ya contra el sistema por tí preferido.—¿Cómo? preguntó Caricles.—Y con bastante razón, á mi juicio, le respondió Calicrátidas, diciendo que el enamorado joven, á pesar de disponer de una noche para

satisfacer su lascivia, había abrazado al mármol como si quisiera prescindir del sexo representado por la estatua.» Habiéndose promovido discusión bastante animada con motivo de algunas observaciones dichas sin orden sobre el asunto: «Amigos míos, les dije para apaciguar la disputa, discutid con cierto método, como es propio de personas instruídas. Dejad, pues, esa alborotada disputa cuyo resultado sería nulo seguramente, y exponed por turno vuestras opiniones. Aun no es tiempo de volver al navío. Aprovechemos este descanso para regocijo del ánimo, de modo que nuestro estudio pueda traer cierta utilidad aparejada con el deleite. Salgamos, pues, del templo, al cual por motivos religiosos acude numerosa concurrencia, y vámonos á uno de los cenadores, donde cómodamente podremos oír y hablar cuanto queramos. Recordad solamente que el que hoy sea vencido no habrá de insistir en lo sucesivo sobre este mismo asunto.»

18. Parecieronles bien mis palabras, y aprobaron la idea. Salimos, pues, alegre yo, como libre de todo cuidado; pensativos ellos, revolviendo dentro de sí argumentos sin número, como si se tratase de disputar quién conduciría la pompa fúnebre de los Plateenses. Cuando llegamos á un lugar cubierto de follaje, amenísimo para descansar en el estío: «He aquí un paraje delicioso: en la copa de los árboles cantan gratamente las cigarras» (1), dije, y me senté como un juez entre los dos, con el mismo Helias (2) en el entrecejo. Decidí por suerte cuál de ellos había de

(1) El canto de la cigarra era sumamente grato á los Griegos. Todos los poetas lo elogian. Véanse, como muestra, Homero, *Ilíada*, III, 256; Anacreonte, *Oda XLIII*; Aristófanes, *La Paz*, 1.160; Teócrito, *Idilio IV*, 16; y otros. Los latinos ya se permitieron llamarla ronca, sin duda porque no tenía para ellos el atractivo de la *autoctonia*, que la hacía simpática á los Griegos.

(2) Uno de los dos senados de Atenas, constituido por gente grave y seria.

empezar, y habiéndole correspondido el primer turno á Caricles, le mandé principiar sin pérdida de tiempo su discurso.

19. Este, acariciándose la barba, detúvose un instante, y principió después próximamente en los siguientes términos: «¡Oh Venus, soberana mía! al defender tu causa, pídente auxilio mis preces. Toda cosa en que dejas caer un átomo de tu persuasiva elocuencia, adquiere al punto perfección absoluta; pero las pláticas de amor te necesitan con preferencia, porque tu eres su verdadera madre. Acude, pues, como mujer á abogar por las mujeres, y otorga á los hombres la gracia de permanecer en el sexo dado por la naturaleza. En el comienzo de mi discurso invoco como testigo de mi sinceridad á la madre de las madres, á la primera raíz de toda generación, á aquella santa naturaleza universal, digo, que reuniendo y conciliando los elementos del mundo, tierra, aire, agua y fuego, obtuvo de su mezcla la existencia de cuanto tiene vida. Sabía que somos un compuesto de materia perecedera, con vida limitada al breve plazo que á cada cual da el destino, y procuró que la destrucción de un ser fuese generación de otro nuevo, compensando muertes y nacimientos de manera que vivamos siempre en una sucesión no interrumpida. Mas como no es posible que de un solo ser nazca otro ser, formó en cada especie dos diferentes sexos, dando al macho la facultad generatriz, y constituyendo á la hembra como en receptáculo de la generación multiplicadora; é inspirando á cada sexo el deseo del otro, los unió con la sagrada ley de la necesidad, mandando mantenerse á cada uno en los límites de su naturaleza, de modo que ni la hembra afecte facultades masculinas, ni el macho se degrade con femenina blandura. El comercio de hombres y mujeres ha conservado hasta hoy la vida hu-

mana en sucesiones perpétuas: no hay varón que pueda gloriarse de haber nacido de varón: todos tributamos honor á dos venerables nombres, y reverenciamos por igual á un padre y á una madre.

20. »Al principio, pues, cuando los hombres vivían todavía como héroes, y cultivaban una virtud que les aproximaba á los dioses, todos obedecían las leyes prescritas por la naturaleza; se unían en sazón con las mujeres, y se hacían padres de hijos generosos. Poco á poco la sociedad, descendiendo de esta altura al báratro de las voluptuosidades, buscó nuevos caminos para los placeres, y la lujuria, atreviéndose á todo, transgredió la ley natural. Violencia tiránica ó seducción indigna fueron los medios empleados por el primero que miró con ojos de lujuria á su semejante. Los lechos no brindaron siempre reposo á personas de sexo diferente; la vergüenza no enrojeció ya los semblantes, y se compró un poco de placer á costa de una gran infamia.

21. »Extremaron algunos sus tiránicas violencias hasta el punto de violar la naturaleza con sacrílego hierro; la extirpación de la virilidad se juzgó oportuna para dilatar el breve término de los goces. Pero aquellos infelices fueron más tiempo niños á costa de no ser jamás hombres, y de ser con su ambigua naturaleza vivos enigmas, que ni conservaban el sexo de nacimiento, ni adquirían aquel á que habían pasado. Aquella flor, que duraba algo en su juventud, se marchitaba rápidamente en vejez prematura: casi simultáneamente se les tuvo por niños y por ancianos, sin el intervalo de la edad adulta. Así, la execrable lujuria, maestra de todo exceso, imaginó mil infames complacencias hasta caer en el vicio cuyo nombre no puede decirse sin faltar á la decencia.

22. »Si cada cual observase la ley prescrita por la

Providencia, y se satisficiera con el femenino comercio, nuestra vida estaría limpia de toda infamia. Entre los animales, que exentos de depravada inclinación nada pueden viciar, se observa sin alteración la ley de la naturaleza. El león siente en debido tiempo amorosa inclinación á la leona; el toro, jefe del rebaño, cubre las vacas, y el carnero disemina en todas las ovejas el prolífico humor. ¡Hay más! ¿No busca el jabalí la cuadra de la cerda? ¿No corren los lobos tras las lobas? En suma, ni los pájaros, moradores del aire, ni los peces, á quienes correspondieron las mansiones acuáticas, ni ningún animal de la tierra, infringe tocanté al amor los inmutables decretos de la Providencia. Y vosotros, cuya sabiduría es injustamente elogiada, vosotros, hombres, bestias depravadas de veras, ¿cómo podéis cubriros de infamia violando las leyes de la naturaleza? ¿Qué ceguedad extraña ofusca vuestra razón y os obliga á huir de lo que debíais buscar, y á buscar lo que debíais evitar á toda costa? Si todos os imitaran, nadie nos sobreviviría.

23. »Aquí los discípulos de Sócrates aducen aquella peregrina excusa, que si puede engañar oídos infantiles no dotados aún de plena facultad razonadora, no sorprende á quien haya adquirido cierta madurez de inteligencia. Fíngense enamorados del alma, y avergonzándose de amar la hermosura del cuerpo, se llaman amantes de la virtud. Muchas veces me ha hecho esto reir á carcajadas. ¿Por qué, venerables filósofos, hacéis caso omiso del anciano cuya larga existencia ha demostrado una virtud de que son vivo testimonio los años y las canas, y vuestro sapientísimo amor se fija en el tierno niño cuya razón no está formada todavía y cuyo juicio carece del aplomo necesario para decidirse á obrar en uno ú otro sentido? ¿Es ley acaso que

toda fealdad sea perversidad, y bondad toda hermosura? Sin embargo, según Homero, gran oráculo de la verdad (1),

Habrá un mortal, Eurialo, que carezca  
De hermosura, y un numen con la gracia  
Del decir le embellece, y se le mira  
Con placer; y él razona con modesta  
Seguridad, y brilla en los consejos,  
Y como á un dios contémpplanle las gentes  
Cuando la ciudad cruza.....

Y en otro sitio (2) vuelve á decir:

No acompaña el ingenio á tu hermosura:

Y, en fin, el sabio Ulises es más aplaudido que el hermoso Nireo.

24. »¿Cómo, pues, la prudencia, la justicia y las demás virtudes, patrimonio de hombres maduros, no son objeto de vuestro amor, y la hermosura de los niños excita en vosotros vehementísimas inclinaciones? ¿Era preciso, oh Platón, amar á Fedro porque había hecho traición á Licias; ó prendarse de la virtud de Alcibiades porque había mutilado las estatuas de los dioses y había revelado en una orgía los misterios de Eleusis? ¿Quién se atreverá á confesar que le ama, cuando Atenas está vendida, Decelia fortificada y él aspirando á la tiranía? Pero, como el divino Platón dice, cuando aun no tenía barba era amado por todos; mas cuando pasó de niño á hombre, cuando su razón hasta entonces imperfecta adquirió la plenitud de la madu-

(1) *Odisea*, VIII, v. 169 y siguientes.

(2) *Odisea*, XVII, v. 454.

rez, fué universalmente aborrecido. ¡Bien claro está! ponen nombres decentes á vergonzosos afectos, y llaman virtud á la corporal belleza, y aman más á la juventud que á la sabiduría. Pero porque no se crea que todo esto lo digo por hacer odiosos á tan ilustres personajes, no volveré á hablar de ello.

25. »Descendiendo de estos detalles al examen de tus placeres, Calicrátidas, demostraré las ventajas del comercio con la mujer. Opino en primer lugar, que el goce es mayor cuanto más duradero. Un placer rápido desaparece antes de acabar de conocerlo, y prolongándose se hace más deleitable. ¡Ojalá, pues, la Parca avara nos hubiese concedido más larga vida, llena toda ella de inalterable salud y sin dolor alguno que nos atormentase el alma! Toda nuestra existencia hubiera sido una fiesta continua. Pero, ya que un genio malévoló nos ha negado mayores bienes, no cabe duda que, de los que poemos, son más gratos los que más durán. Pues bien: la mujer desde la pubertad hasta una edad media, antes de que la surque la última arruga de extremada vejez, es objeto digno de la ternura y abrazos del varón; y después de traspasar la época de su hermosura, la experiencia hace su conversación más discreta que la de un muchacho.

26. »At si quis viginti annorum adolescentulum aggrediatur, ipse pathicus esse mihi videtur, qui ambiguan adeo sectetur Venus. Dura etenim membrorum in his qui viri facti sunt robor, et asperum pro molli quondam mentum, quod prima barba densavit, et femora illa bene nata pilis velut sordescunt. Quæ hisce magis latent, vos, qui experti estis, scire cedo. Todo el cuerpo de la mujer brilla, por el contrario, con graciosos colores: los abundantes bucles de su cabellera, como las rizadas flores del obscuro jacinto, se derraman [por la espalda, embelleciendo



los hombros, ó caen sobre las orejas y las sienes más rizados que el apio de las praderas. El resto de su cuerpo, en que no crece vello alguno, es, como dicen, más transparente que el ámbar y el cristal sidonio.

27. »¿Por qué no preferir en los placeres los que son recíprocos y regocijan igualmente á todos? Los hombres no amamos la vida solitaria como las bestias privadas de razón, sino que, unidos por ciertos vínculos sociales, hallamos más gratos los placeres y más llevaderos los dolores cuando participan de ellos nuestros semejantes. De aquí la invención de una mesa común, dispuesta para ser centro de una reunión de amigos; de aquí el que no midamos los placeres del estómago bebiendo á solas, vaya como ejemplo, vino de Taso (1), y atracándonos de manjares costosísimos, sino que cada cual goza viendo cómo goza otro, y se recrea más con los placeres comunes. El comercio con la mujer produce un goce recíproco, é igual para ambas partes, que se retiran con idéntica satisfacción, á menos de no dar crédito al juicio de Tiresias, que declara el placer de la mujer doble que el del hombre (2). Bueno es por consiguiente, á mi modo de ver, que los hombres por exceso de egoísmo no procuren, al buscar un goce, disfrutar de él exclusivamente, acaparando para sí todo el deleite que puedan recabar de otros, sino hacerles partícipes del suyo y devolverles el placer recibido. Hoc autem in pueris ita se habere non dixerit quisquam: non ita insanierit; verum amator quidem prout de his existimat, eximia voluptate percepta abit; at passo contumeliam ab initio quidem dolores et lacrimæ; remittentibus autem paullum ipso tempore do-

(1) Isla del mar Egeo, cerca de Tracia (hoy *Thaso*).

(2) Vid. *Diálogo de los muertos*, 28.

loribus, nihil amplius, ut aiunt, molestus fueris, voluptas autem nec tantilla. Si quid vero curiosius dicendum (debet autem in luco veneris), muliere quidem, Callicratida, etiam puerilem in morem utenti oblectari licet, duplici fructus via aperta; sed femineum fructum nullo modo mas præbere potest.

28. »Itaque si hæc vobis etiam, puerorum amatoribus, placere potest, a nobis invicem, quasi interjecto pariete, discedamus: si vero debet viros cum viris consuetudo, in posterum ament se etiam mulieres. Age jam, novum sæculum, peregrinarum voluptatum legislator, quum novas virilis libidinis vias excogitaveris, æquam potestatem feminis etiam indulge: secum invicem, ut viri cœant; lascivorumque instrumentorum commenta substringentes, portentosum sterilium ænigma, cum muliere mulier, ut vir cum viro cubent: illudque ad aures raro perveniens nomen (pudet etiam dicere) tribadicæ obscœnitatis, effuse triumphet: gynæceum omne nostrum esto Philænis, semimares amores contra decus usurpans. Et quanto melius, feminam in luxuriam irrumpere masculam, quam, quod in viris generosum est, in mulierem effeminari?»

29. Después de pronunciar estas palabras con vehemencia y tono gradualmente elevado, callóse Caricles, lanzando miradas terribles y furiosas. Parecía que acababa de pronunciar algún conjuro purificador contra la filopedia. Pero yo, sonriéndome y volviendo con dulzura los ojos al Ateniese: «Al sentarme como juez, le dije, creí, Calicrátidas, que todo iba á ser cosa de juego y risa, pero la vehemencia de Caricles ha hecho, no sé cómo, que mi papel sea serio. Se ha arrebatado tanto como si discutiese en el Areópago sobre un homicidio, un incendio ó, por Júpiter, un envenenamiento. Ahora, pues, ó nunca, has de invo-

car el favor de Atenas. La elocuencia de Pericles, las lenguas de los diez oradores, armadas contra Macedonia, brillen en tu discurso, que nos haga recordar los más famosos que en el Pnix resonaron.»

30. Calicrátidas, después de haber estado en silencio algunos momentos, durante los cuales colegí por su semblante la viva emoción que la disputa le producía, dió principio á su respuesta. «Si las mujeres, dijo, fuesen árbitros de la asamblea popular, de los tribunales y de la administración pública, seguramente, oh Caricles, te nombrarían general y pretor y te erigirían en las plazas estatuas de bronce. Aunque á los más sabios de ellas se les otorgase permiso para hablar en público, dudo que pudieran defender su causa con tanto calor como tú acabas de defenderla, aunque se designase para ello á Telesila, armada contra los Espartanos, por la cual en Argos se cuenta á Marte entre las divinidades hembras; ó á Safo, dulce gloria de Lesbos; ó á Teano, hija de Pitágoras y de su sabiduría; ó al mismo Pericles, abogando por Aspasia. Pero si está bien que defienda á las mujeres un hombre, hablemos también los hombres por los hombres. Tú, oh Venus, séme propicia, pues también nosotros rendimos culto al Amor.

31. »Creía yo que nuestra disputa se mantendría dentro de los límites de la distracción; pero ya que el discurso de mi adversario ha apelado en pro de las mujeres á la filosofía, aprovecho gustoso la ocasión para demostrarle que el amor y la virtud sólo pueden conciliarse en la filopedia. Desearía, si posible fuese, hallarme al lado del plátano que escuchaba los discursos de Sócrates (1), árbol más feliz que la Academia y el Liceo, bajo cuya sombra descansaba Fedro,

---

(1) Vid. Platón, *Fedro*, al principio.

según dice el varón divino, colmado, como ningún otro Griego, de los favores de las Gracias. Acaso, como el haya de Dodona, haciendo resonar entre las ramas una sagrada voz, aprobaría nuestros amores, acordándose del hermoso Fedro. Pero esto no es posible:

Montes umbrosos y sonoros mares  
Hay muchos de por medio (1).

y estamos además en tierra extranjera, y Caricles cuenta con el favor de Cnido. Sin embargo, no haré traición cobarde a la verdad de mi causa.

32. »Solamente acude en mi ayuda, tú, genio celeste, confidente de la amistad, hierofante de sus misterios, Amor, no el pérfido niño representado por la mano festiva del pintor, sino el que el origen de toda generación engendró perfecto desde el principio. Tú sacaste el universo de la obscura y difusa materia informe, y levantando como la losa de un sepulcro el caos tendido sobre el mundo, lo arrojaste á los abismos profundos del Tártaro, donde hay ciertamente

Puertas de hierro y duro umbral de bronce (2),

donde, encadenado en inquebrantable clausura, no volviese jamás. Disipando después la obscura noche con tu fúlgida antorcha, formaste todos los seres animados é inanimados, uniste á los hombres con los vínculos de honrada concordia, infundiéndoles dulce amistad para que un alma inocente y tierna nu-

---

(1) Homero, *Iliada*, I, v. 156.

(2) *Iliada*, VIII, v. 15.

trida por la benevolencia llegase á la viril madurez.

33. »El matrimonio es un remedio inventado para la necesaria perpetuación de la especie, pero sólo la amistad ejerce noble imperio sobre el alma del filósofo. Entre todas las invenciones, gozan de más estima las que tienen por fin el lujo y lo superfluo, y en todas las cosas la belleza predomina sobre la utilidad. Mientras la sociedad era ignorante, y los hombres carecían de tiempo suficiente para buscar lo mejor dentro de la cotidiana experiencia, contentos con lo presente, circunscribíanse á lo necesario, pues la urgencia del tiempo no brindaba ocasión de mejorar el modo de vivir. Pero cuando, satisfechas aquellas apremiantes necesidades, el ingenio de los descendientes, emancipado de lo necesario, logró tiempo para ocuparse en lo mejor, se desarrollaron poco á poco las artes, como podemos juzgar por las que han llegado á la perfección. Los primeros hombres apenas nacidos buscaban la satisfacción del hambre de todos los días; apremiados por la necesidad presente é impidiéndoles la indigencia elegir lo mejor, comían cualquiera hierba, arrancaban raíces blancas y se alimentaban principalmente del fruto de la encina. Poco después estos alimentos se dejaron á los animales faltos de razón; las siembras de cebada y trigo anualmente renovadas fueron el cuidado del labrador, y ya nadie hay tan loco que diga que la bellota es mejor que la espiga.

34. »¿Qué más? ¿Acaso al principio los hombres necesitados de vestido no se cubrían con pieles de animales? ¿Acaso no buscaban reparo contra el frío en las cuevas de los montes ó en los troncos y raíces de árboles ahuecados por la vejez? Pero mejorando siempre estos modelos, se tejieron vestidos, se construyeron casas, y poco á poco estas artes, aleccionadas por

el tiempo, produjeron en vez de tosco tejido, primorosos bordados, y en vez de pobres cabañas, altos techos, muros de piedras artísticamente colocadas, y paramentos cuya deforme desnudez se embelleció con hermosos colores. Así cada una de estas artes y ciencias, mudas en otro tiempo y sumergidas en olvido profundo, como tras largo ocaso nacieron aumentando poco á poco el esplendor de sus rayos. Todo el que había inventado algo, lo trasmitía á su sucesor; y esta serie de herencias, aumentando sin cesar sus adquisiciones, llenó lo que faltaba.

35. »No hay que buscar la filopedia en estos tiempos antiguos: era de necesidad el enlazarse á la mujer para que la especie humana no se extinguiese. La variada erudición y los deseos de la virtud que enciende en nosotros el amor á lo bello, sólo debían aparecer en un siglo que todo lo ha investigado, á fin de que la filopedia se desarrollase con la divina filosofía. No censures, pues, amigo Caricles, como mala la invención que, desconocida en los primeros tiempos, se desarrolló más tarde; ni desprecies la filopedia porque el amor á las mujeres se remonte á mayor antigüedad. Consideremos fruto de la necesidad los primitivos inventos, y dignos de mayor estimación los posteriores, alcanzados cuando el hombre tuvo tiempo y facultad para elegir lo mejor.

36. »A punto he estado de reirme cuando hace poco elogiaba Caricles los animales irracionales y las solitudes escíticas. En el exceso de su entusiasmo, poco le ha faltado para arrepentirse de ser Griego. Ya que decía cosas contrarias á su propósito, en vez de bajar la voz como para quitar fuerza á sus dichos, la levantó cuanto pudo y con todo el vigor de sus pulmones: «¡Los leones, gritaba, los osos, los jabalíes, no se aman entre sí, y el amor á la hembra les arras-

»tra!» ¿Qué tiene esto de extraño? Lo que sólo se elige guiado por la razón ¿puede hallarse en seres cuya estolidez les priva de raciocinar? Si Prometeo ó cualquiera de los dioses les hubiese dado inteligencia igual á la del hombre, no vivirían selváticamente en la soledad, ni se devorarían unos á otros; sino que construirían templos, habitarían dentro de sus hogares y se gobernarían por leyes comunes. ¿Qué tiene, pues, de extraño el que los animales, condenados por la misma naturaleza á la privación de cuantos bienes la razón produce, carezcan entre otras cosas de los placeres de la filopodia? Los leones no aman á los leones, porque no son filósofos; los osos no aman á los osos, porque no saben los bienes que nacen de la amistad. Entre los hombres, por el contrario, la prudencia unida á la ciencia, eligiendo lo mejor después de experiencias sin cuento, ha declarado más firmes los afectos de la filopodia.

37. »Por tanto, oh Caricles, no ofendas con ejemplos de meretrices corrompidas, y con desnudas frases, nuestro decoro y nuestra gravedad. No confundas un simple niño con el celeste Amor. Considera, aunque tu edad sea un poco avanzada para cambiar de opinión, considera cuando menos, digo, que hay dos amores, que ni vienen por el mismo camino, ni encienden el mismo fuego en nuestras almas. Uno, á mi modo de ver, sólo se ocupa en puerilidades, no refrena sus pensamientos con la brida de la razón; reina despóticamente en los espíritus insensatos; el deseo de la mujer ocupa preferentemente su corazón, y es el compañero del ímpetu de un día que arrastra ciegamente al hombre hacia el objeto de su pasión. El otro amor, anterior á los tiempos de Ogiges, presenta siempre faz austera y venerable aspecto, inspira sentimientos honrados, sopla dulcemente sobre

las almas, y, si nos es propicio, gustamos el placer mezclado á la virtud. Porque el amor, como dice el Trágico (1), tiene dos soplos diferentes, y, con el mismo nombre, produce afectos en nada semejantes: pues también el pudor es una divinidad doble y al propio tiempo útil y perniciosa.

Él mismo daña ó perjudica al hombre.  
Ni hay un solo linaje de discordia,  
Sino dos en la tierra: quien conoce  
A uno, le adora: el otro trae la muerte  
Y el dominio del alma se reparten (2).

No es extraño, por consiguiente, que se haya dado á la pasión el nombre de la virtud, y que bajo la común denominación de amor se comprendan el placer desarreglado y la ternura discreta.

38. »Por tanto, dices, si el matrimonio nada es para tí y quieres desterrar la mujer de la vida, ¿cómo se perpetuará la especie humana? Era de desear, como dijo el sapientísimo Eurípides, que sin comercio con la mujer pudiéramos acudir á templos y altares para comprar por oro y plata hijos que nos sucediesen. La necesidad, poniéndonos sobre el cuello su pesado yugo, nos obliga á obedecer sus preceptos. Puesto que la razón nos induce á elegir lo mejor, ceda la utilidad á la necesidad. Admítanse, pues, las mujeres para tener hijos, pero para lo demás, fuera mujeres. ¿Que hombre de sano juicio podría sufrir á una mujer que desde la mañana añade mil artificios á su forma natural, fea de suyo, y corrige con adornos postizos lo que por naturaleza es repulsivo en ella?

---

(1) Desconocido.

(2) Hesíodo, *Las obras y los días*, v. 11 y siguientes.



39. »Quién viese á las mujeres cuando se levantan del nocturno lecho, las juzgara más feas que esos animales cuyo nombre es por la mañana de mal agüero. Por eso se encierran cuidadosamente y no se dejan ver de hombre alguno. Una turba de viejas y de criadas tan feas como el ama la rodean, dándole las drogas que han de disimular sus fealdades. Porque no hacen desaparecer en un raudal de agua limpia la pesadez producida por el sueño, antes de dedicarse á alguna ocupación seria, sino que emplean mil composiciones para hacer agradable el color desentonado de su cutis. Las servidoras de su tocador, como en una procesión pública, tienen todas algo en la mano: aguamaniles de plata, jarras, espejos, cajas en mayor cantidad que en la oficina de un boticario, vasos sin número llenos de drogas pérfidas, tesoro para blanquear los dientes y ennegrecer las pestañas.

40. »Pero la mayor parte del tiempo y del trabajo se consume en el aliño del cabello. Unas por medio de drogas, que prestan á los rizos el brillo del sol al mediodía, los tiñen como lana, y les dan un tono rubio, con perjuicio de sus naturales matices; otras, á las que les gustan los cabellos negros, se gastan la hacienda del marido en perfumarlos con todas las esencias de Arabia y con hierros calentados en un fuego suave, obligan á los cabellos á retorcerse en anillos, que dirigidos con arte prolijo, bajan hasta las cejas dejando descubierto un poquito de frente, mientras los de atrás flotan negligentemente sobre la espalda y los hombros.

41. »Cálzanla después sandalias de brillantes colores, tan apretadas que penetran en las carnes, y se viste con tela ligerísima, pretexto nada más para decir que no está en cueros. A través de este vestido se distingue todo con más facilidad que el rostro,

excepto los pechos que conservan siempre atados las que los tienen feos. ¿Qué necesidad hay de hablar de su lujo funesto? Piedras rojas, que valen muchos talentos, cuelgan de sus orejas; serpientes de oro, que ojalá fuesen verdaderas serpientes, ciñen sus muñecas y brazos; una corona de piedras índicas rodea su cabeza; costosísimos collares penden de su garganta; y el oro descende miserablemente al extremo de sus pies para defender la parte del talon que dejan descubierta. Mejor fuera que sus pies estuviesen atados con grillos de hierro. Después de falsificar su cuerpo con los encantos de una hermosura ficticia, se colorean sin vergüenza las mejillas, para que el brillo de la púrpura realce su intensa blancura.

42. »¡Pues y su vida después de tantos preparativos! Salen al punto de casa, y cada mirada es una mortificación de los maridos, y van á rendir culto á divinidades ni de nombre conocidas por los desdichados esposos: las Coliadas, creo, las Genetílicas (1), una diosa frigia, una fiesta por el amor de un pastor desgraciado (2). Vienen luego las iniciaciones secretas, los misterios, de que están excluidos los hombres y (¿mas para qué tratar de ello?) la corrupción del alma. Apénas de vuelta á su casa, un baño interminable, una mesa suntuosa y mil coqueterías con los hombres. Cuando se han atracado de manjares, y no pueden ya atravesar bocado, tocan con la punta de los dedos todos los platos para probar de todo, y charlan en tanto de sus noches, de sus sueños de diverso color, y de su lecho lleno de molicie, del cual nadie sale sin necesidad de tomar un baño.

---

(1) Sobrenombres de Venus tomados el primero del promontorio Colias, en que tenia un templo; y el segundo del acto de la generación. (Vid. Aristófanes, *Las Nubes*, v. 51, y *Lisistrata*, v. 2.)

(2) Adonis.

43. »Así es la vida de las buenas. Si alguno pretendiese investigar minuciosamente cómo es la de las malas, maldeciría de seguro á Prometeo y exclamaría con Menandro (1):

¿En las rocas del Cáucaso elevado  
No es justo que se pinte á Prometeo  
Y que su único bien sea la antorcha?  
Todos los inmortales le aborrecen,  
Y ya entiendo el por qué. ¡Dioses augustos!  
Él formó la mujer, casta maldita.  
Se casa un hombre, ¿se casó? Pues todo  
Son ya miseria y clandestino anhelo,  
Adúlteros royendo el nupcial tálamo  
Mortíferos venenos, y la envidia,  
La enfermedad más grave, que corroe  
Toda la vida á la mujer.

¿Quién busca tales bienes? ¿A quién puede agradar vida tan miserable?

44. »Opongamos, como es justo, á la perversidad de las mujeres la conducta inocente de los muchachos. Salta al amanecer del lecho, con nadie compartido: limpia con agua clara las huellas que el sueño ha dejado sobre sus ojos: prende la sagrada clámide á sus hombros y sale de la casa paterna con la cabeza baja, sin mirar de frente á ninguno de los que encuentra. Sus esclavos y sus pedagogos forman su honrado séquito, llevando en la mano los instrumentos de su virtud, no las púas de un peine para acariciarse el cabello, ni espejos donde sin necesidad de pintor vean representada su hermosura, si o tablillas numerosas ó volúmenes en que se guardan las virtudes de los antiguos, ó, si va á casa del maestro de música, su armoniosa lira.

(1) Se ignora á qué comedia pertenece este fragmento.

45. »Terminadas diligentemente con las doctrinas filosóficas los ejercicios intelectuales, y saturada la mente en aquel círculo de conocimientos, desarrolla su cuerpo con nobles ejercicios. Cuida caballos de Tesalia, y después de haber domado su juventud como un potro fogoso, aprende la guerra en el seno de la paz, lanzando dardos y disparando flechas con certera mano. Vienen luego las untuosas palestras, el polvo bajo el sol del mediodía, el sudar copiosamente con los esfuerzos de la lucha, un baño breve y una comida sobria como preparativo para los inmediatos quehaceres. Porque de nuevo se presentan los profesores á explicarle historia antigua, á inculcar bien en su memoria qué héroe se distinguió por su valor, cuál por su prudencia, cuáles se abrazaron al ejercicio de la templanza y al de la justicia. Cuando, por decirlo así, ha vertido sobre su tierna alma este rocío de virtudes, la noche da tregua á sus trabajos y el adolescente, después de pagar á su estómago necesario tributo, disfruta de un sueño agradable, descanso debido á las fatigas del día.

46. »¿Quién no amaré á un muchacho de estas condiciones? ¿Quién tendrá tan ciegos los ojos y tan estúpida la mente que no ame á este Mercurio en la palestra, Apolo en la lira, Cástor en la doma de corceles, que con cuerpo mortal sigue las virtudes de los dioses? Tocante á mí, ¡ojalá, celestes dioses, me fuera concedido vivir años sin cuento sentado frente á tal amigo, oyendo de cerca su dulce palabra, acompañándole á todas partes, y teniendo comunes con él obras y trabajos! Anhelaría que el objeto de mi cariño, después de una vida exenta de dolor y de inquietudes, llegase á la vejez. Mas, si como es ley de la humana naturaleza, le acometiese alguna enfermedad, enfermaré con él; si navega por tempestuoso

mar, navegaré con él; si algún tirano le encadena, me encadenaré con él. El enemigo que le aborrezca será mi enemigo, y todo el que le ame será amado por mí. Si enemigos ó ladrones le atacasen, lo defenderé más que con todas mis fuerzas; si muere, no podré vivir, y lo último que encargaré á los que después de él me sean queridos, es que nos pongan en el mismo sepulcro, mezclen mis huesos con sus huesos, y no separen nuestra insensible ceniza.

47. »No soy yo el primero que establece estas leyes respecto á objetos dignos de mi amor: la virtud heroica, próxima á la divina, había estatuído ya que el amistoso afecto se exhalase hasta la muerte. La Fócida unió desde la niñez á Orestes y Pílates, que tomando á un dios por mediador de su mutuo afecto, hicieron el viaje de la vida sobre el mismo navío: ambos, como si los dos fuesen hijos de Agamenón, mataron á Clitemnestra; ambos dieron muerte á Egisto. Cuando las Furias persiguieron á Orestes, Pílates sufrió más que su amigo y lo defendió ante el tribunal. Los confines de Grecia no fueron único teatro de aquella amistad, sino que navegaron hasta los términos de Escitia, enfermo el uno y cuidándole el otro. Cuando desembarcaron en Táuride, la Furia, vengadora de una madre, les dió al punto hospitalidad. Rodeáronles los bárbaros en un momento en que Orestes estaba tendido, víctima del acostumbrado acceso de furor, y Pílates

Quitábale la espuma de la boca,  
Cuidábale solícito, y el cuerpo  
Con el espeso manto le cubría (1),

mostrándose más como un padre que como un amigo.

---

(1) Eurípides, *Ifigenia en Táuride*, v. 528.

Cuando determinaron que uno se quedase para ser muerto y que el otro marchase á Micenas á llevar la carta, cada cual quería quedarse para que el otro viviera, creyendo cada uno que no moriría como viviese el otro. Orestes se negó á recibir la carta, creyendo que era más digno de llevarla Pílates, y éste exclamó entonces (1):

Si muere, es para mí carga excesiva,  
Pues de dolores cargaré mi nave.

Y poco después (2):

Dale á ése la carta. Envíalo á Argos;  
El cumplirá tus órdenes, y luego  
Mátame si te place.

48. »Así es todo. Cuando un afecto honrado, nutrido en el corazón desde la infancia, llega á fortificarse en la edad en que podemos reflexionar, logramos que el amigo querido corresponda á nuestro amor, y el mútuo cariño es como un espejo que refleja, sin diferencia alguna, la imagen del que en él se mira. ¿Por qué, pues, nos echas en cara, como si fuese un delito, un bien que, definido por las leyes divinas, ha llegado hasta nosotros en no interrumpida sucesión? Aceptándolo por esto con intención pura, lo conservamos como cosa sagrada. Es feliz, en efecto, según opinión de los sabios (3).

Aquel á quien le sirven tiernos mozos  
Y jóvenes corceles, pues al viejo  
Amado por los niños, le parece  
Más ligera la carga de los años.

(1) Id., *ibid.*, v. 598.

(2) Id., *ibid.*, v. 603.

(3) Estos versos se atribuyen á Calímaco.

Los oráculos délficos sancionaron la doctrina de Sócrates, brillantísimo juez de la virtud, y Apolo Pitio llamó el más sabio de los hombres al filósofo que, entre otros descubrimientos con que embelleció la vida, demostró la utilidad grandísima de la filopedia.

49. »Conviene, pues, amar á los jóvenes del mismo modo que Sócrates á Alcibíades, con quien durmió como un padre bajo la misma colcha (1), y yo no puedo terminar mejor mi discurso que con estos versos de Calímaco, útiles á todos:

Vosotros que fijáis ojos de fuego  
En los niños, el de Erquios os invita  
Al amor. Amad, pues, y las ciudades  
Llenaréis de varones excelentes.

50. »Sabiendo esto, oh jóvenes, acercaos discretamente á los niños buenos, y por un poco de placer no malgastéis larga ternura con afectos de ficticio amor que habrá de extinguirse con la madurez de la edad. Invocad al celeste Amor y conservad desde la infancia hasta la vejez inalterable cariño. Para quienes así aman, es dulcísimo todo el tiempo de la vida; en su conciencia no habita el remordimiento de ninguna falta; logran después de la muerte renombre universal, y, si hemos de creer á los hijos de los filósofos (2), el éter los recibe después de la tierra, y mueren sólo para pasar á una vida mejor, donde la inmortalidad es galardón de su virtud.»

51. Calicrátidas pronunció su discurso con ardor juvenil y suma majestad; quiso hablar otra vez Caricles, pero se lo impedí porque era ya hora de irnos á

(1) Platón, *El banquete*.

(2) Por los filósofos mismos. Expresión habitual en Luciano, imitada por el autor de este tratado. ●

embarcar. Instáronme ambos á que les dijera mi opinión, y considerando algún tiempo sus palabras: «No es posible, amigos míos, les dije, que de improviso y sin preparación anterior hayáis podido pronunciar vuestros discursos. Paréceme, por Júpiter, ver en ellos indicios evidentes de larga y sólida meditación. De cuanto debe decirse en el asunto, apenas habéis dejado cosa alguna para quien quisiera ocuparse en él; pues todo lo habéis tratado con pleno conocimiento y extremada elocuencia. Por lo cual, si posible fuese, desearía ser aquel Terámenes llamado el Coturno (1), para que ambos salieseis vencedores con igual pie. Pero como no me parece que habéis de cejar, y como yo mismo he decidido que no se dispute más sobre el asunto durante nuestra navegación, pronunciaré la sentencia que por de pronto me parece conforme á la equidad.

52. »El matrimonio es cosa utilísima para la vida de los hombres y la hace feliz cuando se encuentra bien. La filopedia, considerada únicamente como casta amistad, es sólo del dominio de la filosofía. Todos, por consiguiente, pueden casarse; pero amar á los niños sólo es lícito á los filósofos, ya que la virtud no existe perfecta en la mujer. Y tú, Caricles, no lleyes á mal que Corinto ceda á Atenas.»

53. Después de pronunciar mi breve sentencia, con el apresuramiento que las conveniencias sociales exigian, me levanté, pues veía á Caricles con la cabeza baja, como si se le hubiese condenado á la pena capital. El Ateniense, por el contrario, radiante de júbilo nos precedía con aire triunfador: lo creerías, al verlo.

---

(1) Uno de los treinta tiranos. Su *alias* indicaba su venalidad, pues el coturno era calzado muy ancho, acomodable á todos los pies, ó á los dos pies de una misma persona.



un vencedor de los Persas en Salamina. Mi decisión tuvo su recompensa en una cena espléndida con que la celebró Calicrátidas, que tenía natural propensión á la magnificencia. Para consolar á Caricles elogíé su fuerza de expresión, y le manifesté mi asombro continuo al oírle defender vigorosísimamente la causa más débil.

54. Tal fué nuestra permanencia en Cnido y tales los discursos pronunciados junto al templo de la Diosa, los que, llenos de amables lecciones y amena erudición, terminaron con el juicio que acabo de decirte. Y tú, Teomnesto, que has refrescado en mi memoria el recuerdo de esta historia ya antigua, ¿qué sentencia hubieras dado si te hubieran elegido juez?

TEOMNESTO.—¿Me crees un Melétida ó un Corebo para que fuera á dar una sentencia contraria á la que tan justamente pronunciaste tú? La suma amenidad de tus relatos me ha trasportado á Cnido, y á poco me figuro que esta pequeña casa era el templo de Venus. No obstante (ya que en un día de fiesta puede uno atreverse á todo, y la alegría, aunque excesiva acaso, conviene al de hoy), te diré que, admirando aquel majestuoso discurso sobre la filopedia, no me parece cosa agradable pasar días y días en compañía de un muchacho. . . . .

. . . . .

LICINO.—No permito, querido Teomnesto, que comiences un tercer discurso, del cual sólo podría oír el exordio en esta festividad, sin que el cuerpo de él llegase á mis oídos. Omitamos, pues, todo lo que pueda aumentar nuestro retraso, y vámonos á la plaza. Acércase ya el momento de encender la hoguera de Hércules, espectáculo agradable que nos recuerda lo que sufrió en el Eta.



## XXXIX.

### LOS RETRATOS (1).

LICINO Y POLÍSTRATO.

1. LICINO. — Como acontecía antiguamente á los que veían la Górgona, me ha ocurrido poco hace, amigo Polístrato, al ver una mujer hermosísima: á poco, como dice la fábula, me convierto de hombre en piedra, paralizado por el asombro.

POLÍSTRATO. — Sobrenatural y arrebatadora debia ser la belleza que dices, cuando siendo una mujer pudo conmover tan violentamente á Licino. Porque un muchacho fácilmente te impresiona, pues menos costaría mover de su sitio al Sipilo (2), que á tí de los jovencitos, á cuyo lado te estás con la boca abierta y á veces con lágrimas en los ojos como la misma hija de Tántalo. Pero ¿quién es y de dónde es esa petrificadora Medusa, para que yo también la vea? Creo que no me envidiarás el espectáculo, ni arderás en celos, si quiero paralizarme como tú al acercarme á ella.

---

(1) Este diálogo se supone elogio exagerado de cierta Pantea, de Esmirna, amada de Lucio Vero, ó bien retrato de Lucila, mujer del emperador Marco Aurelio. Se ha dudado de su autenticidad, pero apenas hay discrepancia en atribuírselo á Luciano.

(2) Monte de Lidia, sobre cuya cumbre se suponía que estaba Niobe, la altiva hija de Tántalo metamorfoseada en piedra.

LICINO.—Ten por cierto que con sólo mirarla desde un sitio elevado, te dejará estuperfacto é inmóvil como una estatua. El golpe será menos violento y la herida menos mortal si tú la miras; pero si ella fijase la mirada en tí, ¿cómo evadirte? Te atraería y te llevaría atado á donde quisiera, como la piedra de Heracléa (1) al hierro.

2. POLÍSTRATO. — Cesa, Licino, de describir esa portentosa beldad imaginaria y dime quién es esa mujer.

LICINO.—Tú crees que exagero, y yo temo que, cuando la veas, halles débiles mis elogios: tan superior á ellos habrá de parecerte. Pero no puedo decirte quién es. Su numerosa servidumbre y su brillante séquito de eunucos y criadas dan á entender una condición superior á la de un simple particular.

POLÍSTRATO.—¿No oíste á alguno cómo se llamaba?

LICINO.—No. Sólo he averiguado que es natural de Jonia, porque un espectador, mirando á su vecino, dijo cuando pasaba: «¡Así son las beldades esmirnenses! No es extraño que la más bella de las ciudades jonias haya producido la más hermosa de las mujeres.» Parecióme, por lo que se enorgullecía al verla, que el que así hablaba era también de Esmirna.

3. POLÍSTRATO.—Ya que te conduciste como una verdadera piedra no siguiéndola ni preguntando quién era ella al Esmirnense, descríbeme, hasta donde sea posible, su hermosura; porque acaso de este modo la conozca.

LICINO.—¿Sabes lo que pides? No puede la palabra, ó cuando menos la mía, trazar tan admirable imagen,

---

(1) El imán.

para lo cual acaso no bastarían el pincel de Apeles, Zeuxis y Parrasio, y el cincel de Fidias ó de Alcámenes. Afearía, pues, mi modelo con la deficiencia de mi arte.

POLÍSTRATO.—Pero á lo menos, Licino, ¿cuáles son sus rasgos principales? No creo empresa peligrosa el que hagas un bosquejo de ellos á un amigo.

LICINO.—Lo más seguro, á mi ver, será llamar en mi ayuda á algunos famosos artistas de la antigüedad, para que hagan el retrato de esta mujer.

POLÍSTRATO.—¿Qué quieres decir? ¿Cómo han de acudir los muertos hace tantos años?

LICINO.—Fácilmente, si no te molesta el darme algunas contestaciones.

POLÍSTRATO.—Pregunta cuanto quieras.

4. LICINO.—¿Has estado alguna vez en Cnido?

POLÍSTRATO.—Sí, por cierto.

LICINO.—Y habrás examinado detenidamente la Venus de aquel país.

POLÍSTRATO.—Sí, por Júpiter, la obra más bella de Praxiteles.

LICINO.—¿Oirías también la historia de aquel joven que, enamorado de la estatua, se quedó cerrado en el templo, y satisfizo como pudo su pasión? (1). Pero esto lo referiré en otro sitio. Puesto que has visto, dices, esta Venus, contéstame ya si has visto también la de Alcámenes, que está en Atenas, en los jardines.

POLÍSTRATO.—Sería, amigo Licino, el más indiferente de los hombres si hubiera dejado de ver la obra más bella de Alcámenes.

LICINO.—No te preguntaré, Polístrato, si has subido

(1) Vid. *Los amores*, 15 y siguientes. Cratina ó Frine sirvieron de modelo á Praxiteles para la bella estatua de Venus en Cnido.

muchas veces á la Acrópolis, á contemplar la Sosandra de Calamis (1).

POLÍSTRATO.—La he visto muchas veces.

LICINO.—Eso me basta. ¿Qué obra de Fidias te parece más admirable?

POLÍSTRATO.—¿Cuál sino la Lemniense (2), en la que Fidias quiso inscribir su nombre? Y, á fe mía, también la Amazona apoyada en la lanza.

5. LICINO.—Todas son bellísimas, compañero, y no necesitamos otros artistas. Con esas estatuas voy á componer ahora una que tenga lo más perfecto de todas.

POLÍSTRATO.—¿Y cómo puede hacerse eso?

LICINO.—No es difícil, Polístrato. Entreguemos esas estatuas á la palabra, y permitámosle que haga cambios en sus bellezas, que las componga, que las armonice todo lo posible, observando siempre la variedad y la unidad en el conjunto.

POLÍSTRATO.—Tienes razón. Que las tome á su cargo, y que muestre su ingenio. Deseo saber cómo combinará esas perfecciones y cómo con tantas y tan diversas, compondrá una de armonioso conjunto.

6. LICINO.—Vas á ver esa imagen, compuesta por mí. De la Venus llegada de Cnido, tomara sólo la cabeza, pues, el resto del cuerpo, como está desnudo, no le hace falta. Los cabellos, la frente y las cejas, que parecen obra de pincel, se conservarán como Praxiteles los trazó, así como la gracia y la voluptuosa humedad de sus brillantes ojos. Las mejillas y

(1) Calamis floreció poco más tarde que Fidias. Sobresalió en la representación de caballos. Se ignora quién era la Sosandra cuya estatua cita Luciano. Se supone que fué una sacerdotisa de Minerva, ó Leena, amante de Aristogitón, uno de los matadores de Hiparco.

(2) Estatua de Minerva, costeada por los habitantes de Lemnos, de donde le vino el sobrenombre.

las partes salientes del rostro, nos las prestarán Alcámenes y la Venus de los jardines, de la cual serán también la extremidad de las manos, la proporción de las palmas, y los dedos redonditos y afilados. El contorno del rostro, la delicadeza de las mejillas, la corrección de la nariz, serán suministrados por Fidias y su Lemniense, así como la comisura de los labios y el cuello, serán de su Amazona. La Sosandra y Cálamis, la embellecerán con los atractivos del pudor y de la honesta sonrisa, y le prestarán también la vestidura, noble y decente, á excepción de la cabeza, que permanecerá desnuda. ¿Y la estatura? Elegiremos la de la Venus de Cnido, sirviéndonos también para esto de Praxiteles. ¿Qué te parece, Polístrato? ¿Será bella la imagen? y mucho más, cuando esté del todo terminada.

7. POLÍSTRATO.—En efecto, no has expresado todavía, queridísimo amigo, un género de hermosura ajeno á la estatua, aunque hayas reunido en ella las perfecciones de las otras.

LICINO.—¿Cuál?

POLÍSTRATO.—Y no es el menos importante, amigo mío, á no ser que creas de poca monta para la hermosura el color conveniente á cada parte, de manera que sea negro lo que es negro, blanco lo que deba ser blanco, sonrosado lo que exija este matiz gracioso, y así en lo restante. Paréceme, pues, que aun falta lo principal en nuestra obra.

LICINO.—¿Cómo procurárnoslo? ¿Llamaremos á los pintores, y sobre todo, á los más distinguidos en la mezcla hábil de las tintas y en su discreto empleo? Vengan, pues, Polignoto, Eufranor, Apeles y Aeción. Divídanse el trabajo: dé Eufranor á los cabellos el color con que pintó los de su Juno; diseñe Polignoto las cejas, y extienda sobre las mejillas el suavísimo

rubor de su Casandra, de la galería de Delfos (1), y pinte además su finísima vestidura, graciosamente levantada donde deba, y flotando al viento la mayor parte. El resto del cuerpo revele el pincel de Apeles en la Pacate (2); no sea excesivamente blanco, sino sonrosado por la transparentada sangre. Para los labios, Acción le pintará los de Rojana (3).

8. Pero lo mejores llamar á Homero, el mejor de los pintores, sin exceptuar á Apeles y á Eufranor, y él nos dará el color de los muslos de Menelao (4), comparado al del marfil ligeramente teñido de púrpura, y con él coloreará toda nuestra imagen: él pintará también los ojos grandes y dulces como de becerra (5).

(1) Λέσχη era un sitio público donde se acudía á hablar; de ahí su nombre, que significa *conversación*. Me ha parecido que á un *mentidero* ó *mentirón* (así se llama parte de la Plaza Vieja ó de Castilla, en Vitoria), adornado de estatuas, bien puede llamársele *Galería*, como lo hago en la versión.

(2) Eliano la llama *Pancaste* (*Hist. Div.*, XII, 34), y Plinio *Campaste* (*Historia Natural*, XXXV). Era amante de Alejandro. Apeles, al retratarla, se prendó de su modelo, y Alejandro se la cedió.

(3) Vid. en *Herodoto* ó *Acción*, 4 y 5, la bella descripción del cuadro de las bodas de Alejandro con Rojana.

(4) Alude á la *Ilíada*, IV, v. 140 y siguientes:

Cual las mujeres  
De Caria ó de Meonia en rubicunda  
Púrpura tiñen el marfil, y labran  
Vistasas carrilleras que los frenos  
Ornen de los caballos, y aunque muchos  
Jinetes las codicien en su casa  
Las tienen sin vender para que sean  
Alhaja del algún príncipe y un día  
Sirvan de ornato al alazán brioso  
Y muestren de su dueño la riqueza;  
Tal en purpúrea sangre, oh Menelao,  
Teñidos fueron tus robustos muslos  
Y tus piernas entonces, y abundosa  
Llegó la sangre al cándido tobillo.

(Tr. de HERMOSILLA.)

(5) Βοῶπις, *ojos de buey*, epíteto homérico de Juno.



Ayudarále en la obra el poeta Tebano (1), dando á los párpados el matiz de la violeta (2): después el mismo Homero representará su amable sonrisa, sus blancos brazos, sus dedos de rosa (3), y la hará, con más justicia que á Briseida, semejante á la áurea Venus (4).

9. Esto harán los hijos de los escultores, de los pintores y de los poetas; pero lo que en ella brilla y florece sobre todos sus encantos, la gracia, ó más bien todas las Gracias y todos los Amores que en derredor suyo forman coros (5), ¿habrá quien pueda imitarlos?

POLÍSTRATO.—Es verdaderamente un prodigio de hermosura, Licino; un ser celestial enviado por Júpiter. ¿Qué hacía cuando la viste?

LICINO.—Tenía en la mano un libro á medio rollar, y parecía que leía una parte después de haber leído la otra. Mientras andaba decía á uno de sus acompañantes no sé qué cosa, pues no pude oír sus palabras. Se sonreía, oh Polístrato, y enseñaba unos dientes ¿cómo decírtelo? ¡tan blancos, tan iguales, tan bien colocados! ¿Has visto algún bellissimo collar de brillantísimas perlas de igual grueso? así estaban alineados. El carmín de los labios les daba más realce. Pudiera compararles al pulido marfil de que habla

(1) Píndaro.

(2) Ἰοβλέφαρον (*Olimpica*, VI, v. 51).

(3) Epítetos frecuentísimos en las poesías homéricas: φιλομμίειδος, de amable sonrisa; λευκώλενος, de blancos brazos; ῥοδοδάκτυλος, de rosados dedos.

(4) *Ilíada*, XIX, v. 282.

(5) Cf. *Anacreóntica*, XXVIII.

Y en torno del blanco cuello  
Y bajo la linda barba,  
Revoloteando el coro  
De las adorables Gracias.

Homero (1): ninguno era más ancho, más saliente ó más separado que los otros: tenían igualdad perfecta, idéntico color, el mismo tamaño y continuidad irreprochable. Eran, en una palabra, un grande y maravilloso espectáculo, superior á toda belleza humana.

10. POLISTRATO.—Basta. Ya sé, sin duda alguna, de quién hablas. Lo colijo de tu descripción y de su patria. Has dicho que iba seguida de algunos eunucos.

LICINO.—Sí, y de algunos soldados.

LISISTRATO.—Esa beldad hechicera es la amada del Emperador, amigo mío.

LICINO.—¿Qué nombre tiene?

LISISTRATO.—Uno muy hermoso y muy amable: el mismo que tenía la bella esposa de Abradates (2). Sabrás, porque mil veces lo habrás oído, los elogios tributados por Jenofonte á esta mujer tan discreta como hermosa.

LICINO.—Sí, y paréceme que la veo: ¡tanto me entusiasmo cuando llego á la lectura de aquel trozo! Poco me falta para oír las palabras que el historiador pone en su boca, cuando arma á su marido y lo envía al combate.

11. POLISTRATO.—Pero tú, amigo mío, no la has visto más que una vez cuando pasaba con la rapidez del relámpago, y sólo puedes alabar en ella lo que salta á la vista, el cuerpo y la hermosura, digo, pues no has contemplado las perfecciones de su alma, y no conoces, por consiguiente, cuánto exceden en divina hermosura á sus cualidades exteriores. Pero yo soy amigo suyo y, como compatriota, hablo con ella muchas veces; conozco, por lo mismo, la dulzura de

---

(1) *Odisea*, XVIII, v. 195.

(2) Llamábase Pantea. El pasaje de Jenofonte á que hace referencia Luciano se halla en la *Ciropedia*, IV, 4.

su carácter, su afabilidad, la elevación de su espíritu, su instrucción y su templanza, y las pongo por encima de su belleza; pues otra cosa sería ridícula é irracional, como si prefiriese el vestido á la persona. La belleza perfecta existe, á mi juicio, cuando en una persona se juntan la perfección del alma y la belleza del cuerpo. Muchas mujeres hermosas te podría enseñar que deshonran la flor de su belleza, pues si hablan, parece como que se deshoja y muere, y si gesticulan indecorosamente, dan á entender cuán indigna es aquella alma de ser dueña de tal hermosura. Parécenme las tales idénticas á los templos egipcios, grandiosos, bellos, adornados de piedras preciosas, relucientes de oro y pinturas; pero si se busca la divinidad que encierran, es un mono, ó un ibis, ó un chivo, ó un gato. Así son muchas, digo. No basta la hermosura, si no va acompañada de los convenientes adornos, y por éstos entiendo no vestidos de púrpura y collares, sino, como antes he dicho, la virtud, la discreción, la dulzura, la amabilidad, y todas las prendas, en fin, de que es nuestra beldad perfectísimo modelo.

12. LICINO.—Pues bien, amigo mío, relato por relato, y págame, como se dice, con la misma moneda, ó, ya que te es posible, con otra más grande, trazándome el cuadro de su alma, para que no la admire sólo á medias.

POLÍSTRATO.—No es baladí, compañero, la prueba á que me sometes. No es lo mismo elogiar lo manifiesto á todos que describir lo que no puede verse. Para pintar ese retrato creo que también necesitaré que me ayuden, no sólo pintores y escultores, sino filósofos, para poder trazarlo conforme á las reglas prescritas y concluirlo con perfección clásica.

13. Manos á la obra. En primer lugar es elocuente

y persuasiva: aquello de «más dulce que la miel fluye la palabra de su lengua», Homero lo hubiera dicho de ella mejor que del anciano de Pilos (1). El dulcísimo tono de su voz no es grave como el de los hombres, ni muy agudo, y por consiguiente excesivamente femenino y quebrantado, sino blando y suave como de muchacho próximo á la pubertad. Insinúase con tal placidez en los oídos, que al callar siguen resonando dentro de ellos sus palabras, de las cuales quedan á modo de dulcísimos ecos que las repiten, dejando en el alma huellas de miel y persuasión perfecta. Pues ¿y si canta, sobre todo acompañada por la cítara? Entonces, ignorantes de la música á su lado, tienen que callar cisnes, cigarras (2) y alciones, pues la misma hija de Pandión (3) parecería imperita y tosca, aunque desplegase la rica variedad de su canto.

14. Orfeo y Anfión, que se apoderaban del ánimo de sus oyentes hasta el punto de atraer con sus acordes á los seres inanimados, si la oyesen, dejarían, creo, sus cítaras y la escucharían en silencio. Porque el conservar una armonía perfecta, el mantener inalterable el ritmo, el ajustar á los tiempos del compás el canto, el acompañarse con la cítara, el llevar exactamente unidos la voz y el plectro, el observar la debida digitación y el plegarse á todas las exigencias de la melodía ¿cuándo fueron conocidas del cantor tracio ni del pastor del Citerón que citarizaba apacientando los toros? Por eso si alguna vez la oyes cantar,

---

(1) *Ilíada*, I, v. 249.

(2) Vid. *Los Amores*, 18, nota.

(3) Filomela, transformada en ruiseñor (Ovidio, *Metamorfosis*, lib. VI, fábula VI; Virgilio, *Geórgicas*, IV). Anacreonte (*Oda XII*), y Aristófanes (*Las Aves*), siguen la tradición que suponía á Progne, esposa de Teseo, metamorfoseada en ruiseñor, y á su hermana Filomela en golondrina. Para el caso es indiferente.

Licino, no sólo te quedarás petrificado como los que veían á las Gorgonas, sino que comprenderás el poder de las Sirenas, pues enajenado y extático te olvidarás de la patria y la familia. Aunque te tapes los oídos con cera, su voz penetrará á través de ese obstáculo y creerás oír á Terpsícore, á Melpómene ó á la misma Calíope, su maestra, cuyos encantos y atractivos tiene. En una palabra, figúrate que su canto es el que debe esperarse de aquellos dientes y de aquellos labios. Tú has visto á la mujer de que hablo; imagínate, pues, que la has oído.

15. Su lenguaje escogidísimo es el jónico puro, no siendo extraño que lo hable admirablemente y lo llene de gracias áticas, porque es su idioma nativo y el de sus antepasados y era imposible que no tuviese el de quien nace en una colonia de Atenas. Tampoco es de extrañar su afición á la poesía, siendo conciudadana de Homero (1). Este es, Licino, el retrato de su hermosa voz y de su canto, hasta donde se le alcanza á mi torpeza. Veamos los demás: porque yo no pienso, como tú, reunir todas sus perfecciones en una sola imagen. Este trabajo, aunque ejecutado por un pintor de profesión, sería incapaz de representar la multiforme variedad de tantas bellezas, rivales unas de otras. Cada virtud de su alma tendrá retrato diferente, copiado con exactitud del vivo modelo.

LICINO.—Me prometes, Polístrato, una fiesta y un verdadero banquete público. Vas á pagarme de veras con mayor medida. Mide, pues, y cuenta que es el mayor favor que puedes hacerme.

16. POLÍSTRATO.—Indudablemente los conocimien-

---

(1) Entre las muchas tradiciones acerca de la patria de Homero, aparece bastante fundada la opinión que le hace jonio, sin fijar la ciudad donde nació el gran aeda.

tos adquiridos con la meditación y el estudio son, por necesidad, los más hermosos; formemos, pues, con ellos un conjunto bello y variado, para no quedar por debajo de tí en el arte plástico. Entren en él, para que contenga todos los tesoros Heliconios, no los de Clío, Polimnia, Calíope ó los de otras Musas aisladamente, sino los de todas juntas y á más los de Mercurio y Apolo. Todo lo ensaizado por los versos de los poetas, por los discursos elocuentes de los oradores, por los relatos de los historiadores ó por las lecciones de los filósofos, adorne nuestro cuadro, no con superficial colorido, sino penetrando profundamente en él de manera que encarnen indeleblemente los colores. Perdóneseme si, á pesar de todo, no consigo que mi pintura sea copia fiel del modelo, porque ni en la antigüedad hay memoria de instrucción tan acabada. Pero, si te parece, expondré mi cuadro: no tiene nada reprehensible, á mi juicio.

LICINO.—Es bellísimo, Polístrato, y todo su dibujo correcto.

17. POLÍSTRATO.—Ahora corresponde delinear el retrato de su discreción y de su inteligencia. Para éste sí que necesitaremos multitud de modelos, antiguos los más, y uno de la misma Jonia. Nuestros dibujantes y artistas serán Esquines (1), el amigo de Sócrates y el mismo Sócrates, ambos los más hábiles en hallar la semejanza, por cuanto pintaban inspirados por el amor. La famosa Aspasia de Mileto, amada del ilustre Olímpico, digna también de admiración, nos dará un modelo, no de despreciar, tocante á discreción, experiencia en los negocios, golpe de vista político, rapidez de juicio y penetración. Trasladémos-

---

(1) Compuso un libro en que retrataba á Aspasia, la célebre amante de Pericles (Diógenes Laercio, lib. II, *Eschines*, 1).

lo, pues, al cuadro á exacta escuadra, sin más diferencia que la de ser aquella una miniatura y esta una imagen colosal.

LICINO.—¿Por qué dices eso?

POLÍSTRATO.—Porque ambos retratos, aunque semejantes, difieren en magnitud. La república ateniense no igualaba en poder, ni con mucho, á la romana. Por consiguiente, aunque nuestro retrato se parezca al de Aspasia, le sobrepuja en tamaño por estar pintado sobre tabla más grande.

18. Nuestro segundo y tercer modelo serán la famosa Teano (1), la poetisa de Lesbos (2), á las cuales se unirá Diótima (3). Teano nos dará para nuestra pintura su espíritu magnánimo; Safo la elegancia de su ingenio y Diótima, además de las prendas elogiadas por Sócrates, el consejo y la prudencia. He aquí un nuevo retrato, amigo mio.

19. LICINO.—Admirable, á fe mía, mi querido Polístrato. Pinta otro.

POLÍSTRATO.—Respecto á su bondad, amigo mio, y á su afabilidad, indicio de un carácter afectuoso, y á su benevolencia con los necesitados, la pintaremos igual á la otra Teano (4) esposa de Antenor, á Arete (5) y á su hija Nausicaa, y á cualquier otra que, en alta posición, se haya distinguido por su modestia.

20. Siga á este cuadro de su modestia el de su amor al varón con quien vive. Tal era en todo la hija

(1) Hija y (según Diógenes Laercio) mujer de Pitágoras.

(2) Safo.

(3) No se tienen más noticias de ella que las que Platón (*El Banquete*, XXII y siguientes) pone en boca de Sócrates. (Vid. *Cinco diálogos de Platón*, traducidos por D. Anacleto Longué, Madrid, 1880.)

(4) *Ilíada*, v, v. 70.

(5) Mujer de Alcínoo, rey de los Feacios. (Vid. *Odisea*, VIII, v. 65.)

de Icarío (1), mujer prudente y discreta cuyo retrato debemos á Homero, que pintó con estos rasgos á Penélope, ó también, por Júpiter, aquella colomboña suya, mujer de Abradates, de la cual hicimos mención hace poco.

LICINO. — Hermosísima es también esta pintura, Polístrato. Pero como has pintado toda su alma, elogiando por grupos sus cualidades, supongo que estarán casi concluídos tus retratos.

21. POLISTRATO.—No toda. Aun queda lo más digno de elogio. Me refiero á que, no obstante su elevado rango, ni le desvanece su felicidad, ni confía ciegamente en la fortuna que la ensalza sobre los demás mortales, sino que guardando siempre el mismo nivel, nunca incurre en ninguna descortesía ó insolencia, trata siempre con finura y de igual á igual á cuantos se le acercan, acoge con afabilidad los testimonios de amistad y cortesanía, y regocija tanto más á los que los reciben, cuanto mayor es la altura de donde vienen y menor la ostentación teatral con que se los dispensa. Así es como los muy poderosos que emplean sus facultades no en el sentido del desden, sino en el de la benovolencia, parecen verdaderamente dignos de los bienes que les otorga la fortuna. Estos son los únicos justamente libres de envidia; pues nadie quiere mal al poderoso á quien ve usar moderadamente de su dicha, sin hollar cabezas humanas, como la homérica Ate (2), y pisotear á los débiles. A los hombres de espíritu mezquino, privado de todo sentimiento generoso, les sucede que, cuando inopinadamente los sube la fortuna á su alado y sublime carro, descontentos de su suerte, no

---

(1) Penélope.

(2) Vid. *Ilíada*, x, v. 500.



miran á la tierra y anhelan subir siempre; pero pronto la cera se derrite, dispersanse las plumas de las deshechas alas, y, nuevos Ícaros, caen de cabeza al mar, sirviendo á todos de risa. Mas los que manejan sus alas como Dédalo, se acuerdan de que están hechas de cera, y nunca se elevan demasiado; acomodan su vuelo á la naturaleza humana; se satisfacen con ir rasando al mar; humedecen de cuando en cuando sus alas y no las exponen directamente á los rayos solares, y llegan segura y discretamente á su objeto. Esto es lo que merece mayor elogio en nuestro modelo, por lo cual todos, en recompensa de su bondad, desean que conserve perpétuamente las alas y que afluyan sobre ella bienes sobre bienes.

22. LICINO.—Así sea, Polístrato; porque bien lo merece. Pues no sólo es hermosa de cuerpo, como Helena, sino que oculta un alma infinitamente más amable y bella. Un emperador tan grande, tan bueno y tan afable debía, entre sus otras dichas, tener la de que bajo su mando naciese tan perfecta mujer, para que viviese con él y le amase. Pues no es pequeña felicidad una mujer de la cual se diría justamente, con Homero, que puede compararse en hermosura á la áurea Vénus y en habilidad á Minerva (1). No hay, en efecto mujer alguna que pueda comparársele, no sólo en el cuerpo, como dice Homero (2), sino en la inteligencia y en las obras.

23. POLÍSTRATO.—Dices verdad, Licino. Por lo cual, si te parece, mezclaremos ya los retratos, tanto el que tú has hecho del cuerpo, como los que yo he pintado del alma, y formando con todos uno solo, lo pondremos en un libro para admiración de presentes

(1) *Iliada*, x, v. 389.

(2) *Id.*, i, v. 115.

y futuros. Más duradero será que los de Apeles, Parrasio y Polignoto, pues, aparte de su mayor belleza, no está hecho de madera, cera y colores, sino inspirado por las Musas, y presenta una imagen fidelísima de la hermosura del cuerpo y de las virtudes del alma.

---

## XL.

### ACERCA DE LOS RETRATOS.

POLÍSTRATO Y LICINO.

1. POLÍSTRATO.—«Yo, Licino, ha dicho la mujer, he visto sobre todo en tu escrito sumo afecto hacia mí y honra muy singular; porque nadie me elogiaría tanto, si no escribiese inspirado por el afecto. Yo, para que lo sepas, voy á decirte cómo soy. No me regocijan los aduladores de oficio; parécenme, por el contrario, gente embaucadora y de servil condición; y los elogios, principalmente cuando son exagerados é inverosímiles, me ruborizan y me obligan casi á taparme los oídos, pues los creo, más bien que alabanzas, verdadera irrisión.

2. »Porque los elogios sólo son soportables en cuanto el elogiado se reconoce poseedor de las cosas aplaudidas; fuera de esto, ya le son extraños y manifiesta adulación. Conozco, sin embargo, muchos, ha añadido, que gozan cuando en un elogio se les atribuyen cualidades que están lejos de tener: ancianos, por ejemplo, ponderados por su robustez; feos, comparados en hermosura á Nireo ó á Faón, pues se imaginan, éstos que las lisonjas van á cambiar su figura, aquéllos que los van á rejuvenecer, como Pelias esperó.

3. »Pero no es así. ¿Cuál no sería el precio del elogio si pudiera dar realmente lo que supone con lisonjera exageración? Los que gozan viéndose adulados de este modo, son semejantes, á mi ver, á un hombre feo que se pusiera una máscara hermosa y se preciase de una belleza que cualquiera puede quitarle y que fácilmente se puede romper, logrando sólo aparecer más ridículo cuando al descubrirse aparezca tal cual es su verdadera faz; ó también, por vida mía, á un chiquituelo que calzado de coturno contendiese en estatura con personas cuya talla es de un codo más cuando se pone á su nivel.» A propósito de esto me citó un caso.

4. Una mujer ilustre, hermosa, bien proporcionada y de estatura bastante menos que mediana, era alabada en los versos de un poeta, por todo y principalmente por bella y alta, hasta el extremo de compararla á recto y elevado álamo. Sensible al elogio, empezó ella á moverse como si creciera á cada verso y á agitar las manos: el poeta, viendo cuanto le agradaban sus lisonjas, recitó el mismo trozo varias veces, hasta que acercándosele uno de los presentes: «Basta, le dijo al oído, no hagas que se levante esa señora.»

5. Cosa semejante, pero mucho más ridícula hizo Estratónice, mujer de Seleuco. Aunque calva y sin tener apenas un cabello, propuso á los poetas un certamen con premio de un talento para el que mejor celebrase sus cabellos. Todos conocían el estado de su cabeza á causa de una larga enfermedad, y oyó, sin embargo, á poetas execrables que dijeron que sus cabellos eran como flores de jacinto, y, aunque ni uno tenía, los asemejaron en profusión y graciosos bucles á las hojas del apio.

6. Así se burlaba nuestra beldad de todos los que se entregan á los aduladores «Muchos, añadía, no sólo

quieren ser lisonjeados y engañados en los elogios, sino hasta en las mismas pinturas. Prefieren, decía, aquellos pintores que los representan más hermosos. Hay también quienes mandan al artista quitarles algo de la nariz, ó ponerles más negros los ojos, ó pintarlos, en fin, como desearían ser, sin advertir que de este modo coronan la imagen de otro, en nada semejante á la suya.»

7. Estas y otras cosas decía, alabando lo demás de tu libro, menos el que la comparases á las diosas Juno y Venus, lo cual no le pareció tolerable. «Semejante cosa, dijo, es superior á mí y á todos los mortales. Yo no hubiera querido que me comparase á las heroínas Penélope, Arete y Teano, cuanto menos á tan principales diosas. Venero y respeto infinito á los dioses, añadió; y temería ser como Casiopea admitiendo ese elogio; y eso que ésta sólo se comparó á las Nereidas, respetando á Venus y á Juno.

8. Por lo cual, Licino, te manda rectificar tu obra, ó si no, toma á las diosas por testigos de que la has escrito contra su voluntad, y de que sabes que, puesto en circulación tal cual está tu libro, le disgustaría mucho por irreligioso é impío. Se tendría á sí misma por impía y culpable si permitiese que se la comparase á la Venus de Cnido ó á la de los Jardines, y te recuerda lo que de ella dices al fin de tu libro, al elogiar la modestia y la animadversión al fausto con que se mantenía en los límites de la condición humana, volando siempre rasando á la tierra: esto dices, y á renglón seguido la elevas sobre el mismo cielo, asemejándola á las diosas.

9. Te ruego que no la creas menos sensata que Alejandro, que habiéndole prometido un arquitecto hacer de todo el monte Atos una estatua que le representase con una ciudad en cada mano, no admitió la porten-

tosa oferta, y creyéndola empresa superior á él, mandó callar al temerario escultor de colosos, y dejar en su sitio al Atos, sin ir á empequeñecer tan gran montaña hasta darle apariencias de un cuerpo humano. Alababa mucho Pantea este rasgo magnánimo de Alejandro, que con su negativa se había erigido en la memoria eterna de los hombres una estatua más elevada que el Atos, pues no es de almas mezquinas el despreciar tan extraordinario honor.

10. Admira también tu idea y tus bien pensados retratos, pero no los halla parecidos. No se cree digna de ellos, ni cree digna de tal honor á ninguna mortal. Por lo cual no lo acepta, y adora á tus divinos modelos. Alaba sus virtudes humanas, y no la calces zapato mayor que el pie. «No me haga pisar en falso y caerme» (1), según sus propias expresiones. También me mandó decirte lo siguiente:

11. «He oído decir á muchos (los hombres sabréis mejor que yo si es cierto), que en Olimpia no se permite erigir á los vencedores estatuas mayores que el natural. Los Helanódicos cuidan de que nadie se exceda, y miden las estatuas con más cuidado que á los mismos luchadores. Mira, por consiguiente, no vayamos á ser acusados de haber falseado la medida, y á dar motivo para que los Helanódicos (2) derriben nuestra estatua.»

12. Esto ha dicho. Mira ahora, Licino, cómo has de corregir tu obra, retirando lo ofensivo á los dioses.

---

(1) Cf. Horacio (*Epist.* x, lib. 1):

Con más ó menos del caudal preciso  
Pasa lo mismo que con mal calzado  
Lastima si es pequeño, y si está grande  
Nos hace tropezar á cada paso.

(2) Jueces de los juegos ó certámenes.

Ella lo llevó muy á mal, se horrorizó al oírlo, y (debilidad disculpable en una mujer) pidió á las diosas que le fuesen propicias. Y en verdad, hablando con franqueza, á mí también me parece que tiene razón. Al principio, cuando te oí leer el trabajo, no observé en él nada digno de censura; pero en cuanto ella me ha hecho notar ciertos puntos, comienzo á participar de su opinión. Me ha ocurrido en esto lo que suele acontecer cuando vemos ciertas cosas: al mirarlas de cerca y casi tocando á los ojos, nada distinguimos con claridad; pero si nos apartamos y las examinamos á distancia conveniente, todo aparece perfectamente distinto, lo que está bien y lo que está mal.

13. Declarar á una criatura humana semejante á Juno y á Venus, ¿qué es sino rebajar abiertamente á estas diosas? Porque en comparaciones de esta especie no se agranda lo pequeño, sino que se empequeñece lo grande, rebajándolo á nivel de lo menor. Si van juntos dos hombres, uno de talla gigantesca y otro de pequeña estatura, y hay que igualarlos de manera que ninguno sobresalga, no lo conseguiremos haciéndolos empinarse al pequeño, aunque llegue á ponerse sobre la punta de los pies, sino obligando á encorvarse al más alto para que parezca menor. Así, en este linaje de comparaciones, el hombre no se hace más alto, asemejándolo á un dios, sino que éste se aminora rebajado hasta la humana imperfección. Es verdad que la carencia de objetos terrestres puede atenuar la falta del que se exceda hasta usar comparaciones con los divinos, sin incurrir en nota de impiedad, pero tú, teniendo tantas bellezas humanas, has osado innecesariamente asemejarla á Juno y Venus.

14. Quita, pues, Licino esa censurable exageración, tan contraria, por otra parte, á tu habitual modo de obrar. De ordinario no propendes ni te inclinas al

aplauzo; pero ahora, no sé por qué repentina metamorfosis, lo concedes con verdadera profusión, transformado de parco que eras en elogios, en pródigo y derrochador. Por lo demás, no te avergüences de corregir un libro que ya ha sido puesto en publicación, pues también Fidias hizo cosa semejante cuando terminó el Júpiter de Elea. En pie detrás de las puertas, después de haber quitado la cubierta de la estatua, escuchó las alabanzas y censuras de los concurrentes: uno tachaba de demasiado gruesa la nariz, otro de excesivamente largo el rostro, y otro otra cosa; y Fidias, luego que se retiraron, se volvió á encerrar y corrigió su obra con arreglo á la opinión de los más. No creía, en efecto, de poco valor el parecer de tanta concurrencia, opinando que por necesidad muchos ven más que uno, aunque sea un Fidias. Este es el encargo que de ella traigo, y esto te recomiendo como compañero y amigo.

15. LICINO.—¡No sabía que eras tan gran orador! Tan larga y tan vigorosa oración has pronunciado en contra de mi escrito que ni esperanza me dejas de poderlo defender. Pero tocante á los usos y ritos forenses no has sido, que digamos, muy formal, pues has sentenciado á mi libro sin oírle y sin que yo abogase por él. «Facilísimo es, según dice el proverbio, el premio ganar cuando no hay quien corra ni menos ni más.» No es de admirar, pues, que haya perdido mi causa, no habiéndoseme dado tiempo y permiso para poderla defender. Antes bien, lo cual es muy impropio, habéis sido á un tiempo jueces y acusadores. ¿Qué deseas, pues: la aquiescencia á vuestro fallo, la palinodia á ejemplo del poeta Himerense, ó me daréis permiso para abogar en mi favor?

POLÍSTRATO.—Sí, por Júpiter, siempre que tengas algo justo que decir. Porque no defenderás tu causa



entre adversarios, como dices, sino entre amigos, y yo, por mi parte, estoy dispuesto á comparecer contigo.

16. LICINO.—Sólo siento que nuestra beldad no se halle presente: esto sería mucho mejor. Me veo precisado á abogar por medio de procurador. Pero, si te comprometes á ser tan fiel mensajero de lo que yo diga como lo has sido de lo que ella te encargó, me atreveré á afrontar la suerte.

POLÍSTRATO.—Tocante á eso, pierde cuidado, Licino. Yo le repetiré fielmente tu defensa, si procuras ser breve para que la retenga fácilmente en la memoria.

LICINO.—Necesitaba, sin embargo, pronunciar un largo discurso para rebatir tan vehemente acusación; pero lo abreviaré en obsequio tuyo. Dile, pues, de mi parte.....

POLÍSTRATO.—Nada de eso, Licino; habla como si ella estuviese presente: después repetiré yo delante de ella tu discurso.

LICINO.—Por consiguiente, pues así lo deseas, ella está aquí, y me ha dicho por sí misma lo que me has comunicado de su parte. Debo dar principio á mi respuesta. Pero (no me avergüenzo de confesarte lo que me sucede) tú, no sé cómo, has hecho mi justificación más temible; ya, como ves, sudo, tiemblo, me parece que la veo, y esto me perturba extraordinariamente. Empezare, sin embargo, pues no estaría bien evadirme hallándose ella presente.

POLÍSTRATO.—Sí, por Júpiter. Su rostro aparece radiante de bondad. Está, como ves, afable y serena. Habla, pues, sin cuidado.

17. LICINO.—Yo, mujer perfectísima, aunque digas que te he elogiado excesiva y exageradamente, no creo haberte tributado alabanza tan grande como la

que tú misma te concedes al manifestarte tan reverenciadora de los dioses. Esta excede á cuanto de tí he dicho; perdóname, pues, el que, por ignorancia, no haya puesto este rasgo en tu imagen, porque lo hubiera dibujado con los otros. Lejos, por consiguiente, de haberme propasado en el elogio, páreceme haberme quedado en esta parte muy por debajo de lo justo. Considera, en efecto, la magnitud de lo omitido, tan adecuado para poner de relieve la bondad de tu carácter y la rectitud de tu juicio, puesto que la piedad para con los dioses es la mejor señal de virtud para con los hombres. Si he de rectificar por precisión mi discurso, y si he de corregir mi retrato, no será quitándole nada, sino añadiéndole esto como cabeza y coronamiento de toda la obra. Suma gratitud te debo por lo mismo, lo confieso. Yo, viendo que tu alma, en medio del esplendor de la fortuna, es enemiga de todo fausto y orgullo, había elogiado tu moderación, y tú, al rechazar mis elogios, confirmas su verdad con prueba plena. Porque el no apropiarse tales encomios, el rehusarlos por escrúpulo, y el creerlos exagerados, evidencian un alma moderada y popular. Cuanto más te explicas en este sentido contra las alabanzas, demuestras, en efecto, que las mereces muchísimo mayores, hasta el punto de que se te pudiera aplicar la frase de Diógenes. Preguntábanle cómo se podría conseguir la gloria: «Despreciándola», respondió; y de igual suerte yo, si me preguntasen quiénes son dignos de mayor alabanza: «Los que no quieren ser alabados», les respondería.

18. Pero todo esto acaso es ajeno á la cuestión é impertinente á la causa. Por haberte comparado, al retratarte, con la Venus de Cnido, con la de los Jardines, con Juno y con Minerva, es por lo que debo

justificarme. Aquí se me fué la mano, á tu juicio, y me excedí de la medida. Sobre esto versará mi defensa. «Al poeta y al pintor no se les cita al pretor», es antiguo proverbio, y mucho menos, en mi opinión, al autor de elogios, aunque escriban en humilde prosa, sin levantarse sobre las alas del verso. El elogio es libre: no hay ley que determine su extensión ó brevedad; su único fin es presentar como digna de admiración y de imitación á la persona elogiada. Pero no encaminaré por este lado mi defensa, no vayas á creerme falto de argumento mejor.

19. Prefiero manifestarte mi manera de componer elogios, que consiste en elegir comparaciones é imágenes cuyo mérito principal estriba en la exactitud. Sin embargo, el comparar con un objeto igual, y si es inferior mucho menos, no basta para conseguir tal resultado, sino que es preciso, en cuanto esté en lo posible, levantar el ser elogiado al nivel de un ser superior. Por ejemplo, en el elogio de un perro se dice que es mayor que un zorro ó que un gato. ¿Te parece que esto es saber elogiar? No, me dirás. ¿Y si lo comparo á un lobo? Tampoco resulta muy realizado que digamos. ¿Cómo, pues, conseguir la apropiada alabanza? Diciendo que en tamaño y fuerza se parece al león. Así, haciendo el elogio del perro de Orión, lo llamó un poeta (1) «domador de leones». El elogio perfecto del perro es así, otro ejemplo: Si, queriendo alabar á Milón de Crotona, á Glauco de Caristo, ó á Polidamas (2), se dijese de cada uno de ellos que era más fuerte que una mujer, ¿no creerías ridiculizado al atleta por lo desatinado del elogio, cuando aunque se le hubiera declarado más fuerte que cualquier

---

(1) Desconocido.

(2) Célebres atletas.

hombre aún hubiera resultado escaso? Mira ahora cómo un célebre poeta (1) elogió á Glauco:

El vigoroso Pólux, ni el Alcides  
Férrea prole de Alcmena, no extendieran  
Contra él los fuertes brazos.

¿Ves cómo lo compara, ó más bien, cómo lo declara superior á los dioses? Glauco, sin embargo, no se indignó al verse elogiado en parangón con los dioses, jueces de la lucha, ni éstos se vengaron de Glauco ó de su poeta estimando impío su elogio. Ambos, por el contrario, vivieron con honor y gloria en Grecia; aquél por su fuerza, éste por sus versos, entre los cuales figura como principal el citado. No te admires, pues, si queriendo usar de un recurso necesario en todo elogio, he elegido, como la razón me lo indicaba, un objeto de comparación suficientemente elevado.

20. Has hablado de adulación: has manifestado que detestas á los aduladores, y yo no puedo menos de aplaudirte por ello. Quiero, sin embargo, que distingas y determines hasta dónde llega el elogio y dónde comienza el adulatorio exceso. El adulador, atento sólo á su particular provecho, no se cuida absolutamente de la verdad; todo lo cree asunto de exagerado encomio; miente infinito; añade de su cosecha no poco, y no vacila, si es necesario, en declarar á Tersitas más hermoso que Aquiles, á Néstor el más joven de los asediadores de Troya, ni en jurar que el hijo de Creso tiene oído más fino que Melampo, y Fineo vista más perspicaz que Linceo, siempre que espere obtener de sus mentiras algún lucro. Por el contrario,

---

(1) Píndaro. El fragmento que se cita no se halla entre las obras que de él quedan.

el que elogia no miente jamás ni añade cosa que realmente no exista; expone las buenas cualidades de lo elogiado, aunque no las tenga en grado supremo, y las amplifica y aumenta. Si elogia, por ejemplo, á un caballo, atrévese á decir que es el más ligero y corredor de los animales conocidos, porque

Corriera sobre espigas sin quebrarlas (1).

Y en otro sitio no vacila en decir:

Como la tempestad es su galope (2).

Si se propone elogiar una casa hermosa y bien construída, dirá:

Así es de Jove Olímpico el palacio (3).

Un adulator aplicaría este verso á la choza de un apacentador de puercos, como creyera que el pastor había de darle algo; como Cineto, adulator de Demetrio Poliorcetes, que agotadas todas las lisonjas, alababa á Demetrio atormentado por la tos, porque escupía con gracia.

21. Pero el carácter distintivo de adultores y panegiristas no está sólo en que los primeros no vacilan en mentir con tal de agradar á los elogiados, mientras los segundos limitan sus esfuerzos á realzar

---

(1) Homero, *Iliada*, xx, v. 227; Cf. Virgilio, *Eneida*, vii, v. 807 y 808.

*Illa vel intactæ segetis per summa volaret  
Gramina, nec teneras cursu læsisset aristas.*

(2) Verso 218 del *Himno á Venus*, atribuido á Homero. La cita de Luciano ofrece alguna variante.

(3) *Odisea*, iv, v. 74.

lo que existe, sino que también se diferencian mucho en que aquéllos abusan de la hipérbole y éstos la emplean con sobriedad, conteniéndose en los justos términos. Estas, entre muchas, son las diferencias entre la adulación y el elogio sincero, las cuales te enseñarán á no sospechar de todos los que te elogien y á aplicar á cada cual la medida conveniente.

22. Aplica, pues, si te agrada, una y otra medida á mis discursos, para que veas cuál de las dos se les adapta. Porque si yo hubiese comparado una fea á la Venus de Cnido, justamente se me tacharía de más adúlador que Cineto; pero tratándose de una mujer tan bella como tú, no es la distancia suficientemente grande para acusarme de temerario.

23. Quizá me dirás, ó por mejor decir, ya me lo has dicho: «Se te permite elogiar mi belleza: pero debías haber hecho un elogio irreprochable, sin asemejar una mortal á las diosas.» Más yo, obligado por la verdad á hablar con franqueza, te respondo:—No te he asemejado á las diosas, mujer perfectísima, sino á obras hechas con mármol, bronce ó marfil por excelentes artistas. Asemejar los mortales á obras hechas por los mortales, no es impiedad, á mi juicio:» á menos que tú pienses que es Minerva, la estatua de Fidias, y Venus Urania la que no hace muchos años hizo en Cnido Praxiteles. Mira no indigne semejante idea á los dioses, cuya verdadera imagen no puede ser reproducida, á mi juicio, por manos humanas.

24. El haberte asemejado á las diosas, no es, por otra parte, cosa exclusivamente mía, ni yo he sido el primero que haya andado por semejante camino. Hicieron lo mismo muchos y excelentes poetas, á cuyo frente figura tu conciudadano Homero, á quien voy á citar para mi defensa, seguro de que habrá que condenarle conmigo. Le preguntaré, pues, ó mejor

aún, te preguntaré, ya que recuerdas, y haces bien, sus más bellas rapsodias, qué juicio te merece cuando dice de la cautiva Briseide que, semejante á la áurea Venus, lloró la muerte de Patroclo; y añade un poco después (1), como si no bastase el haberla comparado á aquella deidad:

La mujer á los dioses semejante  
Así dijo, llorando.

¿Aborreces á Homero cuando dice esto y arrojas su libro, ó le concedes libertad para el elogio? Aunque se la negases, se la han concedido ya muchos siglos, sin que nadie le haya acusado por ello, ni el que se atrevió á flagelar su estatua (2), ni el que clavó un punzón (3) en los versos que creía apócrifos. ¿Se le permitirá, pues, comparar con la áurea Venus á una mujer bárbara y llorosa: y á mí sin hacer de tu hermosura un elogio que no querrías escuchar, ¿no se me ha de permitir comparar á las estatuas de las diosas una mujer cuyo rostro encantador tiene á menudo esa sonrisa que asemeja los hombres á los dioses?

25. Considera si en Agamenón guarda Homero esos miramientos á los dioses, al aplicarle con cierta regularidad sus rasgos principales, diciendo que el Atrida tiene la cabeza y los ojos de Júpiter, el tahalí de Marte y el pecho de Neptuno (4), detallando todos los miembros de su cuerpo mortal con otras tantas

(1) *Iliada*, xix, v. 286.

(2) Zoilo, llamado *azote de Homero*, Ὀμηρομάστιξ.

(3) Zenodoto de Efeso, á quien Suidas llama *primer corrector de Homero*. La historia de su διόρθωσις, ó mejor aún ἔκδοσις, *recensión* (Ateneo, libro I, E), puede verse en [la de *Las Poesías homéricas*, por Dugas Montbel (ap. *Iliade d'Homère*, trad. en francés, 4.<sup>a</sup> ed., París, 1869)].

(4) *Iliada*, II, v. 478.

imágenes de los inmortales. En otra ocasión compara con el homicida Marte á uno y otro guerrero; iguala á los dioses al Frigio hijo de Príamo, y á menudo identifica á los númenes al hijo de Peleo. Pero vuelvo á ejemplos de mujeres. Escucha cómo dice (1)

Á Diana igual ó la dorada Venus,

y

Corre cual Diana en los selvosos montes (2).

26. No sólo equipara los hombres á los dioses, sino que dice que era igual á las Gracias la cabellera de Euforbo (3), aunque manchada de sangre. En una palabra, abundan tanto en él las comparaciones de este género, que apenas hay trozo en sus poemas sin el adorno de algún asemejamiento á los dioses. Bórrense, por consiguiente, en Homero aquellas comparaciones, ó permitánseme licencias semejantes. Hay más: tan irreprochables son estas figuras, que el mismo Homero no vacila en comparar á las diosas con seres inferiores, como el asemejar los ojos de Juno á los del toro (4): otro autor llamó á Venus párpados de violeta (5); y ¿quién, por muy poco versado que esté en la poesía homérica, no conoce á la dedos de rosa (6)?

27. El asemejar la hermosura de los mortales á la

(1) *Odisea*, XIX, v. 54.

(2) *Ibid.*, VI, v. 102.

(3) *Ilíada*, XVII, v. 51.

(4) Juno suele llevar en Homero el epíteto βουῶπις.

(5) Vid. *Los Retratos*, 8, y la nota.

(6) La Aurora.



de los númenes, es mucho más moderado que el usurparles los nombres, y sin embargo ¿cuántos no se han llamado Dionisios, Hefestiones, Zenones, Posidonios y Hermias? (1). Una mujer de Evágoras, rey de Chipre, se llamó Latona, y no se indignó la deidad, ni la convirtió, aunque podía, en piedra como á Niobe. Y no hablo de los Egipcios, que, aunque son los más supersticioso de la tierra, usan hasta la saciedad de los nombres divinos, pues casi todos llevan apelativos celestiales.

28. Cese, pues, tu temor respecto á estas alabanzas, que además no es cosa que te atañe. Si en aquel escrito hay alguna impiedad contra los dioses, tú no eres la culpable, á menos que no creas que el oír es un pecado. Los dioses me castigarán, si es que han castigado ya á Homero y á otros poetas. Pero no han castigado todavía al mejor de los filósofos, aunque dijo que era imagen de la divinidad el hombre. Mucho tengo aún que decir, Polístrato, pero termino para que puedas recordar lo dicho.

29. POLÍSTRATO.—No se si podré, Licino; tu discurso ha sido tan largo, y ha excedido á la medida de agua. Procuraré, sin embargo, recordarlo: corro, como ves, á comunicárselo á la beldad, tapándome los oídos, para que alguna palabra indiscreta no vaya á tergiversármelo todo, y me silben los espectadores.

LICINO.—Eso es de tu incumbencia, si has de representar bien tu parte. Yo, después de haber entregado la pieza, me retiro al punto. Cuando los jueces pronuncien su veredicto, me presentaré, para conocer el resultado del certamen.

---

(1) Dionisio, de Διόνυσος, *Baco*; Hefestión, de Ἡφαιστος, *Vulcano*; Zenón, de Ζήν, gen. Ζηνοῦ, *Júpiter*; Posidonio, de Ποσειδῶν, *Neptuno*; Hermias, de Ἑρμῆς, *Mercurio*.



## XLI.

### TOXARIS O LA AMISTAD.

#### MNESIPO Y TÓXARIS.

1. MNESIPO.—¿Qué dices, Tóxaris? ¿Ofrecéis los Escitas sacrificios á Orestes y Pílates y creéis que son dioses?

TÓXARIS.—Les ofrecemos sacrificios, Mnesipo, pero no los creemos dioses, sino hombres de bien.

MNESIPO.—¿Es de ley entre vosotros el ofrecer sacrificios, como á los dioses, á los buenos difuntos?

TÓXARIS.—No sólo eso. Los honramos también en nuestras fiestas y reuniones solemnes.

MNESIPO.—¿Qué lograréis con eso? Porque estando muertos, no les haréis las ofrendas para tenerlos propicios.

TÓXARIS.—Tampoco es malo el que nos sean propicios los muertos; pero, sobre todo, creemos favorecer á los vivos, renovando la memoria de los grandes hombres y honrando á los difuntos; pues juzgamos que esto será motivo para que muchos los imiten.

2. MNESIPO.—Está muy bien pensado. Lo que no entiendo es cómo admiráis hasta deificarlos á Pílates y Orestes, siendo para vosotros extranjeros y, lo que es más, enemigos. Arrojadlos á vuestro país por un naufragio, y apresados por los Escitas de entonces,

iban á ser sacrificados á Diana; pero quebrantaron su prisión, arrollaron á los guardias reales, dieron muerte al rey, se llevaron del santuario á la sacerdotisa y á la misma Diana, y, burlando á la nación escita, huyeron en su nave. Si por esto honráis á aquellos esforzados varones, no os libraréis de tener quienes los imiten; y considerad si en vista de estos hechos antiguos, os conviene que muchos Pílates y Orestes desembarquen en Escitia. De seguir así, muy pronto seréis impíos y ateos, si se os llevan de la misma manera los dioses restantes. Creo, sin embargo, que en vez de todos los dioses adoraréis á los hombres que hayan venido á arrebatároslos y ofreceréis á los sacrílegos los mismos sacrificios que á vuestras divinidades.

3. Porque si no honráis á Pílates y Orestes á causa de estas acciones, ¿qué beneficio han podido reportaros por el cual, no habiéndolos creído dioses en otro tiempo, los consideráis ahora como tales en el hecho de ofrecerles sacrificios y de inmolar víctimas en honra de los que estuvieron á punto de serlo? Esto parece ridículo y contrario á las costumbres de otros tiempos.

TÓXARIS.—Todo lo que acabas de contar son acciones ilustres de aquellos hombres. Eran solamente dos y acometieron la más atrevida empresa. Navegaron lejos de su patria hasta el Euxino, expedición no intentada por Griego alguno desde los que á bordo del *Argos* fueron á guerrear á la Cólquide, sin espantarse de las patrañas que de aquel mar se cuentan, ni temer el desembarco en una región llamada Inhospitalaria, sin duda por la ferocidad de los habitantes de las costas. Hechos prisioneros, condujéronse tan denodadamente que no satisfechos con escapar incólumes, castigaron en el rey la injuria recibida, y no

se dieron á la vela hasta haberse apoderado de Diana. ¿Cómo no admirar tales hechos? ¿Cómo no considerar á sus autores dignos de honores divinos donde quiera que se tenga á la virtud en aprecio? No es esto, sin embargo, lo que nosotros consideramos en Píladés y Orestes para honrarlos como héroes.

4. MNESIPO.—Dime ya qué otra cosa preclara y divina han hecho. Pues respecto á su navegación y viaje yo te pudiera citar mil mercaderes mucho más deificables, principalmente los Fenicios, que no sólo recorren el Ponto Euxino hasta la Meótide y el Bósforo, sino todos los mares bárbaros y griegos, visitando cada estío todas las costas y, por decirlo así, todas las playas, regresando á su país muy avanzado el otoño. Tú, por la misma razón, debieras tenerlos por dioses, aunque sean casi todos abaceros ó vendedores de pesca salada.

5. TÓXARIS.—Escucha y comprenderás, amigo mío, con cuánta más equidad que vosotros juzgamos á los hombres de bien los bárbaros escíticos. Píladés y Orestes, que no tienen en Argos ni en Micenas una tumba notable, tienen en mi país un templo consagrado á los dos, como convenía á tantíernos amigos, y reciben el homenaje de los sacrificios y toda clase de honores, sin que el ser extranjeros y no indígenas sea obstáculo para que nosotros reconozcamos sus virtudes. Porque nosotros no inquirimos de qué país son los hombres ilustres y virtuosos, ni menospreciamos, si son enemigos, sus acciones generosas, sino que, elogiando su conducta, les hacemos tocante á ella conciudadanos nuestros. Pero lo que más nos asombra en estos varones ilustres es el que, á nuestro parecer, tuvieron la amistad más perfecta que se ha conocido en el mundo, pudiendo considerárseles como legisladores que determinan cómo deben

los amigos participar de la buena ó mala suerte para hacerse dignos de ser reverenciados por los mejores Escitas.

6. Lo que sufrieron juntos ó el uno por el otro fué grabado por nuestros abuelos en una columna de bronce colocada en el templo de Orestes, con una ley en virtud de la cual la primera enseñanza de los niños había de ser esta columna, y su inscripción el primer texto que habían de encomendar á la memoria. Así es que más fácilmente olvidará cualquiera de ellos el nombre de su padre, que las hazañas de Pí-lades y Orestes. Lo mismo que la columna dice, hállase expresado además en el recinto del templo por medio de antiguas pinturas. Son sus asuntos: Orestes navegando con su amigo: la nave rota entre las peñas: Orestes atado y preparado para el sacrificio: Ifigenia en el momento de ir á inmolarlos. Enfrente en el muro paralelo se ve á Orestes, libre de sus cadenas, matando á Toante y á otros muchos Escitas; los dos amigos embarcándose, con Ifigenia y la diosa: los Escitas intentan sin resultado detener la nave que boga ya, colgándose del timón y pretendiendo subir sobre cubierta; pero, vista la inutilidad de sus esfuerzos, parte heridos, parte amedrentados, ganan nadando la costa. Aquí es donde se echa de ver el extremado cariño de que ambos se dan pruebas al luchar con los Escitas. El pintor figuró á cada uno olvidándose de los que le atacan por rechazar á los que acometen á su compañero, y tratando de recibir los dardos dirigidos contra el otro, sin cuidarse de vivir con tal de salvar á su amigo y evitar que le hirieran cubriéndole con su cuerpo.

7. Este cariño extremado, esta comunidad de peligros, esta fidelidad, esta franqueza, esta sólida ternura recíproca, nos han parecido no de hombres, sino de

inteligencia superior á la que existe en la mayor parte de los hombres, los cuales, mientras la navegación es feliz, se indignan contra los amigos que no les dan participación en sus placeres; pero en cuanto el viento es un poco desfavorable, retíranse en seguida y los dejan solos en los peligros. Con esto sabrás que la amistad es el mayor de los bienes para los Escitas, no agradándoles nada tanto como participar de los trabajos é infortunios de un amigo, ni pareciéndoles cosa alguna más vergonzosa que el hacer traición á la amistad. Por eso honramos á Pilades y Orestes, que han sobrepujado en virtudes á los Escitas, y se han distinguido en la amistad, objeto principal de nuestra admiración: por eso les hemos puesto nuevo nombre, llamándolos *Coracos*, lo cual en nuestro idioma es como si se dijese. «Genios tutelares de la amistad.»

8. MNESIPO.—Por consiguiente, oh Tóxaris, los Escitas no sólo han sido hábiles saeteros y superiores á los demás pueblos en la guerra, sino sobresalientes también en el empleo de un lenguaje persuasivo. A mí, aunque hasta el presente opinaba de otro modo, paréceme ya que obráis bien tributando honores dignos á Pilades y á Orestes. Pero ignoraba, amigo mio, que fueses pintor excelente. Me has descrito con toda lucidez cuantas pinturas hay en el Orestes, el combate de los amigos y las heridas que recibían el uno por el otro. Pero lo que nunca me había imaginado es que la amistad tuviese tal aceptación entre los Escitas. Creíalos inhospitalarios, agrestes, en hostilidad perpetua, irascibles, coléricos é incapaces de amistad aun para los más allegados, juzgándolos así por lo que de ellos he oído, y sobre todo porque se comen á sus padres muertos.

9. TÓXARIS.—No disputaré ahora si en las demás

cosas somos más justos que los Griegos y más respetuosos para con nuestros padres, pero te demostraré fácilmente que los Escitas somos amigos mucho más fieles que vosotros y que rendimos á la amistad más devoto culto. Mas, por los dioses helénicos, te ruego que no te incomodes si te digo algo de lo que he observado durante mi larga permanencia en vuestra tierra. Tratándose de discursos sobre la amistad, no hay quien os aventaje; pero tocante á obras, no observáis la debida correspondencia con las palabras: os contentáis con elogiarla y demostrar que es un bien inmenso; pero en cuanto llega el instante de practicarla, huís no sé cómo, haciendo traición á vuestras disertaciones. Cuando vuestros trágicos ponen en escena amistades heroicas, elogiáis, aplaudís, participáis del peligro de los protagonistas y lloráis casi todos; pero ninguno os atrevéis á hacer por vuestros amigos cosas dignas de alabanza, y si alguno necesita cualquier auxilio, huyen al punto como un sueño aquellos hermosos sentimientos de tragedia, desaparecen volando sin dejar huella alguna y os dejan vacíos y mudos como máscara teatral, cuya boca, desmesuradamente abierta, no produce ningún sonido. Nosotros, por el contrario, tanto como os somos inferiores en teorizar sobre la amistad, os sobrepujamos en practicarla.

10. Por lo cual, si te place, hagamos lo siguiente: dejemos en paz las amistades antiguas que pudiéramos enumerar en tu país y en el mío, pues en este terreno nos venceríais aduciendo el fidedigno testimonio de tantos poetas que cantan en hermosísimos versos y rapsodias la amistad de Aquiles y Patroclo, la de Teseo y Pirotoo y la de tantos otros, y fijándonos en unos cuantos hechos contemporáneos, relatemos yo las acciones de los amigos de Escitia y tú



las de los Griegos. El que gane presentando ejemplos de mejores amigos, será declarado vencedor, y hará pregonar su triunfo en este bello y honrosísimo certamen. Si fuese vencido en esta pelea singular, preferiría tener cortada una mano, pena infamante en mi tierra, á ser juzgado inferior en amistad á otro alguno, siendo este otro un Griego y siendo yo un Escita.

11. MNESIPO.—El batirse con un guerrero armado como tú de argumentos agudos y bien dirigidos al blanco, no es, amigo Tóxaris, negocio de poca monta. No abandonaré, sin embargo, tan pronta y cobardemente la causa de toda la Grecia. Vergonzoso sería que, como refiere la tradición y manifiestan las pinturas cuya dramática descripción acabas de hacerme, fueran vencidos en otro tiempo infinitos Escitas por dos Griegos, y ahora por abandonar la causa fuesen vencidos por un solo Escita todos los Griegos con sus numerosas gentes é importantes ciudades. Si tal sucediese, no la derecha como á vosotros, sino la lengua debieran cortarme. Pero ¿conviene fijar de antemano el número de nuestros ejemplos de amistad, ó se tendrá tanto más derecho á la victoria cuantos más ejemplos se presenten?

TÓXARIS.—De ningún modo. La fuerza de los ejemplos no se medirá por el número, sino por la calidad de los mismos, de suerte que si los tuyos son mejores y más penetrantes que los míos, aunque iguales en cantidad, me harán heridas proporcionadamente profundas, y cederé más pronto ante los golpes.

MNESIPO.—Tienes razón. Fijemos, sin embargo, un número suficiente. Me parece que bastarán cinco por cada parte.

TÓXARIS.—Estoy conforme. Habla tú primero, pero jura antes decir verdad. Si no fácil sería fingir cual-

quiera acción cuya prueba resultaría imposible. Pero si juras, no podré dudar.

MNESIPO.—Juremos, pues lo crees necesario. ¿Y por cuál de mis dioses?..... ¿Es bueno Júpiter, patrocina-dor de la amistad?

TÓXARIS.—Sí. Yo juraré por un dios de mi país cuando principie mi discurso.

12. MNESIPO.—Júpiter, patrocinator de la amistad, sea testigo de que sólo he de decirte la verdad en todo cuanto hable, bien lo sepa por mí mismo, bien por verídicos relatos, sin añadir ningún trágico por-menor que lo realce. Empezaré por referirte la amis-tad de Dinias y Agatocles, célebre ya en la Jonia. Agatocles era natural de Samos, donde hasta hace poco vivía, ilustre por la amistad de que dió pruebas, pues por lo demás, en linaje ó en fortuna no era su-perior al vulgo de aquellos insulares. Dinias, hijo de Lisión y nacido en Efeso, era amigo suyo desde la infancia. Dinias era increíblemente rico, y, como suele suceder á los que comienzan á disfrutar de su fortuna, se vió rodeado de muchos jóvenes, dispues-tos á beber con él y á acompañarle en los placeres, pero distantes hasta donde es posible de ser sus ver-daderos amigos. Agatocles alternó al principio con ellos en comidas y festines, aunque no le agradaba gran cosa su trato. Dinias, por otra parte, no le dis-pensaba más consideración que á sus aduladores, y acabó por indisponerse con Agatocles á causa de sus frecuentes advertencias, no pudiendo tolerar que le estuviese siempre recordando el ejemplo de sus ma-yores y aconsejándole que conservase la herencia que su padre á fuerza de trabajar había conseguido dejar-le. Dinias no volvió á invitarle á sus francachelas, y se divirtió sólo con sus amigos, procurando ocultarse de Agatocles.

13. Los aduladores hicieron creer al pobre Dinias que una tal Cariclea, mujer de uno de los más ilustres y principales magistrados de Efeso llamado Demónax, estaba perdidamente enamorada de él. Los billetitos, las coronas lacias, las manzanas mordidas y todas las seducciones que para cazar jovenzuelos emplean las mujeres prostituídas cuando quieren inspirarles una pasión y enardecerles fingiéndoles que son amados contra su voluntad, pues no hay mejor cebo, sobre todo para los que, teniéndose por buenos mozos, caen por fin en la insidiosa red, empezaron á llover sobre el incauto Dinias. Cariclea era hermosa; pero, como avezada á la prostitución, se entregaba al primer venido, por poco que pagase. En cuanto se la miraba, hacía una señal de asentimiento, y nunca había temor de que se negase. Era, por otra parte, admirable artista y única entre las cortesanas para apoderarse de un amante, vencer su irresolución y dominarle por completo, conservar y aumentar sus fuegos, ora con el despecho, ora con las caricias, después con el desvío y con el fingimiento de otra pasión. Era, en fin, mujer completa para el caso, y de inagotables recursos contra sus amantes.

14. De ésta, pues, echaron mano los aduladores de Dinias, que hicieron el segundo papel del drama induciéndole á amar á Cariclea. Esta había aniquilado ya á muchos jóvenes, había fingido diez mil amores y había arruinado casas opulentísimas, adquiriendo, á fuerza de ejercicio, suma habilidad para fingir. Así es que en cuanto tuvo entre sus manos un mancebo sencillo y desconocedor de sus manejos, se guardó muy bien de soltarlo, lo sujetó por todas partes con sus garras y lo dominó por completo, hasta que se perdió con su presa, á la que causó mil desventuras.

Principió, pues, por enviarle, á guisa de anzuelos, amorosos billetitos; despues fué la criada á contar las lágrimas, los insomnios y la resolución de ahorcarse de su señora, arrebatada de amor, hasta que el bendito Dinias se creyó un buen mozo, adorado por todas las mujeres.

15. Por fin, después de muchos ruegos, accedió á los deseos de su apasionada, y quedó, como es natural, á merced de aquella mujer hermosa, maestra en todos los placeres, que reunía el arte de llorar á tiempo, el de entrecortar con gemidos sus palabras, retenerlo al partir entre sus brazos, correr á recibirlo cuando volvía, adornarse para parecerle más bella, y cantar, si era preciso, y tañer la cítara. De todos estos artificios usó Cariclea contra Dinias. Cuando comprendió que era suyo, y que el amor lo tenía derretido, ideó, para acabar de perderlo, el expediente de decirle que llevaba en su seno el fruto de sus amores (obvio es que no hay cosa que más encienda á un enamorado ciego) y que no volviese á verla, porque, noticioso de sus relaciones, estaba vigilada por su esposo. Dinias, incapaz de sufrir la ausencia de Cariclea, lloraba, le enviaba sus aduladores, la llamaba á gritos, abrazaba gimiendo su estatua de mármol blanco, y se revolcaba en el suelo, terminando la cosa en verdadera rabia. Los regalos que había devuelto á Cariclea no eran en proporción á sus manzanas y coronas, sino casas enteras, campos, esclavos, vestidos bordados, y cuanto oro había apetecido. ¿A qué hablar más? En breve tiempo, la casa de Lisión, la más nombrada de Jonia, estaba ya arruinada y vacía.

16. Cariclea, después de arruinar á Dinias, lo abandonó para dar casa á un joven cretense, de rica familia, y se fué á vivir con él, enamorada ó haciéndole

creer que lo estaba. Dinias, abandonado no sólo por Cariclea sino por todos sus aduladores, tráfugas también al nuevo amante, se presentó á Agatocles, que hacía tiempo estaba al cabo de su situación desdichada. Principió por confesarle, no sin mucha vergüenza, todo lo acontecido, su pasión, su indigencia, el desvío de su amante, la rivalidad del Cretense, y concluyó por decirle que no podía vivir sin Caricela. Agatocles, creyendo inoportuno el echar en cara á Dinias que había sido el único á quien había alejado de su amistad prefiriendo la de los aduladores, vendió su casa paterna de Samos, única que poseía, y le entregó tres talentos, producto de la venta. Aceptólos Dinias, y se presentó á Cariclea, que lo encontró más hermoso que nunca, y volvieron de nuevo la esclava y los billetitos y las reprensiones porque no venía. Los aduladores también se presentaron á explotar á Dinias, que les volvió á parecer muy comestible.

17. Un día en que le había prometido ir á su casa, acudió, en efecto, hacia el primer sueño. Acababa de entrar, cuando Demónax, marido de Cariclea, ó por sospechas ó de acuerdo con su mujer (las dos cosas se dicen), saliendo de pronto como de una emboscada, mandó cerrar la puerta del patio y detener á Dinias, amenazándole con palos y fuego y esgrimiendo la espada como para atravesar al adúltero. Pero éste, viendo el grave peligro, echó mano á una tranca que que allí estaba caída, y mató á Demónax de un golpe en la sien, y luego á Cariclea con muchos y muy repetidos trancazos y al fin con el acero de su esposo. Los esclavos, inmóviles y mudos al principio ante la inesperada escena, trataron de sujetar á Dinias, que los ahuyentó á estocadas. El joven salió furtivamente, después de la terrible hazaña, y permaneció hasta el amanecer en casa de Agatocles, pensando los dos en

lo ocurrido y en las resultas del caso. Al rayar el alba, los magistrados, prevenidos por el rumor público, se presentaron en casa de Agatocles, y prendieron á Dinias, y no negando éste su delito, lo enviaron al Gobernador de Asia. Este lo envió al Emperador; y poco después, por mandato imperial, Dinias fué deportado á Giaro, una de las Cícladas, donde había de sufrir perpetuo destierro.

18. Agatocles, que siguió á Dinias á otras partes, se embarcó con él para Italia, fué el único amigo que lo acompañó al tribunal, y no lo abandonó en nada. Cuando Dinias partió para el destierro, tampoco se vió abandonado de Agatocles, que condenándose á sí propio, habitó en Giaro, sufriendo la condena con su amigo. Faltos de todo lo necesario, Agatocles se ajustó con unos pescadores de púrpura, buzaba con ellos, y con el jornal que ganaba alimentaba á Dinias. Agatocles cuidó á su amigo durante una larga enfermedad, y cuando murió Dinias no quiso volver á su patria y permaneció en la isla, avergonzándose de abandonar la tumba de su amigo. Esta conducta observó un amigo griego no hace todavía mucho, pues, no sé si habrán pasado cinco años desde que murió en Giaro (1) Agatocles.

TÓXARIS.—¡Ojalá no hubieses jurado antes de contarme esa historia! Así hubiera podido no creerla, pues ese Agatocles parece completamente un amigo escita. Temo, sin embargo, que no puedas citarme otro parecido.

19. MNESIPO.—Oye, pues, otra historia, Tóxaris, la del calcidense Eutídico. Me la refirió Similo, piloto de Megara, jurándome que la había presenciado él

---

(1) Isla de pequeña extensión en el Egeo. Pertenece al grupo de las Cícladas. Hoy *Joura*.

mismo. Iba, me dijo de Italia á Atenas, hacia el ocaso de las Pléyades (1), llevando á bordo varios pasajeros. Hallábanse entre éstos Eutídico y su amigo Damón, Calcidense también como el primero. Eran de la misma edad, pero Eutídico sano y robusto y Damón pálido y debil, como si convaleciese de largo padecimiento. Hasta Italia, según la relación del piloto, fué el viaje felicísimo; pero atravesado el estrecho y ya en pleno mar Jónico, sobrevino una tempestad horrible. ¿Á qué describirte las olas inmensas, los torbellinos, el granizo y demás horrores propios de las tormentas? Estaban ya cerca de Zacinto (2), bogando con todas las velas cargadas y trazando curvas para evitar el golpe violento de las olas, cuando á eso de la media noche Damón, mareado por el gran movimiento de la nave, inclinóse un poco hacia el mar para desahogar el estómago. Echado el navío violentamente hacia la parte en que aquél estaba asomado, y empujado al propio tiempo por una ola enorme, cayó al mar Damón, sin estar siquiera desnudo para nadar más fácilmente, y empezó á gritar medio ahogado y sosteniéndose á duras penas sobre el agua.

20. Eutídico, que por suerte estaba desnudo en el lecho, en cuanto lo oyó se arrojó al mar y sujetó á su amigo desmayado ya, y, según pudo verse á la luz de la luna, nadó al lado de Damón levantándolo sobre las olas. Los pasajeros, compadecidos de su desgracia, hubieran querido auxiliarlos, pero no podían, arrastrados por impetuoso viento: limitáronse á echar-

---

(1) Constelación de siete estrellas colocadas sobre el Toro. Los latinos las llamaron *Vergiliae*. Su nombre vulgar es *Las siete cabrillas*. Su ocaso es hacia últimos de Noviembre.

(2) Isla del mar Jonio. Hoy *Zante*.

les muchos pedazos de corcho y algunas pértigas, para que les ayudasen á nadar si lograban alcanzarlos, y por fin, el mismo puente de la nave, que era bastante crecido. Considera, por los dioses, si á un amigo caído de noche en un mar furioso se le puede dar mejor prueba de amistad que la de buscar en su compañía la muerte. Considera las hinchadas olas, el fragor del agua al estrellarse, los remolinos de hirviente espuma, la noche, la desesperación; Damón medio ahogado, pudiendo apenas levantar la cabeza y tendiendo los brazos á Eutídico; y éste saltando al agua sin vacilar, nadando al lado de Damón, y temiendo que su amigo perezca antes que él, y comprenderás que no te he presentado un amigo común y vulgar.

21. TÓXARIS.—¿Murieron aquellos jóvenes, Mnesipo, ó lograron alguna milagrosa salvación? Temor grande me inspiran.

MNESIPO.—Tranquilízate, Tóxaris: se salvaron y están ahora en Atenas, dedicados á la Filosofía. Similo sólo pudo decirme lo que había visto aquella noche, ó sea que cayó uno, saltó el otro, y nadaron ambos hasta donde alcanzó á vérselos en la obscuridad: lo demás me lo ha contado el mismo Eutídico. Alcanzaron primero algunos pedazos de corcho; se sostuvieron en ellos y nadaron aunque con dificultad; después, al amanecer del siguiente, vieron el puente del navío, se dirigieron á él, subieron encima, y salvando fácilmente la distancia que les separaba de la costa, llegaron á Zacinto.

22. Después de estos amigos, no despreciables, á mi modo de ver, escucha la historia de un tercero, que no es ciertamente peor. Eudámidas de Corinto, hombre muy pobre, era amigo de Areteo de Corinto y de Carixeno de Sicione, ambos riquísimos. Murió Eudá-



midas y dejó un testamento, ridículo para muchos, pero que no sé si te lo parecerá á tí, hombre probo y gran estimador de la amistad, en honor de la cual contiendes en este certamen. El testamento estaba redactado en estos términos: «Lego á Areteo mi madre, para que la alimente y la cuide en la vejez; y á Caríxeno mi hija para que la case, dotándola con la mayor cantidad que le permita su fortuna (es de advertir que la madre era ya anciana y la hija casadera): si uno de los dos muriese, tome el otro su parte.» Cuando se leyó el testamento de Eudámidas, los que conocían su pobreza é ignoraban la amistad que tenía con aquellos hombres, se fueron riendo, y decían: «¡Qué felicidad la de Areteo y Caríxeno! Reciben una herencia, y si pagan á Eudámidas, son en vida heredados por un muerto.»

23. Pero los herederos á quienes se dejaban estos legados, apenas tuvieron noticia del testamento, se presentaron pidiendo que se les pusiera en posesión de la herencia. Caríxeno murió á los cinco días, y Areteo, como el mejor de los herederos, aceptando su parte y la del legatario difunto, sostuvo á la madre de Eudámidas, y casó poco después á la hija. De cinco talentos que tenía dió dos á la hija de su amigo y otros dos á su propia hija, cuyas bodas se celebraron en el mismo día. ¿Qué opinas, Tóxaris, de este Areteo? ¿Dió pobre ejemplo de amistad aceptando semejante herencia y no dejando sin cumplir el testamento de su amigo? ¿Ó lo ponemos entre las votaciones perfectas en que hay un voto por cinco? (1).

TÓXARIS.—Bueno es, sin duda; pero todavía me admira más la confianza de Eudámidas en sus amigos. Demuestra, en efecto, que hubiera hecho lo mismo

---

(1) Quiere decir entre las cosas raras.

por ellos aunque no hubiese habido disposición testamentaria, y que se hubiera presentado antes que nadie á reclamar la herencia sin ser nombrado heredero.

24. MNESIPO.—Tienes razón. La cuarta historia será la de Zenótemis, de Masalia (1), hijo de Carmoleo. Me lo mostraron en Italia, donde estaba yo cumpliendo una misión de mis conciudadanos. Era un hombre hermoso, alto, y rico, al parecer. Sentada junto á él iba en el carro una mujer feísima, con la mitad derecha del cuerpo completamente seca, vaciado un ojo, y tan maltratada por la naturaleza que parecía un espantoso monstruo. Me admiré de que tan gallardo y arrogante mozo fuese con mujer tan fea; pero el que me había mostrado á Zenótemis, conocedor de toda su historia, porque era también de Masalia, me refirió cómo habían tenido que verificarse aquellas bodas. «Menécrates, me dijo, padre de esa mujer deforme, era hombre rico, honrado y de igual categoría que Zenótemis, á quien le ligaba amistad íntima. Andando el tiempo, una condena del Consejo de los seiscientos privó á Menécrates de sus bienes en castigo de una proposición contraria á las leyes. Los Masaliotas, añadió mi narrador, imponemos esta pena á los que presentan proposiciones ilegales. Afligiase Menécrates por esta condena que en breve intervalo de tiempo lo había trocado de rico en pobre y de noble en plebeyo, y principalmente le atormentaba la imposibilidad de casar aquella hija nubil ya y de diez y ocho años cumplidos, á la cual, aun antes de la condena, nadie, ni el más humilde y miserable del mundo, hubiera querido para esposa, en vista de su fealdad extremada. Decíase también que padecía mal de corazón en los crecientes de luna.

---

(1) Marsellu.

25. »Lamentándose de ello con Zenótemis: «Animo, »Menócrates, le dijo; ni á tí te ha de faltar lo necesario, »ni á tu hija esposo digno de ser tu yerno.» Dicho esto le cogió de la mano y se lo llevó á su casa: partió con él sus riquezas, que eran grandes, y mandó preparar un banquete, al cual invitó á varios amigos y al mismo Menócrates, como si hubiese persuadido á algún amigo á casarse con la hija de éste. Después de la comida, y hechas las libaciones á los dioses, Zenótemis, tomando una copa llena y ofreciéndosela á Menócrates: «Recibe de tu yerno la copa de la amistad, le dijo: hoy me caso con tu hija Cidímaca; la dote hace tiempo que la recibí, y ascendía á veinticinco talentos (1).—¡No hagas tal! exclamó Menócrates. ¡Ni yo sea tan loco que pueda verte, hermoso y joven, unido á mujer tan deforme y contrahecha!» Pero Zenotemis, sin que acabase de hablar Menócrates, se llevó á la hija al tálamo nupcial, y volvió poco después, ya consumado el matrimonio. Desde entonces vive amantísimo con ella, llevándola á todas partes como has visto.

26. »Tan lejos se halla de avergonzarse de su enlace, que se precia de haberlo contraído, dando á entender que desprecia la hermosura ó la fealdad del cuerpo, las riquezas y esplendores, atento sólo á su amistad con Menócrates, á quien no cree menos digno de cariño después del fallo de los Seiscientos. La fortuna, por otra parte, ha premiado ya tan bellos sentimientos dándole de mujer tan fea un hijo hermosísimo. Coronado de oliva y vestido de negro para que inspirase más lástima á los senadores cuando pidiese por su abuelo, lo llevó hace poco al Senado. El niño sonrió á los senadores, y chocó sus dos manitas. Ven-

---

(1) Unos 27.500 duros.

cida por tal espectáculo la Asamblea, indultó á Menécrates, y le restituyó sus honores, gracias al tierno abogado.» Esto es lo que el Masaliota me contó que había hecho Zenótemis en favor de su amigo. No es poco, como ves, y no lo harían muchos Escitas, pues se dice que ponen el mayor cuidado en la elección de mujeres hermosísimas.

27. Me falta la quinta historia. No sé cuál pudiera relatarte, si omitiera la de Demetrio de Sunio (1). Demetrio había ido por mar á Egipto con Antifilo de Alopece (2). Eran amigos desde la niñez, iguales en edad, y se habían criado y educado juntos. Demetrio había estudiado la Filosofía cínica, bajo la dirección del Sofista de Rodas (3), y Antifilo se dedicaba á la Medicina. Demetrio viajaba por Egipto para ver las pirámides y la estatua de Memnón: había oído que aquellas, aunque tan altas, no proyectaban sombra y que éste daba una voz al salir el sol. Deseoso, pues, de ver las pirámides y de oír á Memnón, hacía seis meses que Demetrio navegaba por el Nilo, dejando á Antifilo, á quien habían amedrentado lo largo del camino y el calor.

28. Mientras tanto ocurrió á Antifilo una desgracia, en la que necesitó como nunca de su buen amigo Demetrio. Uno de sus esclavos, Sirio de nombre y de nación, asociado con otros ladrones sacrílegos, penetró con ellos en el templo de Anubis, y robó al dios dos copas de oro, un caduceo de oro también, unos cinocéfalos de plata y otros objetos, escondiéndolos todos en casa de Sirio. Apresados parte de los ladro-

---

(1) Hoy cabo *Coloni*. Tenía un hermoso templo consagrado á Minerva.

(2) Demo del Atica.

(3) El sofista de Rodas acaso sea Agatobulo, citado en *Demónax*, 8, y *Peregrino*, 17.

nes, sorprendidos vendiendo algo de lo robado, fueron sometidos al tormento de la rueda, lo confesaron todo, y llevados á casa de Antifilo, sacaron los objetos sustraídos que estaban ocultos bajo una cama en un rincón obscuro. Fueron apresados al instante Sirio y su amo Antifilo. Este se hallaba entonces recibiendo la lección de su maestro: lleváronsele de casa, sin que nadie le amparase, pues sus propios compañeros huyeron de él como de sacrilego profanador del templo de Anubis, figurándose contaminados de impiedad si volvían á comer ó á beber con él. Sus otros dos esclavos saquearon cuanto había en la casa y desaparecieron.

29. El desdichado Antifilo llevaba bastante tiempo en la prisión. Considerábanle como el más perverso de cuantos criminales allí estaban encerrados. Su carcelero, Egipcio supersticioso, creía hacer una obra meritoria y vengar la ofensa inferida al dios atormentando al preso. Si para justificarse decía el infeliz que nada había hecho, se le tenía por impudente y aumentaba los motivos de aborrecimiento. Pronto cayó enfermo, como no podía menos de suceder estando siempre tendido en tierra, sin poder siquiera estirar los pies durante la noche, pues los tenía metidos en un cepo. Durante el día bastaba el cepo y una de las manos atadas: de noche le agarrotaban todos los miembros. Por otra parte, la fetidez del calabozo, el calor sofocante producido por tantos criminales atados y amontonados en un lugar estrecho, sin poder respirar casi, el ruido de las cadenas y la privación del sueño, eran cosas horribles é insoportables para un hombre no acostumbrado á tales horrores ni habituado á tan espantosa vida.

30. Descaecido el ánimo, no quería ya comer, cuando por fin volvió Demetrio, ignorante de todo lo ocurrido.

Pero en cuanto lo supo corrió á la prisión, en la que no pudo entrar entonces, porque era ya tarde, y el carcelero, después de cerrar las puertas, se habia ido á dormir hacía tiempo, encargando la guardia á sus esclavos. Al amanecer, á fuerza de súplicas, pudo entrar Demetrio: buscó largo rato á Antifilo, desfigurado por tantas penalidades, y fué mirando uno por uno á todos los prisioneros, como quien busca los cadáveres ya descompuestos de los suyos en un campo de batalla: y si no hubiese llamado en alta voz «Antifilo, hijo de Dinómeno» todavía hubiera tardado mucho en reconocerle: ¡tan cambiado le tenían sus males! Al oír aquella voz conocida, lanzó Antifilo un grito. Acercósele Demetrio, le apartó del rostro la sucia y erizada cabellera, y le vió cómo estaba. La emoción de ambos fué tal, que cayeron desvanecidos. Recobrado á poco Demetrio, hizo volver en sí á Antifilo, y después de hacerle referir todos sus males, le exhortó á tener ánimo, y partiendo en dos el manto, cubrióse con una mitad y dió á su amigo la otra, quitándole los podridos y sucios andrajos de que estaba cubierto.

31. Desde entonces le acompañaba todo el tiempo que podía, cuidándole y prestándole todos los servicios posibles. Para ello se ajustó con unos comerciantes del puerto, y desde el amanecer hasta el mediodía ganaba, llevando fardos, un jornal muy suficiente: después del trabajo, daba al carcelero una parte del jornal para tenerlo propicio, y el resto le bastaba para cuidar amorosamente al amigo. De día, estaba al lado de Antifilo para consolarle, y de noche dormía cerca de la prisión en una cama de hojas que se había preparado. Así vivieron durante algún tiempo, Demetrio entrando sin dificultad en la cárcel, y Antifilo aliviado de este modo de su terrible desgracia.

32. Pero después, á causa de haber muerto en la cárcel un ladrón, envenenado, según se creía, aumentó el rigor de la guardia, y no se dejó entrar á nadie. Por lo cual, desesperado y no sabiendo qué hacer Demetrio, apeló para ver á su amigo al extremo recurso de presentarse al Gobernador y confesarse cómplice del robo perpetrado en el santuario de Anubis. Apresado inmediatamente y encerrado en el calabozo de Antifilo, consiguió á duras penas y á fuerza de ruegos que el carcelero lo pusiera cerca del amigo y lo apriionara con el mismo cepo. Entonces fué cuando dió mayores pruebas del amor que le tenía, no cuidándose de sus propios males y, aunque estaba enfermo, procurando diligentemente que Antifilo descansase y tuviese algún alivio. Así, estando juntos, les eran más llevaderos sus males.

33. Un acontecimiento imprevisto puso término á su situación desdichada. Un preso se procuró, no se sabe cómo, una lima, y de acuerdo con muchos confinados, cortó la cadena y los cepos que los sujetaban. Una vez sueltos, mataron sin dificultad á sus escasos guardianes, y se escaparon todos. Por de pronto, cada cual huyó á donde pudo, pero al día siguiente la mayor parte fueron cogidos de nuevo. Demetrio y Antifilo habían permanecido en la cárcel y habían detenido á Sirio que ya se estaba evadiendo. Cuando amaneció, enterado de los sucesos el Gobernador de Egipto, mandó gente en persecución de los fugados, y haciendo comparecer á Demetrio con su amigo, les dió libertad, en premio de ser los únicos que no se habían fugado. Pero la libertad por esta causa no podía satisfacerles, y Demetrio con voz entera expuso que se les infería grave injuria al considerarlos como malhechores libertados sólo por compasión ó en recompensa de no haberse fugado, y

obligó al juez á revisar cuidadosamente su causa. Convencido éste de su inocencia, los colmó de elogios, y admirado extremadamente de Demetrio, les dió libertad, les consoló de la pena injustamente sufrida, é hizo de su peculio particular un regalo de diez mil dracmas á Antifilo y de veinte mil á Demetrio.

34. Antifilo vive todavía en Egipto; pero Demetrio, dejándole sus veinte mil dracmas (1), partió á la India para visitar á los Bracmanes, diciendo á su amigo que le perdonase la ausencia, y asegurándole que ninguna falta le hacía aquel dinero mientras permaneciese en la misma condición, es decir, contentándose con poco, y que Antifilo ya no le necesitaba en vista del rumbo de sus asuntos. Tales son los amigos griegos. Si no me hubieses acusado antes de que nos pagamos de palabras, te hubiera repetido las muchas y elocuentes que Demetrio pronunció en el tribunal, sin admitir nada en su favor, sino en defensa de Antifilo; llorando y suplicando por su amigo y asumiendo toda la responsabilidad, hasta que Sirio, sometido al tormento, confesó la inocencia de los dos amigos.

35. De entre muchos ejemplos de amigos firmes y constantes, te he contado estos pocos, que son los primeros que á la memoria me han venido. Sólo me resta bajar de la tribuna y cederte la palabra. El demostrar que los Escitas no son peores, sino mejores amigos que los Griegos, queda á tu cargo, si te importa conservar la mano derecha. Ahora has de abogar con valentía, pues sería ridículo que, después de elogiar á Pílates y Orestes con el arte de un sofista, fueses un mal orador al defender á Escitia.

TÓXARIS.—Haces bien, Mnesipo, en excitarme á

---

(1) 18.400 posetas.



hablar con elocuencia, como si no se te importase mucho que después de mi victoria te cortasen la lengua. Empezaré desde luego, sin cuidarme como tú de hacer bellos discursos: eso no es propio de Escitas, sobre todo cuando los hechos vencen en elocuencia á las palabras. No esperes oír de mí rasgos de amistad como los que tú has elogiado: uno que contrae matrimonio con una mujer fea y sin dote; otro que casa á la hija del amigo, dotándola en dos talentos; otro, en fin, que se deja meter en la cárcel en la casi seguridad de que le han de soltar pronto. Todo esto vale poco, y no tiene nada de varonil ni de grande.

36. Yo, en cambio, te contaré muchas matanzas, guerras y muertes afrontadas por los amigos, para que veas que vuestros rasgos de amistad son juegos de niños, comparados con los de los Escitas. Aunque he de confesar que hay razón para que así sea, y que está bien que elogiéis aquellas pequeñeces: como vivís en una paz profunda, no se os ofrecen grandes ocasiones de dar pruebas de amistad, y con tiempo sereno no se sabe si es habil el piloto; es preciso que estalle la tempestad para poder juzgarlo. Nosotros, por el contrario, vivimos en continuas guerras, ya haciendo invasiones, ya rechazando á los que nos invaden, ya combatiendo por el botín ó los pastos, para todo lo cual se necesitan buenos amigos. Esta es la causa de que trabemos amistades solidísimas, teniéndolas por única arma inquebrantable.

37. Quiero decirte primero cómo contraemos amistades: no es como vosotros, en un banquete, ó porque el joven sea contemporáneo ó vecino, sino en cuanto vemos á un hombre esforzado é idóneo para grandes empresas, acudiendo á él solícitos: lo que vosotros hacéis para casaros, nosotros creemos que

debe hacerse para conseguir un buen amigo, agasajándole mucho y no perdonando medio para no ser rechazados. Una vez obtenida la preferencia, se establece entre los dos amigos, por medio de solemne juramento, el pacto de vivir juntos y de morir, si preciso fuere, el uno por el otro; y así lo hacemos. Desde el instante en que mojamos nuestras espadas en la sangre que haciéndonos una incisión en los dedos hemos echado en un vaso, y bebemos de ella á un tiempo, no hay nada que pueda separarnos. Tres personas á lo sumo pueden formar esta alianza. El que tuviera muchos amigos nos parecería una mujer pública ó culpable de adulterio. Creemos, en efecto, que la fuerza de la amistad se debilita si se la divide entre muchos.

38. Comenzaré ya por la historia reciente de Dandamis. Este Dandamis, cuando su amigo Amizoco fué hecho prisionero por los Saurómatas en un combate..... Pero antes prestaré el juramento que convinimos al principio. Por el Viento y por el Alfanje, juro no faltar á la verdad en cuanto dijere de los amigos escíticos.

MNESIPO.—No hacía mucha falta tu juramento: sin embargo, has hecho bien en no poner á ningún dios por testigo.

TÓXARIS.—¿Qué dices? ¿Crees que no son dioses el Viento y el Alfanje? ¿Ignoras acaso que para los hombres no hay nada superior á la vida y la muerte? Pues bien, al jurar por el Viento y el Alfanje, es porque el Viento es la causa de la vida y el Alfanje la causa de la muerte.

MNESIPO.—Si así es, tendréis como el Alfanje muchos dioses; la Saeta, por ejemplo, la Lanza, la Cicuta, la Horca y otros tales: porque la Muerte es una deidad múltiple, á la cual conducen caminos sin cuento.

TÓXARIS.—¿ Ves qué minucioso y disputador eres, interrumpiendo por nada mi discurso? Pues yo, mientras has hablado, he guardado silencio.

MNESIPO.—No volveré á interrumpirte. Me recriminas con razón sobrada. Habla, pues, sin cuidado: hazte cuenta, de que no estoy presente: tan callado he de estarme.

39. TÓXARIS.—Á los cuatro días de haberse jurado amistad Amizoco y Dandamis, bebiendo cada uno la sangre del otro, invadieron nuestro país los Saurómatas con diez mil caballos, según se dijo, y triple número de infantes. Como la invasión nos cogió desprevenidos, nos atropellaron á todos, mataron á muchos que hicieron resistencia, y cautivaron á otros, salvándose únicamente los que pudieron pasar con ligereza á la opuesta orilla, donde estaba la mitad de nuestro ejército y parte de los carros; pues, no sé con qué intención, nuestros caudillos nos habían hecho acampar en las dos márgenes del Tanais. En un instante, pues, los Saurómatas recogieron el botín, amarraron los cautivos, deshicieron nuestras tiendas, cogieron casi todos los carros con sus carreros, y ultrajaron delante de nuestros ojos á nuestras concubinas y esposas. Lo cual nos entristeció mucho.

40. Amizoco, arrastrado por los enemigos que se lo llevaban fuertemente encadenado, llama á su amigo y le recuerda el cáliz y la sangre. Dandamis, al oírlo, no vacila un momento, y á vista de todos pasa nadando á la enemiga orilla. Los Saurómatas, levantando sus armas lo acometen para despedazarlo; pero él grita «Ziris», y quien pronuncia esta palabra se libra de la muerte, y es recibido como para tratar de un rescate. Presentado al jefe, pide Dandamis que le entregue su amigo. Aquél exige rescate, y dice que no se lo

entregará, sino á gran precio. «Os habéis apoderado, responde Dandamis, de todo cuanto tenía; pero si desnudo como estoy, puedo pagarte algo, dispuesto estoy á todo. Manda lo que te agrade: si quieres, admítíme en lugar de mi amigo, y haz de mí lo que gustes.—No, replicó el Saurómata, no debo guardarte entero, puesto que has venido gritando Ziris: déjame parte de lo que tienes y te llevarás el cautivo.—¿Qué quieres? preguntó Dandamis.—Los ojos, respondió el jefe.—Tomadlos», añadió sin vacilar el Escita. Sácanle los ojos y cobran así el rescate. Dandamis recibe en cambio el prisionero, y regresa apoyado en su hombro; pasan nadando el río y vuelven con vida á nuestro campamento.

41. Este hecho reanimó á todos los Escitas, que no se creyeron completamente vencidos, al ver que los enemigos no habían podido arrebatarnos el mayor de nuestros bienes, pues nos quedaban honrados sentimientos y fidelidad á los amigos. Los Saurómatas, por el contrario, se sintieron sobrecogidos al considerar con qué hombres habían de combatir, aunque por sorpresa los habían vencido. Así es que, al aproximarse la noche, abandonaron casi todas las reses, dieron fuego á los carros y huyeron. Amizoco, en tanto, no pudiendo conformarse á tener vista desde que Dandamis se privó de ella, se cegó también voluntariamente; y ambos permanecen sin trabajar, honrados y mantenidos á expensas de la nación escita.

42. ¿Qué podríais decir comparable á esto, Mnesipo, aunque se te permitiese contar otras diez historias sobre las cinco, y se te dispensase del juramento para que pudieras inventar á tu gusto? Pues yo he expuesto el hecho desnudo: tú, de referir algo semejante, bien sé que hubieras realzado tu narración

con mil primores oratorios: las súplicas de Dandamis; el modo como fué cegado; lo que dijo después; cómo volvió; los aplausos con que fué recibido, y demás recursos con que soléis atacar al auditorio.

43. Oye ahora otro hecho igualmente digno de elogio. Belitas, primo de Amizoco, vió á su amigo Bastés, con quien había ido á caza, derribado del caballo por un león, que le tenía ya cogido por el cuello y le desgarraba con las uñas la garganta. Apéase Belitas, salta á la espalda de la fiera, la separa de su amigo, la atrae y la irrita contra sí metiéndole los dedos entre los dientes, y con todos los esfuerzos posibles procura librar de sus mordeduras á Bastés; el león, dejando á éste medio muerto, se vuelve por fin contra Belitas, lo coge y lo mata. Pero Bastés, moribundo, atraviesa con su alfanje á la fiera para morir á una todos; y nosotros sepultamos á los tres, erigiendo dos túmulos contiguos, uno á los dos amigos y otro al león enfrente.

44. Mi tercera historia, Mnesipo, será la de la Macentas, Loncates y Arsácomas. Arsácomas estaba enamorado de Mazea, hija de Leucanor, rey del Bósforo, á cuya corte había ido para el cobro de un tributo que los habitantes de aquel país nos han pagado siempre, pero cuya entrega habían diferido entonces más de tres meses. En un convite vió Arsácomas á Mazea, doncella alta y hermosa, y empezó á amarla y á entristecerse. El negocio del tributo estaba terminado; el rey le había dado ya la repuesta, y quiso obsequiarle con un banquete de despedida. Es costumbre del Bósforo que los pretendientes soliciten en la mesa á las doncellas, diciendo quiénes son y exponiendo los títulos que tienen para las bodas. Por suerte, asistían á aquel festín muchos pretendientes, reyes ó hijos de reyes. entre ellos Tigrapates,

príncipe de los Lazos; Adrímaco, soberano de Macliene, y otros muchos. Cada pretendiente, después de manifestar el objeto de su venida, debe comer con los demás y permanecer en silencio, y, al terminar la comida, pedir una copa, hacer una libación sobre la mesa y declararse pretendiente de la joven, ensalzando mucho su linaje, su poder y sus riquezas.

45. Muchos, pues, según costumbre, habían hecho su libación y presentado su demanda enumerando sus estados y riquezas, cuando Arsácomas, pidiendo una copa y sin hacer libación (nosotros no derramamos el vino por considerarlo una ofensa al númen), sino apurándola de un sorbo: «Dame por esposa á tu hija Mazea, dijo, porque, entre todos los presentes, soy el que mejor la merezco por mis bienes y riquezas.» Admirado Leucanor, que conocía la pobreza y obscuro linaje de Arsácomas: «¿Cuántos rebaños y cuántos carros tienes? le preguntó; porque en esto consisten vuestras riquezas.—Yo, respondió el pretendiente, no tengo carros ni rebaños, sino dos buenos amigos como no los tiene ningún Escita.» Tal contestación causó á todos risa; y Arsácomas fué despreciado y se le creyó beodo. Á la mañana siguiente, Adrímaco, preferido á los demás pretendientes, se disponía á llevar á su esposa á la Meótida, al país de los Macliene.

46. Arsácomas regresó á su tierra y contó á sus amigos el desprecio del Rey y las risas de que, creyéndole pobre, había sido objeto: «Bien claro le manifesté, decía, que con la posesión de vuestra amistad, tesoro de más valor y duración que todas sus haciendas, era yo inmensamente rico. Pero en cuanto le dije esto, me despreció y se rió de mí, y dió su hija al Macliene Adrímaco, porque se precia de tener diez copas de oro, ochenta carros de cuatro lechos, y mu-

chos bueyes y ovejas. Prefiere, pues, rebaños numerosos, copas inútiles y carros pesados, á hombres virtuosos. Doble es mi dolor, amigos míos; amo á Mazea, y siento vivamente la injuria que ante tantas personas se os ha inferido. Creo, en efecto, que no os toca menor parte que á mí en la grave ofensa: á cada uno de nosotros nos corresponde un tercio, pues desde que pactamos nuestra amistad vivimos de tal modo, que somos un solo hombre y nos alegran ó entristecen las mismas cosas.—Es más, añadió Loncates, la injuria, al ser tú insultado, recae toda entera sobre cada uno de nosotros.

47. —¿Qué haremos, pues? preguntó Macentas.—Dividamos el trabajo, respondió Loncates. Yo prometo á Arsácomas traerle la cabeza de Leucanor, y tú le traerás su adorada.—Sea así, dijo Macentas.—Tú en tanto, Arsácomas, como es verosímil que de esto resulte una guerra, quédate aquí y recoge y prepara armas, caballos y tropas, todo lo numerosas que puedas. Lograráslo fácilmente, porque tú eres un valiente soldado, y nosotros tenemos muchos parientes, y mucho más si te sientas sobre la piel de un toro.» El plan fué aprobado. Loncates, tal cual estaba, partió sin detenerse al Bósforo y Macentas á los Maclienes, ambos á caballo. Arsácomas se quedó en Escitia, se dirigió á los de su edad, formó una tropa con sus parientes, y se sentó, por último, sobre la piel de toro.

48. Diré en qué consiste esta costumbre. Cuando alguno, injuriado por otro, quiere vengarse y no se cree con fuerzas suficientes para ello, sacrifica un buey, cuece en trozos la carne, tiende la piel en el suelo y se sienta encima, con las manos á la espalda, como si tuviese los brazos atados por los codos. Este es nuestro modo de suplicar más sagrado. Cuando los trozos de carne estén dispuestos, aproxímanse los

parientes, y todos los que gustan, toman cada uno un trozo, y poniendo sobre la piel el pie derecho, prometen, según sus facultades, cuál cinco caballos libres de paga y pienso, cuál diez, éste más, otro cuantos hoplitas ó infantes puede, otro, que es pobre, se ofrece en persona. Reúnense así sobre aquella piel considerables fuerzas, y se forma un ejército de inquebrantable constancia é invencible verdaderamente por el juramento que les liga; porque el poner el pie sobre la piel constituye un juramento. En esto se ocupaba Arsácomas, logrando reunir unos cinco mil caballos y veinte mil entre hoplitas é infantería ligera.

49. Loncates llegó de incógnito al Bósforo; se presentó al Rey, ocupado entonces en asuntos de gobierno, y le dijo que venía como diputado de la nación escítica, y para comunicarle además particularmente cosas muy graves. Mandáronle hablar y dijo: «Los Escitas piden en interés común y diario, que vuestros pastores no pasen á sus llanos, y se mantengan dentro de los montes: respecto á los ladrones, de cuyas incursiones por vuestras tierras os habéis quejado, niegan que hayan sido enviados por acuerdo público, y afirman que obran por cuenta propia y para su particular lucro. Si capturáis alguno, quedáis autorizados para castigarlo. Esto me han mandado que te comunique.

50. »Yo, por mi parte, te anuncio que Arsácomas, hijo de Marianta, poco hace embajador de los Escitas en tu corte, prepara una gran expedición contra vosotros. Está indignado, creo, porque le negaste la mano de tu hija, y hace siete días que está sentado en la piel de toro, reuniendo un formidable ejército.—Había oído, interrumpió Leucanor, que se reunía un ejército sobre la piel; pero ignoraba que fuese contra mí y á las órdenes de Arsácomas.—Pues contra tí,



añadió Loncates, son los preparativos. Pero Arsácomas es mi enemigo, y me detesta al ver que los ancianos me prefieren á él, y me juzgan superior en todo. Mas si me prometes la mano de tu otra hija Bárcetis, de la cual, por otra parte, soy muy digno, te traeré dentro de poco la cabeza de Arsácomas.—Te la prometo», dijo espantado el Rey, que no ignoraba la indignación de Arsácomas por su desaire, y temía siempre á los Escitas. Loncates entonces: «Jura, pues, le dijo, cumplir el pacto y no negarlo nunca.» Iba á hacerlo el Rey, y tenía ya extendida la mano en actitud de prestar juramento; pero el Escita: «Aquí no, le dijo, no sea que si alguno nos ve, sospeche de qué tratamos: entremos en ese templo de Marte, cerremos las puertas y juremos sin que nadie nos escuche. Si algo de esto llegase á oídos de Arsácomas, temo que antes de la guerra acabe conmigo, pues tiene ya apercebida mucha gente.—Entremos, dijo el Rey; vos otros retiraos á bastante distancia: nadie se acerque al templo mientras no le llame.» Entraron en el templo; retiráronse los guardias; sacó la cimitarra Loncates, tapó al Rey la boca con una mano para sofocar sus gritos, le atravesó el corazón, le cortó la cabeza, y salió, llevándola bajo la clámide y simulando que hablaba con Leucanor, al cual decía que volvería pronto, como si le hubiese enviado con alguna orden: Llegó al sitio donde había dejado atado su caballo, montó en él, y regresó á Escitia velocísimamente. Nadie le persiguió, pues los habitantes del Bósforo no se dieron cuenta al principio de lo que había hecho, y después de sabido, se dividieron en facciones para elegir monarca.

51. Esto hizo Loncates: así cumplió su promesa, entregando á Arsácomas la cabeza del Rey del Bósforo. Macentas, por su parte, sabiendo de camino lo

ocurrido en el Bósforo, llegó á la Macliena, y dijo, después de anunciar la muerte de Leucanor: «La nación, Adrímaco, te llama, para que, como yerno del Rey, ocupes el vacío trono. Ponte inmediatamente en camino y apodérate del mando, presentándote de improviso en estos instantes de tumulto: tu esposa debe seguirte en un carro; en cuanto vean á la hija de Leucanor, se pondrá de tu parte la mayoría de los Bosforenses. Yo soy Alano, y pariente materno de tu esposa; porque Leucanor contrajo matrimonio con Mastira, hembra de mi linaje. Los hermanos de Mastira, que viven en Alania, me envían para que te excite á marchar cuanto antes al Bósforo, donde impedirás que sea nombrado rey Eubioto, hermano bastardo de Leucanor, amigo siempre de los Escitas y enemigo de los Alanos.» Esto dijo Macentas, imitando á los Alanos en el idioma y en el traje: ambas cosas les son comunes con los Escitas, de los que sólo se diferencian en llevar el cabello más corto. Macentas había hecho desaparecer esta diferencia cortándose el cabello lo preciso para parecer Alano y no Escita. Por esto fué creído, y se le tuvo por pariente de Mazea y de Mastira.

52. «Y ahora, continuó, estoy dispuesto á ir contigo al Bósforo, si quieres, ó á quedarme, si es preciso, para acompañar á la princesa.—Lo último es mejor, dijo Adrímaco: yo desearía que como pariente acompañases á Mazea. Si vinieses conmigo al Bósforo, sólo serías un jinete más; mientras que si vas acompañando á mi esposa, serás como muchos.» Así se hizo. Adrímaco partió, después de encomendarle á Mazea, que todavía estaba virgen, para que le acompañase. Macentas la llevó, durante el día, en un carro; pero, á la noche, la hizo subir á su caballo, en el cual había tenido la precaución de hacer venir otro jinete,

montó él después, y en vez de dirigirse á la Meótida, torció al interior, dejando á la derecha los montes Mitreos, y, á pesar de detenerse para que la joven descansase, hizo en tres días el viaje de Macliena á Escitia. Su caballo, cuando acabó de correr, estuvo un poco parado y cayó muerto.

53. Macentas puso á Mazea en manos de Arsácomas, diciéndole: «Ten lo prometido.» Asombrado Arsácomas ante tan inesperado suceso, quiso darle las gracias, pero Macentas: «Deja, le dijo, de tratarme como á distinto de tí mismo. El darme gracias por lo que he hecho es como si mi mano izquierda se las diese á mi derecha porque la hubiese cuidado y curado una herida cuando ella no podía valerse. Sería, pues, ridículo si, habiéndonos confundido hace tiempo uno en otro hasta donde es posible para constituir un sólo hombre, creyéramos cosa grande el que una parte nuestra hiciera algo útil en beneficio de todo el cuerpo: lo hizo para sí, en el mero hecho de ser parte del cuerpo á quien hizo el beneficio.» Así respondió Macentas á las gracias de su amigo.

54. Adrímaco, en cuanto supo la estratagema, dejó el camino del Bósforo, donde ya reinaba Eubioto, venido de los Saurómatas, en cuya tierra residía, y volvió á su país, reunió un grande ejército, é invadió la Escitia, atravesando los montes. El mismo Eubioto se le unió poco después, con todos los Griegos de su reino, los Alanos y los Saurómatas auxiliares, que harían veinte mil en junto. Las fuerzas reunidas de Eubioto y Adrímaco ascendían á noventa mil hombres, de los cuales un tercio eran arqueros de caballería. Nosotros (digo nosotros porque yo tomé parte en aquella guerra, para la cual di sobre la piel cien caballos mantenidos á mi costa) sosteníamos el combate con poco menos de treinta mil solda-

dos, incluso los de caballería. Arsácomas mandaba la hueste. Cuando se acercaron los enemigos, destacamos contra ellos nuestra caballería, para principiar la batalla. Tras larga y terrible lucha, comenzaron á ceder los nuestros, rompióse la falange, y el ejército escita se dividió en dos cuerpos, uno de los cuales empezó á cejar poco á poco, sin darse por vencido, de manera que aquello no parecía fuga, sino retirada, y por lo mismo no se atrevían á adelantarse mucho en la persecución los Alanos; pero el otro cuerpo, menor en fuerza, fué envuelto por Alanos y Maclienes, que hacían en él matanza horrible con una verdadera granizada de dardos. Nuestros soldados, encerrados en aquel círculo mortífero, sufrían horrores, y muchos empezaban ya á arrojar las armas.

55. Entre ellos hallábanse por casualidad Loncates y Macentas, heridos ambos por haber afrontado en primera línea los peligros. Loncates tenía atravesado un muslo, y Macentas un hachazo en la cabeza y una lanzada en un hombro. Averígualo Arsácomas, que peleaba en el otro cuerpo de ejército, júzgase deshonrado si se retira abandonando á sus amigos, clava las espuelas al caballo, da un grito inmenso, y se lanza sobre los enemigos con el alfanje levantado: los Maclienes, impotentes para resistir el animoso impulso, abren calle y le dejan libre el paso. Reune Arsácomas sus amigos, reanima á las tropas restantes, precipítase sobre Adrímaco, aséstale un golpe con la cimitarra en la nuca y lo divide por medio. Al caer su jefe, se desbandan los Maclienes, después los Alanos, y por último los Griegos. Dueños nuevamente del campo, los hubiéramos perseguido y muerto, á no habérnoslo impedido la noche. Al siguiente día llegaron embajadores de los enemigos pidiendo humildemente la paz: los del Bósforo prometían doble

tributo; los de Macliena, entrega de rehenes, y los Alanos, en pago de perjuicios, reducir á nuestra obediencia á los Sindianos, hacia tiempo sublevados contra nosotros. Aceptamos las condiciones, previo parecer favorable de Macentas y Loncates, y se hizo la paz, arreglando ambos todos los extremos del tratado.

Esto es, Mnesipo, lo que los Escitas se atreven á hacer por los amigos.

56 MNESIPO.—Es toda una tragedia, Tóxaris, con sus puntas y ribetes de fábula. Perdónenme el Viento y el Alfanje por quienes has jurado, pero no parecería muy culpable el que no la creyese.

TÓXARIS.—Cuidado no sea envidia la incredulidad. Aunque no me creas, no dejaré por eso de contarte otros sucesos de igual índole acontecidos en Escitia.

MNESIPO.—Pero no te extiendas demasiado, amigo mío, ni des, como hace poco, rienda suelta á la lengua, corriendo de Escitia á Macliena, y yendo y viniendo al Bósforo, y abusando bastante de mi silencio.

TÓXARIS.—Debo obedecer tu mandato y hablar concisamente para que tus oídos no se fatiguen corriendo con mis discursos.

57. Oye ahora lo que por mí ha hecho mi amigo Sisinnos. Deseoso de instruirme en las ciencias griegas, partí de mi patria en dirección á Atenas, y llegué á Amastris, ciudad del Ponto situada enfrente de los que vienen navegando de Escitia, á poca distancia de Carambis (1). Me acompañaba Sisinnos, compañero mío desde la infancia. Después de haber hallado una posada en el puerto y de haber llevado á ella el equipaje, nos fuimos, sin la menor sospecha, á

---

(1) Promontorio del Asia en el Euxino.

la plaza. Mientras, unos ladrones rompieron nuestras cerraduras, y nos lo robaron todo, sin dejarnos siquiera lo bastante para aquel día. Al volver á casa y enterarnos de lo ocurrido, no quisimos citar á juicio á los vecinos, que eran muchos, ni al posadero, temerosos de pasar por sicofantas (1) si decíamos que nos habían quitado cuatrocientos daricos (2), mucha ropa, algunos tapices y todo cuanto teníamos.

58. Tratábamos, pues, de qué haríamos faltos de todo y en país extranjero. Yo estaba resuelto á atravesarme el costado con la cimitarra y á quitarme la vida, antes que rebajarme á ninguna ruindad para ganar la subsistencia; pero Sisinnes, consolándome, me suplicaba que no hiciese tal, porque él hallaría modo de remediar nuestra indigencia. Ajustóse en el puerto para portear leña, y trajo comida comprada con lo que había ganado. Al amanecer del siguiente día, andando por la plaza, vió, según me ha contado, buen golpe de gallardos y fornidos mozos, ajustados como gladiadores para luchar dentro de tres días. Enterado por ellos de lo que ocurría, se me presentó y me dijo: «No digas ya que eres pobre, Tóxaris, pues dentro de tres días te haré rico.»

59. Esto me dijo. Pasamos miserablemente aquellos días, y llegado el del espectáculo, acudimos también nosotros: Sisinnes me llevó al teatro como á diversión entretenida y nueva, propia de los Griegos. Cuando estuvimos sentados, vimos primero bestias feroces agujoneadas con dardos y acosadas por perros, contra hombres encadenados que supusimos criminales. Entraron después los luchadores, y un heraldo, presentando á un joven de elevada estatura,

---

(1) Denunciadores de oficio.

(2) Unas 10.000 pesetas.

anunció que el que quisiera luchar con él se adelantase y recibiría en premio diez mil dracmas. Entonces se levanta Sisinnos, salta á la arena, se compromete á luchar, pide armas, recibe el premio, me trae los diez mil dracmas, me las pone en la mano y me dice: «Si venzo, nos iremos juntos, pues tendremos lo necesario; si muero, entiérrame y vuelve á Escitia, amigo mío.»

60. Yo lloraba al oírlo. Pero él, tomando las armas, se las puso, excepto el casco, y se adelantó á pelear con la cabeza desnuda. Al comenzar fué herido: un tajo de cimitarra le corta una corva, y la sangre corre en abundancia. El espanto me tenía casi muerto. Pero Sisinnos, observando que su enemigo le ataca descuidado, hiérelo en medio del pecho, y lo derriba á sus pies: siéntase mi amigo, rendido por el cansancio y la herida, sobre el cadáver de su adversario, y en nada está que no muera también. Acudí yo, le levanté, le animé, y una vez declarado vencedor, lo cogí en mis brazos y me lo llevé á casa. Tardó mucho en curarse, y ahora vive en Escitia, casado con mi hermana; pero ha quedado cojo á resultas de la herida. Esto, Mnesipo, no ha pasado en Macliene ni en Alania, ni puede dejarse de creer por falta de testigos. Muchos Amastrianos hay que recordarán este combate.

61. Te contaré para quinto ejemplo la acción de Abaucas, y terminaré. Abaucas había venido á la ciudad de los Boristenitas con su mujer, á quien amaba mucho, y con sus dos hijos, uno, niño de pecho todavía, y la otra, mocita ya de siete años. Acompañábale su amigo Gindanes, convaleciente de una herida recibida al defenderse de unos ladrones que les atacaron en el camino. Al rechazarlos fué herido en el muslo, y el dolor no le permitía sostenerse. A

la noche, mientras por su mala fortuna dormían en el último piso, estalló un horrible incendio: las llamas cerraron todas las salidas y envolvieron por todas partes la casa. Despertóse Abaucas, y dejando á sus hijos que lloraban, y rechazando á su mujer, á la cual mandó salvarse como pudiera, cargó con su amigo, y bajó con él, saliendo por un sitio no dominado todavía por el incendio. Siguióle la mujer con el niño en brazos, acompañada de su hija; y al pasar medio abrasada entre las llamas, se dejó caer el niño y escapó á duras penas del inminente peligro, seguida de la muchacha. Algún tiempo después, echándole en cara á Abaucas que hubiese abandonado á su mujer y sus hijos por salvar á Gindanes: «Fácil me será, respondió, tener otros hijos, y no sé si serán buenos, pero difícil el hallar en mucho tiempo un amigo como Gindanes, que me haya dado tantas pruebas de afecto.»

62. Con estas cinco historias, tomadas de entre mil, he terminado mi compromiso. Tiempo es ya de decidir á cuál de los dos se le ha de cortar la lengua ó la mano. ¿Quién sentenciará?

MNESIPO.—Nadie; porque no hemos nombrado juez de nuestros discursos. ¿Pero sabes lo que haremos? Ya que ahora hemos disparado las flechas al aire, nombremos un árbitro y refiramos ante él otras historias de amigos; y al que sea derrotado se le cortará, si eres tú, la mano, y si soy yo, la lengua. Pero esto sería salvaje. Mas, ya que tu elogias la amistad y yo la creo el bien más bello y mejor que poseen los hombres, ¿por qué no hemos de hacer pacto solemne de ser amigos desde este instante y continuar siéndolo perpetuamente? Así somos vencedores los dos, y ganamos riquísimos premios, puesto que por una mano derecha y una lengua conseguimos dos cada



uno, y además cuatro ojos, cuatro pies y así todo doblado. Dos ó tres amigos reunidos vienen á ser como Gerión, á quien los pintores representan con tres cabezas y seis manos. Yo lo tengo por eso como el símbolo de tres amigos que en todo, como es natural, obraban de acuerdo.

63. TÓXARIS.—Tienes razón: hagamos lo que dices.

MNESIPO.—Pero nada de sangre, ni de cimitarra para sancionar nuestra amistad, excelente Tóxaris. La conversación que hemos tenido, y la conformidad de nuestras aficiones serán más sólida garantía que el cáliz en que bebéis vosotros. Porque á mi modo de ver, la voluntad y no la obligación es la que lo hace todo en esto.

TÓXARIS.—Como tú opino. Seamos, pues, amigos y huéspedes: yo tuyo en Grecia, y tú mio en Escitia, si alguna vez vinieses.

MNESIPO.—Mucho más lejos aún iría, Tóxaris, por hallar amigos como los que tus historias acaban de descubrirme.

---



## XLII.

### LUCIO O EL ASNO (1).

1. Iba en cierta ocasión á Tesalia: tenía que arreglar en ella un asunto de mi padre con un hombre de aquel país. Un caballo me llevaba á mí y á mi equipaje: acompañábame un esclavo. Seguía el camino ordinario: encontré en él otros que iban á Hipata, ciudad de Tesalia, de donde eran. Hicimos el viaje en compañía, y vencida la pesadez del camino, nos hallábamos junto á la ciudad. Pregunté á mis Tesalios si conocían á un vecino de Hipata llamado Hiparco. Le traía una carta, para alojarme en su casa. Dijéronme que lo conocían; diéronme las señas de su casa y noticia de que era hombre de dinero, aunque por su extremada avaricia sólo mantenía á su mujer y á una criada. Al acercarnos á la ciudad, vimos un jardín

---

(1) Se ha puesto en duda la autenticidad de esta obra; pero el estilo, la gracia y el chiste característicos de Luciano campean en toda ella. El asunto parece tomado de una de las llamadas *fábulas Milesias*, cuentos llenos de licenciosidad, de que algunos pasajes de *El Asno* ofrecen buen ejemplo. Se ha sostenido también la opinión de que Luciano se propuso en esta obra mofarse de las supersticiones griegas, y parodiar, acaso, alguna historia compuesta por Lucio de Patras, protagonista de la narración. Apuleyo imitó esta obra en su *Asno de oro*, cuyo episodio de los amores de Psiquis y Cupido ha dado tanta materia á las bellas artes.

y una casita de buen aspecto donde vivía Hiparco.

2. Despídense mis compañeros y se van: yo me acerco y llamo á la puerta; aunque con dificultad y tarde, me oye una mujer, y me sale á recibir. «¿Está en casa Hiparco? pregunto.—Está, responde; pero ¿quién eres, dice, y á qué vienes?—Le traigo una carta de Decriano, sofista de Patras (1).—Espera aquí», dice; y cerrando la puerta, vuelve al interior. Sale de nuevo y me manda entrar. Lo hago, saludo á Hiparco y le entrego la carta. Precisamente se disponía á comer y estaba reclinado en un angosto lecho; la mujer sentada á su lado, y ante ellos la mesa aún vacía. Así que ve la letra: «Decriano, exclama, es para mí el mejor y más cariñoso de los Griegos al enviarme con toda confianza á uno de sus íntimos; pequeña es mi casita, como ves, aunque bastante para mí: tú la harás grande si aceptas benévolamente mi hospitalidad.» Llama en seguida á la criada. «Palestra, le dice, da un cuarto á mi compañero; pon en él su equipaje, si lo trae, y llévalo al baño: su viaje no ha sido corto.»

3. La criada me lleva á un aposento muy lindo. «Tú, me dice, dormirás en este lecho: á tu criado le pondré aquí una cama con su cabezal.» Dicho esto, salimos á bañarnos y le dí con qué comprar cebada para el caballo. Ella coloca en la casa todos nuestros avíos. Lavados ya, entramos en la sala. Hiparco me abraza y me coloca á su lado. La comida era regular, y el vino agradable y añejo. Después de comer bebimos y hablamos, como es costumbre al obsequiar á un huésped. Por fin, después de pasada la tarde en beber, vamos á acostarnos. Al día siguiente me pregunta Hiparco si pensaba continuar mi viaje ó dete-

---

(1) Ciudad de Acaya. Conserva su antiguo nombre.

nerme todo el tiempo en su casa. «Pienso ir á Larisa, le digo, y parar aquí de tres días á cinco.»

4. Esto era ficción: mi intento era detenerme para satisfacer mi vehemente deseo de hallar alguna mujer perita en artes mágicas y ver algún prodigio, como un hombre volando ó hecho piedra. En busca de este espectáculo vagaba por la ciudad; no sabía cómo conseguir mi objeto, pero seguía andando. En esto veo acercarse una mujer, joven todavía y bien acomodada, á juzgar por su atavío y séquito: vestidos bordados, numerosa servidumbre y oro sin tino. Al acercarme más, me saluda y le contesto. «Soy Abrea, me dice, la mejor amiga de tu madre, como ya habrás oído, y os quiero á sus hijos como si fueseis míos: ¿por qué no te vienes á casa?—Mil gracias, respondo: me parece mal abandonar, sin razón, la casa en que me hospedo. Si no, queridísima mía, iría á la tuya gustoso.—¿Pues dónde te alojas?—En casa de Hiparco.—¿Cómo! ¿de ese avaro?—No digas tal, madre. Conmigo ha sido espléndido y suntuoso; de pródigo pudiera acusársele.» Ella, sonriéndose y llevándome aparte: «Cuidado, me dice, mucho cuidado con la mujer de Hiparco: es una hechicera perversa y lasciva que echa ojo á todos los mozos: al que no la complace, lo castiga con sus filtros: á muchos ha cambiado ya en animales, á otros los ha matado. Tú, hijo mío, eres joven; tu hermosa presencia no dejará de agradarla; y como extranjero, te tratará sin peligro á su antojo.»

5. Sabiendo que en casa tenía lo que buscaba tanto, no la escucho más. Me separo de ella en cuanto puedo, y vuelvo á mi hospedaje, diciéndome de camino estas palabras: «¿No decías que deseabas contemplar ese maravilloso espectáculo? ¡Animo, pues! A inventar algo para lograr el intento. Corteja á la criada:

el ama debe ser respetada como mujer de un amigo: acaríciala, anda con ella, y entre abrazo y abrazo sin dificultad averiguarás lo que quieras; los criados saben lo bueno y lo malo de los amos.» Hablándome así, entré en la casa: no estaban Hiparco ni su mujer: sólo Palestra, cerca del hogar, preparaba la cena.

6. Al punto le digo: «¡Con qué garbo, hermosa Palestra, mueves y revuelves á un tiempo la olla y las caderas! Mis lomos se remueven á la par de esa salsa. ¡Feliz quien llegue á mojar en ella un dedo!» La muchacha, que era graciosa y resuelta: «Mozo gentil, responde, evítala si eres cuerdo y estás á bien con la vida: todo aquí es humo y fuego. Con sólo que lo toques, te me quedas clavado ahí con una quemadura, que nadie, ni el dios médico, te la puede curar, como no sea yo que te la he hecho. Pero lo más extraño es que yo aumentaré tu mal y exacerbaré tu dolor al pretender curarte, y tú, así te ahuyenten á pedradas, no querrás apartarte del dulce daño. ¿Te ríes eh? pues ten entendido que soy una perfecta guisadora de hombres; y no aderezo sólo viandas comunes y vulgares, sino que, como encuentre un joven alto y guapo, lo degüello, lo despellejo y le hago tajaditas: las entrañas y el corazón son lo que más me gusta.— Tienes razón, le dije; pues sin acercarme á tí, no sólo me has quemado, sino que me has encendido todo el cuerpo: tu invisible llama, entrándome por los ojos, penetra hasta la médula de mis huesos. Me abrasas aunque no te he ofendido. Cúrame, por los dioses, cúrame con las amargas y dulces medicinas de que hace poco hablabas. Cógeme, degüellame y despellejame á tu gusto.» Palestra soltó una sonora y amable carcajada y se me entregó desde aquel momento. Convinimos en que cuando dejase á sus dueños acostados, vendría á dormir conmigo.

7. Llega entonces Hiparco: vamos al baño; cenamos y menudean de sobremesa las libaciones; me levanto fingiendo sueño, y me voy á mi cuarto. Todo estaba bien dispuesto; la cama de mi criado fuera; junto á la mía una mesa, con una copa; vino preparado y agua caliente y fría. Palestra lo había dispuesto todo. En mi lecho había sin fin de rosas, unas sueltas, otras deshojadas, otras entrelazadas en guirnaldas vistosas. Yo, que hallé preparado el festín, esperaba ya al convidado.

8. Después de acostar á su señora, viene sin perder tiempo Palestra. Nos regalamos mutuamente con vino y besos. Quum autem potu nos ad noctem armassemus, ait ad me Palæstra. «Hoc quidem omnino meminisse oportet, adolescens, te in Palæstram incidisse: ostendendum tibi iam est, fuerisne acer inter ephebos, et luctæ genera multa didiceris.—Tu vero, inquam, non videbis refugere examen harum rerum: itaque exue te, iam luctemur.—Illa, sic, inquit, ut ego iubeo, probationem mihi exhibe. Ego quidem more magistri et præsidis, nomina numerorum, quos volo, inveniam atque dicam; tu vero paratus esto ad obediendum, et imperata omnia faciendum.—Quin tu impera, inquam; et vide quam dextre, quam mobiliter, quam contente fiant omnia.»

9. Ipsa ergo exutis vestimentis, nuda tota astans imperare hinc incepit: «Adolescentule, exue te, et ubi de isto te unguento unxeris, adversarium complectere. Femur stringens utrumque supinam reclinatam superior ipse subiiciens te inter femora, eaque distinens, tolle et sursum tende crura: tum demittens atque insistens, illi inhaere; ac subiens feri, et usque urgens fode iam undique donec defatigeris: robusti sint etiam lumbi: tum extractum telum secundum latitudinem per ipsum inguen adige: et rursus ad

parietem impelle; deinde percute. Ubi vero laxum quid videris, tunc iam inscendens et circa lumbos constringens, contine, et tenta non festinare; sed paululum ubi te continueris tum concurre. Iam dimissus es.»

10. Atque ego quum facile in omnibus obsecutus essem, et denique finiti nobis essent numeri; videns simul dico Palestrae: «Vides, magister, quam dextre et obsequiore mihiopugnatum sit. Vide vero, ne praeter decus numeros subiicias: alia enim post alia iniungis.» Illa vero alapam mihi infligens, «Quam nugacem, inquit, recepi tironem. Vide ergo ne plures etiam plagas accipias, si alios, neque eos, qui iniuncti tibi erunt, numeros lucteris.» Hisque dictis, surgit, et curato corpore, «Iam, inquit, ostendes utrum iuvenissis et nervosus luctator, luctarine scias et geniculatum opus edere.» Atque in lecto concidens in genu, «Age sane, ait, luctator, habes media: quatiens ergo acutam, protrude intro et fode profunde. Nudum vides hic expositumque iacere, hoc utere: primo autem, ut ratio postulat, velut nodum stringe; deinde plicatum impelle et contine, et cave concedas intervallum. Si vero laxetur, celerius instans transfer altius, et impelle et irrue, et cave ne celerius imperato retrahas: sed multum incurvans illum, femora substrahe; ac infra rursus irruptionem subiiciens contine, teque move: deinde illum dimitte; decidit enim et solutus est, et aqua totus est tuus adversarius.»—Ego vero, clarum iam videns, «Volo, inquam, ipse quoque, magister, numeros paucos imperare: tu vero obedi, surge et asside, deinde in manum praebens, tracta ceterum, et subige, et me, per Herculem, complexa, iam sopi.»

11. En estas luchas de amor pasábamos las noches, otorgándonos premios: tan grande era el placer, que olvido por completo la expedición á Larisa. No des-



cuido, sin embargo, el motivo de mis luchas y digo á la Palestra: «Enséñame, querida, á tu ama haciendo encantamientos y cambiando de forma: ganas tengo hace mucho de ver tan sorprendente espectáculo. O mejor, hazlos tú, si lo sabes, y transfórmate á mi vista. Creo que no ignorarás esa ciencia: y lo creo, no por haberlo oído, sino por experiencia propia; yo, según las mujeres, era un duro diamante; jamás había mirado con amor á ninguna: y tú me tienes cautivo con tus artes, con el alma encadenada en la guerra amorosa.—Basta de burlas, me responde Palestra, ¿qué conjuro pudiera encantar al amor, maestro y señor de los encantamientos? Yo, dulce amigo, nada entiendo de eso, lo juro por tu cabeza y por ese delicioso lecho; ni aun he aprendido á leer, y mi ama guarda bajo siete llaves su ciencia. Mas, si hay ocasión procuraré que la veas cuando se transforme.» Dicho esto, nos dormimos.

12. Pocos días después, Palestra me advierte que su ama va á transformarse en ave para ir en busca de su amante. «Esta es la ocasión, le digo, de hacerme el favor que te pedí, y de satisfacer la curiosidad de tu amigo. —No temas», me responde. Á la noche me coge de la mano, me lleva á la puerta del aposento en que dormían sus señores y me manda mirar por una rendija lo que pasaba dentro. Veo que la mujer se desprende del vestido. Una vez desnuda, se acerca á la lámpara, pone en ella dos granos de incienso, mientras se queman dirige á la luz una infinidad de palabras. Abre luego un cofrecillo donde había muchos botes, y toma uno que contenía algún líquido. No sé á punto fijo lo que sería, pero el aspecto era de aceite. Saca cierta cantidad de este líquido y se unge toda, principiando por la punta de las uñas: brótanle alas en seguida; la nariz se le hace córnea y adunca;

y así en todo lo que es característico de un ave, metamorfoseándose en perfecto cuervo nocturno. En cuanto se ve con plumas, lanza un terrible graznido como el de los cuervos de noche, y vuela por la ventana.

13. Yo creía que aquello lo veía en sueños, y me restregaba los párpados sin poder dar crédito á mis ojos y sin saber si efectivamente veían y estaban despiertos. Cuando me convenzo de que no dormía, ruego á Palestra que me haga salir alas, y que me permita volar frotado con aquel unto. Quería averiguar experimentalmente si la conversión en ave trascendía también al espíritu. Abre ella sigilosamente el aposento y me trae un botecillo. Me desnudo á toda prisa, y me unjo todo el cuerpo; pero ¡pobre de mí! no me transformo en ave: me sale por detrás una cola; desaparecen, no sé cómo, todos mis dedos; mis uñas se reducen á cuatro, y son cascos, no uñas; mis pies y mis manos se convierten en patas; se me alargan las orejas, y se me ensancha el rostro. En fin, mirándome por todas partes, veo que soy un asno, y que hasta la voz humana me falta para quejarme de Palestra. Alargando el belfo inferior, mirando oblicuamente á la manera de los asnos, le preguntaba como podía por qué me había transformado en pollino y no en ave.

14. Ella, golpeándose el rostro con ambas manos: «¡Triste de mí, qué es lo que he hecho! exclama: en mi precipitación me he equivocado con el parecido de los botes, y he cogido uno distinto del que hace salir alas. Pero tranquilízate, queridísimo; el remedio es muy fácil: en cuanto comas rosas, dejarás de ser asno, y me devolverás á mi amante. Quédate esta noche no más convertido en asno; mañana en cuanto amanezca correré á traerte rosas, las comerás y que-

darás curado.» Al decir esto, me pasaba la mano por las orejas y el resto del cuerpo.

15. En todo tenía yo el aspecto de un asno; pero respecto á la inteligencia y al pensamiento continuaba siendo Lucio, un hombre, menos en el don de la palabra. Diciendo en mi interior mil pestes contra Palestra y su falta, me voy, mordiéndome los labios, á donde estaban mi caballo, y un asno verdadero de Hiparco. Al sentirme entrar, temerosos de que les quite parte del heno, bajan las orejas y se disponen á molerme el vientre á coces. Al observar su actitud, me coloco lejos del pesebre, y me echo á reir; mi risa es un rebuzno. Mientras tanto me digo: «¡Maldita curiosidad! ¿Qué sería de mí si entrase un lobo ú otro feroz carnívoro? Corro peligro, sin culpa, de ser hecho pedazos.» Así pensaba, ignorando, ¡infeliz! el mal que se me venía encima.

16. Estaba muy entrada la noche, el silencio era profundo y el sueño dulce, cuando se oye por fuera del muro un ruido como si lo horadasen, y así era en efecto. Ya habían practicado una brecha por la cual podía pasar una persona. Entra en seguida un hombre y luego otro. Reúnense muchos, todos con espadas. Atan en sus aposentos á Hiparco, á Palestra, y á mi criado, saquean sin temor toda la casa, y se llevan dinero, ropas y muebles. Cuando ya nada queda dentro, nos cogen á mí, al otro asno y al caballo, nos ponen unas albardas, y cargan sobre nosotros todo lo robado. Cuando ya no podemos con el peso, nos arrear á palos hacia el monte, para huir por caminos poco frecuentados. No sé lo que sufrirían los otros jumentos, pero yo, sin costumbre de andar descalzo y sobre guijarros agudos y con tanta carga, me sentía morir: tropezaba á cada instante, y ni me dejaban caer, pues uno de los ladrones me majaba á

palos los lomos y las nalgas. A menudo quería gritar «¡Oh César!» pero sólo daba un rebuzno; el «Oh» resultaba claro y estentóreo, pero el «César» no salía. Esto mismo me valía muchos golpes, porque mi rebuzno los delataba. Comprendiendo la inutilidad de mis gritos, resuelvo callarme para ahorrarme palos.

17. En esto clareaba ya, y habíamos franqueado montes, muy altos. Como nos habían atado la boca con un cabestro, para que no nos retrasásemos comiendo hierba en la huída, contiúo siendo asno. Al mediodía llegamos á un corral habitado por amigos de los ladrones, según daba á entender el recibimiento. Salúdanse unos á otros afectuosamente, y los dueños les ruegan que descansen. Sirvenles la comida, y á nosotros, las bestias, nos echan cebada. Comen los otros jumentos, y yo ayuno miserablemente. Como jamás había probado cebada cruda, miraba qué comería. Veo detrás del patio un huerto con muchas y buenas hortalizas y al fin de él unas rosas. Sin ser visto por nadie de la casa, pues todos estaban distraídos con la comida, salgo al huerto para atracarme de hortalizas crudas y para comer rosas. Creía que en cuanto las comiese volvería á ser hombre. Entro, pues, en el cercado y me lleno de lechugas, rábanos, apios, hortalizas que los hombres comen crudas; pero las rosas no eran tales rosas, sino flores del laurel silvestre, llamado laurel-rosa, pienso nocivo á asnos y á caballos, pues dicen que cuantos lo comen mueren.

18. Pero el hortelano coge un garrote y entra en el huerto; ve al enemigo y el destrozo de verduras, y como severo preboste (1) que sorprende á un ratero, me muele á palos sin respetarme piernas ni ijares, quebrándome las orejas, y machacándome la cara.

(1) En el original *δυνάστης*.

No pudiendo sufrir más, le doy un par de coces, lo tiendo boca arriba sobre sus legumbres y huyo hacia el monte. Al ver que me escapo, grita para que me azucen los perros, que eran muchos y grandes, capaces de habérselas con osos. Comprendo, por consiguiente, que si me cogen me despedazan. Doy un pequeño rodeo, y determino, conforme al refrán, «correr hacia atrás antes que correr mal». Retrocedo, pues, y entro en la cuadra. Los que me habían echado los perros los recogen y los atan, y no cesan de apalearme hasta que vomito por abajo todas las hortalizas.

19. Llega la hora de marchar, y me cargan el mayor número posible de objetos robados, eligiendo también los de más peso. Partimos en esta disposición. Desfallecido y agobiado por los palos y la carga, y destrozados los cascos por el camino, determino echarme y no levantarme, aunque me majen á golpes. Esperaba gran beneficio de esta resolución. Creía que, vencidos por mi tenacidad, repartirían mi carga entre el caballo y el mulo, y me dejarían allí para comida de lobos, pero un genio enemigo, adivinando mi idea, la frustra por completo. El otro asno, pensando quizá como yo, cae en el camino. Los ladrones tratan primero de levantarlo á palos; pero no obedeciendo el infeliz, lo cogen unos por las orejas y otros por la cola y procuran ponerlo en pie. No consiguen nada; el animal permanece inmóvil como una piedra. No hallando medio de levantarlo, deliberan entre sí, convienen en no perder trabajo y tiempo por un asno reventado, reparten su carga entre mí y el caballo, cogen á nuestro desdichado compañero de cautividad y transporte, le cortan los corvejones con sus cuchillos, y vivo todavía lo arrojan por un despeñadero. Cae bailando la danza de su muerte.

20. Viendo en mi compañero de viaje el resultado de mis propósitos, me decido á sobrellevar mi desgracia, y á marchar con valor, en la esperanza de hallar alguna vez rosas, y con ellas mi salvación. Había oído también á los ladrones que faltaba poco camino, y que nos iban á descargar en el próximo descanso. Corremos, pues, con todos nuestros fardos y llegamos antes de anocheecer á una casa. Dentro estaba una vieja y ardía un gran fuego. Los ladrones depositan en el interior cuanto habíamos traído. Preguntan luego á la vieja: «¿Cómo te estás sentada y no preparas la cena?—Porque todo os lo tengo dispuesto, responde; he preparado muchos panes, tinajas de vino añejo, y carne de venado.» Ellos le dan las gracias; se quitan los vestidos, se ungen al lado del fuego, sacan agua caliente de una caldera, se la vierten por el cuerpo, y toman este baño improvisado.

21. Poco después llegan muchos jóvenes con numerosos objetos, la mayor parte de oro y plata, vestidos é infinidad de adornos de mujer y de hombre. Reúnense á los otros; depositan dentro lo robado, y se lavan por el mismo estilo. Sigue cena abundante, y gran conversación de los bandidos. La vieja nos echa cebada á mí y al caballo: éste, temeroso de que yo también coma, devora precipitadamente su pienso. Pero yo, cuando veía que salía la vieja, comía de unos panes que había dentro. Al siguiente día, dejando solos á la vieja y á un muchacho, van los bandidos á sus faenas. Esta guardia exquisita me desesperaba; á la vieja no la temía, y podía evitar que me viese, pero el muchacho era un zagalón de mirada torva, siempre con la espada en la mano y siempre con la puerta cerrada.

22. Tres días después, á eso de media noche, vuelven los bandidos, no trayendo oro ni plata, ni cosa

alguna, sino una joven núbil y hermosísima, la cual lloraba, se rasgaba los vestidos y se arrancaba los cabellos con la mayor desesperación. La hacen sentarse en una alfombra y le dicen que no tenga cuidado. La vieja recibe orden de estar siempre á su lado, custodiándola. La joven no quería comer ni beber, y no hacía más que llorar y arrancarse el cabello, tanto que yo, que estaba cerca de ella en mi pesebre, lloraba también. Los ladrones cenaban fuera en el portal. Al amanecer, uno de los espías, enviado á reconocer los caminos, llega y les dice que va á pasar por allí un extranjero con rico equipaje. Levántanse como están, cogen las armas, nos enalbardan á mí y al caballo, y parten. Yo ¡infeliz! conociendo que voy á la guerra y al combate, avanzo con lentitud: esto me vale una paliza atroz. Cuando llegamos al camino por donde el extranjero debía pasar, asaltan los ladrones sus carros, matan al viajero y á sus criados, cargan lo más precioso del equipaje sobre mí y el caballo, y esconden lo demás, allí mismo, en el bosque. Nos llevan después á la casa. Empujado y azotado por los palos, me clavo una aguda piedra en un casco, y me hago una herida dolorosa que me obliga á continuar el camino cojeando. Los ladrones se dicen entonces: «¿Por qué hemos de mantener un asno que se cae en todas partes? Echemos á rodar por esta peña el maldito animalejo. — Sí, echémosle, añade otro, y será la víctima expiatoria de nuestra banda.» Dirigiánse ya en grupos hacia mí; pero, habiéndoles oído, empecé á trotar como si mi herida fuese de otro, quitándome el miedo á la muerte el dolor que sentía.

23. Cuando llegamos á nuestro hospedaje, nos quitan del lomo las cargas, las acomodan en lugar seguro y se ponen á comer. Al caer la noche, parten en

busca de lo restante del robo. «¿Á qué llevamos éste pobre borrico con un casco inútil? dice uno. Nosotros traeremos parte de la carga y lo demás el caballo.» Marchan, pues, con el caballo. Era una noche de luna muy clara. «¡Desdichado! me dije en mi interior, ¿para qué permaneces aquí un instante más? Los buitres y los hijos de los buitres se te van á comer. ¿No has oído lo que piensan de tí? ¿quieres ser despeñado? Es de noche: la luna está en todo su esplendor: ellos se han ido: huye de esos asesinos.» Pensando en esto, observo que no estoy atado: la correa con que me llevaban estaba colgada en la pared. Esto me anima á escapar, y salgo corriendo. Pero la vieja, viéndome dispuesto á huir, me agarra de la cola y se cuelga de ella. Yo, creyéndome merecedor del despeñadero y de otras muertes si me dejo sujetar por la vieja, la arrastro: ella llama en su ayuda á la joven secuestrada. Acude la doncella, y viendo á la vieja pegada al asno como si fuese su cola, concibe un proyecto atrevido, propio de una joven desesperada: salta sobre mi lomo, se sienta y me talonea. Aguijoneado á la vez por mi deseo de huir y por el taloneo de la joven, rompo á galopar como un caballo: la vieja queda lejos de nosotros. La doncella pedía á los dioses que la salvarsen, y me decía: «Si me llevas á casa de mi padre, hermosísimo asno, no trabajarás nunca, y te daré todos los días un medimno (1) de cebada.» Por mi parte, huyendo de mis propios verdugos, y esperando cuidado y asistencia si salvaba á la hermosa, corro sin acordarme de la herida:

24. Al llegar á un sitio en que el camino se dividía en tres, tropezamos con nuestros enemigos que volvían. Distinguen ellos, desde lejos, á la luz de la

---

(1) Algo más de medio hectólitro.



luna, sus míseros cautivos: corren á nosotros, me cogen y dicen: «Bella y virtuosa doncellita, ¿á dónde vas, infeliz, á hora tan avanzada de la noche? ¿No temes á las fantasmas? Vuelve con nosotros, que te llevaremos con tus padres.» Dicen esto con sonrisa sarcástica; me hacen dar vuelta y retrocedemos. Me acuerdo entonces de mi pie y de mi herida, y cojeo. «Ahora que te hemos cogido vuelve la cojera, me dicen; pero cuando querías huir, corrías más veloz que un caballo, como si tuvieras alas.» Todo esto acompañado de palos; así es que sus advertencias me hicieron en el muslo una llaga. Volvemos á casa y encontramos á la vieja colgada con una cuerda de una roca: temiendo sin duda á sus dueños, por la fuga de la joven, se había ahorcado. Los ladrones, admirando la probidad de la vieja, la sueltan y la arrojan á un precipicio sin quitarle la soga. Atán después á la joven; se ponen á cenar, y prolongan mucho la sobremesa.

25. Discuten en tanto lo que habrán de hacer con la bella. «¿Qué hacemos, dice uno de ellos, de nuestra fugitiva?—¿Qué hemos de hacer, contesta otro, sino enviarla á que haga compañía á la vieja? Ella nos ha quitado cuanto ha podido, y hubiera revelado nuestra guarida. Bien sabéis, amigos, que si consigue llegar á su casa, no queda vivo uno de nosotros: en un ataque preparado por nuestros enemigos, nos hubieran cogido. Justo es que nos vengamos de nuestra enemiga, pero no despeñándola, que es muerte muy pronta: inventemos algún suplicio larguísimo y cruel: así padecerá infinito hasta que muera.» Discurrían, pues, cómo matarla. Uno, por fin, dice: «Sé que va á gustaros mi idea. Es preciso matar el asno, por flojo, fingidor de cojeras y cómplice y auxiliar de la fuga. Lo mataremos, por consiguiente, mañana

temprano, lo abriremos en canal, le sacaremos los intestinos y meteremos en el hueco que dejen á esa buena persona, con la cabeza fuera del cadáver para que no se ahogue. El resto del cuerpo quedará dentro del asno. Luego la coseremos perfectamente, y los echaremos fuera para comida de buitres, que nunca habrán tenido plato semejante. Considerad, compañeros, el horror de este suplicio: primero, ser encerrada dentro de un asno; después, cocerse á la par del cadáver bajo el ardiente sol del estío; luego morir de hambre devoradora, sin poder precipitar la muerte. De lo que sufrirá con la fetidez del borrico en putrefacción, y con el hormigueo de gusanos excuso decir nada. En fin, los buitres llegarán hasta ella á través del asno, y acaso se la coman viva.»

26. Todos gritan entusiasmados como si la abominable idea fuese la invención más preciosa. Yo gemía en mi interior, como quien va á ser degollado, sin la esperanza de yacer en paz despues de muerto, sino destinado á ser tumba de aquella infeliz, y ataúd de una inocente. Clareaba ya, cuando cae de repente sobre los foragidos buen golpe de soldados enviados contra ellos, y los encadenan para conducirlos al gobernador del territorio. Con la tropa venía el prometido de la joven, que era el que había descubierto la guarida. Toma á su amada, la monta sobre mí y la lleva á su casa. Los aldeanos, aunque nos vieran de lejos, conocían el éxito feliz de la empresa por mis rebuznos que lo pregonaban. Salen, pues, á recibirnos, nos saludan y nos llevan adentro.

27. La joven me guarda todas las atenciones debidas al compañero de cautividad, al auxiliar de su fuga, al que había corrido con ella el peligro de ser asesinado. Mi señora me daba un medimno de cebada, y heno suficiente para un camello. Entonces mal-

decía como nunca á Palestra, porque me había convertido en asno y no en perro. Veía, en efecto, que los perros entraban cautelosamente en la cocina y se regalaban en grande con las viandas propias de boda entre ricos. Días después de las bodas, habiendo dicho á su padre el ama joven el favor que me debía, y que deseaba corresponder justamente, mandó aquél que me dejasen suelto al aire libre y que paciese con los rebaños de yeguas. «Estando libre, decía, vivirá contento, y las montará cuando quiera.» La recompensa no podía ser más justa, y un asno no hubiera sentenciado con más acierto. Llama, pues, á uno de los pastores y le ordena, con gran placer mío, que jamás me pongan carga. Llegados á la dehesa, el pastor me mezcla con las yeguas y nos lleva al pasto.

28. Pero estaba escrito que allí había de sucederme algo como á Candaules (1). El pastor de la yeguada me deja en casa á cargo de su mujer Megápola, la cual me ata á una piedra y me hace moler trigo y cebada. Para un asno agradecido no era mucha desgracia moler para sus amos; pero la buena mujer, que se hacía pagar en harina por otros habitantes del campo, que en verdad no eran pocos, traficaba con mi infeliz pescuezo. Tostaba además la harina que le daban para mi pienso, me la hacía moler; amasaba tortas y se las comía, dejándome sólo el remoyuelo. Si alguna vez me llevaba el pastor á pacer con las yeguas, los caballos me hundían á dentelladas y coces. Siempre me suponían intenciones adúlteras respecto á las yeguas, sus esposas, y me perseguían, tirándome tantos pares de coces, que me era imposible resistir su cólera celosa. Quedéme á causa de esto, en poco

---

(1) Vid. Herodoto, 1.

tiempo, feo y flaco, pues en casa la molienda no me divertía gran cosa, y en el campo no era para regocijarse el trato feroz de mis compañeros de pasto.

29. También me llevaban con frecuencia al monte, de donde bajaba sobre mis lomos la leña. Este era el coronamiento de mis males. Porque en primer lugar tenía que subir á una roca muy alta, por un camino pésimo, y andar con los pies desnudos sobre piedras agudas. Enviaban además conmigo un perverso muchacho, de inagotable inventiva para causarme torturas. Primero me pegaba, aunque corriese, no con un palo liso, sino con un garrote lleno de nudos desiguales y punzantes, y siempre en el mismo sitio, de manera que me abrió en las nalgas una herida sobre la cual continuaba pegando. Después me cargaba como á un elefante. El descenso era muy rápido, pero aun entonces me apaleaba. Si le parecía que se inclinaba la carga vencíéndose hacia un lado, en vez de igualarla poniendo en el sitio más ligero algunos troncos del otro, jamás lo hacía. Cogía grandes piedras del monte y las ponía donde era menor el peso, y yo, infeliz, bajaba con la leña muchas piedras inútiles. En el camino había un río perenne: el infame, para no estropear el calzado, se montaba sobre mí detrás de la leña y así lo vadeaba.

30. Si, vencido por el peso ó la fatiga, llegaba á caerme, entonces sí que mi mal era intolerable. En vez de bajarse, como debía, y de echarme mano para levantarme, ó de aligerarme la carga según fuera preciso, ni bajaba ni me echaba mano nunca, sino que, principiando por la cabeza y las orejas, me mataba á golpes hasta que me levantaba. También se divirtió á mi costa con el juego más infame. Cogió un fajo de espinas muy agudas, lo ató con una cuerda y me lo colgó en el espinazo y en la cola. Las espi-

nas, como es natural, se me clavaban al andar y me herían la parte posterior con picaduras continuas. Imposible el evitar aquel dolor, teniendo siempre sobre mí las que me herían, y colgadas de mi cola. Si andaba despacio para impedir que se me clavasen, era majado á golpes; y si corría por evitarlos, se me hundía en los lomos aquella espantosa plaga. Mi conductor siempre estaba discurriendo modos de martarme.

31. Una vez que me hizo sufrir mucho, no pude menos, agotada mi paciencia, de tirarle una coz, que nunca se le borró de la memoria. Habiéndole mandado pasar estopa de un lugar á otro, me lleva, me carga un enorme fardo de estopa, me la ata fuertemente con una buena sogá, maquinando contra mí la más espantosa burla. Al punto de marchar, roba del hogar un tizón encendido, y lo mete en la estopa, que, como no podía menos, encendióse en seguida. Pronto llevo sobre mí una hoguera inmensa. Me doy ya por asado en el camino, cuando por casualidad veo una laguna; arrójome donde hay más agua, revuelvo en ella la estopa, y, á fuerza de revolcarme en todos sentidos, logro apagar en el barro mi abrasadora y espantosa carga. El resto del camino lo anduve con menos riesgo, porque el muchacho no podía ya dar fuego á la estopa, remojada en líquido fango. Pero á la vuelta tuvo el descaro de decir que yo me había refrotado al pasar junto al fuego. Mas siquiera escapé del peligro de la estopa, contra lo que esperaba.

32. Entonces el maldito zagalón usa contra mí otra invención peor todavía. Me baja del monte con una gran carga de leña, la vende á un campesino de la vecindad, y me vuelve á casa sin carga y me acusa calumniosamente de un nefando delito. «No sé, amo mío, dice, por qué damos de comer á un burro tan

flojo y tan pesado; pero ahora ha descubierto otra maña. En cuanto ve á una mujer, á una joven hermosa ó á un muchacho, echa á correr tras ellos, los persigue, y hace lo mismo que un hombre enamorado con la mujer amada: les da mordiscos á modo de besos, y trata de abrazarlos por fuerza. Esto te ha de traer pleitos y disgustos, pues injuria á todos y á todos derriba. Ahora mismo traía su carga de leña, y al ver una mujer que iba por el campo, tiró por el suelo todos los troncos, y pretendió gozar de la infeliz tendida en el camino. Gracias que ha acudido gente y hemos podido evitar que la destrozase este lindo novio.»

33. Al oír esto: «Si no quiere andar, dice, ni llevar carga, y tiene esas aficiones que le precipitan como loco sobre muchachos y mujeres, degolladlo, echad sus intestinos á los perros y guardad la carne para los trabajadores. Si preguntan de qué ha muerto, decid que devorado por un lobo.» Mi perverso conductor no cabía en sí de gozo y quería degollarme al punto. Por fortuna llegó casualmente un vecino que me libró de aquella muerte, pero proponiendo contra mí un consejo terrible. «No mateis, dijo, un asno que sirve para la molienda y el transporte. Si el aguijón de la lujuria le lanza contra los hombres, el mejor remedio es castrarlo. Quitada la causa de sus ímpetus eróticos, se amansará y se engordará en seguida, y llevará sin trabajo grandes pesos. Si no sabes hacer esa operación, yo vendré dentro de tres ó cuatro días y te lo amansaré castrándolo.» Todos los de la casa aplauden la idea, y dicen que tiene razón el rústico. Yo me desconsuelo al verme próximo á perder lo que tenía de varonil bajo mi envoltura de pollino, y prefiero morir á ser un eunuco. Determino, pues, dejarme morir de hambre, ó despeñarme del monte

para acabar infelizmente, pero sin mutilaciones infamantes.

34. A hora avanzada de la noche, un propio de la aldea próxima llega á casa y avisa que la joven recién casada, la que había estado en poder de los ladrones, y su esposo, estando paseándose tarde en la playa, habían sido arrebatados por repentino golpe de mar, y no habían vuelto á aparecer, teniendo fin común sus calamidades y desgracias. Ellos, viendo la casa huérfana de los amos jóvenes, se deciden á no continuar en la esclavitud, roban cuanto hallan á mano, y se salvan huyendo. El pastor de las yeguas se apodera de mí y de todo lo que puede, y lo carga sobre mis lomos y sobre el de los otros animales..... Me molestaba el llevar la carga de un verdadero asno; pero acogí gustoso aquel impedimento de castrarme. Después de andar la noche entera por un camino perverso, y tres días de viaje, llegamos á Berroa (1), gran ciudad de Macedonia, con muchos habitantes.

35. En ella determinan nuestros conductores hacer alto. Verificase una subasta de nosotros, las bestias de carga. Anúnciala el pregonero, colocado en medio del mercado. Acércanse los compradores, y nos examinan abriéndonos la boca para deducir nuestra edad del estado de nuestros dientes. Mis compañeros son comprados por unos y por otros: á mí nadie me quería, y el pregonero manda que me lleven á casa: «Veis, dice, éste es el único que no ha hallado dueño.» Pero la vengadora Némesis, que me hacía girar en un círculo inacabable de desgracias, me proporciona el dueño que menos hubiera deseado. Era un viejo bardaje de esos que llevan la diosa siria por campos y aldeas y la obligan á ir mendigando. A éste me

---

(1) La misma que Beroe.

venden, y no por mucho dinero, sino en treinta dracmas. Sigo gimiendo á mi nuevo amo.

36. Cuando llegamos al alojamiento de Filebo (así se llamaba el que me había comprado), grita desde la puerta: «¡Muñecas, os he comprado un esclavo de Capadocia, robusto y hermoso!» Las muñecas, que eran una turba de bardajes compañeros de Filebo, empiezan á aplaudir creyendo que verdaderamente ha comprado un hombre. Pero viendo que el esclavo es un asno, se desatan contra Filebo. «No es un esclavo, dicen, sino tu novio. ¿De dónde lo traes, señora nuestra? Felicidades á la nueva pareja; ¡que nos paras pronto lindos pollinos!» Así se reían.

37. Al día siguiente se preparan, según decían, para sus faenas, y cargo con la diosa engalanada. Salimos de la ciudad y recorremos la campiña. Cuando llegamos á una aldea, me paro yo con la diosa; entonces, mientras tañe la turba de flautistas, ellos arrojan al suelo las mitras, yerguen las cabezas, se retuercen los cuellos, se hieren en los brazos con espadas, se cortan con los dientes la lengua, y hacen tales extremos que se cubren en un momento de sangre. Yo al verlo, tiemblo en mi sitio, temiendo que la diosa necesite también sangre pollina. Después de disciplinarse hacen su colecta entre los espectadores, que les dan óbolos y dracmas. Alguno da higos y queso, y además un tonelito de vino y un medimno de trigo y cebada para el asno. Con esto se mantenían, y daban culto á la diosa, á quien servía de pedestal mi lomo.

38. Cierta día en que nos detuvimos en una de sus aldeas, traen al alojamiento un robusto palurdo de las cercanías, y se entregan á sus acostumbradas infamias. Desesperado como nunca por mi metamorfosis, quiero exclamar «¡Júpiter cruel, hasta hoy dura



mi desdicha!» pero de mi garganta no sale mi voz, sino la del asno. Doy, pues, un rebuzno espantoso. Unos labradores, que casualmente andaban buscando un asno perdido, entran de golpe al oír mi tremenda llamada, sin avisar á nadie, creyendo encontrar allí á su pollino, y sorprenden á los bardajes. Ríense á carcajadas los labradores, y cuentan por todo el lugar la vileza de los sacerdotes. Estos, muy avergonzados, aléjanse de allí á la noche siguiente: y al verse en lugar desierto, dan suelta á su furia y me maldicen por haber revelado sus misterios. Tolerable era escuchar sus maldiciones, pero lo que las siguió no fué ya tolerable. Descargan la diosa, la dejan en el suelo, me sueltan todas las correas, me atan en pelo al tronco de un árbol, y me dan con sus azotes guarnecidos de tabas tan horrible paliza que á poco más fenezco. Con los latigazos había recomendaciones de que en adelante fuese más callado. Pensaban, sin duda, degollarme después de la paliza, por haberlos afrentado y obligado á desalojar la aldea sin recoger nada, pero se contuvieron por el decoro de la diosa, la cual yacía en tierra sin tener quien la llevase.

39. Después de la flagelación, cargo con mi señora, y continúo mi camino. Al anochecer llegamos á la hacienda de un rico. El dueño estaba en la casa, y acogió gustoso á la diosa y le ofreció sacrificios. No olvido el horrible mal á que allí estuve expuesto. Un amigo había enviado al dueño de la finca una pierna de asno silvestre: el cocinero que la recibió para guisarla, tuvo un descuido y se la dejó comer por unos perros que se colaron en la casa. Los palos que le aguardaban y acaso el tormento, le determinaron á ahorcarse. Pero su mujer, hallando una idea funesta para mí: «No pienses en matarte, querido mío, le dice, ni te desesperes de esa manera. Obedéceme y te

saldrá bien todo. Llévate á un sitio apartado el asno de esos perdidos, degüéllalo, córtale una pierna, tráela y preséntasela guisada al amo. El resto del burro arrójaló á una sima. Creerán que se ha escapado y que ha desaparecido. ¿No ves qué gordo está, y cuánto mejor es que el asno silvestre?» El cocinero, aprobando la idea de su mujer: «Excelente consejo, le responde: es lo único que puede librarme de los palos: ahora mismo voy á ponerlo en obra.» Esto trataba con su mujer, junto á mí, aquel infame cocinero.

40. Pero yo, previendo su intención, y creyendo de primera importancia el librarme de su cuchillo, rompo la correa con que me llevaban, salto y penetro impetuosamente en la sala donde estaba comiendo los bardajes con el dueño de la casa; corro por ella y derribo con mis chospos candelabros y mesas. Parecíame haber hallado un excelente recurso de salvación, suponiendo que el amo, al ver un asno tan fogoso, mandaría que me cerrasen cuidadosamente. Pero mi excelente recurso estuvo á pique de costarme muy caro. Creyéndome rabioso, muchos esgrimían contra mí espadas, lanzas y tremendos garrotes y se disponían á matarme. Yo, viendo lo espantoso del peligro, me lanzo al aposento en que habían de dormir mis amos. Al ver ellos esto, cierran las puertas perfectamente.

41. Á poco de amanecer, cargo otra vez con la diosa, parto con los mendicantes y llegamos á otra aldea grande y de mucho vecindario, al cual, trazando nuevos fraudes, convencen de que la diosa no quiere alojarse en casas particulares, sino en el templo de la que en aquel lugar era más venerada. Los vecinos acogen bien á la diosa forastera, y la llevan al santuario de la suya. Nosotros somos alojados en

una casa pobre. Nos detuvimos allí bastantes días, y queriendo mis dueños trasladarse á la ciudad próxima, piden su diosa á los vecinos, entran ellos mismos en el templo para sacarla, y se la llevan sobre mi lomo. Pero los impíos, penetrando en el santuario, habían sustraído una copa de oro, que llevaban escondida bajo las vestiduras de su diosa. Mas advertido el robo, salen al punto en su persecucion los aldeanos: cuando ya están cerca, se apean de los caballos, los cogen en el camino, los llaman sacrílegos é impíos, exigen la devolución de la sustraída ofrenda, y á fuerza de registrar la hallan en el seno de la diosa. Atan á los bribones, les obligan á desandar lo andado, y los meten en la cárcel. La diosa que yo llevaba es colocada en otro templo, y la copa de oro devuelta á la patrona del pueblo.

42. Al siguiente día me venden con los demás efectos. Yo fuí vendido á un hombre de una aldea próxima, de oficio panadero. Me lleva, me carga diez medimnos que había comprado, y vamos á su casa por un camino perverso. En cuanto llegamos, me lleva al molino. Veo allí dentro una multitud de pollinos, compañeros de servidumbre; infinitas piedras de moler, movidas por las pobres bestias, y harina por todas partes. Como esclavo nuevo, y en consideración á la carga enorme que había traído y al viaje penoso, me dejan que descanse. Pero al día siguiente me ponen una venda en los ojos, me atan al palo de una piedra y me arrean. Yo, por larga experiencia, bien sabía cómo se debía moler; pero finjo ignorarlo. Sale fallida mi esperanza. Rodéanme provistos de palos una porción de obreros, y sin advertirlo yo, porque nada veía, descargan sobre mí tal nublado de golpes, que empiezo á girar con la rapidez de un trompo.

Así, á costa mía, aprendí entonces que el criado no debe, para cumplir su deber, aguardar á la mano del amo.

43. Con tal vida quedéme en poco tiempo flaco y sin fuerza, y mi dueño, queriendo deshacerse de mí, me vendió á un hortelano que se había encargado del cultivo de un huerto. Esta era nuestra faena: á la mañana mi dueño me cargaba de hortalizas y me llevaba al mercado: después de la venta volvíamos al huerto. Luego él cavaba, plantaba y regaba, y yo me estaba quieto. Penosísima, sin embargo, era entonces mi vida. En primer lugar apretaba ya el frío, y mi amo, que no tenía con qué comprarse abrigo, menos lo podía comprar para su asno: después tenía que andar descalzo por un suelo húmedo y fangoso, ó duro y lleno de puntas; y, en fin, mi único alimento eran lechugas amargas y leñosas.

44. Al ir un día al huerto, se nos presenta un hombre vestido de soldado y nos habla primero en lengua italiana. «¿Adónde llevas el burro?» le preguntó á mi dueño. Este, que, á mi ver, desconocía aquel idioma, nada le responde. Irritado el militar, toma el silencio á desprecio y le pega un latigazo. El hortelano se abraza al valiente, le da una zancandilla, lo tira al suelo, y subido sobre él le sacude á gusto con manos, pies y piedras recogidas del camino. El militar se resiste al principio y jura que ha de atravesarlo con la espada como se levante; mi amo, aleccionado con esto, adopta la resolución más segura: le arranca el arma, la arroja muy lejos y continúa aporreándole. El militar, viéndose sin recurso, se hace entonces el muerto. Espantado mi dueño, lo deja allí tendido, coge la espada, monta sobre mí, y se va al pueblo.

45. Cuando llegamos, encarga el cuidado del huerto

á un compañero, y por temor á las consecuencias de su hazaña se oculta conmigo en la ciudad en casa de un amigo. Al otro día, después de deliberar, hacen lo siguiente: esconden á mi dueño en un arca, y á mí me suben colgado de los pies á un desván, en donde me encierran. El soldado, según decían, se levanta con trabajo del camino, y con la cabeza aún aturdida por los golpes, viene á la ciudad, habla á sus camaradas y les cuenta el atrevimiento del hortelano. Ellos le acompañan, averiguan dónde estábamos ocultos, y traen consigo á los magistrados de la ciudad. Estos mandan entrar en la casa á algunos lictores, con orden de hacer salir á cuantos se hallen dentro. Salen todos, y el hortelano no parece. Los soldados juran y perjuran que el hortelano está en la casa, y con él yo, su asno. Respóndenles que no hay ni asno ni hombre. Gran gritería y tumulto por esto en la estrecha calle. Entonces yo, la más curiosa de las bestias, queriendo saber quiénes vocean, me asomo por una ventanita y miro lo que ocurre. Crece el vocerío al verme: los de la casa son cogidos en mentira. Entran los magistrados, practican escrupuloso registro, y hallan á mi dueño echado en el arca; lo prenden y lo llevan á la cárcel para que responda de su hecho: á mí me bajan y me entregan á los soldados. Todos, sin poderse contener, se rieron al ver aparecer junto al tejado semejante denunciador, haciendo traición á su dueño. De entonces data el proverbio: «Catéle la oreja y vi que era un asno (1).»

46. Ignoro lo que fué de mi dueño, pero al día siguiente el soldado determinó venderme, y lo hizo por veinticinco dracmas áticos. Mi comprador era esclavo

---

(1) Es traducción libre del proverbio griego: Ἐξ ὄνου παρακόψεις, *de prospectu asini*.

de un hombre riquísimo de la gran ciudad de Tesalónica en Macedonia. Su oficio era preparar manjares para su dueño: tenía un hermano, esclavo también, habilísimo en hacer pan y melosos pastelillos. Los dos hermanos vivían juntos, dormían en el mismo aposento, y poseían en común hasta los utensilios de su oficio. Me acomodan en su propio aposento. Después de la cena del amo, traen los dos muchos sobrantes, uno de carnes y pescados, otro de tortas y pasteles. Me dejan encerrado con ellos, y encomendándome tan sabrosa guardia, salen á bañarse. Yo, despidiendo enhorabuena á la cebada que me habían echado, me entrego á las artes y ganancias de mis señores, y me harto, tras larga privación, de manjares de hombres. Como las viandes eran muchas y yo empleaba suma precaución y parsimonia en mis hurtos, nada advertían al principio cuando volvían á su cuarto; pero luego que me aseguré de su descuido, me comía la mayor y mejor parte de los manjares. Pronto notan el daño, y empiezan á sospechar el uno del otro, y se llaman mutuamente rateros, ladrones de la comunidad y desvergonzados; vigilanse recíprocamente y cuentan los manjares.

47. Yo, en tanto, vivía alegre y regaladamente; mi cuerpo, vuelto á su acostumbrada alimentación, se hermooseaba á vista de ojos, y sobre la piel me brotaba reluciente pelo. Aquellos buenos hombres, viéndome gordo y lucio, á pesar de que la medida de mi pienso nunca se mermaba, empiezan, por fin, á concebir sospechas. Salen un día como si fuesen al baño, cierran la puerta, aplican los ojos á una rendija, y observan lo que va á suceder dentro. Yo, sin sospechar nada, me adelanto para comer. Ellos, viendo aquella comida increíble, se ríen al principio; llaman después á los otros esclavos para que me vean; crece la risa, y el

alboroto es tal, que llega á oídos del dueño, que pregunta por qué es la algazara. Oye lo que hay, se levanta de la mesa, mira por la rendija y me ve comiendo un trozo de jabalí: suelta la carcajada y entra en el aposento. Me avergüenzo mucho de verme sorprendido por el amo en flagrante delito de glotonería y hurto. Pero él se ríe cada vez más: manda que me lleven á su comedor y que me pongan una mesa con cuantos manjares no puede comer un asno: carnes, ostras, salsas, pescados salados, ó en aceite, ó con mostaza. Yo, viendo que la fortuna me sonríe, y comprendiendo que en aquello estriba mi salvación, aunque ya repleto de manjares, como de los de la mesa. El comedor se hunde á risotadas. Un convidado dice: «Ese asno será capaz de beber vino, si alguno se lo sirve.» Manda el dueño que me lo sirvan y lo apuro de un trago.

48. El amo, creyendo, como es natural, que yo era un animal extraordinario, manda á uno de sus mayordomos pagar al que me compró lo que le había costado y otro tanto, y me entrega á un joven liberto suyo, mandándome que me enseñe todo aquello en que yo pudiera divertirle. Lo cual fué muy fácil: mandar me una cosa y hacerla dócilmente, era todo uno. Primero me enseñó á estar recostado junto á la mesa, como un hombre apoyado en un codo; después á luchar con él, á bailar en dos pies, á afirmar ó negar según las preguntas, y á todo lo que yo hubiera podido hacer aunque no me lo enseñase. Cunde la noticia de lo que ocurre. «El asno del señor bebe vino; el asno del señor lucha; el asno del señor baila», se dice por todas partes. Lo que más sorprende es que yo afirme ó niegue con exactitud según lo que se me pregunte, y que cuando quiero beber, lo pido volviendo los ojos hacia el copero. Ignorando que dentro del asno ha-

bía un hombre, admiraban la cosa como verdaderamente extraordinaria; yo utilizaba su ignorancia para mis gustos. Aprendía además diferentes pasos, y á llevar á mi dueño, y á correr con tal suavidad que apenas lo advertía el jinete. Mi arnés era magnífico: mantilla de púrpura; freno damasquinado de oro y plata, y campanillas que producían música agradable.

49. Menecles, mi dueño, había venido, como he dicho, de Tesalónica á aquella ciudad, para dar á sus conciudadanos un espectáculo de gladiadores. Los combatientes estaban ya dispuestos y acercábase el momento de la marcha. Salimos al amanecer. Yo llevaba á mi dueño en los sitios en que el camino era áspero y malo de andar en carro. Cuando llegamos á Tesalónica, no hubo nadie que no acudiese al espectáculo y á verme: la noticia de que podía imitar á muchos personajes, y bailar y luchar como los hombres, me había precedido desde lejos. El amo me enseñaba cuando yo estaba bebiendo á los más principales ciudadanos, y me mandaba hacer en el banquete todas mis asombrosas habilidades.

50. Pero mi maestro obtuvo conmigo un provecho de muchísimos dracmas. Me tenía encerrado en una habitación, y á todo el que deseaba admirar mis habilidades le abría la puerta, previo el pago de la entrada. Los curiosos me traían las viandas que juzgaban más contrarias á la ordinaria alimentación de un asno, y yo las devoraba. Así es que, á pocos días de tanto comer con mi dueño y con sus visitantes, me puse sumamente gordo. Entonces una extranjera bastante hermosa y rica, que entró á verme comer, se enamoró de mí ardientemente. Mi belleza de asno y mis extrañas habilidades le inspiraron vivísimos deseos de tenerme á su lado. Trata, pues, con mi maestro, y le promete espléndida recompensa si le deja pasar una



noche conmigo. Él, cuidándose poco de si la extranjera podría ó no lograr su intento, recibe el dinero ofrecido.

51. Era ya de noche. El amo nos manda retirarnos del comedor, y volvemos al aposento en que dormíamos. Encontramos á la mujer, que estaba hacía tiempo en el dormitorio. Había hecho traer blandos almohadones y colchas, con que nos prepararon una cama en el suelo. Los esclavos de la mujer salen, y se echan á dormir delante de la puerta: ella enciende dentro una magnífica lámpara. Deinde exutis vestibus lucernæ astat nuda integra, fusoque de alabastro unguento se ungit, hinc me quoque: imprimis vero nares mihi unguentis implet: tum osculis me invadit, tanquam cum amasio suo et homine colloquitur, et me capistro prehensum trahit in stratum. Ego vero alio quodam hortatore ad hoc nihil indigens, et vino antiquo multo madidus, et unguenti odore stimulatus, et puellam videns pulcram undique, acclinor. Sed vehementer in eo anxius eram, quomodo mulierem inscenderem. Ex quo enim tempore asinus fueram, venerem ne asinis quidem consueta attigeram, neque asina femina eram usus. Verum hoc quoque metum mihi non mediocrem incutiebat; ne mulier non capiens me, laceraretur et ego deinde ut homicida egregie pœnas darem. Ignorabam scilicet, me sine causa metuere. At mulier multis osculis iisque amatoriis me alliciens, quum videret me non jam continere, tanquam ad virum se applicans me amplectitur et surrigens intra se totum recepit. Et ego meticulosus adhuc verebar, et sensim me subducebam: at illa lumbis inhærebat meis ut substrahere me non possem, et ipsa, quod fugere videbatur, insequitur. Quum vero satis accurate edoctus essem adhuc deesse aliquid ad voluptatem et delectationem mulieris, sine

metu quod supererat subserviebam, cogitans non deterioreme me esse Pasiphæes adultero. Mulier autem adeo erat parata ad venerem, adeo insatiabilis eius quæ ex coitu petitur voluptatis, ut totam in me noctem contriverit.

52. Vase al ser de día, y por igual cantidad pacta con mi maestro el permiso para otra noche. Este, enriquecido con mis obras y deseoso de enseñar á su amo mi nueva habilidad, me encierra con la mujer, la cual abusa terriblemente. Dice á su señor lo que sucede, como si él me lo hubiese enseñado, y sin saberlo yo lo trae á la noche al sitio donde dormíamos, y por una rendija de la puerta le hace ver el amoroso cuadro. Recreado con él, desea mostrarme al público en aquella actitud. Manda, sin embargo, que nada se diga, «á fin, dice, de que el día del espectáculo lo llevemos al teatro con alguna mujer condenada á muerte y le haga el amor á vista de todos.» Poco después me traen una mujer condenada á las fieras y le mandan que se me acerque y me acaricie.

53. Llega, por fin, el día, que tan glorioso había de ser para mi señor, y me llevan al teatro, en el cual entro de esta manera: había un gran lecho de concha índica con clavos de oro: colócanme en él, y mandan á la mujer que se acueste á mi lado. Una vez bien acomodados en aquella máquina, nos llevan al teatro, en cuyo centro nos colocan. Alzase gran vocerío y universal aplauso: nos acercan una mesa, con todos los manjares que se sirven á los hombres más delicados; rodéannos muchos esclavos y lindos coperos; nos escancian el vino en vasos de oro. Mi maestro, colocado detrás de mí, me manda que coma; yo estaba avergonzado de verme de aquella manera en un teatro, y no muy seguro de que á lo mejor saltase sobre mí algún león ó algún oso.

54. En esto, pasa junto á mí uno que lleva flores, entre las cuales distingo pétalos de rosas frescas: nada me detiene ya y salto del lecho. Piensan los expectadores que me levanto para bailar; pero yo, recorriendo uno por uno todos los ramilletes, separo las rosas y me las como. Entonces, con universal admiración, cae y se desvanece mi figura de asno, el cuadrúpedo desaparece, y queda sólo el interno Lucio, en pie y desnudo completamente. La inesperada y asombrosa metamorfosis aturde á todo el público: surge un clamor inmenso, y el teatro se divide en dos opiniones: unos, considerándome maestro en hechicerías, y monstruo cambiador de formas, piden que sin tardanza me quemem allí mismo: otros, que se me oiga, que se forme juicio y que después se sentencie. Yo corro al Gobernador de la provincia, que casualmente asistía á los juegos, y le digo desde abajo que una mujer de Tesalia, esclava de una Tesaliense, me había convertido en asno frotándome con un unguento, y le ruego, que me aprese y me detenga hasta que pueda demostrarle que no miento.

55. El Gobernador: «Dime tu nombre, me contesta, y el de tus padres y parientes, si algunos existen de tu familia, y la ciudad en que has nacido.» Entonces yo le digo: «Mi padre se llama Lucio (1), y mi hermano Cayo: ambos tenemos iguales los otros dos nombres. Yo soy escritor de historias y de otros tratados; mi hermano es poeta elegiaco y buen adivino: nuestra ciudad natal es Patras de Acaya.» Al oír esto exclama el Gobernador: «Eres hijo de unos queridísimos amigos y huéspedes que me han recibido en su casa y me han honrado con regalos. El ser hijo de ellos me prueba que no mientes.» Y diciendo esto,

---

(1) Supónese que falta el *prænomen*.

baja de la silla, me abraza, me besa y me lleva á su casa. En tanto mi hermano llega trayéndome dinero y cuanto necesitaba. El Gobernador, públicamente y con asentimiento universal, me absuelve y bajamos al mar, ajustamos un navío, y ponemos en él nuestro equipaje.

56. Creí oportuno visitar á la mujer que me había amado bajo la forma de asno, pensando que bajo la de hombre le parecería más hermoso. Ella me recibe muy afablemente, gustosa, creo, del prodigio, y me convida á cenar y á pasar la noche á su lado. Acepto, creyendo una inconveniencia hacerme el desdeñoso y despreciarla, por ser hombre, cuando la había acariciado siendo asno. Ceno, pues, con ella, me perfumo, y me coronó con aquellas queridísimas rosas á las que debía mi vuelta al linaje humano. Entrada la noche y llegada la hora del sueño, me levanto, y pensando hacer una gran cosa, me quito los vestidos y me presento desnudo, en la seguridad de agradarle más cuando me comparase al asno. Pero ella, viendo que en mí todo era de hombre, me desprecia y dice: «¡Ve enhoramala á dormir lejos de mí y de mi casa!—¿Qué falta he cometido? le pregunto.— Yo, por Júpiter, responde, enamorada no de tí sino del asno, he dormido con el asno y no contigo: pensaba que siquiera conservarías algún miembro de la preciosa bestia, pero veo que aquel hermoso y útil animal se ha cambiado en argüellado mico.» Llama sin más á sus esclavos y les manda que me saquen de la casa sobre sus hombros. Expulsado de esta manera, me quedo en la calle, al sereno, desnudo, coronado y ungido y abrazado á la tierra, sobre la cual duermo. Al clarear el día, corro en cueros á la nave, y riéndome cuento á mi hermano la aventura. Levántase después viento favorable, partimos y llegamos en pocos

días á mi patria. Allí ofrezco sacrificios y hago obla-  
ciones á los dioses salvadores por haberme sacado, no  
del trasero de un perro como dice el refrán, sino del  
asno en que mi curiosidad me tuvo encerrado tanto  
tiempo, devolviéndome por fin sano y salvo á mi  
casa.

---



## XLIII.

### JUPITER CONFUNDIDO.

CINISCO Y JÚPITER.

1. CINISCO.—No vengo, Júpiter, á importunarte con peticiones de riquezas, tesoros ó mandos, cosas que al vulgo le parecen muy apetecibles, y á tí, sin duda, difíciles de conceder, puesto que casi siempre te haces el sordo con los suplicantes. Una sola cosa, y facilísima, por añadidura, es la que deseo de tí.

JÚPITER.—¿Qué es ello, Cinisco? No serás desoído, sobre todo si tu petición es tan modesta como dices.

CINISCO.—Contéstame, pues, á una sencillísima pregunta.

JÚPITER.—Pequeño, verdaderamente, y fácil de satisfacer es tu deseo. Pregunta cuanto quieras.

CINISCO.—Atiende, pues. Supongo que has leído los poemas de Homero y de Hesiodo: respóndeme si, como ellos dicen al cantar en sus rapsodias al Destino y á las Parcas, es verdaderamente imposible evitar la suerte que nos hilan á cada cual cuando nacemos (1).

---

(1) Alude á varios pasajes de Homero y de Hesiodo. Vaya como muestra uno de la *Iliada*, lib. xx, v. 128 (Tr. de Hermosilla):

La suerte sufrirá que con el huso  
La Parca hilando su vital estambre  
El día que nació le preparaba.

JÚPITER.—Así es, en efecto: no hay nada que no sea ordenado por las Parcas: todo cuanto sucede es obra de su huso: el desenlace de las cosas es tal como ellas lo predeterminaron y no puede ser de otro modo.

2. CINISCO.—Según eso, cuando Homero dice en una parte de su poema (1):

Si antes del tiempo que ordenó la Parca  
Bajar no quieres del Plutón al reino,

y cosas por el estilo en otras, ¿se puede asegurar que desvaría?

JÚPITER.—Sí, en verdad. Nada semejante á eso puede hacerse, te digo, contra el decreto é hilo de las Parcas. Lo que, inspirados por las Musas, dicen los poetas es siempre verdad; pero si, abandonados por ellas, hacen versos por cuenta propia, entonces se engañan, y aseveran cosas contrarias á sus precedentes afirmaciones. Esto, por otra parte, se les debe perdonar: son hombres, y en cuanto desaparece el numen inspirador de sus rapsodias, se les oculta la verdad.

CINISCO.—Convengamos, pues, en que en efecto es así. Respóndeme también á esta pregunta: ¿No son tres las Parcas: Cloto, Láquesis y Atropos?

JÚPITER.—Sí.

3. CINISCO.—¿Qué son, pues, el Destino y la Fortuna, de que tanto se habla? ¿Qué poder tiene cada cual? ¿Son iguales ó son superiores á las Parcas? Porque yo oigo decir á todo el mundo que nada hay más poderoso que el Destino y la Fortuna.

JÚPITER.—No es justo que lo sepas todo, Cinisco. Pero ¿por qué me haces esa pregunta de las Parcas?

---

(1) *Ilíada*, xx, v. 336.



4. CINISCO.—Te lo explicaré, con tal que antes me digas si los dioses estáis también sujetos á las Parcas, y obligados á pender de sus hilos.

JÚPITER.—Sí lo estamos. Mas ¿por qué te ríes?

CINISCO.—Porque recuerdo unos versos de Homero en que te representa arengando á los dioses y amenazándoles con suspender el universo de una cadena de oro (1). Dices que echarías del cielo aquella cadena, y que aunque tirasen de ella todos los dioses para arrastrarte, sería inútil su esfuerzo, porque tú, si quisieras, fácilmente á todos

Con la tierra y el mar los alzarías.

Me parecías dotado de asombrosa fuerza, y me espantaba sólo de oír estos versos. Pero ya, según propia confesión, veo que tú, con tu decantada cadena y tus terribles amenazas, estás pendiente de un hilo. Cloto es, á mi ver, la que puede preciarse de poderosa, pues te mantiene suspendido de su rueca, como el pescador de la caña á un pececillo.

5. JÚPITER.—No sé á qué vienen esas preguntas.

---

(1) *Ilíada*, VIII, v. 24. Como Luciano alude muchas veces á este pasaje, lo transcribo, tomándolo de la versión de Hermosilla, publicada por la BIBLIOTECA CLÁSICA. Habla Júpiter á los dioses:

Si vosotros dudáis, mostrad ahora  
 Vuestro valor. Del estrellado cielo  
 En lo más alto atad una cadena  
 De oro macizo, y agarrados todos  
 A la punta inferior, Dioses y Diosas,  
 Hacia abajo tirad, y á vuestro padre  
 No arrastraréis á tierra desde el éter,  
 Por más que trabajéis. Mas si yo quiero  
 A todos levantaros, al Olimpo  
 Os subiré, las tierras y los mares  
 Levantando también. Y si la punta  
 De la fuerte cadena en la alta cumbre  
 Atare del Olimpo, el universo  
 Pendiente quedará: tal poderío  
 Tengo sobre los dioses y los hombres.

CINISCO.—A esto, Júpiter; pero, ante todo, te ruego por el Destino y por las Parcas que escuches sin desabrimiento y sin cólera las verdades que voy á decirte con franqueza. Si las cosas son como hemos dicho, si todo está sometido á las Parcas, y no puede cambiarse nada de lo que ellas han resuelto, ¿por qué os ofrecemos sacrificios y os inmолamos hecatombes pidiéndoos que nos concedáis bienes? No veo qué utilidad podemos obtener de este culto, si nuestras oraciones son impotentes para alejar los males y para obtener bien alguno de los dioses.

6. JÚPITER.—Sé de dónde sacas esas preguntas: de los malditos sofistas, que niegan nuestra providencia sobre los hombres. Su impiedad se las inspira, y aconsejan á los demás que no hagan sacrificios y oraciones, porque son inútiles, toda vez que los dioses no nos cuidamos para nada de vosotros, ni tenemos el menor poder sobre las cosas terrestres. Pero no se regocijarán siempre con sus disertaciones.

CINISCO.—No, Júpiter, por el huso de Cloto te lo juro, no me han sugerido ellos esas preguntas. Nuestra conversación, sin saber cómo, nos ha traído á decir que los sacrificios son inútiles. Por consiguiente, si me lo permites, te haré otras preguntillas. Respóndeme sin vacilar, y con toda firmeza.

JÚPITER.—Pregunta, ya que tienes tiempo para esas necesidades.

7. CINISCO.—¿Dices que todo se hace por orden de las Parcas?

JÚPITER.—Lo digo.

CINISCO.—¿No podéis cambiar sus decretos ni deshacer sus ovillos?

JÚPITER.—No.

CINISCO.—¿Quieres que saque la consecuencia, ó es evidente aunque yo no la diga?

JÚPITER.—Es evidente. Los que ofrecen sacrificios no los ofrecen por necesidad de pagar bienes recibidos ó de adquirirlos en cierto modo de nosotros, sino por honrar la superioridad (1) de nuestra naturaleza.

CINISCO.—Basta con eso. Tú mismo confiesas que los sacrificios no se ofrecen con un fin útil, sino por cierta bondad de los hombres que honran la superioridad de vuestra naturaleza. Pues bien, si alguno de esos sujetos estuviese presente, acaso te preguntase dónde está la superioridad de los dioses, que son esclavos como los hombres y sometidos como ellos á las mismas señoras, las Parcas. Porque el ser inmortales no basta para que se les considere superiores: al contrario, en esto consiste precisamente su inferioridad: la muerte, á falta de otra cosa, nos liberta; pero vuestra infelicidad dura siempre, y vuestra servidumbre es eterna, porque el huso que la hila jamás se detiene.

S. JÚPITER.—Sin embargo, Cinisco, en esa eternidad y en esa infinitud consiste nuestra dicha, y en ella vivimos con todos los bienes.

CINISCO.—No con todos, Júpiter. Vuestros intereses están divididos, y hay en ellos suma confusión, pues tú eres el feliz, por que eres el rey y puedes levantar la tierra y el mar como al cabo de la soga de un pozo; pero Vulcano es cojo, artesano y herrero. Prometeo estuvo clavado en otro tiempo. ¿Y qué diré de tu padre, todavía aherrojado en el Tártaro? Dícese también que amáis, que sois heridos y que sufrís á veces la esclavitud de los hombres, como tu hermano la de Laomedonte, y Apolo la de Admeto. Esto no me parece muy feliz. Unos, sin duda, sois dichosos y afortunados, y otros no. Nada digo de que sois, como nosotros, víctimas de ladrones, y además objeto de des-

---

(1) Lit. το βέλτιων, lo mejor.

pojos sacrílegos, y de que, de riquísimos, os quedáis pobrísimos en un abrir y cerrar de ojos. Muchos, en fin, siendo de oro y plata habéis sido derretidos en crisoles, sin duda por haberlo decidido así las Parcas.

9. JÚPITER.—¿Lo ves, Cinisco? Tus palabras se van haciendo injuriosas: cuidado no te den que sentir.

CINISCO.—Déjate de amenazas, Júpiter: bien sabes que no ha de sucederme nada que las Parcas no hayan determinado antes que tú. Veo, además, que ni los mismos sacrílegos son castigados: la mayor parte se os escapan. El Destino, sin duda, no permite que los apreséis.

JÚPITER.—¿No decía yo que eras de esos sofistas que con sus argumentos pretenden destruir la Providencia?

CINISCO.—Mucho los temes, Júpiter, aunque ignoro la causa: todo cuanto te digo te parece tomado de sus doctrinas.

10. Pero yo (¿de quién sino de tí puedo aprender la verdad?) con gusto te preguntaría qué es vuestra Providencia. ¿Es una de las Parcas, ó una diosa superior que ejerce autoridad sobre ellas?

JÚPITER.—Ya te he dicho antes que no es justo que lo sepas todo. Al principio sólo pensabas dirigirme una pregunta, y ahora me asedias con una multitud de argucias enfadosas. Veo que el objeto capital de tu conversación es demostrar que nosotros no regulamos las cosas humanas.

CINISCO.—Yo no he dicho eso: tú eres el que has asegurado hace poco que todo lo disponen las Parcas; á no ser que te arrepientas de tu confesión y quieras retractarte: ó acaso os disputéis este cuidado y tratéis de apartar de él al Destino.

11. JÚPITER.—De ninguna manera. La Parca todo lo hace por medio de nosotros.

CINISCO.—Comprendo. Sois los servidores y criados de las Parcas; lo confesáis. Pero entonces ellas serían las providentes y vosotros sus útiles é instrumentos.

JÚPITER.—¿Qué dices?

CINISCO.—Lo siguiente. Si el hacha y el barreno sirven al carpintero, no se confunden con éste, ni nadie dice que el hacha y el barreno han hecho una nave, sino que la ha hecho el constructor de navíos; de igual manera el Destino es el gran carpintero del Universo, y vosotros hachas y barrenos de las Parcas. Está claro, pues, que los hombres, debiendo ofrecer sacrificios al Destino y pedirle bienes, acuden á vosotros y os dan culto con víctimas y oraciones. Sin embargo, aunque dieran culto al Destino tampoco obrarían rectamente; pues ni á las mismas Parcas les es posible, creo, modificar en lo más mínimo lo que al principio determinaron sobre cada cosa. Atropos (1) no toleraría que se quisiera volver su huso y destruir el trabajo de Cloto.

12. JÚPITER.—¿Tampoco crees justo que los hombres tributen culto á las Parcas? Sin duda pretendes embrollarlo todo. Pero nosotros merecemos culto y honores, aunque sólo sea porque vaticinamos y predecimos todo lo decretado por las Parcas.

CINISCO.—En suma, Júpiter, es inútil prever lo que ha de ocurrir, cuando no se tienen medios de evitarlo; á no ser que con eso quieras decir que quien sepa que ha de morir de una lanzada, puede evitar la muerte encerrándose en una prisión. Pero eso es imposible: el Destino lo sacará de ella á cazar, y lo pondrá enfrente de la lanza. Adrasto arrojará su arma contra un jabalí, errará el golpe y matará al hijo de Cresos,

---

(1) *Atropos* quiere decir *inmutable*.

porque el ineludible decreto de las Parcas dirige la lanza contra el joven (1).

13. ¿No es ridícula aquella predicción á Layo (2):

No engendres, contra la orden de los dioses:  
Muerto serás, si engendras, por tu hijo?

Advertencia inútil de lo que indefectiblemente había de acontecer. Así, después del oráculo, engendró y fué muerto por su hijo. No veo, pues, razón para que cobréis por vuestros vaticinios.

14. No digo nada de la obscuridad y ambigüedad de vuestras repuestas, sin declarar, por ejemplo, si el que pase el Halis (3) destruirá su propio imperio ó el de Ciro; pues á ambas interpretaciones se presta el oráculo (4).

JÚPITER.—Apolo estaba incomodado contra Creso, que había tratado de probarle cociendo juntas carnes de tortugas y de ovejas.

CINISCO.—Pues un dios no debía incomodarse. Creo más bien que el Lidio estaría predestinado á ser engañado por el oráculo, y que el Destino le había hilado además el lance de no comprender la profecía. De lo cual deduzco que vuestra adivinación es también obra del Destino.

15. JÚPITER.—Pero nada nos dejas. Somos dioses inútiles, no ejercemos providencia alguna sobre las cosas humanas, no somos más dignos de víctimas que hachas y barrenos. Creo que con razón te burlas de mí, al verme con el rayo apercebido para herirte,

(1) Vid. Herodoto, *Historia*, lib. I, caps. XXXIV, y XLV.

(2) Eurípides, *Las Fenicias*, v. 18 y 19.

(3) Río del Asia Menor, hoy *Kizyl-Ermak*. Desemboca en el mar Negro.

(4) La historia de este famoso oráculo puede verse en Herodoto, lib. I.

y sufriendo, sin embargo, tales argumentaciones.

CINISCO.—Hiere, Júpiter, si está escrito que haya de ser herido por el rayo. No me quejaré de tí, sino de Cloto, que me hiere con tus manos; porque ni siquiera puedo decir que el rayo sea la causa de mi herida. Pero fuerza es que os pregunte á tí y al Destino una cosa que me han recordado tus amenazas. Respóndeme por él y por tí, tonante Júpiter.

16. ¿Por qué, dejando impunes á tantos sacrílegos, ladrones, impudentes, iracundos y perjuros, hieres á menudo con tu rayo una encina, una piedra, ó el mástil de un navío que ningún mal han hecho, y á veces á algún viajero virtuoso y excelente? ¿Por qué te callas, Júpiter? ¿Tampoco es justo que yo sepa eso?

JUPITER.—No es justo, Cinisco. Eres un entremetido y no sé de dónde sacas todas esas cosas con que me vienes.

CINISCO.—Entonces no os pregunto, ni á tí, ni á la Providencia, ni al Destino; por qué el honrado Foción murió en la mayor pobreza, sin lo más necesario, y antes que él, Arístides el Justo; mientras Calias y Alcibiades, jóvenes corrompidos, nadaron en oro, y lo mismo el insolente Midas, y el bardaje de Egineta Carope, que hizo morir de inanición á su propia madre; por qué Sócrates fué entregado á los Once y no lo fué Melito; por qué el afeminado Sardanápalo reinó y fueron crucificados de orden suya tantos ilustres y excelentes Persas que no aprobaron sus actos.

17. No examino tampoco en detalle lo presente. Los avaros y bribones dichosos, y los hombres de bien traídos y llevados y afligidos por la pobreza, la enfermedad y otros mil infortunios.

JÚPITER.—¿Ignoras, Cinisco, los castigos que sufren los malos después de esta vida, y la felicidad predestinada á los justos?

CINISCO.—Te refieres á los infiernos, con sus Tántalos y Ticios. Cuando me muera sabré perfectamente lo que hay de verdad en eso. Mas, por de pronto, quiero pasar felizmente el poco ó mucho tiempo que me resta de vida, aunque después de muerto se me coman diez y seis buitres el hígado; y no quiero sufrir ahora la sed de Tántalo, á condición de beber sin tasa en las islas de los Bienaventurados, tendido con los héroes en la pradera Elísea.

18. JÚPITER.—¿Qué dices? ¿no crees que hay premios y castigos en la otra vida y un tribunal que juzga á cada uno?

CINISCO.—He oído decir que un tal Minos de Creta está encargado de eso. Tú me darás noticias de él, pues dicen que es hijo tuyo.

JÚPITER.—¿Qué deseas saber de Minos?

CINISCO.—¿A quiénes castiga principalmente?

JÚPITER.—A los malos; por ejemplo, á los homicidas y á los sacrílegos.

CINISCO.—¿A quiénes envía á la mansión de los héroes?

JÚPITER.—A los buenos, á los santos, á los que han vivido virtuosamente.

CINISCO.—¿Y por qué, Júpiter?

JÚPITER.—Porque unos son dignos de recompensa y otros de castigo.

CINISCO.—¿Al que hace daño involuntariamente es justo que se le castigue?

JÚPITER.—No.

CINISCO.—Por lo mismo, al que haga involuntariamente un bien, no será justo que se le premie.

JÚPITER.—Tampoco.

CINISCO.—Luego no se debe premiar ni castigar á nadie.

JÚPITER.—¿Cómo á nadie?



CINISCO.—Porque los hombres nada hacemos voluntariamente, sino obligados por la ley de una necesidad ineludible, si es verdad, como antes hemos convenido, que la Parca es la causa de todo. Si uno comete un homicidio, la Parca es quien lo comete; si se perpetra un sacrilegio, es obedeciendo sus órdenes. Si Minos, pues, quiere juzgar con justicia, debe castigar al Destino en vez de castigar á Sísifo, y á la Parca en vez de atormentar á Tántalo. ¿Qué mal han hecho éstos, si no hicieron más que cumplir órdenes?

19 JÚPITER.—No mereces que responda á tales preguntas. Eres un atrevido y un sofista. Te dejo ya y me marcho.

CINISCO.—Pues aun tenía que preguntarte muchas cosas: dónde viven las Parcas; cómo siendo sólo tres pueden atender á tantos y tan menudísimos asuntos. Su vida, á decir verdad, no es muy sosegada que digamos, teniendo sobre sí tal cúmulo de negocios; no han nacido tampoco bajo favorables auspicios. Si se me diese á elegir, no cambiaría yo mi existencia por la suya, y preferiría vivir más pobre aún, que estarme dando vueltas á un huso tan lleno de cosas complicadas, y con la vista en todo. Si no te es fácil responder á estas preguntas, me contentaré con las respuestas que me has dado ya, Júpiter. Bastan, en efecto, para aclarar la cuestión del Destino y de la Providencia; lo demás estará escrito que no debo saberlo.

---



## XLIV.

### JUPITER TRAGICO.

MERCURIO, MINERVA, JÚPITER, JUNO, NEPTUNO, VENUS, EL COLOSO DE RODAS, MOMO, APOLO, HÉRCULES, HERMÁGORAS, TIMOCLES, DAMIS.

#### 1. MERCURIO.

¿Qué hablas meditabundo, paseando (1)  
Con la color quebrada de un sofista,  
Oh Júpiter, en triste soliloquio?  
Dímelo; en tus abismos de amargura  
Sumérgeme contigo, y no desdeñes  
La sandez de tu fámulo sumiso.

#### MINERVA.

Poderoso Saturnio, rey del cielo (2)  
Y padre nuestro, á la ojos verdes Palas  
Mira á tus pies. No guardes en el fondo  
Del corazón las penas que lo roen;  
Habla, ¿por qué suspiras? ¿qué te aflige  
Y amarillea el rostro?

---

(1) Parodia de una tragedia desconocida.

(2) Parodia de varios pasajes de Homero.

JÚPITER.

No hay angustias (1)

Por terribles que sean; no hay desgracias  
Ni trágicos dolores que no abrumen  
Con su peso la esencia de los dioses.

MINERVA.

¡Oh Apolo! ¡Qué comienzo!

JÚPITER.

¡Hijos terrestres,

Todos maldad tartárea, ¡y tú, atrevido  
Prometeo, en qué males me sumisteis!

MINERVA.

¿Qué hay? Al coro doméstico confíate.

JÚPITER.

¡Oh estallar retumbante del corusco (2),  
Rayo devastador! ¿para qué vales?

JUNO.—Calma tus iras, Júpiter. No podemos hacer comedias ni recitar poemas como los actores de profesión, ni nos hemos tragado todo Eurípides para poder seguirte en tus declamaciones.

2. ¿Crees que no sabemos la causa de tu pena?

---

(1) Eurípides, *Orestes*, v. 1 y siguientes.

(2) Parece parodia del tono grandilocuente de Esquilo.

JÚPITER.

No la sabes: si no, cuánto gritaras.

JUNO.—Sé que esa gran pena es cuestión de amores. No grito, porque ya me tienes acostumbrada á semejantes ultrajes. Sin duda has encontrado otra vez alguna Dánae, alguna Sémele ó alguna Europa; el amor te atormenta: dudas si convertirte en toro ó en sátiro, ó en oro para escurrirte por entre las tejas al seno de tu amante. Esas lágrimas, esos suspiros esa palidez son señales de enamoramiento.

JÚPITER.—¡Dichosa tú, que puedes pensar que todos mis negocios se reducen á amores y á juegos!

JUNO.—Siendo Júpiter, ¿qué otra cosa sino ésa puede atormentarte?

3. JÚPITER.—Los negocios divinos se hallan en situación desesperada. Sobre el filo de una navaja, como dice el adagio, está el que continuemos recibiendo culto y veneración en la tierra, ó el que se nos desprecie y no se cuiden para nada de nosotros.

JUNO.—¿Acaso la tierra ha engendrado nuevos gigantes, ó los Titanes, rotas las cadenas y atropellados los guardias, se dirigen otra vez contra nosotros?

JÚPITER.

No temas: no hay peligro en el infierno.

JUNO.—¿Qué otra desgracia puede ocurrir? No comprendo por qué, si no hay temor por esa parte, haya de hacer Júpiter papeles de Aristodemo ó Polo (1).

4. JÚPITER.—El estóico Timocles y el epicúreo Da-

---

(1) Actores célebres.

mis han tenido ayer, no sé con qué motivo, una discusión sobre la Providencia. La escucharon (esto es lo que más me aflige) muchos hombres conspicuos. Damis negaba la existencia de los dioses, y decía que no vigilan ni dirigen las cosas humanas: el excelente Timocles defendía nuestra causa. La multitud acudió de todas partes, pero no se terminó la disputa, pues los contendientes se retiraron citándose para continuarla y concluirla. Todo el mundo está ahora en suspenso; todo el mundo en gran expectación hasta ver cuál de los dos filósofos vence, y demuestra la verdad de sus asertos. ¿Véis ya el peligro? ¿Véis en qué aprieto están nuestros asuntos? En un hombre estriba todo. Una de dos: ó ser despreciados y sólo vanos nombres, ó ser reverenciados como antes, si Timocles vence.

5. JUNO.—La cosa es grave de veras: tenías razón en adoptar el tono trágico.

JÚPITER.—Tú, sin embargo, ya creías que mi espantosa emoción provenía de alguna Dánae ó Antiope. ¿Qué haremos, pues, Mercurio, Juno y Minerva? Buscad por vuestra parte.

MERCURIO.—Yo creo que el asunto es para tratarlo en la asamblea de los dioses y que debe convocárseles.

JUNO.—Yo soy de la misma opinión que Mercurio.

MINERVA.—Yo, padre mío, soy de opinión diametralmente opuesta. No debes alarmar el cielo, ni dar á entender lo que te afecta ese negocio; la cosa debes arreglarla en particular, procurando que Timocles salga vencedor y Damis corrido de la disputa.

MERCURIO.—Pero eso se sabrá, Júpiter, porque la discusión de los filósofos va á verificarse en público, y los dioses te acusarán de usurpación de atribucio-

nes si no les das cuenta de un asunto gravísimo y que afecta á los intereses de todos.

6. JÚPITER.—Convoca, pues, la asamblea, y preséntame todos. Hallo tu observación muy razonable.

MERCURIO.—¡Dioses, acudid á la asamblea! ¡Apresuraos, acudid todos! Venid, el asunto es grave.

JÚPITER.—¡Qué sequedad, qué desnudez y qué prosaísmo en una convocatoria para asuntos importantes!

MERCURIO.—¿Pues cómo he de hacerla, Júpiter?

JÚPITER.—¿Cómo? Realzándola con algunos versos y con grandilocuentes frases poéticas. Así acudirían.

MERCURIO.—Sí. Pero eso es de épicos y de rápsodas, y yo soy nulo en la poética. Estropearía la convocatoria, ensartando en ella versos cortos ó largos; pues ni el mismo Apolo se escapa de que se le rían en algunos oráculos, aunque tiene buen cuidado de hacerlos muy oscuros, para que los oyentes no tengan tiempo de atender á la medida.

JÚPITER.—Mezcla, pues, en la proclamación los versos con que Homero nos convocaba. Es natural que los recuerdes.

MERCURIO.—Ni todos, ni bien. Probaré, sin embargo:

Ninguna deidad hembra..... ningún numen (1)  
 Varón, ninguna ninfa, ningún río  
 Del Océano prole, se halle ausente.  
 Todos del sumo Jove á la asamblea  
 Acudid: los que ricas hecatombes  
 Disfrutáis, los medianos, los extremos,  
 Los númenes sin nombre, que sentados  
 Aspiráis de la víctima el perfume.

7. JÚPITER.—¡Muy bien, Mercurio! Has hecho un

---

(1) Parodia de diferentes pasajes de Homero;

heraldo excelente. Todos acuden. Sal á recibirlos y hazles sentar con arreglo á su mérito, es decir, según de qué y cómo estén hechos. Coloca en primer lugar los de oro, en segundo los de plata, luego los de marfil y después los de bronce ó mármol: entre éstos da preferencia á los que sean obra de Fidias, Alcámenes, Mirón, Eufranor ó artistas de igual mérito. La hez de los trabajados sin arte amontónalos en un rincón, y siéntense en él sólo para hacer bulto.

MERCURIO.—Serás obedecido: se sentarán como procede. Mas no es fácil saber si el de oro y de muchos talentos de peso, pero mal trabajado, vulgarote y sin proporciones, ha de tomar asiento delante de los de bronce ó mármol de Mirón, Policlétes, Alcámenes y Fidias, ó si á la materia ha de preferirse el arte.

JÚPITER.—Eso debía ser: sin embargo, es preferido el oro.

MERCURIO.—Comprendo: quieres que se atienda á su riqueza y no á su excelencia y mérito. Venid, pues, dioses de oro, y ocupad la primera fila.

8. Paréceme, Júpiter, que los dioses bárbaros van á ocupar los primeros puestos. Los Griegos ya ves cómo son: hermosos, de buenas facciones y artística factura, pero casi todos de mármol ó de bronce. Los más ricos son de marfil, realzado con algo de oro para darles color y brillo, pero su interior es de madera, dentro de la cual tienen sus repúblicas infinitos ratones. Pero esa Bendis y aquel Anubis, á cuyo lado están Atis, Mitres y Men, son de oro macizo y valen un imperio.

9. NEPTUNO.—¿Y cuándo ha sido justo que ese Egipcio con cara de perro, (1) se siente delante de mí, que soy Neptuno?

---

(1) Anubis.



MERCURIO.—Así es. Pero á tí, numen quebrantador (1) de la tierra, Lisipo te ha hecho de bronce y pobre, porque entonces no tenían oro los Corintios, y ése es más rico que todas las minas del mundo. Debes conformarte, pues, y ceder tu puesto, sin protestar, á un dios que tiene tanto oro en el hocico.

10. VENUS.—Colócame, por consiguiente, en primera fila, porque soy también áurea, Mercurio.

MERCURIO.—No, á lo que veo, Venus. Ó tengo telarañas en los ojos, ó me pareces blanco mármol pentélico (2), del cual le plugo hacerte á Praxíteles y entregarte á los Cnidios.

VENUS.—Pues yo traeré como testigo fidedigno á Homero, que desde el principio hasta el fin de sus poemas me llama siempre la áurea Venus.

MERCURIO.—Tambien llama á Apolo abundante en oro y rico, y lo verás, sin embargo, sentado entre los Zeugitas (3), despojado de su corona por sacrílegos ladrones que le han robado hasta las clavijas de la lira. Puedes darte por satisfecha si no votas con los de cuarta clase.

11. EL COLOSO.—¿Quién se atreverá á competir conmigo, que soy el Sol y de talla gigantesca? Si los Rodios no me hubieran hecho de tan maravillosa y

(1) Epíteto homérico de Neptuno.

(2) Montaña del Ática, cuyos mármoles tenían inmensa estimación en la estatuaria, por su intachable calidad y nitida blancura.

(3) Solón dividió á los Atenienses en cuatro clases: 1.<sup>a</sup>, *Pentacosiomedimnos*, que tenían una renta de 500 medimnos; 2.<sup>a</sup>, *Caballeros*, cuya cosecha era de 300 á 500; 3.<sup>a</sup>, *Zeugitas*, que recogían de 200 á 300; 4.<sup>a</sup>, *Tetas* (Θῆτες), los restantes.

Los comprendidos en esta última sólo tenían derecho á votar en la asamblea y á formar parte de los tribunales de justicia. Los tres primeros constituían, por decirlo así, el cuerpo de electores-elegibles. (Vid. *Noticia preliminar á los Caballeros*, tomo I de mi versión de las *Comedias de Aristófanes*, página 121). Luciano hace varias alusiones á la constitución Soleniana.

desmesurada altura, con igual gasto hubieran podido esculpir diez y seis dioses de oro: puedo, pues, pasar por el más rico, aun sin tener en cuenta que el arte y la perfección se adunan en mí al tamaño.

MERCURIO.—¿Qué conviene hacer, Júpiter? El juicio es para mí muy difícil; pues si atiendo á la materia, es de bronce; y si considero cuántos talentos ha costado, debe votar con los de quinientos medimnos de renta.

JÚPITER.—¿Qué necesidad tenía ése de presentarse para hacer resaltar la pequeñez de los otros y trastornar toda la asamblea? Pero dime, excelente Rodio, aunque valgas infinitamente más que los dioses de oro, ¿cómo has de ocupar el puesto de preferencia, si no se levantan todos los demás para que te sientes tú solo, que con una nalga ocuparías el Pnix (1) entero? Lo mejor que puedes hacer, es permanecer de pie en medio, con la cabeza inclinada hacia los asistentes.

12. MERCURIO.—Otra duda de solución difícil. Los dos son de bronce, los dos obra del mismo artífice, Lisipo, y, lo que es más, los dos de igual linaje, porque ambos son hijos de Júpiter: éste Baco y ése Hércules. ¿Cuál tendrá preferencia de asiento? Ambos, como ves, se la disputan.

JÚPITER.—Estamos perdiendo el tiempo. La asamblea hace rato que debiera estar constituida. Que se sienten indistintamente y donde cada uno quiera. En otra ocasión trataremos esto, y entonces sabré á qué atenerme respecto al orden de asientos.

13. MERCURIO.—Por Hércules, ¡qué alboroto! Gritan como diariamente el pueblo: ¡«¡Distribuciones! ¡dis-

---

(1) Plaza próxima á la Acrópolis ó ciudadela de Atenas, en la cual se celebraban las asambleas populares.

tribuciones! ¿Dónde está el néctar? ¿dónde está el néctar? ¡Falta ambrosía! ¡falta ambrosía! ¿Dónde están las hecatombes? ¿dónde están las hecatombes? ¡Víctimas para todos!»

JÚPITER.—Mándales callar, para que prescindan de sandeces y se enteren del objeto de la reunión.

MERCURIO.—No todos entienden el griego: ni yo soy suficientemente políglota para hacerme comprender de Escitas, Persas, Celtas y Tracios. Mejor, á mi juicio, sería hacerles con la mano la señal de silencio.

JUPITER.—Hazlo así.

14. MERCURIO.—¡Perfectamente! Ya los tienes callados como sofistas. Llegó el momento de arengarles.—¿Lo ves? Te miran hace rato, en expectación de lo que vas á decirles.

JÚPITER.—No vacilo en confesarte lo que me pasa, hijo mío. Ya sabes qué atrevido y qué grandilocuente he estado siempre en las asambleas.

MERCURIO.—Lo sé, y temblaba al oír tus discursos, sobre todo cuando amenazabas levantar de sus cimientos la tierra y el mar con los dioses, echando aquella cadena de oro.

JÚPITER.—Pues bien, hijo mío; no sé si por la magnitud de los males que nos amenazan ó por lo numeroso de la concurrencia, que, como ves, es grandísima, me siento turbado, no tengo el aplomo de costumbre, parece que se me traba la lengua, y, lo que es más extraño, no recuerdo absolutamente nada del exordio que había preparado para dar brillante comienzo á mi discurso.

MERCURIO.—¡Todo se ha perdido, Júpiter! Tu silencio principia á inspirarles sospechas; tu vacilación les hace temer el anuncio de algún mal gravísimo.

JÚPITER.—¿Quieres que emplee por exordio aquel proemio homérico?

MERCURIO.—¿Cuál?

JÚPITER.—Dioses y diosas, escuchadme todos (1).

MERCURIO.—¡Quita allá! Bastante nos has fastidiado con los versos primeros. Déjate, si te parece, de enojosa poesía, y enjarétales, con algunos cambios, la filípica de Demóstenes que mejor te parezca.

JÚPITER.—Tienes razón: es un medio expeditivo para echárselas de elocuente, y oportunísimo para cuantos se hallen en semejante apuro.

15. MERCURIO.—Empieza alguna vez.

JÚPITER.—Con gusto, ciudadanos dioses (2), daríais, creo, muchísimas riquezas por saber con exactitud el asunto para el cual habéis sido convocados. Si es así, espero que escucharéis benévolamente mi discurso. El tiempo presente, dioses, dice con elevada voz que debemos cuidarnos de los presentes negocios, y nosotros, no obstante, parece que los tratamos con indiferencia extremada. Quiero ya (pues Demóstenes se me ha concluído) manifestaros sin rodeos la causa de esta reunión y de mi alarma. Ayer, como sabéis, el patrón Mnesiteo ofreció un sacrificio por la salvación de su nave, que estuvo á pique de zozobrar cerca de Cafareo (3), y tuvimos banquete en el Pireo (4) los dioses invitados á la ceremonia. Después de las libaciones, se retiró cada cual á donde quiso; y yo, como aun no era muy tarde, subí á la ciudad para pasear por el Cerámico, pensando de camino en la miseria de Mnesiteo, que para diez y seis dioses invitados al sacrificio sólo había inmolidado un gallo viejo y pituitoso, y cuatro granos de incienso tan musido que se

(1) Homero, *Ilíada*, VIII, v. 5.

(2) Comienzo de la *Olintiaca primera* de Demóstenes.

(3) Promontorio de la isla de Eubea, llamada hoy *Negroponto*. Junto á él se dispersó la escuadra griega al regresar de Troya.

(4) Famoso puerto de Atenas.

apagaron en seguida, sin que nos llegase á la punta de la nariz el humo. Esto después de haber prometido hecatombes completas cuando su nave iba á dar contra un escollo y estaba ya sobre los arrecifes.

16. Absorto en estas meditaciones, llego al Pécilo (1), y veo multitud de personas, unas dentro del pórtico, muchas al aire libre y algunas vociferando y disputando desde sus asientos. Supongo, y así era, que hay una discusión entre filósofos, y entro en ganas de presenciaria y de oírles. Dejo, pues, la densa nube en que me había envuelto, y tomo figura y traje de filósofo, con larga barba que me da el aspecto de uno de ellos. Entro, sin que nadie me conozca, abriéndome paso con los codos, y hallo al epicúreo Damis, perdido de la peor especie, y al estóico Timocles, hombre de bien á carta cabal, discutiendo acaloradamente. Timocles sudaba, y estaba ya ronco á fuerza de dar voces; Damis con risilla sardónica le quemaba más y más la sangre.

17. Toda la discusión versaba sobre los dioses. El execrable Damis sostenía que nuestra Providencia no gobierna á los hombres, ni nuestros ojos inspeccionan lo que hacen: pretendía negar en absoluto nuestra existencia. Tal alcance tenía su discurso. Algunos, sin embargo, le escuchaban con aplauso. Su adversario Timocles, que nos defendía, peleaba con todas sus fuerzas, se arrebatava, y aducía en favor nuestro argumentos de toda especie, ensalzando nuestra providencia, y describiendo el orden y la hermosura con que todo lo regulamos y dirigimos. Tenía también sus partidarios; pero estaba ya rendido, le faltaba la voz, y la multitud se inclinaba hacia Damis. Comprendiendo el peligro, mandé á la noche

---

(1) Pórtico público en Atenas.

que tendiese su manto y pusiera fin á la disputa. Retiráronse, por consiguiente, pero conviniendo en terminar la discusión al día siguiente. Seguí á la multitud, y de las conversaciones oídas á los que se retiraban á sus casas, colijo que la mayor parte se inclinan al impío y se adhieren á sus opiniones. Algunos, sin embargo, no querían prejuzgar la cuestión, sino esperar á que hablase Timocles en la sesión siguiente.

18. Por esto os he convocado. El asunto, dioses, no es de poca importancia. Considerad que los hombres son toda nuestra gloria, todos nuestros honores y todos nuestros emolumentos. Si llegan á convencerse de que los dioses no existen, ó de que, si existen, no se cuidan de ellos, no recibiremos ya de la tierra víctimas, ofrendas ni culto, y nos estaremos inútilmente sentados en el cielo muertos de hambre, privados de fiestas, sacrificios, ceremonias nocturnas y pompas solemnes. La gravedad de las circunstancias, digo, obliga á todos á buscar un medio de eludir el inminente riesgo; un medio que dé la victoria á Timocles haciendo ver que defiende la verdad, y que entregue á Damis al ludibrio de su auditorio. Por que, si he de ser sincero, no confío mucho en que Timocles venza si no le prestamos algún apoyo. Da, pues, Mercurio, la voz de costumbre, para que se levanten á manifestar sus opiniones.

19. MERCURIO.—Oye: silencio: orden. ¿Quién de los que tienen la edad legal quiere hacer uso de la palabra? ¡Cómo! ¿Nadie se levanta? ¿Todos permanecéis en silencio, aturdidos por la gravedad de la noticia?

MOMO.

¡Si os hicieseis todos tierra y agua! (1).

---

(1) Imprecación de Menelao, en la *Ilíada*, VII, v. 99.

Yo, si se me permitiese hablar con franqueza, podría decir muchas cosas.

JÚPITER.—Habla sin recelo, Momo: está claro que tu franqueza ha de ser sólo para el bien nuestro.

MOMO.—Oídme, pues, dioses. Os hablo, como suele decirse, con el corazón en la mano. Hace tiempo que esperaba la situación crítica á que han llegado nuestros asuntos, y que preveía el atajo de sofistas que habían de sobrevenir, toda vez que nuestra propia conducta da alas á sus insolencias. Sí, por Temis, no hay que indignarse contra Epicuro, ni contra los discípulos y herederos de su doctrina, porque los hombres tengan tal opinión de nosotros. ¿Es posible, en efecto, que los mortales piensen de otra manera, cuando ven el inmenso desorden de las cosas humanas; los virtuosos despreciados, pobres, enfermos y sometidos á la servidumbre: los perversos é infames levantados sobre ellos, riquísimos, y mandando á los que son mejores; los sacrílegos impunes y jamás habidos; los inocentes, en cambio, crucificados ó muertos á azotes? Al ver tales cosas, les sobra razón para creer que no existimos.

20. Pues ¿y si se ponen á considerar nuestros oráculos? ¿Aquel de

Quien pase el Halis volcará un gran reino (1),

sin decir si el reino del consultante ó el del enemigo; ó el otro (2):

Tú, sacra Salamina, muchos hijos  
Perderás concebidos por mujeres,

---

(1) Herodoto, lib. 1, 53.

(2) *Id.*, lib. VIII, 141.

como si los Persas no fuesen hijos de mujer como los Griegos? ¿Y qué cuando oyen poéticas rapsodias? Los dioses amamos, somos heridos, somos encadenados, sufrimos la esclavitud, reñimos y peleamos, y estamos sujetos á cien mil molestias con todas nuestras pretensiones de felices é inmortales. ¿Qué han de hacer, sino burlarse de nosotros y no estimarnos en nada? Sin embargo, nosotros nos indignamos si algunos, no imbéciles del todo, censuran estas cosas y rechazan nuestra providencia, cuando debiéramos darnos por satisfechos con que haya todavía quienes nos ofrezcan sacrificios después de tantas faltas.

21. Ahora, oh Júpiter, pues estamos solos y no hay hombre alguno en la reunión, fuera de Baco, Hércules, Ganimedes y Esculapio, incorporados ya á los dioses, respóndeme con franqueza. ¿Te has cuidado alguna vez de lo que pasa en la tierra, para distinguir los buenos de los malos? No podrás decírmelo. Si Teseo, al ir de Trezene á Atenas, no se hubiese ocupado en exterminar de camino á los malhechores, lo que es por tu cuidado y providencia Escirón, Pitio-campto, Cerción y otros hubieran vivido tranquilos divirtiéndose en degollar caminantes. Si Euristeo, hombre chapado á la antigua y lleno de filantropía previsorá, enterado de lo que ocurría en cada estado, no hubiese enviado á ese criado suyo, mocetón cortado para trabajos y valentías (1), tú, Júpiter, poco te hubieras cuidado de la Hidra, de las aves de Estinfale, de los caballos de la Tracia ó de la injuriosa beodez de los Centauros.

22. Porque, si hemos de ser francos, la verdad es que aquí nos estamos arrellanados en nuestros asientos, atendiendo sólo á si se nos ofrecen sacrificios y

---

(1) Hércules



á si humean ó no nuestros altares: lo demás sigue su curso natural y se dirige á donde el azar quiere. No es de extrañar, por consiguiente, lo que ahora ocurre y lo que nos sucederá en adelante, cuando, abriendo poco á poco los ojos, vean los hombres que nada sacan de ofrecernos sacrificios y de enviarnos pompas solemnes. Los Epicuros, los Metrodoros (1) y los Damidas, no tardarán en reirse en nuestras barbas, después de haber vencido y hecho callar á nuestros defensores. Á vosotros, pues, toca poner término al abuso y remediar esos males, ya que habéis llevado las cosas á ese extremo. Á Momo no le asusta la falta de culto: tiempo hace que no se lo tributan: la felicidad y las víctimas son patrimonio vuestro.

23. JÚPITER.—Dejémosle, oh dioses, que desbarre á su gusto: siempre ha sido regañón y satírico. Fácil es, como dijo el admirable Demóstenes, acusar, reprender y censurar. Puede hacerlo quien quiera; pero el dar una idea para mejorar la situación presente, es lo verdaderamente propio de consejeros discretos. Tal haréis vosotros, bien lo sé, ahora que Momo calla.

24. NEPTUNO.—Yo, como sabéis, estoy sumergido en el mar y habito en su fondo, y sólo me cuido en salvar, si me es posible, á los navegantes, en dirigir sus rumbos y en amansar los vientos. Sin embargo, como también me importa algo lo que aquí ocurre, digo que, antes de que acuda á la discusión, conviene quitar de en medio á ese Damis, bien lanzándole un rayo, bien de otra manera, para impedir que salga vencedor, ya que, según nos ha dicho Júpiter, es orador habilísimo. Así demostraremos también que sabemos castigar á los que sostienen contra nosotros esas tesis.

---

(1) Metrodoro, natural de Quió, fué de la escuela escéptica.

25. JÚPITER.—¿Te burlas, Neptuno, ó has olvidado completamente que eso no está en nuestra mano, pues las Parcas determinan si un mortal ha de perecer por el rayo, ó por la espada, ó por la calentura, ó por la peste? Si de mí dependiese, ¿crees que hubiera dejado salir de Pisa (1), sin asarlos á rayos, á aquellos dos sacrílegos que me cortaron hace poco dos bucles cada uno de seis minas (2) de peso? Tú mismo ¿no hubieras hecho caso en Geresto (3) de aquel pescador de Orea (4) que te robó el tridente? Parecería, por otra parte, que nos irritábamos y dolíamos de este asunto, que temíamos los argumentos de Damis, y que por lo mismo habíamos acabado con él, sin esperar á su contienda con Timocles. ¿A qué se atribuiría nuestro triunfo, sino á falta de adversario?

NEPTUNO.—Yo creía haber señalado el camino más corto para la victoria.

JÚPITER.—¡Quita allá! Eso de matar al contrario antes del combate, para que muera sin ser vencido, y quede la discusión pendiente y eternamente indecisa, es una idea que huele á atún, buen Neptuno.

NEPTUNO.—Pues inventad otra mejor, ya que huele á atún la mía.

26. APOLO.—Si la ley permite á los jóvenes é imberbes hablar en esta asamblea (5), quizá pueda decir algo útil al asunto del debate.

MOMO.—La deliberación, Apolo, es sobre cosas suficientemente graves, para que la palabra se conceda, no á la edad, sino á todos. Tendría gracia que, ame-

(1) Es la misma que Olimpia en Elide, célebre por sus juegos.

(2) La mina ática valía noventa y una pesetas sesenta y seis céntimos.

(3) Ciudad de Eubea (*Negroponto*), célebre por su templo de Neptuno.

(4) Ciudad de la misma isla.

(5) Para usar de la palabra en las deliberaciones públicas se necesitaba haber cumplido 30 años.

nazados de extremo peligro, nos entretuviéramos en disputar sobre sutilezas jurídicas. Tú, por otra parte, eres también un orador perfectamente legal, salido hace tiempo del orden de los efebos, inscrito en el registro de los Doce (1), y á poco más del Consejo de Saturno. No te las echas, pues, de jovenzuelo; manifiesta con aplomo tu opinión, y no te dé vergüenza el arengarnos siendo imberbe, ya que en Esculapio tienes un hijo barbado como pocos. Lo que ahora principalmente te conviene es dar á conocer tu ciencia, á menos que de nada sirvan tu cátedra de Helicón y tus filosofamientos con las Musas.

APOLO.—No á tí, Momo, sino á Júpiter, le corresponde concederme esa venia. Si me permite hablar, acaso diga algo digno de las Musas y de mis tareas heliconias.

JÚPITER.—Habla, hijo mío: tienes la palabra.

27. APOLO.—Timocles es indudablemente un hombre honrado, amante de los dioses, y profundo conocedor de la doctrina estóica. Tiene muchos jóvenes en sus aulas de filosofía, y cobra por sus lecciones crecidos honorarios, pues es convincente su lenguaje cuando discute en particular con sus alumnos. Pero en público, ya es otra cosa; pierde por completo el aplomo; tiene la palabra vulgar y semibárbara, y sus inconexiones, tartajeos y azoramientos, sobre todo cuando más empeño pone en perorar con elegancia, hacen reir á todos. Su inteligencia es, en efecto, agudísima, y sutiles sus pensamientos, como aseguran los que conocen á fondo la filosofía estóica; pero cuando expone y demuestra, lo estropea y embrolla.

---

(1) Alusión al Registro que se llevaba en Atenas para hacer constar la mayoría legal de los ciudadanos. El de los *Doce* debe referirse á los *Doce dioses mayores*.

todo, con su falta de aplomo; no explana con claridad lo que pretende, habla como en enigma, y contesta todavía con más obscuridad á lo que se le pregunta. Por eso se le burlan los que no le entienden; porque es indudable que conviene hablar con claridad y procurar, ante todo y sobre todo, ser comprendido por los oyentes.

28. MOMO.—Tienes razón, Apolo, en alabar á los que hablan con claridad; pero tú no haces eso en tus oráculos. Siempre hablas con logogrifos y figuras, y arrojas en ellos, como desde sitio seguro á un campo de batalla, tal cúmulo de cosas ambiguas que se necesita para interpretarlas otro Pitio. Pero, en fin, ¿dónde está tu consejo? ¿Cómo ha de remediarse la debilidad oratoria de Timocles?

29. APOLO.—Si pudiéramos agregarle como abogado algún elocuente orador que expresase en buenas formas las ideas de Timocles.

MOMO.—¡Hablas como niño imberbe necesitado todavía de pedagogo! ¡Hacer que intervenga un abogado en una discusión de filósofos para explicar á los presentes las ideas de Timocles! Damis hablaría en persona, y el otro se valdría de un histrión. Timocles diría sus pensamientos al oído de su actor y éste los exornaría con grandilocuentes frases, acaso sin haberlos entendido. ¿Cuánto no se reirían los oyentes? Busquemos otro medio.

30. Pero tú, numen maravilloso, ya que te precias de adivino, y has recibido en este concepto no pocas ofrendas y hasta ladrillos de oro, ¿por qué no nos das á conocer en esto la eficacia de tu arte, prediciendo cuál de los dos sofistas saldrá vencedor en la contienda? Supongo que, siendo adivino, sabrás el desenlace.

APOLO.—¿Cómo he de poder hacer eso, Momo, si no

tengo aquí ni trípode, ni emanaciones fatídicas, ni fuente profética como la Castalia?

MOMO.—¿Lo ves? Eludes la cuestión cuando te estrechan.

JÚPITER.—Habla, sin embargo, hijo mío, y no des á ese delator pretexto para censurar tus adivinaciones y burlarse de ellas, como si dependiesen del trípode, del agua y del incienso, y no pudieses profetizar sin estas cosas.

APOLO.—Mejor era, padre mío, que esto se hiciese en Delfos ó en Colofón (1), donde tengo á mano todo lo preciso. Sin embargo, aunque desprevenido y falto de todo, procuraré predecir de quién será la victoria. Ya me dispensarás si cometo alguna falta de medida en los versos.

MOMO.—Dilo todo con claridad. Procura que no necesitemos de abogados ni intérpretes. No se trata de las carnes de oveja cocidas en Lidia con carnes de tortuga. Conoces perfectamente el punto discutido.

JÚPITER.—¿Qué dices, hijo mío? Ya aparecen los terribles precursores del oráculo: color pálido, ojos vueltos, cabellera erizada, movimientos coribánticos; todos los síntomas de la posesión, espantosos y místicos.

### 31. APOLO.

Oid el canto del augur Apolo (2):  
 Disputa atroz con resonantes gritos  
 Y argumentos sutiles se ha trabado  
 Entre esos dos atletas filosóficos.  
 Graznar de cuervos, cual fragor del viento  
 Arrasador de la campiña, escúchase

---

(1) En cada una de estas ciudades había templos famosos consagrados á Apolo.

(2) Parodia burlesca del estilo ampuloso y ambiguo de los oráculos

De la una y la otra parte y llena el éter;  
 Cuando el buitre en sus uñas aceradas  
 Enganche á la langosta, el postrer canto  
 Entonará la imbrífera corneja.  
 Los mulos vencerán, y el asno terco  
 Coceará á su prole corredora.

JÚPITER.—¿Por qué ríes á carcajadas, Momo? Esto no es cosa de risa. Cesa; vas á ahogarte, desdichado.

MOMO.—¿Cómo contenerse al oír tan clara y luminosa profecía?

JÚPITER.—¿Podrías, pues, explicarnos su sentido?

MOMO.—Salta á la vista. No nos hace falta Temístocles (1) para interpretarlo. El oráculo dice con toda claridad que Apolo es un charlatán, y nosotros, al darle crédito, burros de carga, por vida mía, y mulos con menos sentido común que las langostas.

32. HÉRCULES.—Yo, padre mío, aunque sea sólo meteco (2), diré sin vacilar lo que opino. Cuando estén los filósofos disputando, si predomina Timocles, dejamos que la discusión continúe; pero si flaquea, derrumbo yo, si os parece, el pórtico y lo hago caer sobre Damis, para que no vuelva á insultarnos el maldito.

JÚPITER.—¡Hércules! ¡ah, Hércules! Vaya un medio brutal y terriblemente beocio (3). ¡Por un solo malvado acabar con tantos hombres y destruir todo un pórtico con su Maratón, su Milcíades y su Cinegiro! ¿Cómo habrían de adornar en adelante sus discursos los oradores que toman de esas cosas sus mejores efectos? Además, mientras vivías, quizá pudieras acome-

(1) Se refiere á la interpretación favorable á sus designios que Temístocles dió al oráculo de Salamina. (Vid. Plutarco, *Vida de Temístocles*.)

(2) Llamábanse *metecos* los extranjeros domiciliados en Atenas.

(3) Los Beocios tenían fama de poco avisados y sutiles.

ter tales empresas; pero desde tu deificación has aprendido, creo, que sólo las Parcas tienen semejante poder, del cual los dioses carecemos.

HÉRCULES.—¿Luego cuando yo dí muerte al león ó á la hidra, eran también las Parcas las que obraban por mi brazo?

JÚPITER.—Indudablemente.

HÉRCULES.—Y si alguno me insulta, ó me saquea el templo, ó derriba mi estatua, ¿no podré aplastarle si no está predeterminado por las Parcas?

JÚPITER.—No podrás.

HÉRCULES.—Permíteme, pues, hablarte con franqueza, Júpiter. Yo, como dice el cómico (1), soy un rústico que llamo esquife al esquife. Si tal es vuestra condicion, me despido para siempre de vuestros honores, humos y víctimas, y me bajo al infierno, donde desnudo y con el arco tirante me temerán siquiera las sombras de los monstruos á quienes he dado muerte.

JÚPITER.—¡Magnífico! ¡Un testigo de la casa, como suele decirse! Ahorras á Damis el trabajo de decir eso, puesto que tú se lo sugieres.

33. ¿Pero quién es aquél que se acerca con tanto apresuramiento? ¿Es un dios de bronce de correctas y armoniosas líneas con el cabello levantado al modo antiguo? ¡Ah! Mercurio, es tu hermano de la Agora (2), cerca del Pecilo. Viene lleno de pez, porque los escultores obtienen diariamente moldes de su estatua.—¿Por qué vienes tan deprisa, hijo mío? ¿Traes alguna noticia de la tierra?

(1) Aristófanes. Entre los fragmentos de comedias de este poeta no se halla la cita de Luciano.

(2) *Hermágoras*, nombre del nuevo personaje, vale tanto como *Mercurio de la Agora*.

HERMÁGORAS.—Una muy grande, Júpiter, y digna de la atención más completa.

JÚPITER.—Habla. ¿Ha estallado quizá alguna rebelión de que no tengamos noticia?

HERMÁGORAS.

Pecho y espalda presentaba ha poco (1)  
 Del estatuario á la resina plástica,  
 Y loriga ridícula envolviame,  
 Del vaciador al arte imitadora  
 Mis contornos metálicos brindando,  
 Cuando veo acudir turba infinita  
 Cercando á dos personas clamorosas  
 Pálidas de furor, de punta en blanco  
 Armadas de sofismas. Era un filósofo  
 Damis llamado y otro. . . . .

JÚPITER.—No más versos, excelente Hermágoras. Conozco á esas personas. Pero dí, ¿hace mucho que han empezado la batalla?

HERMÁGORAS.—Poco. Aun están en las primeras escaramuzas. Se baten á honda y se lanzan desde lejos injurias.

JÚPITER.—¿Qué debemos hacer ya, oh dioses, sino escucharles inclinando hacia ese lado la cabeza? Aparten, pues, las Horas la tranca de los cielos; separen las nubes y ábranse de par en par sus puertas.

34. ¡Dioses, qué multitud ha acudido á oírles! No me gusta gran cosa ese Timocles con sus temblores y azoramientos. Todo nos lo va á echar á pique. Bien se ve que no va á poder batirse con Damis. Favorezcámosle en lo que podemos, ó sea con nuestras oraciones.

Pero bajo, que Damis no nos oiga (2).

(1) Parodia de Eurípides, *Orestes*, v. 854 y siguientes.

(2) Parodia de Homero, *Iliada*, VII, v. 195.



35. TIMOCLES.—¿Dices, sacrílego Damis, que los dioses no existen ni ejercen su providencia sobre los hombres?

DAMIS.—No: responde primero en qué te fundas para afirmar su existencia.

TIMOCLES.—No tal: respóndeme tú, maldito.

DAMIS.—No, te digo; responde tú.

JÚPITER.—Hasta ahora grita más y con más furia el nuestro. ¡Animo, Timocles! Cúbrelo de injurias. Ese es tu fuerte. En lo demás te dejará mudo como un pez, tapándote la boca.

TIMOCLES.—Te juro por Palas que no he de ser yo quien responda primero.

DAMIS.—Pregúntame, pues. Has vencido con ese juramento; pero prescinde, si te parece, de injurias.

TIMOCLES.—Tienes razón. Dime, pues, hombre execrable. ¿Crees que los dioses ejercen una providencia?

DAMIS.—No.

36. TIMOCLES.—¿Qué dices? ¿Se hacen sin su providencia todas las cosas?

DAMIS.—Sí.

TIMOCLES.—¿Ningún dios tiene á su cargo la regulación del universo?

DAMIS.—Ninguno.

TIMOCLES.—¿Todo, pues, va al azar, impulsado por inconsciente fuerza?

DAMIS.—Todo.

TIMOCLES.—¿Oís esto, conciudadanos, y lo sufrís sin apedrear al impío?

DAMIS.—¿Por qué concitas contra mí la muchedumbre? ¿Quién eres tú para indignarte á nombre de los dioses cuando ellos mismos no se indignan? Todavía ningún mal me han hecho, y hace tiempo que me oyen, si es que oyen.

TIMOCLES.—Oyen, sí, oyen y acabarán por castigarte.

37. DAMIS.—Y ¿cuándo tendrán tiempo para castigarme si, según dices, tienen á su cargo tal cúmulo de cosas y el gobierno de todas las del universo, que son en número infinito? Por eso, sin duda, no han castigado todavía tus perpetuos perjuicios y otras faltas que no citaré para cumplir el convenio de prescindir de injurias. Los dioses, sin embargo, no podrán demostrar mejor su providencia que machacando y destruyendo á un hombre de tus mañas. Pero, sin duda, viajan allende el Océano, ó están entre los immaculados Etiopes frecuentemente, á cuya mesa suelen acudir, unas veces llamados y otras convidándose á sí mismos.

38. TIMOCLES.—¿Qué responderé á tal desvergüenza?

DAMIS.—Lo que hace tiempo deseo oírte decir, Timocles, ó sea qué te ha inducido á creer en la providencia de los dioses.

TIMOCLES.—El orden del universo en primer término: el sol y la luna siguiendo siempre la misma marcha, la sucesión periódica de las estaciones, el crecimiento de las plantas, la reproducción de los animales, y su perfecta organización que les permite comer, pensar, moverse, andar, hacer edificios, cortarse zapatos, y cosas semejantes. ¿No te parece todo esto obra de la Providencia?

DAMIS.—Usas como argumento la misma cuestión que se debate (1), pues aun no está demostrado que la Providencia sea autora de todo eso. Concedo que los hechos son como tú los presentas, pero niego la necesidad de la consecuencia que los atribuye á cierta

---

(1) Es decir, incurres en una *petitio principii*, según el tecnicismo dialéctico.

providencia. Producto de la casualidad, en su principio puede ser que se mantengan como sujetos á leyes constantes. Tú llamas á ese orden una necesidad, y te indignas después contra los que no participan de tu opinión, cuando enumeradas y elogiadas esas maravillas, las aduces como prueba de que son dirigidas por una voluntad providente. Luego, como en una comedia se dice:

Eso no es de buen gusto, sírveme otro (1).

39. TIMOCLES.—No creo que para eso haya necesidad de otra demostración. Sin embargo, te preguntaré. Responde. ¿Te parece Homero excelente poeta?

DAMIS.—Sí.

TIMOCLES.—Pues Homero me ha convencido al hablar de la providencia de los dioses.

DAMIS.—Pero, bendito, todo el mundo te concederá que Homero es gran poeta, pero nadie aceptará á Homero ni á poeta alguno por autoridad en la materia, pues los poetas sólo se cuidan de recrear á sus oyentes: por eso cantan en verso, expresan en formas rítmicas las leyendas, y se ingenian, en una palabra, para hacer agradable cuanto dicen.

40. Pero, así y todo, tendría mucho gusto en oír qué versos de Homero son los que te han convencido. ¿Quizá aquellos en que, refiriéndose á Júpiter, dice que le armaron emboscadas su hija, su hermano y su esposa (2), al extremo de que si Tetis, compadecida, no hubiera apelado á Briareo, á estas horas tendríamos aherrojado y perdido al padre de los dioses? Este, agradecido á la Nereida, engañó á Agamenón con un

(1) De autor desconocido.

(2) Vid. Homero, *Ilíada*, I, v. 399.

sueño falaz (1), que costó la vida á muchos Griegos, ¿Lo ves? No podía abrasar con un rayo á aquel caudillo á trueque de no pasar por impostor. ¿O quizá te infundió esa creencia aquel trozo en que Venus y el mismo Marte son heridos por Diomedes á instigación de Minerva? (2) ¿O el otro en que todos los dioses, varones y hembras, se lanzan al combate, y Minerva derriba á Marte, maltrecho sin duda por la herida de Diomedes,

Y el buen Mercurio va contra Latona? (3).

¿Te parece por ventura muy creíble lo que cuenta de Diana, que furiosa por no haber sido invitada al festín de Eneo (4), envía á las tierras del descortés aquel monstruoso jabalí de irresistible fuerza? ¿Con semejantes relaciones, digo, 'ha logrado convencerte Homero?

41. JÚPITER.—¡Oh! ¡Qué gritería de la multitud en honor de Damis! Nuestro defensor pierde la esperanza: teme, tiembla y parece dispuesto á arrojar el escudo: ya mira en derredor como buscando salida para emprender la fuga.

TIMOCLES.—¿Tampoco te parece que Eurípides habla con toda sensatez cuando saca los dioses al teatro y los muestra ocupados en salvar héroes buenos y en castigar perversos, cuya impiedad corre parejas con la tuya?

DAMIS.—Pero, eminentísimo filósofo, si al hacer eso han podido convencerte los trágicos, una de dos: ó

(1) Id., *ibid.*, II, al principio.

(2) Id., *ibid.*, V, v. 335 y 885.

(3) Id., *ibid.*, XX, v. 72.

(4) Id., *ibid.*, IX, v. 529.

has creído que entonces eran deidades los actores Polo y Aristodemo, ó has tomado por dioses las máscaras, los coturnos, las túnicas rozagantes, las clámidas, los guanteletes, los anteventrales y antepectorales y demás trágico aparato. Lo cual no deja de ser ridículo en extremo. Por otra parte, cuando Eurípides habla por cuenta propia y manifiesta lo que piensa, sin estar obligado por las conveniencias del drama, dice con sinceridad notoria (1):

¡Por los cielos tendido  
Ves el Éter inmenso en cuyos brazos  
Con amorosos lazos  
Está el mundo prendido?  
Ese es Dios, ése es Júpiter temido.

Y en otro lugar (2):

Júpiter, si es que hay Júpiter, pues sólo  
Lo conozco de oídas.

Y cosas semejantes.

42. TIMOCLES.—¿Todos los hombres y todos los pueblos están, por consiguiente, en un error al creer en los dioses y al honrarlos con festividades?

DAMIS.—Bien has hecho, Timocles, en recordarme los diferentes usos y costumbres de los pueblos; porque son la mejor prueba de la incertidumbre característica del dogma de la existencia de los dioses. La confusión es inmensa, y diferentes los conceptos. Los Escitas ofrecen sacrificios al Alfanje; los Tracios, á Zamolxis, esclavo fugitivo de Samos, y refugiado en Tracia; los Frigios, al dios Men; los Etíopes, al Día; los Cilenios,

(1) Se ignora la tragedia á que pertenecía este fragmento.

(2) *La Melanipe*, de la cual sólo quedan fragmentos.

á Fales; los Asirios, á la Paloma; los Persas, al Fuego, y los Egipcios, al Agua. Cito el Agua por ser divinidad común á todos los Egipcios, porque en particular el dios de Menfis es el buey, el de Pelusa la cebolla, el de otras regiones el ibis, el cocodrilo, el cinocefalo, el gato ó el mono. Si vas á las aldeas, unas tienen por divinidad el hombro derecho, mientras sus vecinos de enfrente adoran al hombro izquierdo: otras rinden culto á la media cabeza; otras á un vaso de arcilla ó á un plato. ¿No es esto ridículo del todo?

MOMO.—¿No os decía yo, dioses, que todo esto saldría á relucir y sería semetido á examen severo?

JÚPITER.—Nos lo anunciaste, Momo, y nos reprendiste con justicia. Yo procuraré poner remedio en cuanto salgamos de este apuro.

43. TIMOCLES.—Pero tú, enemigo de los dioses, ¿á quién puedes atribuir las profecías y los oráculos sino á la providencia de los dioses?

DAMIS.—No hables de oráculos, porque te preguntaré inmediatamente de cuál quieres que tratemos. ¿De aquel de Apolo Pitio á Creso, perfectamente ambiguo y de doble aspecto como esas imágenes dobles de Mercurio, idénticas por cualquier lado que se las examine? ¿Cómo no? Si el monarca lidio atraviesa el Halis (1), ¿qué reino se destruirá, el suyo ó el de Ciro? Y el infeliz rey de Sardes había comprado no sé en cuántos talentos el ambiguo vaticinio.

MOMO.—El hombre, oh dioses, entra en el examen que me daba más miedo. ¿Dónde está ahora nuestro bello citarista? Baja y responde á esos cargos.

JÚPITER.—Nos matas, Momo, con tus inoportunas reprensiones.

44. TIMOCLES.—Mira lo que estás haciendo, execra-

(1) El *Kyzitl-Ermak*.

ble Damis: tu discurso está á pique de derribar los templos y los altares de los dioses.

DAMIS.—No todos los altares, Timocles. ¿Qué mal hay en que estén llenos de perfumes y de gratos aromas? Sólo tendría gusto en no dejar piedra sobre piedra de los de Diana en Tauride, donde con tales viandas se regala la celeste doncella.

JÚPITER.—¿De dónde sale este invencible enemigo? A ningún dios perdonan sus golpes. Insulta con la misma confianza que si estuviese en un carro,

É igual hiere á culpables que á inocentes (1).

MOMO.—Con dificultad hallarías inocentes entre nosotros. El hombre, si continúa, va á sacudir á alguno de nuestros eminentes.

45. TIMOCLES.—¿Tampoco, enemigo declarado de los dioses, oyes tronar á Júpiter?

DAMIS.—¿Cómo no oír el trueno, bienaventurado Timocles? ¿Pero es Júpiter quien truena? Tú, que llegas de la morada de los dioses, puedes saberlo mejor. Pero los que vienen de Creta cuentan otra cosa, pues dicen que allí se enseña un sepulcro con su correspondiente columna en la cual está escrito que Júpiter, muerto hace mucho tiempo, no ha de tronar ya nunca.

MOMO.—Estaba seguro de que iba á decir eso. ¿Por qué palideces, Júpiter, y castañeteas los dientes? ¡Valor! Hay que despreciar á esos hombrecillos.

JÚPITER.—¿Qué dices, Momo? ¿Despreciarlos? ¿No ves cuántos le escuchan? ¿no ves cuántos prosélitos hace? ¿no ves cuántos están pendientes de sus labios?

(1) *Ilíada*, xv, v. 327.

MOMO.—Pero tú, cuando quieras, puedes echar la cadena de oro, y á todos

Con las tierras y mares levantarlos (1).

46. TIMOCLES.—¿Dime, maldito, has navegado alguna vez?

DAMIS.—Muchas, Timocles.

TIMOCLES.—¿Y no hacían avanzar la nave el viento soplando en las velas é hinchándolas, ó la fuerza de los remos? ¿No iba en la popa un piloto dirigiendo el navío?

DAMIS.—Sí.

TIMOCLES.—Pues si una nave no puede caminar sin piloto, ¿cómo crees que el universo pueda marchar sin una inteligencia que lo guíe?

JÚPITER.—¡Bravo, Timocles! la comparación es contundente.

47. DAMIS.—Pero al menos, adorador ferviente de los dioses, habrás observado que un piloto siempre está atento á lo que pueda ser útil, preparado para toda eventualidad, y dando órdenes á los marineros á fin de que la embarcación vaya siempre provista de lo necesario para el viaje. Pero tu piloto, tu supuesto director de la gran nave, lo mismo que los marineros que le acompañan, nada hacen oportuna y racionalmente. Si por casualidad el cable del mástil está atado á la popa, las dos bolinas lo están á la proa; las áncoras son á veces de oro, y de plomo el extremo de la popa (2); la parte sumergida en el

(1) *Iliada*, VIII, v. 24. Véase *Júpiter confundido*, nota.

(2) Literalmente el *Quenisco*, extremo de la popa de los navíos, encorvado en forma de cuello de ganso, cuyo nombre en diminutivo *χηνίσκος*, servía para designar la parte del navío así configurada.



agua suele estar bien pintada, y feísima la descubierta.

48. Entre los mismos marineros, ves al perezoso, ignorante y poltrón mandando en la mitad ó en la tercera parte del navío, y al intrépido nadador, ágil para trepar á las vergas, y conocedor de todo lo necesario para navegar, relegado á desaguar la sentina. Lo mismo sucede con los pasajeros: el digno de azotes va junto al piloto en el mejor sitio y es objeto de mil atenciones: al bardaje, al parricida, al sacrílego se les colma de honores, se los coloca en lo alto de la nave, mientras los hombres de bien van amontonados en el fondo y pisoteados por los que valen menos. Considera cómo han navegado Sócrates, Arístides y Foción, mermada la ración de harina y sin poder siquiera extender los pies sobre el fondo de la nave; y en cambio con qué regalo viajaban Calias, Midas y Sardánapalo, disfrutando de mil delicias y escupiendo sobre los que estaban debajo de ellos.

49. Eso pasa en tu nave, sapientísimo Timocles. Así es que son infinitos los naufragios. Si hubiese en ella un piloto que todo lo viese y arreglase, conocería en primer lugar cuáles pasajeros eran buenos y cuáles eran malos; señalaría después á cada uno sitio correspondiente, colocando arriba en el mejor á los mejores y debajo á los peores, y llamaría, en fin, á su mesa y á su consejo á los virtuosos. Tocante á los marineros, el pronto al trabajo vigilaría en la proa ó en los costados del navío y mandaría á los otros; y en cambio el descuidado y poltrón recibiría en la cabeza cinco cordelazos diarios. Tu comparación con la nave, hombre estupendo, corre por consiguiente peligro de naufragar con tan mediano piloto.

Momo.—La corriente es favorable á Damis, que camina con velas desplegadas hacia el triunfo.

JÚPITER.—Tienes razón, Momo. Pero ese Timocles no halla un argumento sólido. Presenta otro y otro á cuál más triviales y de los que á diario se refutan sin esfuerzo.

50. TIMOCLES.—Puesto que la comparación del navío no te ha parecido suficientemente sólida, oye ya, como suele decirse, el áncora sagrada, que no podrás destruir con ningún argumento.

JÚPITER.—¿Qué dirá?

TIMOCLES.—Mira si mi silogismo está en forma, y si puedes refutarlo de ninguna manera: Si hay altares, hay dioses: es así que hay altares, luego hay dioses. ¿Qué dices á esto?

DAMIS.—Déjame reír á gusto, antes de contestarte.

TIMOCLES.—Se me figura que tu risa va á ser interminable. ¿En qué y por qué te parece ridículo mi argumento?

DAMIS.—Porque no ves que has colgado de un hilo tenue tu áncora, tu áncora sagrada. Haces pender la existencia de los dioses de la de los altares, y crees que tienes en esto un cable indestructible. Si, según dices, no tienes cosa más sagrada que aducir, podemos retirarnos.

51. TIMOCLES.—Te confiesas, pues, vencido, puesto que te retiras.

DAMIS.—Sí, Timocles. Porque tú, á modo de los que se ven maltratados, te refugias ya al pie de los altares. Quiero, pues, en honor de esa áncora sagrada y delante de esos altares, hacer contigo pacto solemne de que no discutiré más sobre el asunto.

TIMOCLES.—¡Ah, te burlas de mí, desenterrador de cadáveres, maldito, abominable, racimo de horca, montón de basura! ¿Crees que no se sabe quién fué tu padre? ¿Crees que no se sabe que tu madre fué de

la vida airada, y que tú has retorcido el pescuezo á tu hermano, y que eres adúltero, corruptor de la juventud, glotón y sin vergüenza? No te vayas sin que te maje á palos: canalla, te voy á romper el cráneo con esta teja.

52. JÚPITER.—Uno se retira riendo, el otro le sigue insultándole. La burla de Damis le ha puesto furioso, y parece que va á romperle el cráneo con una teja. ¿Qué hacemos nosotros después de esto, oh dioses?

MERCURIO.—Con razón, á mi ver, dijo el poeta cómico:

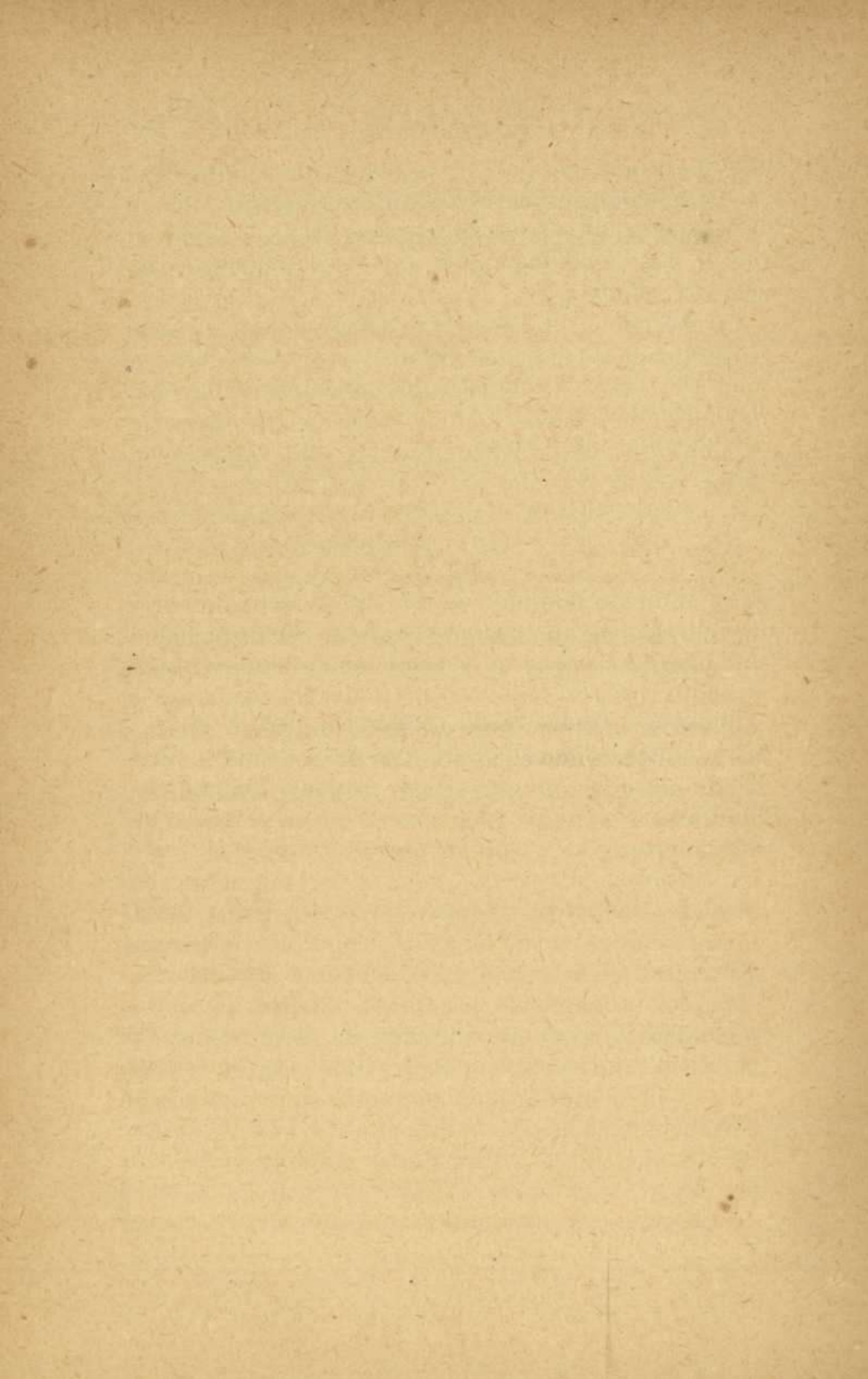
Injuria no sentida no es injuria (1).

¿Tan inmenso mal hay en que unos pocos hombres se retiren convencidos por Damis? Siempre habrá muchos que piensen de opuesto modo, la mayor parte de los Griegos, la plebe vil y todos los bárbaros.

JÚPITER.—Tienes razón; Mercurio, pero á mí me agrada más la frase de Darío respecto á Zopiro. Preferiría, pues, un campeón como Damis á diez mil Babilonios.

---

(1) Menandro.



## XLV.

### EL SUEÑO O EL GALLO.

MICILO, EL GALLO, SIMÓN.

1. MICILO.— ¡Gallo maldito, Júpiter te confunda! ¡Animal más chillón y perverso! Su penetrante y agudo grito me ha despertado de un sueño delicioso en que me creía rico y en el colmo de una felicidad completa. ¿Ni de noche ha de poder uno esquivar la pobreza, más odiosa que tú, maldito bicho? Sin embargo, el profundo silencio, y el no sentirse todavía el frío penetrante, seguro precursor del alba, indican que aún no es media noche. Pero tú, en perpetua vigilancia como si guardases un vellocino de oro, cantas desde que obscurece. ¡Pero no has de alegrarte! Deja que amanezca, y verás si me vengo á garrotazos. Ahora saltarías en la obscuridad y me costaría mucho.

EL GALLO.— Amo Micilo, pensaba que agradecerías el que te despertase lo más pronto posible, para que tuvieras tiempo de adelantar en el trabajo. Un solo borceguí hecho antes de salir el sol, es tanto más de ganancia para tu pan cotidiano. Mas si prefieres dormir, me callaré, y seré más mudo que los peces. Pero mira no seas rico en sueños y te despiertes con hambre.

2. MICILO.— ¡Júpiter milagroso! ¡Hércules apartador

de males! ¿Qué prodigio es este? ¡Hablar con voz humana un gallo!

EL GALLO.—¿Te parece prodigio el que hable como vosotros?

MICILO.—¿Pues cómo no? ¡Oh dioses, apartad de mi toda desgracia!

EL GALLO.—Me pareces completamente falto de instrucción, amo mío. No has leído, sin duda, los poemas de Homero, en los cuales Janto (1), corcel de Aquiles, despidiéndose para mucho tiempo del relincho, se planta en medio del combate para hablar, y declama, no en prosa como yo, sino en épicos versos. Predecía además el porvenir y adivinaba lo futuro, y sin embargo el que lo oyó no lo tuvo por cosa inusitada, ni comenzó á invocar al dios apartador de males, ni á pedir que no cayese sobre su cabeza ninguna desgracia. ¿Pues qué hubieras hecho si llegas á oír hablar á la quilla del *Argos* (2), ó decir profecías al bosque de Dodona (3)? ¿Pues y si hubieras visto arrastrarse recién arrancadas pieles y mugir en los asadores las carnes medio tostadas de las vacas? (4). Pero yo, asiduo acompañante de Mercurio, el más hablador y elocuente de los dioses, y tu perpetuo compañero de habitación y mesa, ¿había de necesitar mucho trabajo para aprender tu idioma? Si me prometes inquebrantable secreto, te revelaré en seguida la verdadera

(1) Homero, *Iliada*, v, v. 408.

(2) Apolonio de Rodas, *Los Argonautas*, IV.

(3) Homero, *Odisea*, XIV, v. 328, y la nota 10 á este pasaje en mi versión de la *Odisea*, tomo II, pág. 310.

(4) Id., *ibid.*, XII, v. 395. Se refiere á las vacas del Sol, muertas en Sicilia por los compañeros de Ulises. He aquí la traducción del pasaje aludido:

Los cueros serpeaban como vivos;  
Las carnes, tanto asadas como crudas,  
En derredor del asador mugían.  
Y se oía un rumor como de vacas.

causa de la conformidad de mi lenguaje con el tuyo y á qué debo este don de la palabra.

3. MICILO.—¡Estoy soñando, ó me habla realmente! Por Mercurio, buen gallo, revélame la causa del prodigio. Tocante á callar y á no decirla á nadie, puedes estar tranquilo. ¿Quién había de creerme cuando le refiriese mi conversación con un gallo?

EL GALLO.—Escucha, Micilo. Voy á contarte una cosa que te va á parecer muy extraña. Este que ahora te parece gallo, era hombre hace poco.

MICILO.—Me contaron hace tiempo una historia parecida. Un joven llamado Alectrión (1) era amigo de Marte, compañero de francachelas del dios, y confidente de sus amores. Cuantas veces visitaba Marte á la adúltera Venus, se llevaba consigo á Alectrión, y temeroso de que el sol le sorprendiese y delatase la cosa á Vulcano, dejaba siempre al joven de centinela para que le advirtiese la salida de Febo. Durmióse un día Alectrión, y faltó sin querer á la consigna. El Sol, á hurto de todos, sorprende á Venus en brazos de Marte, muy confiado en que Alectrión le había de avisar si alguien venía. Vulcano, enterado por el soplón, coge y retiene á los amantes en la red hacía tiempo preparada. Marte, apenas se ve suelto, castiga el descuido de su centinela, transformándolo con armas y todo en el ave que lleva todavía sobre la cabeza la cimera de su casco. Por eso los gallos, para justificaros con Marte, aunque ya de nada sirve, cantáis con mucha anticipación cuando conocéis que va á salir el Sol, y anunciáis su venida.

4. EL GALLO.—Cuéntase eso, es verdad; pero la causa de mi transformación es distinta, y se ha verificado hace poco.

---

(1) Alectrión, en griego significa *gallo*.

MICILO.—¿Cómo? Deseo vivamente saberlo.

EL GALLO.—¿Has oído hablar del Samio Pitágoras hijo de Mnesarco?

MICILO.—¿El presuntuoso sofista que prohíbe probar carne de animales, y comer habas, manjar para mí el más apetitoso, y prescribe además á sus discípulos cinco años de absoluto silencio?

EL GALLO.—Sabrás, por consiguiente, que antes de ser Pitágoras fuí Euforbo (1).

MICILO.—Dicen que era embaucador y mágico.

EL GALLO.—Yo soy ese Pitágoras: déjate, pues, de injurias, amo mio, ya que te son desconocidas mis costumbres.

MICILO.—¡Esto es más estupendo! ¡Un gallo filósofo! Dime, dime, hijo de Mnesarco, cómo de hombre te has convertido en ave, y de Samio en Tanágrico (2). Inverosímil y difícil de creer es todo eso, mucho más desde que he reparado en tí dos cosas completamente opuestas á la doctrina pitagórica.

EL GALLO.—¿Cuáles?

MICILO.—Primera, que eres gárrulo y bulloso, y Pitágoras, si no estoy equivocado, prescribía cinco años de silencio absoluto: segunda, que, no teniendo otra cosa, te eché ayer, como sabes, las habas que habia en casa y te las tragaste sin escrúpulo. Luego una de dos: ó mientes y te presentas bajo nombre supuesto, ó si eres verdaderamente Pitágoras, has quebrantado tus leyes y has cometido al engullirte las habas un delito tan atroz como si hubieras comido los sesos de tu padre.

5. EL GALLO.—Ignoras, pues, Micilo, la causa de mi conducta, y lo conveniente á cada clase de vida.

(1) Hijo de Pantoo, muerto por Menelao en la guerra de Troya.

(2) Tanagra, ciudad de Beocia, era famosa por sus delicadas aves.



Yo no comía habas entonces, porque era filósofo; pero las como ahora, porque no me está prohibido este alimento, conveniente á las aves. Pero si te agrada, te contaré cómo de Pitágoras he venido á ser lo que soy y qué ventajas y desventajas he obtenido en cada una de mis metamorfosis.

MICILO.—Habla: el oírte me será gratísimo. Así es, que si me diesen á elegir entre tu narración ó el felicísimo ensueño que he tenido hace poco, no sabría por qué decidirme: tan gemelos me parecen tus relatos y mis regocijadísimas visiones, y tan iguales estimo á tí, gallo mararavilloso, y á mi precioso sueño.

EL GALLO.—¡Cómo! ¿Aun vuelves á ese dichoso sueño? Sin duda conservas de él como una vana imagen, y tu imaginación, hablando poéticamente, persigue quiméricas venturas.

6. MICILO.—Jamás, tenlo entendido, olvidaré aquella visión dulcísima. Dejóme, al retirarse, tanta miel sobre los ojos, que apenas abro los párpados se me vuelven á cerrar al sueño. La sensación que en mí alma ha producido es por el estilo de la que se siente en el oído al revolver en él una plumita.

EL GALLO.—Extraño cariño has tomado á tu ensueño. Porque los sueños son alados, y el despertar es el término de su vuelo. Pero el tuyo, traspasando este límite, permanece sobre tus despiertos ojos lleno de dulzura y poco menos que cierto. Deseo conocerlo, ya que te agrada tanto.

MICILO.—Te lo diré con gusto. Nada más dulce para mí que hablar de él y recordarlo. ¿Y tú, Pitágoras, cuándo me referirás tus metamorfosis?

EL GALLO.—Cuando tú, Micilo, dejes de soñar y no tengas ya miel sobre los párpados. Habla, pues, primero y dime si tu sueño ha salido por las puertas de marfil ó por las de cuerno.

MICILO.—Por ninguna de las dos, Pitágoras.

EL GALLO.—Pues Homero habla sólo de éstas (1).

MICILO.—Despide enhorabuena á ese poeta delirante que no entendía una palabra de sueños. Por ellas saldrán acaso los sueños de pobrezas, tales como Homero los vería, y no con mucha claridad, porque era ciego. El delicioso sueño que yo he tenido ha debido salir por algunas puertas de oro, era todo de oro, venía cercado de oro, y traía consigo muchísimo oro.

EL GALLO.—Acaba de hablar de oro, excelente Midas. Tu sueño proviene indudablemente de la pasión que atormentó á este monarca; y de seguro te hizo señor de todas las minas del mundo.

7. MICILO.—He visto mucho oro, pero mucho oro, Pitágoras. ¡Si pudieses imaginar su hermosura! ¡Si pudieses figurarte su brillo! ¿Sabes lo que Píndaro dice en su elogio? Recuérdame aquellos versos [en que, después de declarar que el mejor bien es el agua, pasa al oro, cuya alabanza coloca hábilmente á la cabeza del libro, en la más bella de las odas.

EL GALLO.—¿Quieres estos?

Nada hay mejor que el agua : brilla el oro  
Como luciente llama en noche obscura  
Entre las joyas de real tesoro (2).

MICILO.—Esos mismos, por Júpiter. Píndaro hace el elogio del oro como si hubiese visto mi sueño. Escucha ya cómo fué, gallo doctísimo. Ayer no comí en casa, como sabes. El rico Eucrates me vió en la plaza y me dijo que en cuanto tomase el baño, fuese á comer á su casa.

---

(1) *Odisea*, XIX, v. 562.

(2) Píndaro, *Olímpica* I. La traducción es de D. Ignacio Montes de Oca, obispo de Linares (Méjico).

8. EL GALLO.—Demasiado lo sé. Estuve en ayunas todo el día, hasta que al volver á casa tarde y algo beodo me echaste cinco habas, comida no muy succulenta para un gallo que fué en otro tiempo atleta y famoso en los juegos olímpicos.

MICILO.—En cuanto volví de la cena y te eché las habas me quedé dormido. Entonces, como dice Homero (1), tuve durante una noche de ambrosía un sueño verdaderamente divino.....

EL GALLO.—Cuéntame primero lo que pasó en casa de Eucrates y dame detalles de la comida y de todo lo ocurrido. Nada impide que vuelvas á comer en sueños, reproduciendo los manjares servidos y saboreándolos con el recuerdo.

9. MICILO.—Pensaba que podría fastidiarte ese relato. Pero, ya que lo deseas, te lo contaré todo. Nunca, amigo Pitágoras, había comido en casa de un rico, hasta que por mi buena suerte me encontré ayer con Eucrates. Después de haberle saludado como de costumbre llamándole señor, me retiraba para que no se avergonzase de estar cerca de uno con manto tan derrotado. Pero el me dijo: «Hoy celebro, Micilo, el cumpleaños de una hija, y he invitado á varios amigos: dícenme que uno de ellos está enfermo y no podrá asistir á la comida: ven á ocupar su puesto, en cuanto te bañes, á menos que el otro no avise que vendrá, porque todavía no está decidido.» Hícele una profunda reverencia y me marché, pidiendo á todos los dioses que enviasen una ardiente calentura ó una pleuresía ó un ataque de gota al valetudinario cuyo puesto debía ocupar en la mesa, llamado á sucederle en el banquete. El tiempo transcurrido hasta la hora del baño se me hizo interminable; no apartaba

---

(1) *Iliada*, II, v. 56.

la vista del reloj de sol, esperando el momento de bañarme. Llegó por fin, me lavé rápidamente; y salí, volviendo de la otra cara el manto, para ir más limpio y decoroso.

10. En la puerta de Eucrates hallé, entre otros muchos, al invitado cuyo puesto debía ocupar yo en el banquete. Decían que estaba enfermo, y todos los síntomas lo evidenciaban: traíanle entre cuatro; respiraba con dificultad, tosía cavernosamente, y su palidez y su hinchazón espantaban: frisaba en los sesenta años, y era uno de esos filósofos que charlicotean con los jovenzuelos. Su barba cabruna pedía un barbero á voces. Reprendióle el médico Arquibio por haber venido en tal estado, y le replicó al punto: «Nadie, y menos un filósofo, debe faltar á su deber, aunque le agobien diez mil enfermedades. Eucrates se creería despreciado.—Mejor hubiera sido, le dije entonces, haberte muerto en tu casa, que no venir á exhalar en el convite el alma con los pulmones.» Él por grandeza de alma fingió no haberme oído. Presentóse poco después, recién lavado, Eucrates, y viendo á Tesmópolis (así se llamaba aquel filósofo): «Has hecho muy bien en venir, maestro, le dijo; aunque no hubieras perdido nada, pues pensaba enviarte de todos los platos.» Diciendo esto, entró, y cogió de la mano á mi filósofo, sostenido ya por sus esclavos.

11. Iba yo á retirarme, cuando, volviéndose hacia mí y viendo mi abatido rostro, meditó un rato Eucrates y dijo por fin: «Entra también, y come con nosotros; enviaré á mi hijo al gineceo á comer con su madre para que tengas sitio.» Entré, pues, como lobo á punto de perder su presa, no poco corrido por haber arrojado del festín al hijo de la casa. Llegó el momento de ponerse á la mesa, y nada menos que entre cinco vigorosos esclavos levantaron á Tesmópolis y

lo apuntalaron como quien dice con almohadas para que pudiera mantenerse derecho. Como nadie se podía á su lado, me empujaron á su triclinio para que comiéramos juntos. Comimos, pues, mi querido Pitágoras: las viandas eran muchas y exquisitas; la vajilla de oro y plata; las copas de oro, y elegantes los criados. Hubo música y bufones y todo cuanto puede hacer grato un banquete. Sólo me molestaba la compañía de Tesmópolis, el cual disertaba sobre no sé qué virtud; me decía que de dos proposiciones negativas puede deducirse otra afirmativa; que si es de día no es de noche, y á veces me probaba que yo tenía cuernos (1), con otras mil filosofías que no me hacían falta, pero que me fastidiaban grandemente, impidiéndome oír á citaristas y cantantes. Tal fué mi banquete, gallo.

EL GALLO.—No muy agradable, Micilo, sobre todo por la vecindad de aquel viejo chocho.

12. MICILO.—Oye ahora mi sueño. Soñaba que el mismo Eucrates se había quedado no sé cómo sin hijos, y hallándose en su lecho de muerte, me llamaba y me nombraba heredero universal en su testamento. Poco después, moría. Aceptada la herencia, creía sacar en grandes vasijas plata y oro en abundancia inagotable. Ropas, mesas, vasos, criados, todo, como es natural, me pertenecía: un carruaje tirado por dos caballos blancos me llevaba negligentemente tendido, siendo objeto de las miradas y de la envidia de todos. Precedíanme muchos correos, cabalgaban otros en mi derredor y á la zaga muchísimos. Yo llevaba el vestido de Eucrates, y cerca de diez y seis gruesos anillos en los dedos, y había mandado preparar un espléndido banquete para obsequiar á mis amigos.

---

(1) Se refiere á los sofismas estoicos.

Estos, como en sueños sucede, ya habían acudido; la mesa estaba servida y principiaban los brindis. En esto estaba; brindaba ya en copa de oro á la salud de mis convidados, y empezaban á servir los postres, cuando tu inoportuno canto deshizo el banquete, derribó las mesas, disipó mis tesoros y los desvaneció en alas del viento. ¿No te parece que tenía razón para incomodarme, cuando con gusto hubiera pasado tres noches seguidas en aquel ensueño?

13. EL GALLO.—¿El oro y las riquezas te enamoran, Micilo, hasta el extremo de pensar que la posesión de mucho oro es lo único digno de admiración y capaz de hacernos felices?

MICILO.—No soy yo solo de esa opinión, mi buen Pitágoras; tú mismo cuando eras Euforbo, al ir á pelear contra los Griegos, recogías tus cabellos con hilos de oro y plata; y así, aunque en una batalla el hierro es de más utilidad que el oro, tú querías afrontar los peligros llevando el precioso metal entre tus rizos. Homero al comparar á las Gracias tu cabellera paréceme que lo hizo porque estaba

Ceñida de oro y plata (1);

pues indudablemente tus bucles parecerían mucho más brillantes y bellos con el realce del oro. Que tú, hijo de Pantoo, estimases tanto el oro, nada tiene de extraño; pero el padre de todos los hombres y los dioses, el hijo de Rea y de Saturno, al enamorarse de aquella muchacha de Argos no halló cosa más amable en que cambiarse, ni modo mejor de sobornar á los guardias de Acrisio que metamorfosearse, como ya sabrás, en oro y escurrirse por el techo para gozar de su

(1) *Ilíada*, xvii, v. 51.

amante. ¿Necesito decir más en elogio del oro, que hace hermosos, sabios y fuertes á sus poseedores y los sube á la cumbre de los honores y la gloria? ¿No ves en qué breve tiempo suele hacer ilustres y conspicuos á los innobles y oscuros?

14. Conocerás seguramente á Simón, mi vecino y compañero de oficio, que hace poco celebró conmigo las Saturnales, comiendo un plato de puches con dos lonjas de tocino.

EL GALLO.—Conozco á ese romo (1) chiquituelo que después de cenar se llevó escondida bajo el brazo la única escudilla que teníamos; yo mismo lo ví, Micilo.

MICILO.—¿Él la había robado y juró y perjuró que no había sido! ¿Pero cómo no gritaste y lo delataste si lo viste?

EL GALLO.—Ya cacareaba. No podía hacer más entonces. ¿Pero qué hay de Simón? creo que me ibas á contar alguna historia.

MICILO.—Simón tenía un primo llamado Drimilo. Este primo era riquísimo, pero en vida jamás le dió un óbolo. Lo cual no es de extrañar. El mismo Drimilo nunca se atrevió á tocar su dinero. Muerto el primo, han pasado á Simón todos sus bienes, como la ley dispone. Y el andrajoso y hambrentón lameplatos tiene ahora trajes de púrpura, esclavos, tiros de lujo, vasos de oro, mesas con pies de marfil. Todos le respetan, y él no se digna mirarnos. Hace poco, al pasar cerca de él: «Adiós, Simón», le dije; y exclamó furioso «Decid á ese mendigo que no me disminuya el nombre; no me llamo Simón, sino Simónides.» Y lo grande es que ya le adoran las mujeres, y él se hace el desdeñoso y las desprecia, aceptando á unas y dando lugar á que otras digan que se ahorcarán si no

(1) Σίμων, significa *romo* y *chato*.

las ama. Mira si el oro trae bienes, cuando embellece á los feos, y como el famoso ceñidor, los hace amables. Por eso oirás decir á los poetas (1):

Grato de recibir, oro bellissimo,

y también (2):

El oro, que es el rey de los mortales;

¿Pero de qué te ries mientras hablo?

15. EL GALLO.—De que tu ignorancia, Micilo, te hace incurrir en el erróneo concepto que el vulgo tiene de los ricos. Su vida es mucho más desgraciada que la tuya. Te lo aseguro yo, que he sido muchas veces rico y pobre y he probado de todo. Además dentro de poco lo sabrás por tí mismo.

MICILO.—Sí, en verdad; ya es hora de que me cuentes tus metamorfosis y lo que en cada una de tus vidas has aprendido.

EL GALLO.—Oye, pues; y principia por saber que no he visto á nadie más feliz que tú.

MICILO.—¡Que yo! ¡Ojalá lo seas tú tanto, ya que á maldecirte me provocas! Ea, cuéntame cómo de Euforbo te transformaste en Pitágoras, y lo que hayas sido hasta parar en gallo. Es de creer que en tan diversas vidas hayas visto y sufrido mucho.

16. EL GALLO.—Largo sería de contar cómo mi alma, desprendida de Apolo, voló á la tierra para vestirse de carne mortal y expiar algún pecado. Por otra parte, ni yo debo decir esto, ni tú oirlo. Cuando fuí Euforbo.....

---

(1) Eurípides, frag. del *Belerofonte*.

(2) Id., *ibid.*



MICILO.—¿Y yo, gallo estupendo, quién fui antes de ser Micilo? Antes de continuar tu narración, dime si he sufrido también alguna metamorfosis.

EL GALLO.—Seguramente.

MICILO.—¿Y qué era? ¿lo sabes? Tengo empeño en saberlo.

EL GALLO.—¿Tú? Hormiga india, de las que desentieran oro.

MICILO.—¡Pobre de mí, no haberme guardado algunas pepitas para la actual existencia! Dime lo que he de ser después de esta vida. Es natural que lo sepas. Como sea cosa buena, corro en seguida á colgarme del poste en que te posas.

EL GALLO.—Nunca podrás saberlo.

17. Cuando yo era Euforbo (vuelvo á mi relato), peleé en Troya y fui muerto por Menelao. Pasado algún tiempo fui Pitágoras. En el intermedio estuve sin domicilio, hasta que Mnesarco se encargó de proporcionármelo.

MICILO.—¿Sin comer ni beber?

EL GALLO.—Seguramente. Sólo el cuerpo necesita esas cosas.

MICILO.—Cuéntame primero lo del sitio de Troya. ¿Pasó como Homero lo ha descrito?

EL GALLO.—¿Cómo había de saberlo si entonces era camello en Bactriana? Te diré que allí no ocurrió nada extraordinario: ni Ajax era tan grande como se cree, ni Elena tan hermosa. Era blanca y de cuello largo, por lo cual pasaba por hija de un cisne, y además muy vieja y casi de tantos años como Hécuba. La robó primero de Afidnes, Teseo, contemporáneo de Hércules, y cuenta que éste había tomado ya á Troya en tiempo de nuestros padres coetáneos suyos. Sé todo esto por Pantoo, que vió de niño á Hércules.

MICILO.—¿Aquiles fué perfecto en todo, ó es fábula lo que de él se cuenta?

EL GALLO.—Jamás luché con Aquiles, Micilo, ni puedo referirte con exactitud lo que pasó entre los Griegos. ¿Cómo, si era enemigo suyo? Pero á su amigo Patroclo lo atravesé sin esfuerzo con mi lanza (1).

18. MICILO.—Con menos te mató Menelao (2). Pero basta de Euforbo; háblame de Pitágoras.

EL GALLO.—En resumen, y diciéndote, como debo, la verdad, yo sólo fuí un sofista, aunque bastante instruído y versado en las ciencias mejores. Viajé por Egipto, para hablar de filosofía con sus profetas; me admitieron en sus templos y estudié los libros de Horo y de Isis; regresé de nuevo á Italia, é hice que los Griegos de este país me considerasen como dios.

MICILO.—Sabía eso y que se creyó en tu resurrección, y que les mostraste alguna vez tu muslo de oro. Pero dime, ¿por qué se te ocurrió mandar que no se comiesen carnes ni habas?

EL GALLO.—No me preguntes eso.

MICILO.—¿Por qué?

EL GALLO.—Porque el decirte la verdad me avergonzaría.

MICILO.—Pues sin vacilar debías franquearte á un compañero, á un amigo; porque en adelante no me he de llamar tu señor.

EL GALLO.—Ni la salud ni el saber sirvieron á mi prohibición de fundamento. Las prescripciones ordinarias y vulgares no me podían granjear la admiración de los hombres, al paso que mi talla había de levantarse más cuanto más extraños y peregrinos fuesen mis dogmas. Con tal idea, procuré en ellos la

(1) *Ilíada*, XVI, v. 807.

(2) *Ilíada*, XVII, v. 50.

novedad, dándoles cierto aire misterioso que, permitiendo diversas conjeturas, causase asombro universal, como en los oráculos oscuros. ¿Lo ves? ya vas á reírte de mí.

MICILO.—No tanto como de los Crotoniatas, Metapontinos, Tarentinos y otros que te seguían sin hablar palabra, adorando las huellas de tus pasos.

19. Después de desnudarte de Pitágoras, ¿qué cuerpo te vestiste?

EL GALLO.—El de Aspasia, la cortesana de Mileto.

MICILO.—¿Qué dices? ¿Entre otras formas ha tenido Pitágoras la de mujer? ¿Has puesto huevos, famosísimo gallo, y en el cuerpo de Aspasia has vivido con Pericles, has estado en cinta de él, has cardado lana, has manejado la lanzadera y has hecho todo lo que una meretriz hace?

EL GALLO.—No soy el único que ha hecho todo eso. Tiresias y Ceneo, hijo de Elato, fueron también mujeres. Por consiguiente, al burlarte de mí te burlas de ellos.

MICILO.—¿En cual sexo gozaste más? ¿Cuando eras hombre, ó cuando Pericles te hacía el amor?

EL GALLO.—¿Sabes lo que preguntas? Funesto le fué á Tiresias el contestar á eso.

MICILO.—Aunque tú no me respondas, ya tiene Eurípides la cuestión resuelta. «Prefiriría, dice, estar tres veces escudo al brazo en la guerra, á parir una sola.»

EL GALLO.—Pues te advierto, Micilo, que dentro de poco te tocará parir. En las múltiples revoluciones del tiempo serás mujer muchas veces.

MICILO.—Anda enhoramala, gallo. ¿Se te figura que todos somos Samios ó Milesios? Dicen que de Pitágoras eras muy lindo y que fuiste la Aspasia del tirano.

20. ¿Qué hombre ó qué mujer fuiste después de Aspasia?

EL GALLO.—Crates el Cínico.

MICILO.—¡Hijos de Júpiter! ¡Qué extraña metamorfosis! ¡De cortesana en filósofo!

EL GALLO.—Luego rey, después pobre, en seguida sátrapa, á continuación caballo, grajo, rana y otras diez mil cosas largas de enumerar, y por último gallo muchas veces, porque me gusta esta vida. He servido á reyes, á ricos y á pobres, y en fin vivo contigo. Las quejas y lamentaciones en que diariamente te desatas contra tu pobreza me hacen reir, Micilo, no menos que tus ponderaciones de los ricos. No conoces su infelicidad; porque si supieras sus cuidados, el haberlos creído dichosos te haría que te rieses de tí mismo.

MICILO.—Por consiguiente, Pitágoras, ó como quieras que te llamen, para no interrumpirte dándote ahora un nombre y luego otro.....

EL GALLO.—Igual es que me llames Euforbo, Pitágoras, Aspasia, ó Crates. Todo eso soy; pero me parece mejor que me llames lo que ahora parezco, gallo, para no ofender á un ave humilde en la apariencia, aunque con tantas almas.

21. MICILO.—Pues bien, gallo mío, ya que has experimentado casi todas las condiciones y lo has visto todo, descríbeme con claridad y distinción la vida de los ricos y la de los pobres. Así podré conocer si tienes ó no razón al decir que yo soy más feliz.

EL GALLO.—Atiende, pues, Micilo. No te importa gran cosa la guerra cuando oyes gritar: «Se acerca el enemigo.» En efecto, no temes que el invasor destruya tus campos, arrase tus huertos, ó descepe tus viñas, y al primer toque de trompeta miras por dónde has de huir para ponerte á salvo. Pero los ricos temen por sus vidas, y además se angustian cuando desde las

murallas ven saqueada su propiedad. Si hay que pagar un tributo, á ellos sólo se acude; si hay que dar una acción, ellos al frente de todo el ejército ó de la caballería afrontan en primera línea los peligros, mientras tú con el escudo de mimbre estás desembarazado y ligero para la fuga, y pronto para acudir al banquete del vencedor, si celebra con fiestas su victoria.

22. En tiempo de paz acudes en concepto de ciudadano á la asamblea; reinas en ella sobre los ricos, que tiemblan y se estremecen ante tu furor y te aplacan con dádivas. Ellos se afanan por que tengas baños, juegos, espectáculos y otros placeres, y tú haces de juez, de inspector y de amo severo, sin más razón, á veces, que tu soberano capricho. Si se te antoja, los apedreas, ó les confiscas los bienes. No temes al delator ni al ladrón que escale las tapias de tu casa ó las horade para robarte el oro; no tienes la molestia de dar y exigir cuentas; no batallas con pérfidos mayordomos, ni te cuidas de otras mil cosas. Bien atado el borceguí y cobrados tus siete óbolos, dejas el trabajo á la tarde, te bañas si quieres, compras alguna sardina, ó gobios ó cebollas, y te regalas, cantando sin cesar y filosofando con tu dichosa pobreza.

23. Así tu salud es admirable, robusto tu cuerpo é insensible al frío: el trabajo que te aguijonea te hace adversario incontrastable de fatigas que los demás creen superiores á sus fuerzas. Ninguna enfermedad grave te acomete: si te coge alguna ligera calentura, la aguantas poco tiempo y en seguida la aburres y la espantas con tus atracones de agua fría y tu desprecio á las prescripciones médicas. Pero los ricos, víctimas de su intemperancia, ¿qué de males no sufren? ¡Gota, tisis, pulmonías, hidropesías! Estos son los hijos de las suntuosas cenas. Aquellos que, olvida-

dos como Icaro de que tienen las alas pegadas con cera, se levantan mucho y se acercan al sol, suelen caer al mar con espantoso ruido; pero los que á imitación de Dédalo no se remontan demasiado y van rasando con el agua, para que la de las olas les humedezca la cara, hacen casi siempre con felicidad la travesía.

MICILO.—Eson son discretos y prudentes.

EL GALLO.—Los vergonzosos naufragios de los demás sírvante de enseñanza, Micilo. Mira á Creso, con las alas arrancadas, subiendo á la pira, y haciendo reir á los persas enemigos, ó á Dionisio arrojado de la tiranía, convertido en maestro de escuela en Corinto y enseñando á deletrear después de ser monarca poderoso.

24. MICILO.—Dime, gallo, cuando eras rey, pues has dicho que lo has sido, ¿qué tal era tu vida? ¿No eras completamente feliz con la posesión del mayor de los bienes?

EL GALLO.—No me lo recuerdes: fuí desdichadísimo. Por fuera, como dices, nada faltaba á mi felicidad, pero por dentro me desgarraban mil penas.

MICILO.—¿Cuáles? Extraño y casi increíble es lo que dices.

EL GALLO.—Yo reinaba, Micilo, en una comarca extensa y feracísima; la multitud de sus habitantes y la hermosura de sus poblaciones eran objeto de admiración muy justa: abundaban en ella los ríos navegables, y su mar brindaba excelentes puertos. Yo tenía infantería numerosa, caballería disciplinada, guardia considerable, trirremes, riquezas inmensas, mucha vajilla de oro, y exceso, en fin, de cuanto el boato monárquico requiere. Así es que cuando me presentaba en público, se prosternaba el pueblo en mi presencia, creyendo ver un numen. Empujábanse

unos á otros para verme, ó se subían á los tejados y consideraban gran cosa el distinguir bien mis tiros, mi manto real, mi diadema, mis correos y mi escolta. Yo, que conocía mis angustias y tormentos, disculpaba su ignorancia y lamentaba mi desdicha. Comparábame á las estatuas colosales obra de Praxiteles, Mirón, ó Fídias. Por fuera son un Neptuno ó un Júpiter de irreprochable hermosura, todos de oro y marfil con el rayo y el relámpago, ó el tridente en la mano derecha; pero si los miras por dentro, verás vigas, barras de hierro, cuñas, clavos que los pasan de parte á parte, pez, lodo y mil cosas feas en el interior, sin contar con infinitos ratones ó comadrejas que allí han establecido su república. Así es la realeza.

25. MICILO.—Pero aun no me has dicho dónde están el lodo, las barras, las vigas y demás fealdades de la monarquía. El presentarse en público, el ser visto, el mandar á tantos hombres y el ser adorado como un dios, es ciertamente semejante al exterior del coloso, y tiene en verdad algo de divino. Dime ya cómo es por dentro el coloso.

EL GALLO.—¿Qué te diré primero? ¿Los temores, alarmas, recelos y sospechas que inspiran al rey los que le cercan, de donde su sueño es breve, poco profundo y lleno de pesadillas, y sus pensamientos contradictorios y pésimas sus esperanzas? ¿O sus infinitas ocupaciones, la necesidad de dar audiencias, de administrar justicia, de hacer expediciones, de dictar leyes, de estipular tratados y de andar en cuentas, todo lo cual le priva de recrearse hasta en el sueño, pues él ha de mirar por los demás y llevar solo sobre sí la carga de los asuntos? (1).

---

(1) *Iliada*, II, 1. Pero Homero habla de Júpiter y no de Agamenón.

Agamenón, el generoso Atrida,  
Del dulce sueño no gustó, en la mente  
Revolviendo mil cosas.....

mientras dormían á pierna suelta los demás Aqueos. La mudez de su hijo aflige al Rey de Lidia (1); las levas hechas por Clearco para Ciro inquietaron al de Persia (2); Dión hablando con algunos de Siracusa sobresalta á un tirano (3); los elogios á Parmeni6n mortifican á otro (4); Perdicas molesta á Tolomeo y Tolomeo á Seleuco (5). Sus motivos de pesar son infinitos: que la amante le es infiel; que le concede de mala voluntad sus favores; que le anuncian la defección de algunos personajes; que dos 6 cuatro de sus esbirros conversan en voz baja. Pero lo más terrible para un rey es tener que sospechar de las personas queridas. Uno, en efecto, muere envenenado por su hijo; otro por el objeto de su amor; otro de muerte semejante.

26. MICILO. — ¡Horror! Lo que dices es espantoso, gallo mío. Yo, por consiguiente, encorvado sobre la suela, estoy más seguro al cortarla, que bebiendo en copa de oro brindada por la amistad el ac6nito 6 la cicuta. Mi mayor peligro consiste en que, desviándose el tranchete, me corte un poco el dedo y me haga sangrar; pero ellos, según dices, tienen comidas mortíferas, y otros mil riesgos. Si caen de su altura, se parecen asombrosamente á los actores de tragedia. Cuando éstos representan Cecropes, Sísifos 6 Télefos, llevan diademas, espadas con puño de marfil, flotando

(1) Creso. V. Jenofonte, *Ciropedia*, lib. VIII.

(2) Artajerjes. Alude á sus guerras con su hermano Ciro, y á la retirada de los diez mil, referidas por Jenofonte en su célebre *Anábasis*.

(3) Dionisio el Tirano.

(4) Alejandro de Macedonia. Vid. Quinto Curcio, VII, 2.

(5) Vstino. *Juid*, XXVII, 2.



tes cabelleras, y clámides recamadas de oro; pero si, como á menudo sucede, se les va un pie y caen en mitad de la escena, la diadema rota á la par que la máscara, la cabeza verdadera llena de sangre y chichones, las piernas en su mayor parte descubiertas dejando ver el mezquino traje interior, y el coturno disforme y mal ajustado, sirven de risa á todos los espectadores. ¿Ves, gallo excelente, cómo me has enseñado á emplear comparaciones? Eso es lo que te ha parecido la tiranía. Pero cuando has sido caballo, perro, pez ó rana, ¿qué tal lo has pasado?

27. EL GALLO.—Larga é importuna plática acarrea tu pregunta; pero, en resumen, te diré que de todas esas condiciones, la humana me ha parecido siempre menos tranquila. Porque los animales se circunscriben á los deseos y necesidades naturales. Entre ellos, en efecto, no verás un caballo hacendista, una rana delatora, un grajo sofista, un mosquito cocinero, un gallo bardaje, y demás miserias humanas.

28. MICILO.—Quizá tengas razón. Pero el decirte lo que siento no me ha de causar vergüenza. No puedo sustraerme al afán de riquezas que desde niño tengo. De mis ojos no se aparta aquel áureo ensueño, colmado de bienes, y el considerar que el maldito Simón vive feliz, me saca de quicio.

EL GALLO.—Voy á curarte, Micilo. Como aun es de noche, levántate y sígueme. Te llevaré á casa de Simón y de otros ricos, para que veas lo que allí pasa.

MICILO.—¿Cómo, estando cerradas las puertas, si no me obligas á horadar la pared?

EL GALLO.—No. Mercurio, á quien estoy consagrado, me ha concedido un preciosísimo don. Si alguien con la pluma más larga de mi cola, doblada á causa de su flexibilidad.....

MICILO.—Tienes dos iguales.

EL GALLO.—Con la derecha digo. Aquel para quien yo me la arranque, y se la entregue, puede, cuando yo quiera, abrir todas las puertas y verlo todo, sin ser visto.

MICILO.—No sabía que eras hechicero. Pero, como me otorgues una vez ese talismán, ya verás qué pronto traslado aquí todas las riquezas de Simón. En cuanto entre en su casa me las traigo. Así volverá á estirar con los dientes el cuero y á roerlo.

EL GALLO.—Eso no es lícito. Si el que tiene mi pluma lo hiciese, debo, por orden de Mercurio, cantar para que le reduzcan á prisión.

MICILO.—No es de creer que Mercurio, siendo ladrón, sea enemigo de los de su oficio. Marchemos ya. No tocaré, si me es posible, al oro.

EL GALLO.—Arráncame primero la pluma..... ¿Cómo? me has arrancado las dos.

MICILO.—Para mayor seguridad. Tu cola queda así menos fea y sin falta de simetría.

29. EL GALLO.—Sea. ¿Adónde vamos primero, á casa de Simón ó á la de algún otro rico?

MICILO.—No, no, á la de Simón, que, desde que se ha hecho rico, se cree digno de un nombre tetrasílabo. Henos ya ante la puerta. ¿Qué hago ahora?

EL GALLO.—Mete la pluma en la cerraja.

MICILO.—Ya está. ¡Hércules! se ha abierto como con una llave.

EL GALLO.—Adelante. ¿Ves cómo cuenta su dinero?

MICILO.—Sí, por Júpiter, á la luz de una lámpara oscura y sin aceite. ¡Qué palido está! ¡qué seco! No atino la razón. Deben consumirle los cuidados, pues no se le conoce enfermedad.

EL GALLO.—Escucha lo que dice, y sabrás por qué está así.

SIMÓN.—Setenta talentos quedan enterrados con

toda seguridad bajo mi lecho. Nadie me ha visto. Pero el mozo de cuadra Sosilo me ha visto, sin duda, ocultar bajo el pesebre de la cuadra aquellos diez y seis. Por eso, aunque no es nada diligente y trabajador, anda ahora siempre alrededor de los caballos; probablemente me habrá robado ya mucho. ¿Cómo, si no, le hubiera vendido ayer Tibio tanta pesca salada? Dicen que acaba de comprar un zarcillo de cinco dracmas á su mujer. Estoy perdido. Esos bribones me van á arruinar. ¡Ah! la vajilla no la tengo en sitio seguro. Y es mucha de veras. ¿Si se la llevase alguno horadando la pared? ¡Tengo tantos envidiosos! ¡tratan de sorprenderme tantos! El vecino Micilo sobre todo.

MICILO.—Sí, por Júpiter: soy como tú, y me llevo las escudillas bajo el brazo.

EL GALLO.—Silencio, Micilo. Puede advertir nuestra presencia.

SIMÓN.—Lo mejor es no dormir y estar alerta. Demos una vuelta por la casa.—¿Quién va?..... Ya te veo horadador de paredes..... ¡Ah! es una columna. Loado sea Júpiter protector. Contemos nuevamente otra vez el oro enterrado. Quizá haya padecido algún error..... ¡Ruido otra vez! ¡Me acechan, me tienden lazos! ¿Dónde tengo el puñal? ¡Como coja á uno!.... Volvamos á enterrar el oro.

30. EL GALLO.—Así vive, Simón. Aprovechando la poca noche que nos queda, vamos á casa de otro rico.

MICILO.—¡ Miserable! ¡qué vida! ¡sean ricos así mis enemigos! Antes de salir, voy á darle una soberbia bofetada.

SIMÓN.—¿Quién me ha pegado? ¡Ladrones! ¡asesinos!

MICILO.—Llora, vela, y ponte tan amarillo como el oro, sobre el cual tienes siempre la vista. Vamos, si te parece, á casa del usurero Gnifón. No vive lejos de aquí. La puerta se abre por sí misma.

31. EL GALLO.—¿Lo ves en vela, lleno de cuidados, contando las ganancias con sus dedos ganchudos? Pronto habrá de dejarlas todas, para convertirse en cucaracha, chinche ó mosca perruna?

MICILO.—Sí, veo á ese miserable demente que vive menos feliz que una chinche ó una cucaracha. ¡Qué consumido está á fuerza de cálculos! Vamos á otro.

32. EL GALLO.—Á Eucrates, si te parece. Franca está la puerta. Entremos.

MICILO.—Todo esto era mío hace poco.

EL GALLO.—¿Aun sueñas con riquezas? Mira á Eucrates con su criado.

MICILO.—¡Infamia más que humana! La mujer durmiendo en brazos de su cocinero.

33. EL GALLO.—¿Qué tal? ¿Quisiéras heredar también en eso á Eucrates, y poseer sus bienes?

MICILO.—No, gallo mío: antes morirme de hambre. Vayan enhoramala riquezas y festines! Prefiero dos óbolos con honradez á todas las riquezas con infamia.

EL GALLO.—El alba está á punto de salir. Volvamos á casa. El resto lo verás otro día.

---

## XLVI.

### ICARO MENIPO O POR ENCIMA DE LAS NUBES.

#### MENIPO, UN AMIGO.

1. MENIPO.—Resultan, pues, tres mil estadios (1) de la Tierra á la Luna, en que hice mi primera parada; unas quinientas parasangas (2) de subida de la Luna al Sol; y del Sol al mismo cielo y á la acrópolis de Júpiter una buena jornada para un águila de vuelo expedito.

EL AMIGO.—Por las Gracias, ¿qué astronomías son esas, Menipo? ¿Qué medidas estás computando en voz baja? Hace tiempo que voy detrás de tí y sólo te oigo hablar de soles y lunas, con los nombres plebeyos ó peregrinos de paradas y parasangas.

MENIPO.—No te extrañe, amigo mío, el verme ocupado en objetos elevados y aéreos: estoy calculando, las distancias recorridas en mi reciente viaje.

EL AMIGO.—Comprendo. Señalabas tu derrotero por medio de las estrellas, como hacen los Fenicios.

MENIPO.—No, por Júpiter: mi viaje ha sido por los mismos astros.

EL AMIGO.—Largo sueño me cuentas, por Hércules: has dormido, sin conocerlo, parasangas enteras.

---

(1) Unos 540 kilómetros.

(2) La parasanga pérsica tenía 29 estadios. La distancia de la Luna al Sol, según el cálculo de Menipo, es de 2.610 kilómetros.

2. MENIPO.—Crees, amigo mío, que te cuento un sueño, y sin embargo llegó ahora de la presencia de Júpiter.

EL AMIGO.—¿Qué dices? ¿Enviado por Júpiter, nos viene Menipo del cielo?

MENIPO.—Sí, en verdad. Hoy llego de la mansión de Júpiter soberano, donde he visto y oído cosas admirables. Si no me crees, más gusto para mí, porque tu incredulidad demuestra que he gozado de una dicha increíble.

EL AMIGO.—¿Cómo, divino y olímpico Menipo, siendo yo humilde y débil mortal, no había de creer á un hombre elevado por encima de las nubes, y uno de los Uranios, según la expresión de Homero? (1) Pero dignate decirme cómo has podido verificar la subida, y dónde has encontrado escalera de tamaño suficiente. Porque, tocante á la figura, no eres muy semejante al pastor Frigio (2). No podemos, pues, suponer que hayas sido arrebatado por un águila para servir de escanciador en el cielo.

MENIPO.—Claro está que te burlas hace rato; pero no me admira que cosa tan fuera de lo común te parezca una fábula. Ni escalas, ni ser querido de águila alguna, me hicieron falta para subir, puesto que tenía mis alas.

EL AMIGO.—Eso ya es superior al artificio de Dédalo. Ignoraba que, á hurto nuestro, te habías convertido además en grajo ó azor.

MENIPO.—Muy bien, amigo mío: has dado cerca del blanco. Á ejemplo de Dédalo, me he fabricado unas alas.

3. EL AMIGO.—Temerario si los hay, ¿no temiste

---

(1) *Ilíada*, 1, v. 570.

(2) Ganimedes.

caer en alguna parte del mar y darle nombre de Menipea, como Ícaro dió el suyo al mar Icario? (1).

MENIPO.—De ninguna manera. Ícaro pegó sus alas con cera. El calor del sol se la derritió, y sueltas las plumas, cayó como no podía menos. Pero las mías no tenían cera.

EL AMIGO.—¿Cómo es eso? Ya, sin saber por qué, empiezo á creer tu relato.

MENIPO.—Así. Cogí un águila grandísima y un duitre de los más robustos, y les corté las alas con los mismos huesos y..... pero, si tienes tiempo, es mejor que lo cuente todo desde el principio.

EL AMIGO.—Venga todo. Suspendido en el aire me tienen tus palabras, y esperando con la boca abierta el fin de tu relato. Por el númen protector de la amistad te lo suplico; no me dejes en lo alto de tu narración, después de tenerme colgado en ella por los oídos.

4. MENIPO.—Escucha, pues, porque el dejar á un amigo con la boca abierta y colgado por los oídos, como dices, no me parece de buena educación. Las miradas primeras que dirigí al examen de las cosas humanas me hicieron ver la ridiculez, mezquindad é inconsistencia de riquezas, honores y mandos. El desprecio que me inspiraron estas cosas, cuya busca y posesión me parecían obstáculo al estudio de las verdaderamente dignas, dirigió mis ojos á la contemplación del universo. Suma perplejidad me produjo, en primer término, lo que los filósofos llaman mundo; no podía descubrir cómo había sido formado, ni cuánta-

(1) Cf. Horacio, lib. IV, oda II.

*Pindarum quisquis studet æmulari,  
Iule, ceratis ope Dædalea,  
Nititur pennis vitrio daturus  
Nomina ponto.*

les eran su artífice, su fin y su principio. Al entrar en estudio detallado, mis dudas fueron en progresivo aumento: las estrellas esparcidas al acaso por el cielo, el Sol mismo y su desconocida naturaleza, daban á mi curiosidad inmenso pábulo. Los fenómenos de la Luna aun me parecían más singulares y extraños, y la diversidad de sus fases tenía, en mi concepto, inexplicable causa. Y en fin, el rayo rasgando las nubes, el trueno estallando estrepitoso, la lluvia, la nieve, el granizo, parecíanme igualmente imposibles de demostrarse ni positiva ni conjeturalmente.

5. En tal estado de ánimo juzgué que para hallar explicación de estas cosas, no había medio mejor que dirigirme á los filósofos, creyendo que podrían decirme la verdad respecto á ellas. Elegí, pues, guiándome por la severidad y palidez del rostro y por la profusión de barbas, los que me parecieron más instruídos; resultando, en efecto, grandilocuentes á primera vista y peritos en cosas del cielo los que presentaban las referidas señales. Mediante crecida suma, satisfecha parte al contado, y parte pagadera cuando llegase á la cumbre de la prometida ciencia, me puse bajo su dirección y les dije que me enseñasen á discurrir acerca de las cosas aéreas, y á conocer la organización del universo. Pero lejos de sacarme de mi antigua ignorancia, me sumergieron en perplejidades mayores, á fuerza de aturdirme diariamente con principios, fines, átomos, vacíos, materias y formas. Y lo que más difícil me parecía era que ninguno se conformaba con las ideas de los otros, sino que cada cual las combatía como contrarias á las suyas, y trataba de imponerme sus particulares creencias.

EL AMIGO.— ¡Qué asombro! ¿Es posible que los sabios discutan acerca de los seres, y tengan distinta idea de las mismas cosas?



6. MENIPO.—Pues cuánto te reirías, amigo mío, si vieses su jactancia y sus prestigiosas charlatanerías. Siempre han vivido pegados á la tierra; jamás se han levantado á más altura que los que por ella serpeamos; nunca han visto con más perspicacia que cualquiera. Ciegos algunos por enfermedad ó vejez, se precian con todo de distinguir los límites del cielo, y miden el Sol, caminan por los espacios que hay encima de la Luna, y como si acabasen de bajar de las estrellas, describen sus tamaños y sus formas. Los hay que no saben á punto fijo la distancia de Megara á Atenas, y se atreven á decir cuántos codos hay del Sol á la Luna; y miden las alturas del aire, las profundidades del mar, el perímetro de la Tierra; trazan círculos, inscriben triángulos en cuadrados, forman esferas y miden él mismo cielo.

7. Pero donde más se deja ver su hinchazón y petulancia es en que, lejos de hablar conjeturalmente sobre cosas tan obscuras, sostienen con vehemencia sus opiniones y no permiten que las de ningún otro prevalezcan. Poco les falta para sostener con juramento que el Sol es una masa incandescente (1); que la Luna está habitada; que las estrellas beben el agua que el Sol saca del Océano como con una cuerda de pozo, y se la distribuye después con equidad perfecta.

8. La diversidad de sus opiniones salta á la vista. Observa, por Júpiter, si se asemejan sus doctrinas y no son enteramente opuestas. En primer lugar, no están de acuerdo respecto al mundo: unos dicen que es increado é indestructible; otros hablan con todo aplomo de su artífice y de la construcción de la obra, y algunos (los más estupendos para mí) disertan

---

(1) Doctrina de Anaxágoras. Vid. Diógenes Laercio, lib. II.

sobre cierto dios, creador del universo, y no pueden dar razón de dónde vino, ni dónde estaba cuando fabricó todas las cosas. Tiempo y espacio son, sin embargo, inconcebibles antes de la existencia del mundo.

EL AMIGO.—Esos sí que son atrevidos y milagreros de veras.

MENIPO.—Pues ¿y si los oyese disputar acerca de las ideas y de los entes incorpóreos, ó discurrir sobre lo finito y lo infinito? Porque sobre este asunto suelen tener encarnizadas contiendas, circunscribiéndolo unos todo en lo finito, y defendiendo otros la infinitud absoluta. Los hay también que sostienen la pluralidad de mundos y anatematizan á los que la niegan (1). Otros, en fin, de humor poco pacífico, opinan que la guerra es el origen de todas las cosas (2).

9. Tocante á dioses, ¿cuánto no tendría que decirte? Para unos (3) Dios es un número; otros juran por los perros, las ocas y los plátanos (4); otros expulsan á los demás númenes, y entregan á uno solo la dirección del universo, tanto que yo me condolía de tal escasez de dioses; otros, por el contrario, más espléndidos, aseguran que hay muchos, y dividiéndoles en clases llaman á una divinidad de primera clase y á otras de segunda y tercera. Unos creen que la naturaleza divina carece de cuerpo y forma; otros no la conciben sin cuerpo. No conceden todos á los dioses igual intervención en los asuntos humanos; algunos los jubilan por completo, como nosotros solemos hacer con los ancianos dispensándolos de toda

---

(1) Alude á Demócrito.

(2) Doctrina de Empédocles de Agrigento.

(3) Pitágoras.

(4) Sócrates.

carga, y no les dan más papel que el de comparsa en las cosas del mundo. Hay, en fin, quienes se adelantan á todos, y creen que no hay dioses, y que el universo camina sin guía ni dueño.

10. Al oír esto, me sentía sin fuerzas para no dar crédito á varones tan voceadores y barbudos; y tampoco hallaba medio de no hallar vacíos y contradicciones en sus dogmas filosóficos. Me pasaba lo que Homero (1) dice: muchas veces sentía impulsos de creer á uno,

Pero otro impulso me vencía el ánimo.

Por lo cual, desesperado de hallar en la tierra quien me ayudase á resolver mis dudas, pensé que el único medio de aclararlas era subir al mismo cielo, convertido en ave de cualquier manera. Dábame alguna esperanza de lograr mi intento el fabulista Esopo, que franqueó las puertas celestes á águilas, escarabajos (2) y aun camellos. Parecíame imposible que me naciesen alas, pero creía que aplicándome las de un águila ó un buitре, únicas proporcionadas al grandor del cuerpo humano, acaso tendría buen éxito mi empresa. Cogí, pues, aquellas aves; corté al águila el ala derecha y la izquierda al buitре; me las sujeté á los hombros con fuertes correas y les puse en las puntas unas abrazaderas para meter las manos. Principié por dar saltitos ayudándome con las manos y á volar á flor de tierra tocando todavía con la punta de los pies en el suelo, como las ocas. En vista del buen resultado de mis pruebas, me atreví luego á

---

(1) *Odisea*, IX, v. 302.

(2) Trigeo explota en *La Paz*, de Aristófanes, la misma invención para subir al cielo.

más; subí á la acrópolis y me tiré de ella, yendo á parar al teatro.

11. En cuanto dí sin daño este vuelo, pensé ya en remontarme á altas regiones. Me lancé del Parneto (1) ó del Himeto (2) hasta Geránea (3); volé desde ésta hasta la ciudadela de Corinto; y luego, pasando sobre el Foloe (4) y el Erimanto (5), llegué al mismo Taigeto (6). Adextrado por el ejercicio para el atrevido intento, y maestro en volar á grande altura, me aventuro ya á remontarme á más elevación que los pájaros. Subo, pues, al monte Olimpo (7), y con provisión de víveres para el viaje, aligerada en todo lo posible, me lanzo en línea recta hacia el cielo. El abismo me produjo al principio cierto vértigo, pero luego seguí perfectamente. Al llegar á la Luna, después de haber atravesado infinidad de nubes, sentí bastante fatiga, sobre todo en el ala izquierda que era la de buitre, y me detuve á descansar en este astro. Contemplé desde aquella altura la Tierra, y como el Júpiter homérico (8), paseé la vista, ora sobre los Tracios domadores de corceles, ora sobre los Misios, y poco después miré á mi antojo la Grecia, la Persia y la India. Todo esto me hacía experimentar un placer inefable.

EL AMIGO.—Me lo dirás, Menipo, para que no ignore la menor circunstancia de tu viaje. Ponme al tanto de todo cuanto has visto, y sepa yo tus curiosas

---

(1) Montaña del Ática.

(2) Monte del Ática, célebre por su miel.

(3) Monte á la entrada del istmo de Corinto.

(4) Monte de Arcadia.

(5) Río y monte de Arcadia.

(6) Monte del Peloponeso, límite de la Mesenia y la Laconia.

(7) Monte, límite septentrional de la Tesalia. Había otro Olimpo, llamado también Liceo, en la Arcadia.

(8) *Iliada*, XIII, al principio.

observaciones. Espero, pues, oír cosas peregrinas de la forma de la tierra y de lo que todo te ha parecido desde tu alto observatorio.

MENIPO.—Tienes razón, amigo mío. Sube, pues, conmigo imaginativamente á la Luna; acompáñame con el pensamiento y examinemos la disposición de todo lo terrestre.

12. En primer lugar, figúrate que ves una tierra muy pequeña, mucho menor que la Luna, tanto que al mirarla yo repetidas veces no podía distinguir dónde estaban los montes y el Océano inmenso. Si no hubiese visto el Coloso de Rodas y la torre de Faros, puedes estar seguro de que no hubiera conocido la Tierra. Pero la altura de ambos monumentos que llegan hasta las nubes y el Océano reluciendo suavemente bajo la luz del Sol, me indicaron que aquello que veía era la Tierra. En cuando logré fijar en ella la vista, percibí con distinción toda la vida humana, no sólo en conjunto de naciones y ciudades, sino hombre por hombre, unos navegando, otros haciendo la guerra, estos labrando campos, aquellos defendiendo pleitos, y además las mujeres, los animales y todo lo que sustenta la madre tierra.

EL AMIGO.—Me dices cosas increíbles y contradictorias. Hace un momento buscabas la Tierra reducida á pequeñísimo tamaño y, si no te la hubiese indicado el Coloso, quizá la hubieras tomado por otra; y ahora, convertido súbitamente en un Linceo, distingues caanto existe sobre ella: hombres, animales y hasta nidos de mosquitos, si te apuran.

13. MENIPO.—Bien haces en advertírmelo. Lo que ante todo debía haberte dicho, se me ha pasado, no sé cómo, por alto. Cuando conocí que efectivamente lo que veía era la Tierra, y no pude por la distancia distinguir nada de ella, por que estaba fuera del al-

cance de mi vista, sentí suma aflicción é inquietud extrema. Decaído y desalentado estaba á punto de llorar, cuando apareció á mi espalda el fisico Empédocles, negro como un carbonero, cubierto de ceniza y asado. Al verlo, soy franco, me asusté bastante, tomándolo por algún genio de la Luna. Pero él: «Tranquilízate, me dijo,

No soy dios; ¿por qué á númenes me ignales? (1)

soy Empédocles el físico. Cuando me arrojé al cráter, el humo del Etna me despidió y me lanzó hasta la Luna. Ahora vivo aquí, me paseo por los aires y me alimento de rocío. Vengo á sacarte de apuros: te aflige, creo, y te tortura el no ver distintamente lo que pasa en la Tierra. — Excelente Empédocles, le dije, ¿qué favor vas á hacerme! En cuanto vuelva á Grecia, he de ofrecerte libaciones en mi cocina y he de invocarte en las Neoménias abriendo tres veces la boca en dirección á la Luna. — Por Endimión, respondiome, no he venido aquí con interesadas miras, sino conmovido al ver tu pena. ¿Sabes cómo podrás adquirir perspicacísima vista?

14. »No, por Júpiter, le respondí, si tú no disipas el velo de mis ojos, porque sin duda son más que medianas mis legañas. — Sin embargo, añadió, para nada necesitas de mí, puesto que te has traído de la Tierra el medio de procurarte esa perspicacia. — ¿Cuál? Yo no lo conozco, dije. — ¿No sabes, respondió, que llevas en el brazo derecho el ala de un águila? — ¿Qué relación hay, repliqué, entre el ala y los ojos? — Esta, contestó Empédocles. El águila es el animal de vista más penetrante, tanto, que es el único que puede mi-

---

(1) Parodia de Homero, *Odisea*, XVI, v. 198.

rar al Sol de hito en hito: por esto se la considera rey y águila verdadera cuando mira sin pestañear los rayos solares.—Eso se dice, repuse, y ya siento no haber arrancado, para subir aquí, los ojos á un águila y habérmelos puesto en lugar de los míos. He venido sin lo preciso y falta de equipo regio; por eso parezco aguilucho espurio y desheredado.—Pues bien, dijo Empédocles, de tí depende el tener en seguida un ojo regio (1): levántale un poco, si quieres; ten quieta el ala de buitre, mueve sólo la otra y tu ojo derecho, en relación con el ala aquilina, adquirirá vista penetrante: el otro no puede menos de conservarla obtusa por corresponder á inferior parte.—Me basta, repuse, tener de águila el ojo derecho; no he de ser por eso peor, pues los carpinteros, si no me engaño, de un solo ojo se sirven para alinear sus obras.» Dicho esto, hice lo que me había mandado. Empédocles fué alejándose poco á poco y se convirtió en humo.

15. Apenas comencé á mover el ala, me sentí inundado de luz, y todos los objetos hasta entonces ocultos se me aparecieron distintamente. Miré, pues, hacia la tierra, y vi con toda claridad los hombres y lo que hacían, no sólo al aire libre, sino dentro de sus casas y cuando se creían más ocultos: Tolomeo, cohabitando con su hermana (2); el hijo de Lisimaco (3) conspirando contra su padre; Antioco, hijo de Seleuco, haciendo señales de inteligencia á su madrastra (4); el

---

(1) Hay en el original un juego de palabras, basado en el doble sentido de βασιλισκός, que significa *regio* y *basilisco*.

(2) Tolomeo Filadelfo, que contrajo matrimonio con su hermana Arsinoe ó Berenice.

(3) Lisimaco, uno de los generales que se repartieron el imperio de Alejandro, hizo matar á su hijo Agatocles, acusado de conspiración contra su padre.

(4) Estratónice.

tesalio Alejandro (1) muerto por su esposa; Antígono, en adúlteros amores con su nuera, y Atalo envenenado por su hijo. Por otra parte vi á la mujer asesinada por Arsaces, y á Arbaces, eunuco de Arsaces, sacando la espada contra su dueño; al meda Espatino arrastrado fuera de la sala del festin por los guardías que le habían herido en la frente con un vaso de oro. Escenas semejantes ocurrían en los alcázares regios de Libia, Escitia y Tracia: todo eran adulterios, homicidios, conspiraciones, robos, perjurios, terrores y traiciones entre parientes.

16. Este espectáculo me dieron los reyes; pero el de los particulares, pues también los veía, era mucho más ridículo: el epicúreo Hermodoro juraba en falso por mil dracmas; el estoico Agatocles litigaba con un discípulo por cuestión de honorarios; el retórico Clinias sustraía una copa de oro del templo de Esculapio; el cínico Herófilo dormía en un lupanar. ¿Á qué hablar de otros, que horadaban paredes, litigaban, prestaban á interés ó reclamaban sus créditos? El espectáculo, en una palabra, era variado en extremo.

EL AMIGO.—Bueno sería que me lo describieses, Menipo, pues al parecer te produjo goce intenso.

MENIPO.—Imposible es contártelo todo detalladamente, cuando hasta era dificultoso el verlo. Pero las principales acciones se parecían á las que Homero supuso representadas en aquel escudo (2). Aquí banquetes nupciales, allá arengas y juicios; en esta parte ofrecía uno sacrificios, en la próxima se veía á otro llorando. Cuantas veces miraba á la Gética, veía á los Getas combatiendo; cuantas la volvía á los Esci-

(1) Alejandro de Feres, asesinado por su esposa Teba.

(2) Vid. *Iliada*, XVIII, v. 491.



tas, los veía vagando con sus carros. Si dirigía el ojo á otro sitio, cultivaba la campiña el Egipcio, comerciaba el Fenicio, pirateaba el Cilicio, azotábase el Espartano y litigaba el Ateniese.

17. Como todo pasaba al mismo tiempo, figúrate que confusión resultaría. Supón que uno ajustase muchos cantantes, ó más bien muchos coros, y prescindiendo de piezas concertadas, les mandase entonar cantos diferentes con todo cuidado y fuerza, de modo que dominasen las voces de los otros: ¿comprendes, por Júpiter, que conjunto resultaría?

EL AMIGO. — Extraordinariamente ridículo y confuso.

MENIPO. — Pues así, amigo mío, son los coristas de la Tierra. La vida de los hombres resulta estupendamente desacorde, no sólo por las voces disonantes, sino por las desemejanzas de trajes y figuras, que se mueven en opuestas direcciones, que en nada piensan lo mismo, hasta que el corega va sacando á cada cual del escenario diciéndole que ya no lo necesita. Desde entonces, todos son iguales, todos guardan silencio y cesa para siempre su confuso y desordenado canto. Todo lo que se hacía en este múltiple y vario escenario era verdaderamente ridículo.

18. Pero los que más risa me daban, eran los que disputan por cuestión de límites y creen de la mayor importancia cultivar el campo Sicioneo, ó apoderarse del de Maratón en la proximidad de Enoe, ó poseer mil yugadas en Acarnes. Pues desde aquella altura Grecia parecía tener cuatro dedos de ancho, y el Atica era parte mínima de Grecia. Consideraba, pues, qué poco terreno bastaba á los ricos para darse tono de grandes señores; como que el dueño de más yugadas de tierra me parecía cultivador de un átomo de Epicuro. Al fijar la vista en el Peloponeso y al ver la

Cinosuria (1), quedé aturdido de que en una región más pequeña á mis ojos que una lenteja egipcia, hubiesen perecido en un día tantos Lacedemonios y Argivos. En fin, cuando veía á algunopreciado de poseer mucho oro por tener ocho anillos y cuatro copas, me reía á carcajadas, porque todo el Pangeo (2) con sus minas tenía el tamaño de un grano de mijo.

19. EL AMIGO.—¡Feliz Menipo! ¡Qué maravilloso espectáculo! ¿Cómo parecían los hombres y las ciudades vistas desde arriba?

MENIPO.—Supongo que habrás visto muchas veces un hormiguero: unas hormigas describen círculos, otras salen, otras vuelven á su común vivienda; ésta trae un pedacito de estiércol; aquélla corre arrastrando una cascarilla de haba ó medio grano de trigo. Es de suponer que hay entre ellas, en la proporción relativa á su condición y clase, arquitectos, demagogos, senadores, filósofos y músicos. Pues bien, las ciudades con sus habitantes me parecían idénticas á los hormigueros. Si la comparación se te antoja mezquina, recuerda las antiguas fábulas Tesalias, y verás que los Mirmídones, belicosísima gente, fueron hombres nacidos de hormigas (3). Después de haber examinado á mi sabor todas estas cosas y de haberme reído de ellas, agité las alas y volé

Á la mansión de los celestes dioses,  
Á la de Jove portador de la égida (4).

20. Aun no habría volado [un estadio, cuando la

---

(1) Campo entre Argos y Lacedemonia, objeto de encarnizadas contiendas. Vid. Tucídides, lib. v.

(2) Sierra entre Tracia y Macedonia, hoy *Castagnatz*.

(3) Vid. Ovidio, *Metamorfosis*, VII, v. 638.

(4) *Iliada*, I, v. 222.

Luna con voz femenina: «Buen viaje, me dijo. Toma un recado para Júpiter.—Con gusto, le respondí: no será cosa de peso, si no hay nada que llevar.—La comisión no es difícil, replicó; sólo se trata de que trasmitas á Júpiter una súplica mía. No puedo sufrir más, Menipo, las interminables y molestas disquisiciones de los filósofos. Parece que su único quehacer es discurrir detenidamente acerca de mi magnitud y naturaleza, y de la causa de que unas veces me presente cortada en dos, otra en tres cuartos de mi disco. Unos dicen que estoy habitada; otros que colgada sobre el mar como un espejo; otros aseguran de mí cuanto se les antoja. Algunos, en fin, se propasan hasta suponer velada y bastarda mi luz, y reflejo de la del Sol, y no cesan de sembrar discordias entre mi hermano y yo, no contentos con haber dicho de él mismo que es una masa de fuego ó una piedra.

21. »¡Cuántas acciones infames y vergonzosas no conozco yo de esos hombres que entre día adoptan severo rostro, mirada imponente y majestuoso andar, para atraer las miradas de las turbas! Las veo, y sin embargo me callo, porque no me parece decente descubrir é iluminar sus pasatiempos nocturnos y la comedia de su vida. Al contrario, si veo á alguno de ellos cometiendo adulterio, ó robando ó perpetrando cualquier otro delito nocturno, me envuelvo inmediatamente en una nube, para no mostrar á la muchedumbre esos ancianos deshonorando sus barbas y su oficio de virtuosos. Sus lenguas, sin embargo, no cesan de despedazarme y de cubrirme de oprobio. Te juro, pues, por la Noche, que muchas veces he pensado en alejarme todo lo posible para huir de su indiscreta charla. No se te olvide decirle todo esto á Júpiter, y además que no podré permanecer

en mi puesto si no tritura á los Físicos, tapa la boca á los Dialécticos, derriba el Pórtico, quema la Academia y pone fin á la discusión de los Peripatéticos. Sólo así podré tener tranquilidad y evitar que me midan á diario.

22. »Se hará», le respondí; y al mismo tiempo me remonté al cielo por un camino

Nunca hollado por hombres ni por bueyes (1).

À poco rato la luna empezó á empequeñecerse á mis ojos y á ocultarme la Tierra. Dejando entonces el Sol á la derecha, volé entre las estrellas y llegué á los tres días cerca del cielo. Pensé primero colarme de rondón, creyendo fácil el pasar desapercibido por ser mitad águila, ave de antiguo familiar de Júpiter; pero consideré después que el ala de buitre me delataría al momento. Creí lo más oportuno no exponerme á este riesgo; me acerqué y llamé á la puerta. Oyó Mercurio, preguntó mi nombre y corrió á avisar á Júpiter. Hácenme entrar á poco y avanzo lleno de miedo y temblando. Hallo sentados á todos los dioses, también algo recelosos. Mi inesperada venida les había inquietado un poco, y esperaban ver llegar pronto todos los hombres con alas semejantes.

23. Júpiter, mirándome entonces terrible, feroz y titánicamente, exclama:

¿Quién eres? ¿De qué pueblo? ¿De qué padres (2)?

Al oirlo estuve á punto de morirme de miedo, y me quedé estupefacto y atónito por el trueno de su voz majestuosa. Recobré luego el sentido y le conté con sinceridad cuanto me ocurría: mi deseo de conocer

(1) Parodia de Homero, *Odisea*, X, v. 98.

(2) Parodia de Homero, *Odisea*, I, v. 171.

las cosas celestes, mis visitas á los filósofos, sus contrarias opiniones, la desesperación en que me habían sumido sus discursos, el proyecto nacido de ella, las alas y todo lo demás hasta mi llegada al cielo. Expuse además cuanto me había encargado la Luna. Sonrióse Júpiter, y desarrugando un poco el entrecejo. «¿Qué se dirá, exclamó, de Oto y Efialtes cuando Menipo se ha atrevido también á subir al cielo? Pero ahora te damos hospitalidad, mañana trataremos de tu asunto y después te dejaremos que marches.» Dijo, levantóse y se encaminó á la parte del cielo en que se oye todo más fácilmente. Era, en efecto, la hora de escuchar las oraciones.

24. De camino, me hizo preguntas de las cosas terrestres. En primer lugar el precio del trigo en Grecia, y si fué muy crudo el invierno anterior y si necesitaban mucha lluvia los huertos; después si quedaba alguno de la familia de Fidias y por qué habían dejado los Atenienses pasar tantos años sin celebrar las Diasias (1), y si pensaban terminar su templo de Olimpia, y si habían sido habidos los ladrones que le habían despojado el de Dodona. Cuando respondí á estas preguntas: «Dime, añadió, ¿qué opinión tienen de mí los hombres?—¿Qué otra, Señor, le respondí, sino la piadosísima de que eres el Rey de todas las deidades—¿Te burlas? repuso. Aunque nada me dices, conozco perfectamente su afición á lo nuevo. Hubo un tiempo en que me creían profeta, médico, en una palabra, cuanto hay que ser. Entonces

Todas las calles y las plazas todas (2)  
Llenas del sumo Júpiter estaban.

(1) Fiestas en honor de Júpiter.

(2) Parodia de Arato, *Los Fenómenos*, al principio.

Pisa (1) y Dodona eran célebres y brillantes para todos, y el humo de los sacrificios apenas me permitía divisarlas. Pero desde que Apolo estableció un adivinadero en Delfos, y Esculapio una consulta médica en Pérgamo, y desde que se han consagrado un Bendideo en Tracia, un Anubideo en Egipto, y un Artemiseo en Efeso (2), todos acuden á los flamantes númenes y les consagran fiestas y hecatombes. En cuanto á mí, como á dios ya decrepito, me dan por suficientemente honrado, ofreciéndome cada cinco años un sacrificio en Olimpia: así es que mis altares están más helados que las leyes de Platón ó los silogismos de Crisipo.»

25. Hablando de estas cosas, llegamos al sitio en que Júpiter se iba á sentar para escuchar las súplicas. Había allí una serie de ventanas parecidas á bocas de pozos, cada una con su tapadera y su silla de oro al canto. Sentóse en la primera de éstas Júpiter, y separando la cubierta, comenzó á escuchar oraciones. Llegaban muchas y variadas de todos los lugares de la Tierra: yo me incliné hacia la abertura y oí también las súplicas. Eran á este tenor: «¡Júpiter, haz que reine! ¡Júpiter, haz que crezcan mis ajos y mis cebollas! ¡Júpiter, que muera pronto mi padre!» Otro decía: «¡Ojalá herede á mi mujer! ¡Ojalá no sorprendan mis tramas contra mi hermano! ¡Ojalá gane el pleito! ¡Ojalá sea premiado en los juegos olímpicos!» Los navegantes pedían, unos que soprase el Bóreas, otro que soprase el Noto; el labrador solicitaba lluvia, y el batanero sol claro. Júpiter oía las súplicas, las examinaba cuidadosamente, pero no accedía á todas,

Concediendo esto y rehusando aquello (3).

---

(1) Por otro nombre Olimpia.

(2) Templos consagrados á Bendis, Anubis y Diana, en griego Ἄρτεμις.

(3) *Ilíada*, xvi, v. 250.

Dejaba entrar por la ventanilla las oraciones justas y las ponía á la derecha; las injustas las enviaba sin resolver, soplándoles encima para que no se acercasen al cielo. Vile perplejo á propósito de unas súplicas. Dos hombres pedían cosas opuestas y ofrecían iguales sacrificios. Júpiter no supo á cuál acceder, y se quedó en la incertidumbre de los Académicos. No pudiendo decidirse en ningún sentido, imitó á Pirrón: se abstuvo y examinó la cosa.

26. Después de haber dedicado tiempo suficiente á la audición de súplicas, pasó á la silla y ventana inmediatas, é inclinando la cabeza escuchó á los juradores y los juramentos. Después de oírlos y de pulverizar al epicúreo Hermodoro, pasó á la silla próxima á escuchar los presagios, oráculos y agüeros. Acercóse luego á la ventana de los sacrificios, por la cual al entrar el humo decía el nombre del que los ofrecía. Cumplidos estos deberes, dió sus órdenes á los vientos y á las tempestades: «Hoy lluvia en Escitia, rayos en Libia, y nieves en Grecia. Tú, Bóreas, sopla en Lidia; tú, Noto, permanece tranquilo. El Céfito que agite las olas del Adriático. Desparrámense por la Capadocia unos mil medimnos de granizo.»

27. Cuando arregló todos estos servicios, fuimos al comedor, pues era ya la hora de la cena. Mercurio me cogió de la mano y me colocó junto á Pan, los Coribantes (1), Atis, Sabazio, metecos y dioses á medias. Ceres servía el pan, Baco el vino, Hércules la carne, Venus los mirtos, y Neptuno las anchoas. Gusté á hurtadillas la ambrosía y el néctar. El buen Ganimedes, siempre amante de los hombres, en cuanto advertía que Júpiter miraba á otro lado, me escanciaba uno ó dos cotilos de néctar. Los dioses,

---

(1) Sacerdotes de Ceres.

como dice Homero (1) y pude observar por mí mismo,

Ni comen pan ni beben negro vino.

Sírvenles ambrosia y embriáganse con néctar. Prefieren, sin embargo, para alimento el humo que sube de las quemadas víctimas, y la sangre vertida en el altar por los sacrificadores. Durante el festín, tocó Apolo la cítara, bailó el córdax Sileno, y las Musas, puestas en pie, cantaron un fragmento de la Teogonía de Hesiodo y la primera oda de los himnos de Píndaro. Por fin, después de satisfechos, fuimos á acostarnos, como estábamos, bastante bebidos.

28.           Toda la noche las demás deidades  
Y los hombres gozaron dulce sueño,  
Pero yo no gocé de su deleite (2),

pues traía revuelta la imaginación, no acertando á explicarme cómo en tanto tiempo no le había salido barba á Apolo, y como podía ser de noche en el cielo estando presentes el Sol y la Luna. Por fin me dormí un poco. Júpiter al amanecer mandó convocar la asamblea.

29. Cuando todos estuvieron presentes, empezó á hablar de este modo: «La llegada de este huésped, recibido ayer, me ha brindado motivo para convocaros. Tiempo hace, en efecto, que deseaba hablar con vosotros acerca de los filósofos; pero las quejas de la Luna me han estimulado, y he decidido no diferir un instante el examen de este asunto. Flotando como la espuma sobre la superficie de la sociedad, hay desde

(1) *Iliada*, v, v. 342.

(2) Parodia de Homero, *Iliada*, II, al principio.



hace poco tiempo una casta de gente perezosa, litigadora, vana, irascible, glotona, extravagante, henchida de orgullo, repleta de injurias y

Peso inútil del mundo,

como dice el verso homérico (1). Divididos en grupos, é inventando laberintos de palabras, los hombres que la forman se han llamado Estoicos unos, Académicos otros, Epicúreos éstos, Peripatéticos aquéllos, con otras denominaciones todavía más ridículas. Vestidos con el augusto nombre de la virtud, fruncidos los ceños y crecidas las barbas, andan por ahí ocultando sus infames costumbres bajo hipócrita exterior, semejantes á esos actores de tragedia, que si les quitas la máscara y el ropaje entretelado de oro, sólo queda un ente ridículo, un pobre hombre ajustado en siete dracmas para las representaciones.

30. »Pero aunque son así, desprecian á los demás hombres, dicen de los dioses mil absurdos, rodéanse de jovenzuelos fáciles de engañar, declaman en altisonante tono vulgaridades acerca de la virtud, y enseñan el arte de los argumentos irresolubles. Alaban siempre ante sus discípulos la fortaleza y la templanza y se desatan contra las riquezas y el placer; pero á solas y entregados á sí mismos, ¿quién podría decir su glotonería, su liviandad y la avidez con que lamen hasta la roña de los óbolos? Y lo peor de todo es que, no contribuyendo en nada ni aportando cosa alguna al bien común, siendo siempre superfluos é inútiles,

Nulos en la batalla y los consejos (2),

---

(1) *Iliada*, XVIII, v. 104.

(2) *Iliada*, II, v. 246.

acusar, sin embargo, á los demás, amontonan discursos amargos, inventan terribles dicterios é increpan y censuran á cuantos tienen alrededor. El primero entre ellos es siempre el más charlatán, el más desvergonzado y el más atrevido injuriador.

31. »Sin embargo, si, encarándote con uno de esos perpetuos declamadores que vitupera y acusa á los demás, le preguntases: «¿Qué haces tú? ¿En qué contribuyes al público bien?» estoy seguro de que, siendo sincero, tendría que contestar: «La navegación, la agricultura, la milicia, las artes y los oficios están demás para mí; pero grito, y estoy sucio, y me lavo en agua fría, y ando descalzo en invierno; y, á imitación de Momo, censuro las obras de los demás. Si algún rico gasta espléndidamente ó tiene alguna querida, me ocupo de este asunto y declamo con furor; pero si algún compañero ó amigo cae enfermo y necesita auxilios y cuidados, no lo conozco jamás. De este jaez son estas bestias, dioses.»

32. »Los llamados Epicúreos exceden en insolencia á los demás; atácanos sin miramiento, sostienen que no nos cuidamos de las cosas humanas ni ejercemos sobre ellas nuestra divina inspección. Tiempo es ya de tratar el asunto. Si llegan á prevalecer sus ideas, no es floja el hambre que sufriréis. ¿Quién os ofrecerá en adelante sacrificios, si sabe que de nada le han de servir? Las quejas de la Luna por boca de ese hombre las escuchasteis ayer. Resolved, pues, lo que estiméis más útil á los hombres y más oportuno para nuestra propia seguridad.»

33. En cuanto dijo esto Júpiter, estalló en la asamblea espantoso clamor; todos gritaban á una: «¡Fulmina, abrasa, tritura! ¡Al báratro! ¡Al Tártaro como los gigantes!» Restableció el silencio Júpiter y: «Se hará como oueréis, dijo, y todos con su dialéctica

perecerán. Pero ahora no es posible imponer castigo alguno. Estamos, como sabéis, en la hieromenia de los cuatro meses, y las treguas han sido anunciadas ya. Pero en el nuevo año, al comenzar la primavera, acabará con ellos mi rayo devastador.

Dijo Cronio y frunció las negras cejas (1).

34. »Tocante á Menipo, esta es mi opinión. Córtesele las alas, para que no vuelva á subir, y lléveselo hoy Mercurio á la tierra.» Dicho esto, levantó la sesión. El dios de Cilene (2) me cogió por la oreja derecha y me dejó ayer en el Cerámico (3), casi al anochecer.

Esto es, compañero, todo, absolutamente todo lo que he aprendido en el cielo. Voy ahora á llevar esta buena noticia á los filósofos que pasean en el Pecilo.

---

(1) *Iliada*, I, v. 528.

(2) Mercurio.

(3) Barrio de Atenas.



## XLVII.

### LA DOBLE ACUSACION O LOS TRIBUNALES.

JÚPITER, MERCURIO, LA JUSTICIA, PAN, VARIOS ATENIENSES, LA ACADEMIA, EL PÓRTICO, EPICURO, LA VIRTUD, LA MOLICIE, LA RETÓRICA, UN SIRIO, EL DIÁLOGO.

1. JÚPITER.—¡Perezcan cuantos filósofos sostienen que sólo los dioses son felices! Si supiesen las infinitas molestias que por los hombres sufrimos, no nos juzgarían bienaventurados con la ambrosía y el néctar, fiándose de Homero, ciego encantador que nos llama dichosos, y sin poder ver las cosas terrestres habla con tanta seguridad de las divinas. El Sol, en cuanto engancha, recorre durante todo el día la bóveda celeste y, vestido de fuego, lanza continuos rayos, sin tiempo, como dicen, para rascarse la oreja. Si, en un momento de descanso, descuidase la vigilancia, desbocados y descarriados sus corceles lo incendiarían todo. La Luna, en vigilia perpetua, recorre también el cielo, alumbrando á los libertinos y á los que vuelven de cenar á altas horas de la noche. Apolo, con la trabajosa profesión que ha elegido, está á punto de quedarse sordo á fuerza de oír á tanto importuno como pretende oráculos. Ahora está en Delos, corre en seguida á Colofón, pasa de Colofón al Janto y del Janto otra vez á Claros, á Delos y á los

Bránquidas. En fin, apenas su sacerdotisa bebe el agua sagrada, mastica la hoja de laurel, sube al trípode y reclama su asistencia, ha de acudir sin demora á pronunciar oráculos, so pena de desacreditar su arte. No digo nada de los lazos que le tienden para probar su pericia, cociendo juntas carnes de tortugas y ovejas. Si no llega á tener buena nariz, se ríe de él el Lidio á mandíbula batiente. Esculapio, molestado continuamente por los enfermos, ve dolores y palpa miserias, y convierte en desdichas propias las ajenas desgracias. Pues ¿qué diré de los Vientos, dedicados á fomen-  
tar los vegetales, á llevar los navíos y á soplar en las zarandas? ¿Qué del Sueño, obligado á volar hacia todos? ¿Qué de los Ensueños, sus compañeros de vigilia, para suministrarle presagios? Todos estos trabajos hacen los númenes por amor á los hombres, y por aligerarles la existencia.

2. Las ocupaciones de los demás tienen, sin embargo, medida. Pero yo, yo rey y padre de todos, ¿cuántas molestias no sufro, cuántos quehaceres no tengo, cuántos cuidados no aguanto! Inspeccionar en primer término los trabajos de las deidades que comparten conmigo la administración, para que no haya el menor descuido, y atender, después, en persona á cien mil quehaceres casi imposibles de cumplir por su multiplicidad é insignificancia. No me basta, en efecto, para poder descansar y librarme de cuidados, el haber provisto cuanto á la alta administración corresponde, como es la dispensación y regulación de lluvias, granizos, vientos y rayos, sino que tengo que hacer esto y que mirar al propio tiempo á todas partes, y como el pastor de Nemea (1), inspeccionarlo todo: los ladrones, los perjuros, quién ofrece sa-

---

(1) Argos, al parecer.

crificios, quién hace libaciones, de dónde viene el olor de la grasa, de qué lado sube el humo, quién me invoca, si un navegante ó un enfermo, y, lo que es más fatigoso, asistir simultáneamente á una hecatombe en Olimpia y á una batalla en Babilonia; granizar en Gética y estar de convite en Etiopía. Aun así no me es fácil librarme de censuras.

La noche toda las demás deidades (1)  
 Y los guerreros de crinados cascos  
 Descansaron en plácido reposo.  
 Sólo Jove del sueño la dulzura  
 No llega á disfrutar.

Porque un instante que cerrase los ojos, tendríamos en campaña al verídico Epicuro, demostrando que no ejercemos providencia sobre las cosas de la tierra. Y si los hombres le creen, el peligro no es flojo: se acabarán las flores en los templos, el olor á grasa en las plazuelas, las libaciones en las copas, y el calor en las aras; nadie, en una palabra, sacrificará ni libará, y el hambre será horrenda. Para evitarlo estoy, como buen piloto, solo, sobre la popa, con el timón entre manos: los demás pasajeros se embriagan ó duermen, pero yo vigilante y ayuno,

En el pecho revuelvo mil cuidados (2)

en obsequio de todos, sin más honra que la de parecer su dueño.

3. Por eso yo tendría gusto en preguntar á los filósofos que creen en la bienaventuranza de los dioses cuándo, con tantas ocupaciones, podemos dedicarnos á saborear el néctar y la ambrosía. La falta de

(1) Homero, *Iliada*, II, al principio. La traducción es de Hermosilla.

(2) Id., *ibid.*

tiempo me ha hecho arrinconar multitud de expedientes, musidos ya y llenos de telarañas. La mayor y más antigua parte son demandas interpuestas por las ciencias y las artes contra algunos hombres. Con este motivo todo son clamores y quejas, y peticiones de juicio, y acusaciones de tardanza, sin comprender que la demora no es por pereza, sino por esa decantada felicidad en que suponen que vivimos, pues tal nombre dan á nuestras ocupaciones.

4. MERCURIO.—Sobre eso mismo he oído yo muchas quejas en la tierra, pero no me he atrevido á decírtelas. Mas ahora te las diré, pues en ello te ocupas. Sí, padre mio, todos llevan muy á mal y se quejan amargamente. No se atreven, es cierto, á hablar en alta voz, pero murmuran por lo bajo de tu tardanza: «Debía, dicen, habernos dado á conocer nuestra condición hace tiempo, para que cada cual la aceptase como cosa juzgada.»

JÚPITER.—¿Qué te parece, Mercurio? ¿Les señalaremos día para el juicio ó las dejaremos para el año que viene?

MERCURIO.—De ningún modo: señáleseles día.

JÚPITER.—Hazlo así. Vuela y anuncia la sesión en estos términos: «Comparezcan hoy en el Areópago todos los que hayan presentado acusaciones. La Justicia en persona hará el sorteo de jurados entre todos los Atenienses á proporción de las multas. El que se creyese lesionado en el juicio podrá apelar á mí para ser juzgado nuevamente, como si antes no lo hubiese sido.» Tú, hija mía, siéntate junto á las venerables diosas (1), sortea las causas, y atiende á los jueces.

---

(1) Las Euménides, Furias ó Erinnias. Llamábaseles las Venerables por enfemismo. Vid. *Las Euménides*, tragedia de Esquilo, trad. de D. Fernando Brieva Salvatierra.



5. LA JUSTICIA.—¿Otra vez á la tierra? ¿Para que me expulsen de nuevo por no poder tolerar los insultos de la Injusticia?

JÚPITER.—Debes esperar cosa mejor. Los filósofos ya les han persuadido á preferirte á la Injusticia, sobre todo el hijo de Sofronisco, que ha hecho el mayor elogio de lo justo y lo ha declarado el mejor de los bienes.

LA JUSTICIA.—Mucho le han aprovechado sus discursos en pro de la Justicia. Entregado á los Once y reducido á prisión, el infeliz bebió la cicuta sin poder sacrificar un gallo á Esculapio (1). Mientras sus acusadores, que filosofaban acerca de la Injusticia, salían triunfantes.

6. JÚPITER.—Desconocida aún para la mayor parte era entonces la Filosofía, por muy pocos cultivada. No es de extrañar, pues, que Anito y Melito inclinassen á su favor los tribunales. Pero ahora ¿no ves cómo abundan mantos, bastones y alforjas? Por todas partes barbas intonsas, libros en la mano izquierda, filósofos discurriendo acerca de tí, hija mía: llenos los paseos de escuadrones y falanges que se salen al encuentro sin que haya uno que no quiera aparecer criado á los pechos de la virtud misma. Muchos, dejando la profesión que habían tenido hasta ahora, se echan sobre una alforja y un manto, se ponen el cuerpo al sol del color de un negro de Etiopía y convertidos de albañiles ó zapateros en filósofos, andan celebrando tus excelencias y todas las virtudes. Tanto que, como el adagio dice, más fácil fuera caer en un barco y no dar en madera, que volver la vista sin tropezar con filósofos.

---

(1) Vid. el *Fedón* y el *Crittón*, de Platón, para detalles sobre la muerte de Sócrates, que es el hijo de Sofronisco, mencionado en el texto.

7. LA JUSTICIA.—Pero esos mismos filósofos me atemorizan, Júpiter, con sus continuas disputas y su ignorancia evidente cuando de mí tratan. Dícenme también que muchos me aman solamente de palabra, pero no me admiten en sus obras, y me darían con la puerta en las narices si me acercase á su casa, donde hace tiempo que se alberga la Injusticia.

JÚPITER.—No todos son malos, hija mía. Basta con que halles algunos buenos. Marchad, pues, para que cuando menos juzguéis hoy algunas causas.

8. MERCURIO.—Vamos, Justicia, en línea recta al Sunio, un poco por debajo del Himeto, dejando el Parneto á mano izquierda, por donde están aquellas dos alturas. Parece que te has olvidado hace mucho tiempo del camino. ¿Por qué gimes y lloras? No temas: ya es muy diferente la vida. Los Escirones, Pitocamptos Busírides y Falárides, que entonces te amedrentaban, han muerto. La Sabiduría, el Pórtico y la Academia lo ocupan ya todo. Búscante por todas partes, sólo se habla de tí, y miran con la boca abierta si volarás otra vez á la Tierra.

LA JUSTICIA.—Mercurio, tú eres el único que puede decirme la verdad, porque estás continuamente con los hombres en los gimnasios, en el foro, pues eres forense si los hay, y actúas de heraldo en las asambleas: dime, pues, que tal son y si podré permanecer á su lado.

MERCURIO.—Injusto sería yo, por Júpiter, si no hablase con sinceridad á mi hermana. Muchos han obtenido gran utilidad de la Filosofía, pues á lo menos por respeto al hábito se contienen bastante en sus faltas. Hallarás entre ellos algunos malos (debo hablarte con franqueza), y otros semisabios y semiperversos. Esto depende de que la Filosofía los ha cogido para darles nueva tintura. Los que á saturación la

han absorbido, se han hecho perfectamente buenos, sin que al color filosófico se mezcle ninguna otra tinta, y están dispuestos á dispensarte la mejor acogida: otros en los que, á causa de inveterada suciedad, no ha podido penetrar el color hasta el fondo, son mejores que los restantes, pero tienen alguna imperfección y, blancos á medias, presentan manchas como los leopardos. Hay otros, en fin, que sólo por haber tocado con la punta de un dedo el exterior de la caldera y haberse manchado de hollín, se creen suficientemente cambiados de tintura. Está claro, pues, que podrás tratar gentes buenas.

9 Pero mientras hablábamos, hemos ya cerca del Atica. Dejemos á la derecha el Sunio, y dirijámonos á la Acrópolis.—Hemos bajado ya. Siéntate aquí en cualquier sitio de esta colina y mira hacia el Pnix, aguardando á que yo promulgue las órdenes de Júpiter. Voy á subir á la Acrópolis para convocar al pueblo desde donde todos puedan más fácilmente oirme.

LA JUSTICIA.—No te vayas sin decirme antes quién es aquel que se dirige hacia nosotros. Tiene cuernos, una siringa y piernas hirsutas.

MERCURIO.—¿Qué dices? ¿No conoces á Pan, el más báquico de los servidores de Baco? Moraba antiguamente en la cumbre del Partenio, pero en tiempo del desembarco de Datis y de la invasión de los bárbaros en Maratón, bajó (1) sin que lo llamasen á auxiliar á los Atenienses, y vive desde entonces en una gruta de la Acrópolis, cerca del Pelásgico, considerado como meteco. Sin duda nos ha visto ahora, y se acerca, como vecino, á saludarnos.

---

(1) La presencia inesperada de Pan y el terror que produjo dió nombre al terror *pánico*. Vid. Pausanias, *Ática*, 7, 98.

10. PAN.—Salud, Mercurio y Justicia.

LA JUSTICIA.—Salud, Pan, el más hábil de los sátiros para cantar y bailar, y el más valiente en Atenas para combatir.

PAN.—¿Qué os trae aquí?

MERCURIO.—Esa te lo contará todo. Yo voy á la Acrópolis y á mi proclamación.

LA JUSTICIA.—Júpiter me envía para sortear los juicios. ¿Qué tal vives tú en Atenas?

PAN.—Si he de decirlo todo, no me honran como merezco, sino mucho menos de lo que esperaba, después de haber reprimido un gran desorden durante la invasión bárbara. Suben, sin embargo, á mi gruta dos ó tres veces cada año, y me inmolan un macho cabrío sin castrar, que huele á chivo de veras; se comen la carne de la víctima, me invocan para presenciar su regocijo y me tributan algún frío aplauso. Diviértome, no obstante, un poco con sus risas y chanzas.

11. LA JUSTICIA.—¿Pero es cierto, Pan, que los filósofos han hecho más virtuosos á los hombres?

PAN.—¿A quiénes llamas filósofos? ¿Quizá á esos charlatanes que andan en rebaños con la cabeza baja y barbas como la mía?

LA JUSTICIA.—A esos.

PAN.—No acabo de entender lo que dicen, ni comprendo su sabiduría. Montaraz yo, no he aprendido, oh Justicia, su palabrería elegante y selecta. ¿Cómo hacerse en Acadia filósofo ó sofista? Sabio soy hasta tañer la flauta oblicua y la siringa, y además pastor de cabras, buen bailarín, y si precisa, soldado. Óigoles gritar á todas horas discutiendo sobre cierta virtud, y de ideas, naturaleza, entes incorpóreos, nombres para mí desconocidos y extraños. Empiezan sus discusiones en tono mesurado y pacífico, pero según

avanza la contienda, levantan la voz hasta el más agudo, y la violencia de sus esfuerzos y el deseo de hablar les enrojece la cara, les hincha el cerviguillo y les dilata las venas como á flautistas que soplasen con toda su alma en una flauta estrecha. Confúndense lastimosamente sus discursos, y perdido de vista el punto discutido, retíranse diciéndose denuestos y enjugándose los más con el dedo encorvado el sudor que les corre por la frente. El más voceador, el más insolente y el último en retirarse, pasa siempre por vencedor. El vulgo, por su parte, los escucha estupefacto, sobre todo las personas que nada urgente tienen que hacer, y se para atraído por sus desvergüenzas y su gritería. A mí, con tales indicios, siempre me han parecido charlatanes de poco fuste, y siento que se me asemejen en las barbas. Si sus griterías son útiles al pueblo, ó si ellos mismos sacan algún provecho con su charla, es cosa que no puedo decir. Pero hablando con ruda franqueza te confesaré que, viviendo, como ves, en una altura, he distinguido frecuentemente á muchos que entrada la noche.....

12. LA JUSTICIA.—Detente, Pan. ¿No te parece que Mercurio está haciendo la proclamación?

PAN.—Así es.

MERCURIO.—Escuchad. Hoy, séptimo día del comenzado mes Eiafebelion (1), declárase abierta, oh pueblo, una sesión judicial á la que deseamos éxito feliz. Cuantos tienen presentados escritos, acudan al Areópago. La Justicia en persona hará allí el sorteo de jueces y presidirá el tribunal. Los jueces se elegirán de todos los Atenienses: las dietas por cada asunto serán tres óbolos: el número de jueces guardará proporción con lo grave de la acusación. Los que, presen-

---

(1) Principiaba hacia el 27 de Febrero.

tado el escrito, hayan muerto antes de comparecer, serán enviados por Eaco. Quien se creyere injustamente juzgado, tiene derecho á apelar. Hay recurso de apelación á Júpiter.

PAN.—¡Qué tumulto! ¡qué espantosa gritería! ¡Con qué afán acuden arrastrándose unos á otros por la áspera pendiente del Areópago! Ya está aquí también Mercurio. Ocupaos, pues, en esos procesos, sortead jueces y sentenciad como es vuestro deber. Yo me retiro á mi gruta á ejecutar en mi flauta una melodía amorosa con que acostumbro á fatigar á Eco. Harto estoy de escuchar discursos forenses con que los litigantes aturden cada día el Areópago.

13. MERCURIO.—Ea, Justicia, llamemos ya.

LA JUSTICIA.—Tienes razón. La muchedumbre se acerca, como ves, en tumulto. Parecen avisipas zumbando en derredor de esta altura.

UN ATENIENSE.—Te cogí, perverso.

OTRO.—Eres un sicofanta.

OTRO.—Al fin serás castigado.

OTRO.—Probaré que has cometido horrores.

OTRO.—Sortea para mí primero.

OTRO.—Sígueme al tribunal, infame.

OTRO.—No me aprietes el cuello.

LA JUSTICIA.—¿Sabes lo que haremos, Mercurio? Dejar para mañana las demás causas, y sortear hoy sólo para las intentadas contra algunos hombres por las artes, los modos de vivir y las ciencias. Dame las demandas de esa especie.

MERCURIO.—La Embriaguez contra la Academia, con motivo de Polemón, esclavo fugitivo (1).

---

(1) Su conversión á la virtud, ó cuando menos á una vida templada y decente, se verificó á causa de haber oído disertar sobre el particular á Jenócrates, de quien fué discípulo y sucesor. Vid. Valerio Máximo, vi, 9.

LA JUSTICIA.—Sortea siete jueces.

MERCURIO.—El Pórtico contra el Placer, por rapto de de Dionisio, su amante.

LA JUSTICIA.—Cinco jueces bastan.

MERCURIO.—La Molicie contra la Virtud, por causa de Aristipo.

LA JUSTICIA.—Otros cinco para ese asunto.

MERCURIO.—La Banca contra Diógenes, por quiebra fraudulenta.

LA JUSTICIA.—Tres jueces sólo.

MERCURIO.—La Pintura contra Pirrón, por delito de deserción (1).

LA JUSTICIA.—Nueve jueces.

14. MERCURIO.—¿Quieres que también sorteemos para dos procesos recientemente incoados contra el Retórico?

LA JUSTICIA.— Despachémonos primero los antiguos: después juzgaremos los otros.

MERCURIO.—Pero éstos son semejantes, y la acusación, aunque nueva, es análoga á las que hace poco han dado motivo á sorteo. Justo es, por consiguiente, juzgarle con ellas.

LA JUSTICIA.—Paréceme que tratas de favorecer á alguno. Sortéese, pues lo deseas, pero sólo para esas dos. Ya tenemos bastantes. Vengan los escritos.

MERCURIO.—La Retórica contra el Sirio (2), por malos tratamientos. El Diálogo, contra el mismo, por injurias.

LA JUSTICIA.—¿Quién es ése? No está escrito el nombre.

---

(1) Pirrón se había dedicado á la pintura antes de hacer profesión de filósofo.

(2) El autor Luciano.

MERCURIO.—Sortea para el Retórico sirio. La falta del nombre nada importa.

LA JUSTICIA.—¡Qué! ¿Hemos de designar en Atenas jueces para causas ultramontanas que debieran juzgarse allende el Eufrates? Saca para cada una once jueces.

MERCURIO.—Está bien, Justicia. Economizas para que no importen mucho las costas procesales.

15. LA JUSTICIA.—Siéntense primero los de la Embriaguez y la Academia. Vierte tú el agua. Tiene la palabra la Embriaguez. ¿Por qué permanece en silencio cabizbaja? Vé á enterarte, Mercurio.

MERCURIO.—«No puedo, dice, defender mi causa. El vino me traba la lengua y no quiero que en el Tribunal se me rían. Me sostengo, como ves, á duras penas.»

LA JUSTICIA.—Désele, pues, un abogado de entre aquellos terribles habladores. Muchos hay dispuestos á reventarse por tres óbolos.

MERCURIO.—Pero ninguno se atreve á defender la Embriaguez á cara descubierta. Sin embargo, no deja de tener razón su demanda.

LA JUSTICIA.—¿Cuál es?

MERCURIO.—La Academia está siempre dispuesta á defender el pro y el contra, y cree posible la defensa de dos opiniones contrarias. «Hable, pues, primero en favor mío, dice, é informe después en favor de su causa.»

LA JUSTICIA.—¡Procedimiento nuevo! Aboga, pues, Academia, por las dos partes, si te es tan fácil eso (1).

16. LA ACADEMIA.—Escuchad, jueces, en primer término la defensa de la Embriaguez, pues para ella corre ahora el agua. A la infeliz se le ha causado por

---

(1) Birla de las indecisiones de la doctrina académica.



mí, la Academia, grave perjuicio con la privación de su único, fiel y leal esclavo Polemón, que la amaba hasta el punto de no considerar sus acciones vergonzosas. Diariamente, haciendo pública ostentación de sus orgías, vagaba por medio del mercado, seguido de tañedoras de flauta, cantando desde la mañana hasta la noche, ebrio siempre, aturdido siempre por el vino, y siempre coronado de flores. Pongo por testigos á todos los Atenienses de como es verdad que nadie había visto todavía á Polemón en ayunas. Un día en que el infeliz se rogocijaba á la puerta de la Academia, como solía hacerlo á la de todos, arrebatóle aquélla por fuerza, lo arrancó de manos de la Embriaguez, llevóselo, obligóle á beber agua, enseñóle á ser abstemio, quitóle las coronas y, en vez de amaestrarle en beber tendido en el lecho, adextróle en una palabrería tortuosa, desdichada y llena de dificultades sin cuento. Así, aquel en cuyo cuerpo brillaba el más bello encarnado, está hoy rugoso y descolorido: olvida todos sus cantares, padece de hambre y de sed en ocasiones, y hasta horas avanzadas de la noche pasa el tiempo en las sandeces con que yo, la Academia, enseñó á chochar á mis discípulos. Lo más grave de todo es que, excitado por mí contra la Embriaguez, cuenta mil males de ella. Alegado queda cuanto hubiera debido decir la Embriaguez. Hablaré ahora en mi defensa. Desde este instante corre para mí el agua.

LA JUSTICIA.—¿Qué podrá responder? Echa, sin embargo, igual cantidad de agua en la clepsidra.

17. LA ACADEMIA.—Muy racional es, en efecto, oh jueces, cuanto en pro de la Embriaguez ha dicho su patrocinadora. Creo, no obstante, que, si me escucháis con benevolencia, comprenderéis que no le he hecho daño alguno. Ese Polemón á quien llama su esclavo

no era mal nacido, ni criado para la Embriaguez, sino de mi familia y aficiones. Pero la Embriaguez, ayudada por la Molicie, su cómplice frecuente, lo cogió cuando era un tierno joven: corrompió sus costumbres, entrególe á orgías y meretrices, y logró arrebatarle toda idea de pundonor y decoro. Lo que ella, presumiendo defenderse, os decía hace poco, tenedlo más bien por dicho en mi defensa. El infeliz recorría, en efecto, desde el amanecer las calles y las plazas, coronado de flores, aturdido por la Embriaguez, paseando su orgía por medio del mercado, seguido de flautistas, bebido siempre, divirtiéndose con todos, avergonzando á su ciudad y á sus padres y haciendo reir al forastero. Acercóse, es verdad, un día á mi puerta, que estaba de par en par como es costumbre, en ocasión de hallarme casualmente disertando sobre la virtud y la templanza. Polemón con sus flautas y coronas se detuvo al principio alborotando, y trató de confundirnos perturbando con su vocear la conferencia. No le hicimos caso, y poco á poco, como estaba completamente ebrio, volviéronle á la sobriedad nuestras palabras. Arrancóse la corona, mandó callar á la flautista, se avergonzó de su traje de púrpura y, como despertado de profundo sueño, vió su situación y abominó de su anterior conducta. Desapareció entonces el encarnado con que la Embriaguez le teñía, y cedió el puesto al decente rubor por sus locuras; vino á mí sin llamarle, como tráfuga, sin violencia por mi parte, como la querellante asegura. La persuasión de que era mejor aquello espontáneamente me lo trajo. Hacedle comparecer, oh jueces, para que veáis cómo lo he transformado. Cuando lo admití era un ente ridículo; no sabía hablar, ni sostenerse, abrumado por el vino. Yo lo he transformado, lo he hecho sobrio, lo he convertido de es-

clavo en ciudadano libre y decente, digno de la estimación de los Griegos. Él y sus parientes me deben hoy gratitud por tal servicio. He dicho. Considerad con cuál de nosotras ha vivido mejor, oh jueces.

18. MERCURIO.—Ea, aprisa; á votar: levantaos. Hay que juzgar á otros.

LA JUSTICIA.—La Academia gana por todos los votos menos uno.

MERCURIO.—No es de extrañar que haya uno que dé á la Embriaguez su voto.

19. Siéntense ya los designados para juzgar la causa del Pórtico contra la Molicie, con motivo de su amante. Vertida está el agua. Tienes la palabra tú, el pintado de varios colores (1).

20. EL PÓRTICO.—Que es muy bella la parte contraria no lo desconozco, oh jueces. Bien advierto que los más fijáis en ella los ojos y le dirigís sonrisas, mientras miráis con desabrimiento mi cabeza rapada, mi mirada varonil y mi frente ceñuda (2). Espero, sin embargo, si os dignáis escucharme, que mi causa os ha de parecer más justa que la suya. Oid ya el motivo de la acusación presente. Con su atavío de meretriz y sus atractivos ojos ha seducido á mi amante Dionisio, hombre entonces modesto, y se lo ha llevado. Los jueces que antes han fallado en la causa de la Embriaguez y la Academia han prejuzgado ya la presente, pues las dos son hermanas. Trátase, en efecto, de examinar si se debe vivir con la vista fija en el p'acer, como los puercos en la tierra, sin pensamiento alguno noble y elevado, ó si, anteponiendo lo bueno á lo agradable y disfrutando de libertad, hemos

---

(1) El pórtico llamado *Pecilo*, ποίκιλη, significa *pintado de varios colores*, de donde viene la perífrasis del texto.

(2) Téngase en cuenta que Στόα, *pórtico*, es femenino en griego.

de filosofar libremente, sin temer al dolor como mal invencible, ni seguir como esclavos las huellas de los gustos buscando la felicidad en la miel y en los higos. Echando á los insensatos este cebo, presentándoles el trabajo como cosa aterradora, atrae á sí mi contraria á la mayor parte de los hombres, entre ellos á ese infeliz á quien obligó á emanciparse de nuestra dirección, aprovechando la oportunidad de hallarse enfermo. En buena salud, nunca, oh jueces, hubiera oído sus discursos. Pero ¿á qué indignarme contra una mujer que ni á los dioses perdona y que calumnia su augusta providencia? Vosotros, si con prudencia obráis, castigaréis su impiedad. He oído que no va á comparecer en persona, sino que va á presentar á Epicuro como abogado defensor. ¡Qué molicie irrespetuosa para el tribunal! Preguntadle qué hubieran sido Hércules y nuestro Teseo si, obedientes al Placer, hubieran huido de trabajar. De amedrentarles el trabajo, nada hubiera impedido que la tierra se llenase de injusticia. Dicho esto, concluyo, pues no gusto de largas oraciones. Pero si mi adversario quiere contestarme en rápido altercado, pronto entenderá su ningún valor. Recordad vuestros juramentos, votad con religiosa conciencia, y no creais á Epicuro cuando niega la soberana inspección ejercida por los dioses sobre nuestros actos.

MERCURIO.—Retírate. Habla, Epicuro, en pro del Placer.

21. EPICURO.—No seré extenso, jueces. No necesito muchos argumentos. Si Placer hubiese atraído con filtros y encantamientos á ese Dionisio que el Pórtico llama su amante, de suerte que sólo tuviese ojos para ella, pudiera considerársela con razón como hechicera y acusarla de perjuicios por haber, con artes mágicas, arrebatado á otras sus amantes. Pero si un hombre

libre, en una ciudad libre, sin infringir ley alguna, aborrece la áspera condición de mi adversario, juzga delirio la felicidad que tras los trabajos ofrece, se aparta de tortuosas argumentaciones semejantes á intrincados laberintos, se refugia en brazos del Placer, rompe como si fuesen cadenas todos esos lazos de palabras, estimándose un hombre y no un cobarde, y considerando, como lo es en efecto, el mal un dolor y el placer un bien, ¿hubiéramos debido rechazarle y siendo un náufrago que, ansioso de tranquilidad, nada hacia el puerto, precipitarlo de cabeza en el trabajo y entregarlo á la desesperación, cuando como suplicante abrazado al altar de la Piedad, se había refugiado en el Placer? Todo para que, después de subir cubierto de sudor por áspera pendiente y de consumir la existencia en los trabajos, vea aquella decantada virtud y goce al extinguirse su vida. Por lo demás, ¿hay juez más apto para fallar esta causa que ese mismo joven conocedor si alguno de las doctrinas del Pórtico y persuadido hasta el día de que sólo lo bueno es bello, aprende después que el dolor es un mal y escoge, tras maduro examen, lo que estima más conveniente? Veía también, creo, que esos que en largas disertaciones públicas defienden constantemente la paciencia y el sufrimiento rinden privado culto al Placer, son enérgicos sólo de palabra, viven bajo la ley de la molicie, avergonzándose de que se les vea relajar su rigor y hacer traición á sus doctrinas, reducidos miserablemente al suplicio de Tántalo, para en cuanto tienen confianza de no ser descubiertos y seguridad de violar impunemente sus leyes, sumergirse á su sabor en los deleites. Si se les diera el anillo de Giges ó el casco de Plutón para que se hicieran invisibles, seguro estoy de que dando eterno adiós á los trabajos, se precipitarían en brazos de la Molicie, imi-

tando todos á Dionisio, que, hasta su enfermedad, esperaba obtener algún provecho de sus disertaciones sobre la paciencia; pero cuando, enfermo y doliente, se vió verdaderamente presa del sufrimiento y vió á su cuerpo discutir contra el Pórtico y sostener conclusiones opuestas, le dió más crédito que á esos filósofos, comprendió que era hombre y tenía cuerpo de hombre, y que no debía tratarlo como una estatua, convencido de que quien dice otra cosa y rechaza el placer, tiene

La lengua alegre y contristada el alma (1).

He dicho. Votad vosotros.

22. EL PÓRTICO.—No. Permitidme antes hacerle algunas preguntas.

EPICURO.—Pregunta. Yo te contestaré.

EL PÓRTICO.—¿Crees que el dolor es un mal?

EPICURO.—Sí.

EL PÓRTICO.—¿Y el placer un bien?

EPICURO.—Seguramente.

EL PÓRTICO.—Ahora bien: ¿sabes qué es lo diferente y lo indiferente, lo propuesto y lo rechazado?

EPICURO.—Perfectamente.

MERCURIO.—Los jueces dicen que no entienden esas preguntillas disilábicas. Callad, pues. Va á procederse á la votación.

EL PÓRTICO.—Mi triunfo era seguro si le hubiese dirigido una pregunta en la figura tercera de las inde-mostrables.

LA JUSTICIA.—¿Quién ha ganado?

MERCURIO.—El Placer por unanimidad.

EL PÓRTICO.—Apelo á Júpiter.

---

(1) Eurípides, *Las Fenicias*, v. 363.

LA JUSTICIA.—¡En hora buena! Llama tú á otros.

23. MERCURIO.—La Virtud y la Molicie, por causa de Aristipo. Comparezca éste en persona.

LA VIRTUD.—Yo debo hablar la primera. Aristipo me pertenece, como lo demuestran sus escritos y discursos.

LA MOLICIE.—De ninguna manera: á mí me toca empezar. Ese hombre es mío, como lo demuestran sus coronas, su púrpura y sus perfumes.

LA JUSTICIA.—No disputéis. La causa se difiere hasta que Júpiter falle la de Dionisio, con la cual tiene evidente analogía. Si gana el Placer, la Molicie entrará en posesión de Aristipo; pero si vence el Pórtico, Aristipo será adjudicado á la Virtud. Comparezcan, pues, otros. Pero esos jueces que no cobren, puesto que no han juzgado.

MERCURIO.—¿Y esos ancianos habrán subido de balde una cuesta tan larga?

LA JUSTICIA.—Basta que perciban un tercio. Idos: no murmuréis. Juzgaréis otro día.

24. MERCURIO.—Llegó el turno de comparecencia á Diógenes de Sinope. La Banca tiene la palabra.

DIÓGENES.—Como no cese de molestarme, no me acusará de quiebra fraudulenta, sino de muchas y graves lesiones; porque voy ahora mismo á majarla con este palo.

LA JUSTICIA.—¿Qué es esto? La Banca huye y Diógenes la persigue con el garrote enarbolado. Muy mal lo va á pasar la desdichada. Llama á Pirrón.

25. MERCURIO.—Sólo comparece la Pintura. Pirrón, como era de presumir, no se presenta.

LA JUSTICIA. ¿Porqué, Mercurio?

MERCURIO.—Porque no admite certeza alguna en los juicios.

LA JUSTICIA.—Condénesele, pues, en rebeldía. Llama

ya al escritor sirio, aunque habiéndose presentado ayer las demandas contra él entabladas, no urgía el resolverlas ahora. Pero ya que es cosa decidida, llama en primer lugar la causa de la Retórica. ¡Cielos, cuántos acuden á oirla!

MERCURIO.—Con razón, oh Justicia. No es una causa vulgar, sino nueva é insólita, y de ayer, como has dicho. La esperanza de oír sostener la acusación á la Retórica y al Diálogo y defenderse contra los dos al Sirio, atrae al tribunal esa turba. Empieza tu discurso, Retórica.

26. LA RETÓRICA.—A todos los dioses y á todas las diosas (1), ciudadanos atenienses, pido en primer lugar que os hagan concederme en el presente debate benevolencia idéntica á la muy fervorosa y constante que siempre he sentido por esta ciudad y por vosotros. Suplícoles después, como es justísimo, que os inspiren la idea de imponer silencio á mi adversario, para dejarme desenvolver mi acusación tal como la he concebido y preparado. No acierto á reconocerme el mismo, cuando de una parte considero lo que ha acontecido, y oigo de otra parte lo que oigo. Las palabras que usará mi adversario serán muy semejantes á las mías; pero los hechos, como veréis, son de tal suerte, que habré de tomar exquisitas precauciones para que no me causen mayor daño. Sin embargo, para no alargar el exordio, y ya que el agua corre inútilmente hace rato, entro en la acusación de lleno.

27. Rayano en la adolescencia, bárbaro en el lenguaje, vestido, por decirlo así, con la túnica persa á la moda de Asiria, y sin saber á qué dedicarse, vagaba por Jonia ese hombre. Lo recogí y lo instruí. Cuando lo

---

(1) El principio del discurso de la Retórica es el del *Discurso por la corona*, de Demóstenes.



creí amaestrado, cuando vi que fijaba en mí sus ojos, pues entonces me respetaba tributándome admiración exclusiva, despedí á mis otros pretendientes ricos, honrados y nobles, y me desposé con ese ingrato, pobre, humilde y mozuelo, trayéndole cuantiosa dote de muchos y admirables discursos. Lo presenté luego á mis compañeros de tribu, lo inscribí en ella y lo hice ciudadano. Todos mis desairados pretendientes se estremecían de coraje. Antojósele viajar para hacer ostentación de las riquezas adquiridas con mi enlace, y no lo dejé solo: acompañéle á todas partes, me dejé llevar por altos y bajos, y procuré siempre hacerle noble y famoso con el realce del exterior ornato. Poco relativamente es lo que en su obsequio hice en Jonia y Grecia; pero cuando quiso recorrer la Italia y pasé con él el mar Jónico, y le seguí hasta la Céltica (1), le enriquecí grandemente. Hasta aquí obedecíame en todo, estaba siempre á mi lado y no durmió fuera de casa ni una noche.

28. Mas cuando se creyó suficientemente rico y con caudal de gloria bastante para sus fines, enarcó las cejas, ensoberbecióse, y me despreció ó, por mejor decir, me abandonó por completo. Comenzó entonces á amar á ese barbudo, al Diálogo, cuyo exterior le hace llamarse hijo de la Filosofía, y hoy, aunque más viejo, lo adora apasionadamente y tiene con él trato continuo. No se avergüenza de restringir la libertad de mis discursos, y de disminuir su amplitud para encerrarse en breves y cortadas preguntillas; no dice con voz llena y sin restricción alguna cuanto quiere, sino en pocas palabras y como midiendo sílabas. Por eso no consigue ya francos aplausos y ovaciones entusiastas, sino alguna sonrisa del auditorio, alguna

---

(1) La Gallia.

palmada con reservas, alguna ligera señal de asentimiento, ó algún gemido de los que le escuchan. Eso, sin embargo, le agrada, y por eso me desprecia. Dícese que tampoco vive en paz con el nuevo objeto de su cariño, y que también lo ultraja.

29. ¿Cómo no acusarle, pues, de ingratitude y malos tratamientos, si ha abandonado ignominiosamente á su legítima consorte, de la que tanto bien ha recibido y á quien debe nobleza y nombre, para echarse en brazos de indignas novedades? ¿Y cuándo, dioses justos! Ahora, precisamente ahora en que soy objeto de exclusiva admiración y apetecida por todos. Niégome, sin embargo, á mis pretendientes; no quiero abrir mis puertas á los que en ellas llaman; no doy oídos á los que á voces me invocan, porque bien entiendo que vana palabrería es su único patrimonio. Pero ni aun así vuelve á mi amor: siempre mirando á su reciente amante. ¿Qué utilidad, justos dioses, qué utilidad esperará conseguir de quien por todo caudal tiene un solo manto? He dicho. Si para defenderse quisiera emplear mi adversario la misma forma que yo, no se lo permitáis. Absurdo sería dejarle aguzar contra mí mi propia espada. Use, oh jueces, el procedimiento de su querido Diálogo, y defiéndase con él, si puede.

MERCURIO.—Esa petición es inadmisibile. No hay posibilidad de que una persona se defienda en forma de diálogo, sino en un discurso seguido.

30. EL SIRIO.—Ya que la parte contraria lleva á mal que yo pronuncie un largo discurso, por haber recibido de ella mis facultades oratorias, no seré muy extenso, jueces: me limitaré á refutar sus principales cargos, y dejaré lo demás á vuestro juicio. Cuanto os ha dicho de mí, es todo muy cierto. Ella me educó, viajó conmigo, me inscribió en el registro de ciudadanos griegos, por lo cual debo gratitud á su despo-

sorió. Los motivos por los cuales la abandoné y me uní al Diálogo, escuchadlos ahora, jueces, y creed que no miento en interés de mi causa.

31. Viendo que no era ya prudente, ni guardaba la decorosa actitud que la hermoseaba al desposarse con el orador de Peanea (1), sino que se componía mucho, se rizaba el cabello á lo cortesana, se enjalbegaba el rostro, y se pintaba los párpados, comencé á sospechar algo, y vigilé sus miradas. Omito ciertos detalles. Lo cierto es que todas las noches se llenaba nuestra calle de rondadores ebrios que venían á hacerle el amor después de la orgía, llamaban á la puerta, y hasta intentaban algunos penetrar á viva fuerza sin ningún miramiento. Ella se reía y gozaba con todo esto: mirábales á menudo desde el techo, y les escuchaba entonar con destemplada voz canciones amorosas; y aun abriendo sigilosamente el postigo, se entregaba, creyéndome ignorante de todo, á adúlteras caricias. Esto era insoportable; pero no pensando presentar contra ella una acusación en forma, me dirigí á mi vecino el Diálogo y le pedí que me admitiese en su casa.

32. Estos son los grandes daños que he causado á la Retórica. Aunque ella no hubiese hecho nada de lo dicho, entiendo que un hombre de cuarenta años tiene ya derecho á retirarse del tumulto de los negocios, á dejar en paz á los jueces, á renunciar á acusaciones de tiranos y á elogios de varones esclarecidos, para entrar en el Liceo ó en la Academia y pasear allí conversando amigablemente con este excelente Diálogo, sin desear elogios ni palmadas. Aunque mucho me queda por decir, termino. Votad á conciencia vosotros.

---

(1) Demóstenes.

LA JUSTICIA.—¿Quién gana?

MERCURIO.—El Sirio por todos los votos, menos uno.

LA JUSTICIA.—El desfavorable será de algún retórico.

33. Habla tú, Diálogo, ante los mismos jueces. Quedaos y se os pagarán por las dos causas dietas dobles.

EL DIÁLOGO.—No quiero, ciudadanos jueces, pronunciar un largo discurso, sino, según mi costumbre, ser muy breve. Sostendré sin embargo mi acusación, á pesar de ignorar las fórmulas forenses, conforme es uso ante tribunales. Sirvame esto de exordio. He aquí los daños é injurias de que inculpo al acusado. Majestuoso hasta ahora, tratando siempre de los dioses, de la naturaleza y de las revoluciones siderales, caminaba yo á grande altura por la región etérea superior á las nubes en los parajes donde el augusto Júpiter marcha en aligero carro, cuando al tocar la bóveda celeste (1) para subir por su azulada curva, se apoderó de mí ese Sirio, me rompió las alas, me empujó á condición vulgar, me arrancó mi decorosa máscara trágica, y me puso otra comica, satírica y ridícula casi. Pronto reunió en mí la burla mordaz, el yambo virulento, y el impudente cinismo. Eupolis y Aristófanés, terribles en el arte de ridiculizar lo serio y de escarnecer lo justo, con un tal Menipo, desenterrado de los antiguos cinicos, áspero y ladrador si los hay, perro en toda la extensión de la palabra, que muerde cuando no lo parece, y hace presa hasta riendo, se han introducido en mis dominios. ¿Cómo, pues, no creerme indignamente ofendido si se me quita mi habitual y propia vestidura para obligarme á representar comedias, farsas ridículas, y extraños argumentos? Porque lo más absurdo de todo es la inex-

---

(1) Parodia del estilo de Platón.

plicable mezcla que constituye mi conjunto. No soy verso ni prosa, y á los que me oyen y ven, les parezco como el hipocentauro, un fantasma ó un conjunto monstruoso.

34. MERCURIO.—¿Qué respondes á esto?

EL SIRIO.—Inesperadamente entro en este debate, ciudadanos jurados, pues esperaba que el Diálogo dijese de mí cosas muy diferentes de las que ha dicho. Cuando lo tomé á mi cargo, parecía á la mayor parte triste y contraído por la aridez de sus frecuentes preguntas, que le daban, en verdad, venerable aspecto, pero poco gracioso y nada agradable para el público. Principié por acostumbrarle á andar por la tierra como los hombres; limpié luego su herrumbre y le obligué á sonreír para ser agradable á los espectadores; lo asocié sobre todo á la Comedia, con lo cual le he granjeado la benevolencia de los oyentes, que antes de esta transformación temían sus espinas, y, como si fuese un erizo, se guardaban muy bien de cogerlo en la mano. Conozco perfectamente la principal causa de su enojo. Se indigna porque no me siento á su lado y discuto minuciosamente alambicadas sutilezas: si el alma es inmortal, por ejemplo; ó cuántos cotilos de materia simple y siempre idéntica echó Dios en el crisol, en la fundición del mundo, ó si la Retórica es la imagen de una porción de la Política de la cual es la adulación la cuarta parte. Goza, en efecto, no sé por qué, en estas menudas disputillas, como el sarnoso en rascarse; agrádanle estas meditaciones, y se regocija infinito cuando alguien le dice que no es dado á todos percibir con tanta perspicacia como él lo relativo á las ideas. Esto es lo que me pide. Busca sin cesar sus alas, mira siempre al cielo, y no ve, en tanto, lo que ante sus pies tiene. No creo que en lo demás pueda echarme nada en

cara, como de que le haya despojado de su túnica griega para vestirle una bárbara, aunque yo parezca bárbaro. Injusto hubiera sido, en efecto, infringiendo las leyes que le protegen, al despojarle de su vestidura patria. Me he justificado como he podido. Votad vosotros como lo hicisteis antes.

35. MERCURIO—¡Ah! ganas también por diez votos. El mismo de antes es el único que ahora disiente. Acostumbra, sin duda, á echar la piedra horadada, para no cejar en su odio á los buenos. Idos ya en hora buena. Mañana juzgaremos las causas restantes.

---

## XLVIII.

### EL PARASITO O DE QUE EL PARASITISMO ES UN ARTE.

#### TIQUIADES Y EL PARÁSITO.

1. TIQUIADES.—¿Todos los hombres, Simón, así libres como esclavos, no han aprendido algún arte con el cual son útiles á sí mismos y á sus semejantes? Pero tú, al parecer, no tienes oficio alguno para tu propio provecho ó para el de los demás hombres.

EL PARÁSITO.—¿Á qué viene esa pregunta? No la entiendo. Procura hablar más claro.

TIQUIADES.—¿Conoces por ventura algún arte? La Música, por ejemplo.

EL PARÁSITO.—No, por Júpiter.

TIQUIADES.—¿Acaso la Medicina?

EL PARÁSITO.—Tampoco.

TIQUIADES.—¿La Geometría?

EL PARÁSITO.—Menos.

TIQUIADES.—¿Cuál, pues? ¿La Retórica? Porque de la Filosofía estás tan lejos, cuanto puede estarlo la nulidad misma.

EL PARÁSITO.—Y más, si posible fuera. No creas que me ofendes llamándome ignorante; confieso que soy inepto; más inepto de lo que te figuras.

TIQUIADES.—Está bien. Quizá no has aprendido esas artes por su dificultad y vasta extensión; pero al me-

nos ¿sabrás alguna de las serviles, la albañilería, la zapatería? Tu fortuna no te permite vivir sin necesidad de oficio alguno.

EL PARÁSITO.—Dices bien, Tiquiades; y sin embargo no sé ninguna de esas artes.

TIQUIADES.—¿Pues cuál?

EL PARÁSITO.—¿Cuál? La más noble, á mi juicio. Si la conocieses, la elogiarías de seguro. Me precio de haberla perfeccionado en la práctica, pero en teoría no sé qué decirte.

TIQUIADES.—¿Pero cuál es?

EL PARÁSITO.—No he meditado suficientemente lo que acerca de ella ha de decirse. Basta que sepas que por ese lado no puedes hacerme cargos, porque ejerzo un arte. ¿Cuál? Te lo diré en otra ocasión.

TIQUIADES.—Pero no puedo esperar.

EL PARÁSITO.—Mi profesión te parecería nueva y extraña.

TIQUIADES.—Por lo mismo quiero saberla.

EL PARÁSITO.—En otra ocasión, Tiquiades.

TIQUIADES.—No: dímelas ahora, si no te da vergüenza.

EL PARÁSITO.—El parasitismo.

2. TIQUIADES —¿Quién, en su sano juicio, puede llamar á eso arte?

EL PARÁSITO.—Yo. Y si te parezco loco, culpa á la Locura de que yo no sepa otro oficio, y retira tus cargos. Dicen que esta deidad, que por otra parte trata mal á sus súbditos, por lo menos los exime de culpa y asume como un maestro ó pedagogo la responsabilidad de todos sus actos.

TIQUIADES.—¿De suerte que el parasitismo es un arte?

EL PARÁSITO.—Un arte, si; y yo su cultivador, Tiquiades.



TIQUIADES.—¿Luego tú eres parásito?

EL PARÁSITO.—Tu censura me honra.

TIQUIADES.—¿Y no te avergüenzas de llamarte parásito?

EL PARÁSITO.—No por cierto. El no llamármelo me avergonzaría.

TIQUIADES.—¡Por Júpiter! ¿Si queremos designarte á alguno que no te conozca, y quiere conocerte, diremos, pues, «es el parásito»?

EL PARÁSITO.—Más me honraréis designándome de ese modo que si llamaseis «el escultor» á Fidias, pues no estoy menos satisfecho de mi arte que Fidias de su Júpiter.

TIQUIADES.—Risa me da el considerar una cosa.

EL PARÁSITO.—¿Cuál?

TIQUIADES.—Si al escribirte una carta pusiéramos, según costumbre, en el primer renglón: «A Simón el parásito.»

EL PARÁSITO.—Más placer me darías que si escribiendo á Dión pusieras: «A Dión el filósofo.»

3. TIQUIADES.—Poco ó nada me importa de cómo gustas ser llamado; pero deseo conocer las demás rarezas.

EL PARÁSITO.—¿Cuáles?

TIQUIADES.—Si hemos de poner tu profesión en el número de las otras artes, para que, si alguno nos pregunta «¿qué arte es esa?» le respondamos: «la del parásito», como decimos, la del médico ó la del gramático.

EL PARÁSITO.—Te aseguro, Tiquiades, que mi arte es más arte que otra cualquiera. Te diré, si quieres oirme, lo que opino sobre el particular, aunque, como ha poco te manifestaba, no estoy nada preparado.

TIQUIADES.—No importa que digas poco, con tal que digas la verdad.

EL PARÁSITO.—Principiemos, pues, si te parece, por ver lo que es arte en general. Pasaremos luego á las artes en particular, y examinaremos en cuál se incluye la mía.

TIQUIADES.—Da la definición de arte, pues la sabes sin duda.

EL PARÁSITO.—La sé perfectamente.

TIQUIADES.—Si la sabes, no tardes en decirla.

4. EL PARÁSITO.—Arte, según recuerdo haber oído á un sabio, es un conjunto de conocimientos ciertos, aplicados por la práctica con un objeto útil á la vida.

TIQUIADES.—La definición es buena y tu memoria fiel.

EL PARÁSITO.—Si todo esto cuadra bien al parasitismo, ¿qué será éste sino un arte?

TIQUIADES.—Un arte, en efecto, si la definición le cuadra.

EL PARÁSITO.—Pues, manos á la obra, y apliquemos al parasitismo cada uno de los caracteres distintivos del arte. Veamos si efectivamente le cuadran, ó si, como vasija mal trabajada, despide desagradable son al tocarlo. El parasitismo, como cualquier otro arte, ha de ser un conjunto de conocimientos ciertos. El primero para un parásito es la averiguación y discernimiento de la persona más adecuada para alimentarlo, y á qué mesa ha de sentarse sin que luego haya de arrepentirse de haberlo hecho. Decimos que tiene arte el ensayador capaz de conocer las monedas verdaderas y las falsas; ¿y no tendrá arte el que sabe distinguir los hombres buenos de los falsos, no siendo el fraude tan claro en las monedas como en los hombres? Esto deplora el sabio Eurípides (1), cuando dice:

---

(1) *Medea*, v. 515.

¡Si al pérfido varón se conociese  
Por signo cierto en su exterior marcado!

El arte parasítica es, por esta razón, importantísima, porque mejor que la adivinación descubre y conoce cosas tan escondidas y arcanas.

5. Por otra parte, el saber decir y hacer lo más adecuado para captarse la amistad y benevolencia de la persona encargada de alimentarnos, ¿no te parece que exige inteligencia y sólidos principios?

TIQUIADES.—Seguramente.

EL PARÁSITO.—Y el retirarse de un banquete más satisfecho que todos, y el parecer alegre comensal á los que no tienen igual arte, ¿crees tú que puede hacerse sin sabiduría y juicio?

TIQUIADES.—De ninguna manera.

EL PARÁSITO.—Pues, y el conocer las buenas cualidades y defectos de viandas y manjares, ¿te parece cosa de hombres de poco precio? Cuenta que el nobilísimo Platón (1) dijo á este propósito: «Si el que ha de asistir á un banquete no es perito en el arte culinario, no podrá formar de los manjares sólido juicio.»

6. Que no es simple conjunto de conocimientos, sino además una serie de prácticas el arte parasítica, lo colegirás fácilmente ahora de lo que voy á decirte. Los conocimientos de las demás artes se conservan días, noches, meses y años sin necesidad de ejercicio, y no se pierden para su poseedor, al paso que los del parásito, si diariamente no se ponen en práctica, no sólo se pierde el arte, sino el artista mismo.

7. La utilidad del parasitismo no es, por fin, discutible. Fuera una insensatez ponerla en duda. No veo

---

(1) En el *Teetetes*.

que en la vida haya cosa más útil que comer y beber, sin lo cual la vida es imposible.

TIQUIADES.—Así es.

8. EL PARÁSITO.—El arte del parásito no es como la fuerza ó la hermosura. De él no puede decirse que no es arte, sino don natural.

TIQUIADES.—Verdad dices.

EL PARÁSITO.—Tampoco consiste en no hacer nada. Jamás el no hacer nada procura á nadie ningún bien. Si de guiar un navío por el mar, y de maniobrar con él en las borrascas se encargase uno imperito en la navegación, ¿crees tú que se podría salvar?

TIQUIADES.—No podría.

EL PARÁSITO.—¿Y por qué? Porque no conoce el arte de poderse salvar.

TIQUIADES.—Así es.

EL PARÁSITO.—Pues bien; si el parásito no hiciese nada, ¿podría salvarse en su profesión?

TIQUIADES.—No podría.

EL PARÁSITO.—¿Le salva, pues, el arte y no el no hacer nada?

TIQUIADES.—Cierto.

EL PARÁSITO.—Luego el parasitismo es un arte.

TIQUIADES.—Un arte, claro está.

EL PARÁSITO.—He conocido buenos pilotos y excelentes aurigas, lanzados muchas veces de sus puestos: unos recibieron graves heridas, otros la muerte; pero nadie podrá decir que haya acontecido á un parásito semejante desgracia. Luego si el parasitismo no consiste en no hacer nada, y no es un don natural, sino cierto conjunto de conocimientos llevados á la práctica, demostrado queda que el parasitismo es un arte.

9. TIQUIADES.—Eso deduzco de lo dicho. Pero aun te falta darnos una buena definición.

EL PARÁSITO.—Dices bien. La siguiente me parece la mejor: «El parasitismo es el arte de comer, beber y hablar para beber y comer con objeto de gozar.»

TIQUIADES.—Bellísima me parece tu definición; pero guarda no la refute algún filósofo, á propósito de su fin.

EL PARÁSITO.—Me basta que el objeto de mi arte sea el mismo que el de la felicidad.

10. Pruébalo el testimonio del sabio Homero, todo admiración ante la vida del parásito, única feliz y apetecible, á su entender:

No hay destino mejor, ilustre Alcínoo (1),  
A mi juicio, que ver al pueblo entero  
De gozo poseído, y en palacio  
Mirar á tus ilustres comensales  
Asentados en orden á las mesas  
Llenas de pan y carnes, escuchando  
Al divino cantor, mientras el vino  
Toma de las crateras el copero  
Y lo vierte en los vasos.

Y como si no hubiese manifestado suficientemente su admiración, insiste en ella, y aclarándola más:

Sí, no hay cosa,  
A mi entender, más bella y más amable,

dice con sumo acierto; con lo cual no quiere indicar sino que la dicha consiste en ser parásito, pues las palabras citadas no las pone en boca de un hombre vulgar, sino en la del más sabio de los Griegos (2). Si Ulises hubiera querido elogiar el fin de la Filosofía es-

---

(1) *Odisea*, IX, v. 5 y siguientes.

(2) Ulises.

toica, hubiera hecho aquella alabanza al traer de Lemnos á Filoctetes, ó al destruir á Troya, ó al contener la fuga de los Griegos, ó al entrar en Ilión vestido de andrajos miserables y estoicos después de haberse azotado á sí mismo. Pero no dijo entonces «no hay destino mejor». Hay más: cuando en el más dulce reposo vive epicúreamente con Calipso, gozando á su sabor de la hija de Atlas, en el seno de la voluptuosidad más libre, tampoco dice «no hay destino mejor», reservando este elogio para la vida de los parásitos, porque entonces los parásitos se llamaban comensales. ¿Cómo lo dice? Dignos de repetirse son los versos. Sin citarlos muchas veces, no es comprensible su sentido: «Siéntanse los convidados

á las mesas

Llenas de pan y carnes.....»

11. Epicuro, apoderándose sin reparo del fin de la vida parasítica, hace de él el fin de la felicidad; pero esto es un verdadero robo, porque lo agradable nada tiene que ver con Epicuro, es propiedad absoluta del parásito, como te voy á demostrar. Lo agradable, á mi juicio, consiste en tener el cuerpo libre de molestias y el alma exenta de toda turbación é inquietud. El parásito logra ambas cosas, pero el epicúreo ninguna de las dos. Quien estudia la figura de la Tierra, la infinitud de los mundos, el tamaño del Sol, las distancias celestes, los elementos primarios, la existencia ó la no existencia de los dioses, y, en disidencia con otros filósofos, discute el verdadero fin del hombre, no sólo se molesta con los negocios humanos, sino con los de todo el universo. Al contrario, el parásito, que cree que todo está bien y que nada puede estar mejor, corre tranquilo, seguro, descuidado de toda

enojosa meditación, y duerme boca arriba, á pierna suelta, como Ulises sobre la nave que le condujo de Esqueria á su patria (1).

12. Pero no sólo por esto es extraño á Epicuro lo agradable: hay esta otra razón. Epicuro, cuya sabiduría no niego, tiene ó no tiene que comer. Si no tiene, no sólo no puede vivir dichoso, sino que ni siquiera puede vivir. Si tiene que comer, lo tiene por sí mismo ó por otro. Si lo tiene por otro, es parásito y no filósofo como dice, y si lo tiene por sí mismo, no vive agradablemente.

TIQUIADES.—¿Por qué no agradablemente?

EL PARÁSITO.—Porque si tiene que comer de lo suyo, necesariamente ha de experimentar todas las molestias consiguientes á esta manera de vivir. Y cuenta que no son pocas. Quien ha de vivir agradablemente necesita satisfacer todos sus deseos. ¿Qué dices?

TIQUIADES.—Así lo creo.

EL PARÁSITO.—El que tenga mucho lo conseguirá, pero no el que tenga poco. Si es pobre, no será filósofo, ni logrará su objeto, lo agradable, quiero decir. Y aunque sea rico y pueda proveer largamente á todos sus deseos, tampoco lo conseguirá. ¿Por qué? Porque necesariamente quien gasta de lo suyo está sujeto á mil desagradables contingencias: ha de pelear con el cocinero porque condimentó un plato mal, y si no pelea, ha de comerlo mal condimentado y privarse de un placer, ó ha de reñir con el mayordomo porque no administra bien. ¿No es así?

TIQUIADES.—¡Por Júpiter, así es!

EL PARÁSITO.—Todas esas molestias ocurrirán á Epicuro, y es evidente que jamás logrará su fin. El pa-

(1) *Odissea*, XIII, v. 79.

rásito no tiene cocinero con quien pelear, ni campos, ni mayordomo, ni plato cuya pérdida le pueda entristecer; pero en cambio tiene cuanto necesita para comer y beber, sin verse expuesto á los disgustos y molestias que necesariamente han de sufrir los demás.

13. Demostrado queda por estas y las otras razones que el parasitismo es un arte. Ahora sólo me resta probar que es el arte más excelente y mejor. No me contento con asegurarlo. Demostraré primero que es superior á todas las artes en general, y luego que lo es á cada una en particular. El parasitismo es superior á todas las artes en general. Un arte, cualquiera que sea, trae, como necesario acompañamiento de su aprendizaje, trabajo, miedo y golpes que de todos la hacen aborrecer. La de parásito es la única que se puede aprender sin trabajar. ¿Quién, en efecto, sale llorando de un banquete, como vemos salir á algunos de la escuela? ¿Quién va con cara triste á la casa de un festín, como á la del maestro los discípulos? El parásito, por otra parte, acude siempre gustoso á las comidas, deseoso de ejercer su profesión; y los que aprenden otras artes, las toman tal aborrecimiento, que algunos hasta las suelen abandonar. ¿Cómo? ¿No has observado también que los padres y las madres, para fomentar la aplicación de sus hijos les prometen lo que diariamente tienen los parásitos? «El niño ha escrito bien, dicen; dadle de comer»; ó «el niño ha escrito mal; que no coma.» Ahí tienes cómo mi arte sirve para premiar y castigar.

14. Las demás artes no brindan fruto alguno del trabajo sino después de aprendidas, siendo

Largo y penoso á ellas el camino (1).

---

(1) Parodia de Hesíodo, *Obras y días*, v. 290.



El parasitismo es la única que lo ofrece en cuanto se comienza á ejercer, haciendo coincidir el principio del arte y el logro de su fin. Todas las demás artes han sido inventadas sólo para proporcionar alimentos; el parasitismo tiene ya alimentos en el instante en que se principia á practicar. ¿No comprendes que el labrador no labra por labrar, ni el albañil construye por construir, mientras que el parásito en su arte no hace cosa distinta de su objeto, confundándose en sus obras el trabajo y el fin?

15. Además, como á nadie se le oculta, los que á otras artes se dedican, están siempre sujetos á enojosa labor, y apenas si tienen uno ó dos días festivos cada mes; las ciudades prolongan años ó meses sus festividades, tiempo que se dice consagrado al placer; pero el parásito tiene mensualmente treinta días festivos y todos le parecen consagrados á la divinidad.

16. Los que en otras artes quieren sobresalir, por fuerza, como los enfermos, tienen que contenerse en el comer y el beber, pues quien come y bebe mucho no es posible que pueda aprender.

17. Los dedicados á otras artes, sin instrumentos no las pueden practicar: no es posible tocar la flauta sin flauta, ni tañer la lira sin lira, ni cabalgar sin corcel: la del parásito es tan cómoda y tan poco gravosa al artista, que sin instrumento alguno se puede ejercer.

18. Y, como es sabido, las demás artes se aprenden pagando; pero ésta, cobrando.

19. En las otras artes hay maestros: en la del parásito no. El parasitismo, como la poesía, según Sócrates (1), es un don de Dios.

20. Considera, por fin, esto: las otras artes no pueden ejercerse cuando se viaja por tierra ó por mar:

(1) Ap. Platón, *Ion*.

la del parásito puede practicarse en un camino y en una navegación.

21. TIQUIADES.—Así es.

EL PARÁSITO.—Hay más, Tiquiades: los otros artes necesitan del mío, y el mío de ninguno.

TIQUIADES.—¿Pero los que toman lo ajeno no te parece que obran mal?

EL PARÁSITO.—¿Cómo no?

TIQUIADES.—¿Pues cómo el parásito, que toma lo ajeno, es el único que no obra mal?

EL PARÁSITO.—No sé qué decir.

22. Las demás artes tienen orígenes viles y oscuros: el del parasitismo es ilustre. La amistad, cuyo nombre tanto se ensalza, es el único y verdadero origen del parasitismo.

TIQUIADES.—¿Cómo así?

EL PARÁSITO.—Porque nadie invita á comer á un enemigo, á un desconocido, ó á un hombre con quien no tenga bastante intimidad. Es preciso, creo, hacerse amigo, antes de ser invitado á la participación de mesa y libaciones y á los misterios de mi profesión. Muchas veces, en verdad, he oído decir: «¿Cómo ha de ser amigo mío ese, si jamás hemos bebido y comido juntos!» Lo cual evidencia que sólo al que ha comido ó bebido con uno, se le considera amigo fiel.

23. Ahora te voy á demostrar como el arte del parásito es la más regia de todas. El sudor y la fatiga no bastan sólo en las demás, sino que es preciso, por Júpiter, que el artista las ejerza de pie ó sentado, como esclavo de su profesión. El parásito ejerce la suya tendido como un rey.

24. ¿Qué diré respecto á su felicidad? Sólo á él cuadrán las palabras de Homero (1):

---

(1) *Odisea*, IX, v. 108.

Ni siembra, ni ara, y sin semilla y reja  
De todo.....

..... come.

25. Un retórico, un géometra, un fundidor pueden ejercer sus artes aunque sean estúpidos ó malvados: el parásito no puede si es malvado ó estúpido.

TIQUIADES.—¡Justos dioses! ¡qué cosa es el arte parasítico! Tentaciones siento de cambiar mi condición por la de parásito.

26. EL PARÁSITO.—He demostrado, creo, que el parasitismo aventaja á las demás artes en general. Consideremos ya cuánto sobresale sobre cada una en particular. Sandio fuera compararlo con las serviles, y humillador de su dignidad. Lo que ha de probarse es su excelencia sobre las artes más hermosas y de más consideración. Por confesión unánime, la Retórica y la Filosofía, que por su augusto linaje algunos llaman ciencias [ocupan el primer lugar] (1). Si demuestro, pues, que el parasitismo les aventaja mucho, habré probado que mi arte, como Nausicaa entre sus siervas (2), se destaca sobre los demás.

27. En tesis general, el parasitismo aventaja á la Retórica y á la Filosofía, por su mismo fundamento. El del arte parasítica es sólido; el de las otras no. No todos tenemos igual concepto de la Retórica: unos la creen arte, otros ausencia de arte, otros un arte malo, otros otra cosa. Respecto á la Filosofía sucede lo propio: hay igual diversidad de opiniones. Epicuro ve las cosas de un modo, de otro los Estoicos, de otro los Académicos, de otro, en fin, los Peripatéticos, y cada cual, en una palabra, entiende distinta cosa por Fi-

(1) La frase entre paréntesis suple una pequeña laguna del original.

(2) *Odisea*, vi, v. 101.

losofía. No están de acuerdo hasta el presente, ni practican el mismo arte. Evidente es lo que de estas premisas se deduce. Sostengo yo que no es arte lo que carece de fundamento sólido. ¿Cómo no? la Aritmética es una idéntica: dos por dos son cuatro, lo mismo entre nosotros que en Persia: Griegos y Bárbaros coincidimos en estas cuestiones; pero las Filosofías son muchas y diversas, y en desacuerdo sobre principios y fines.

TIQUIADES. — Es verdad. Dicen que es una la Filosofía y ellos mismos hacen muchas.

28. EL PARÁSITO. — Respecto á las otras artes, si alguno, lo obstante su falta de unidad, reclamase para ellas indulgencia, en vista de que son de naturaleza intermedia y ambigua y no exentas de error en sus conocimientos, creo que debiera ser oído; pero ¿quién puede permitir que la Filosofía [la ciencia necesaria] no sea única, y no esté más acorde consigo misma que los diversos instrumentos de música? La Filosofía no es única, pues veo que hay infinitas Filosofías; y no pueden existir muchas Filosofías, porque la Filosofía tiene que ser una.

29. Lo mismo puede decirse del fundamento de la Retórica. El no definirla todos de igual manera, y las opiniones contrarias sobre este asunto, prueban por modo evidente que no existe en realidad, puesto que no es objeto de percepción idéntica. El mero hecho de disputar acerca de su mejor definición, y el no haber jamás acuerdo unánime en este punto, quita á la cosa discutida la realidad de su existencia.

30. No sucede así en el arte parasítica: entre Griegos y Bárbaros es siempre una idéntica. Nadie dice que entre éstos ó aquéllos presente diferencias. En los parásitos no hay, según parece, estoicos ó epicúreos con opuestos dogmas. La unanimidad respecto á

las obras y al fin, lo mismo en hechos que en dichos, es entre nosotros perfecta. Paréceme, por tanto, que el parasitismo bajo este aspecto pudiera ser la misma sabiduría.

31. TIQUIADES.—Encuentro suficiente lo que has dicho. ¿Pero cómo demuestras que la Filosofía es inferior á tu arte en las demás cosas?

EL PARÁSITO.—Debo decir en primer término que no hay ejemplo de parásito que se haya enamorado de la Filosofía, al paso que hay muchos de filósofos apasionados del arte parasítica, y que hoy la requiebran.

TIQUIADES.—¿Qué filósofos aficionados al parasitismo podrás citarme?

EL PARÁSITO.—¿Qué filósofos? Bien los conoces, Tiquiades; pero finges ignorancia, creyendo que es desdoro en ellos lo que en realidad les honra.

TIQUIADES.—No, Simón; no finjo, por vida mía. Los busco con empeño y no hallo, sin embargo, á los por tí aludidos.

EL PARÁSITO.—Paréceme que no has leído los que han escrito sus vidas. Imposible, si no, desconocer los filósofos á quienes me refiero.

TIQUIADES.—Deseo vivamente oír sus nombres.

EL PARÁSITO.—Te los voy á decir, y á presentarte una lista. En ella irán no filósofos oscuros, sino los que, á mi entender, figuran en primera línea. Los que menos piensas.

32. Viene primero Esquines, discípulo de Sócrates, y autor de extensos é ingeniosos diálogos. Llevóselos á Sicilia, con la idea de darse á conocer á Dionisio. Leyóle el *Milciades* (1), que gustó al tirano, y desde

---

(1) Uno de los diálogos compuestos por Esquines. Los otros seis se titulaban: *Calias*, *Axioco*, *Aspasia*, *Alcibiades*, *Telunges* y *Riuón*. Debían contener

entonces se quedó en Sicilia como parásito de Dionisio, y se despidió de las disquisiciones socráticas.

33. ¿Y el Cireneo Aristipo no te parece uno de los más notables filósofos?

TIQUIADES.—Seguramente.

EL PARÁSITO.—Pues en la misma época también vivía en Sicilia á costa de Dionisio. Á causa de su superioridad y de su especial aptitud para el arte parasítica era el príncipe de los parásitos cortesanos, hasta el punto de que el tirano le enviaba todos los días sus cocineros para que les diese lecciones. Este, pues, realzó, como merecía nuestro arte.

34. Vuestro ilustre Platón también pasó á Sicilia con igual propósito. Fué varios días parásito del tirano, pero su poca aptitud para el arte le acarreó un fracaso: regresó, pues, á Atenas; trabajó mucho, se preparó con esmero, é hizo un nuevo viaje á Sicilia, comió por segunda vez algunos días con el Tirano, pero volvió á fracasar por ignorancia. La desgracia de Platón en Sicilia tiene, á mi modo de ver, bastante semejanza con la de Nicias (1).

TIQUIADES.—¿Quién cuenta eso, amigo mío?

35. EL PARÁSITO.—Muchos, entre ellos el músico Aristóxeno (2), muy digno de ser mentado. Sabes perfectamente que Eurípides fué hasta morir parásito de Arquelao y Anaxarco de Alejandro.

36. Aristóteles tocó no más, como otras muchas el arte parasítica, y fué parásito de Neleo.

retratos de los personajes que les dan título, para lo cual, en otra obra (*De los retratos*) trae Luciano á colación á Esquines, por trazar el de la bellísima jonia, cuya imagen se describe en la obra citada.

(1) Vid. Tucídides, lib. II, y Plutarco, *Nicias*.

(2) Nació en Tarento. Tuvo por maestros de música á su padre Espintaro, y á Lamprico Eritreo. Compuso varias obras sobre su arte de las cuales sólo queda la titulada *Elementos de armonía*. Para más noticias, vid. Ateneo, I.

37. Te he mostrado, como es verdad, varios filósofos dedicados al parasitismo; pero nadie podrá citar un parásito dedicado á la Filosofía.

38. Si es una felicidad no tener hambre, sed ni frío, sólo el parásito disfruta esta exención. Hallaránse muchos filósofos hambrientos y ateridos, pero parásitos, ninguno. Si se hallase uno así, no sería parásito, sino algún infeliz, ó algún mendigo, semejante á un filósofo.

39. TIQUIADES.—Basta de esto. ¿Cómo me demuestras que tu arte es superior en otras muchas cosas á la Retórica y á la Filosofía?

EL PARÁSITO.—La vida humana, carísimo, transcurre en una de estas dos circunstancias: la paz ó la guerra. En ambas es preciso que se manifiesten en su verdadero valor las artes y los que las profesan. Empecemos, si te parece, por considerar el estado de guerra, y veamos quiénes en él son más útiles á sí mismos y á su patria.

TIQUIADES.—Gran certamen propones. Ya ríe dentro de mí, considerando el paralelo entre el parásito y el filósofo.

40. EL PARÁSITO.—Para que tu asombro no pase de la raya, y no te parezca ridículo el asunto, imaginemos que en este momento llega la noticia de súbita irrupción de enemigos, y que es preciso salirles al encuentro para que no devasten con toda tranquilidad nuestras campiñas. El general ordena el alistamiento de cuantos se hallen en edad de tomar las armas. Acuden los llamados, entre ellos algunos filósofos, retóricos y parásitos. Principiemos por desnudarlos; quien ha de ceñir la armadura, por precisión ha de desnudarse. Mira todos los hombres uno por uno y examina sus cuerpos. Pálidos, extenuados por la miseria, horribles, algunos de ellos parecen ya heridos abando-

nados en el campo de batalla. Ridículo sería pretender que hombres en tal estado, necesitados de alimentación restauradora, resistiesen luchas á brazo partido, combates á pie firme, choques, polvo y heridas.

41. Mira á otra parte ahora y fijate cómo se presenta el parásito. Su cuerpo está bien de carnes. Su color alegra la vista: ni negro como el de un esclavo, ni blanco como de mujeres. Animoso y amenazador, sus ojos centellean como los míos altiva y sanguinariamente: no ha de entrarse en batalla con miradas tímidas y femeniles. Soldado de tal continente ¿no es gallardo en vida, y gallardo si gallardamente muere?

42. Pero ¿qué necesidad hay de andar en conjeturas, cuando la realidad nos brinda suficientes ejemplos? Todos los retóricos, para decirlo de una vez, y todos los filósofos que hasta la fecha ha habido, ó no han tenido valor en tiempo de guerra para salir extramuros, ó han desertado de las filas cuando se han visto obligados á entrar en combate.

TIQUIADES.—¡Todo eso es asombroso! ¡No menos estupendo lo que prometes! Sigue, pues, diciendo.

EL PARÁSITO.—Pasemos á los oradores. Muy lejos estuvo Isócrates de ir nunca á la guerra. Jamás se atrevió á subir al tribunal: el miedo le embargaba la voz, á juicio mío. ¿Quieres más? Demades, Esquines y Filócrates, amedrentados por la declaración de guerra de Filipo, ¿no le entregaron al punto su patria y sus personas, y permanecieron en Atenas gobernando la república á gusto del Macedonio? Tanto, que á todo Ateniense que se declarase partidario de Filipo, lo contaban entre sus amigos. Hipérides, Demóstenes y Licurgo, que parecían los más valientes y concitaban el pueblo en las asambleas llenando de maldicio-



nes á Filipo, ¿hicieron contra él algún insigne acto de valor en la guerra? Hipérides y Licurgo jamás salieron á campaña, ni se atrevieron á asomar la cabeza á la puerta. Encerrados entre muros, y asediados de cerca, componían decretos y decisiones populares. El príncipe de los oradores (1), el que á cada momento decía en las asambleas: «Filipo, el malvado de Macedonia, país del cual nadie querría comprar ni un esclavo» (2), osó avanzar hasta Beocia, pero antes del encuentro de los ejércitos y de venir á las manos, arrojó el escudo y emprendió la fuga (3). ¿Jamás oíste hablar de esto, siendo un hecho notorio, no sólo en Atenas, sino en Tracia y en Escitia, de donde aquella inmundicia era oriundo?

43. TIQUIADES.—Lo sabía. Pero esos eran oradores. Su lengua estaba ejercitada, pero no su valor. Mas ¿qué dirás de los filósofos? Seguramente no podrás hacerles igual cargo.

EL PARÁSITO.—Los filósofos, amigo Tiquiades, nos hablan todos los días de valor, desgastan el nombre de la virtud, y sin embargo son mucho más blandos y cobardes que los oradores. Préstame atención. En primer lugar nadie puede citar un filósofo muerto en la guerra; porque ó no han militado, ó si han militado, han desertado sin excepción. Antístenes, Diógenes, Crates, Zenón, Platón, Esquines, Aristóteles, y toda esa turba, jamás vieron al enemigo en batalla. Sólo el sabio Sócrates se atrevió á presentarse en la batalla Deliense (4); pero huyó del Parneto y se ocultó en la

(1) Demóstenes.

(2) Vid. *Filípica* IV.

(3) En la batalla de Queronea, 338 a. d. C.

(4) En la expedición á Anfipolis, donde libró á Jenofonte en la batalla que se dió junto á Delio, en la cual se condujo valerosamente, á pesar de la maligna insinuación del Parásito. (Vid. Diógenes Laercio, lib. II, *Sócrates*, 5.)

Palestra de Taureas (1). El charlicotear de amor con los jovencitos y proponer argucias á cuantos á su paso topaba parecióle más civil que luchar con un Espartano.

TIQUIADES.—Ya había oído eso á personas que no querían burlarse de filósofos ni insultarlos. Lo cual me prueba que no tratas de calumniarlos por defender tu arte.

44. Pero, si te parece, puedes ya decir cómo se conduce el parásito en la guerra, y si en la antigüedad ha habido algún parásito.

EL PARÁSITO.—Indudablemente, amigo mío. Nadie que conozca á Homero, aunque sea por otra parte el hombre más ignorante del mundo, ignora que sus héroes más ilustres eran verdaderos parásitos. Néstor, de cuya lengua fluía la palabra dulce como la miel (2), era parásito de Agamenón. Ni Aquiles, á pesar de ser tenido por el más valiente y justo, ni Diomedes, ni Ajax son tan alabados y admirados por el Rey, como el pilio Néstor. No desea tener á su lado diez Ajax ni diez Aquiles, pero asegura que Troya estaría hacia tiempo en su poder, si tuviese junto á sí diez como el parásito Néstor, aunque era anciano (3). Idomeneo, hijo de Júpiter, también es llamado parásito de Agamenón por Homero.

45. TIQUIADES.—Conozco todo eso; pero no he entendido que fueran ambos parásitos de Agamenón.

EL PARÁSITO.—Recuerda, amigo mío, los versos que Agamenón dice á Idomeneo.

---

También tomó parte Sócrates en la batalla de Potidea, por lo cual algunos corrigen en este sentido el texto de Luciano, leyendo en él Ποτιδαία, y no πόλει, como proponen otros, ó Δηλίω, que trae la *recensión* de Dinlorf, que seguimos.

(1) Vid. Platón, *Cármides*, al principio.

(2) Homero, *Iliada*, I, v. 249.

(3) Id., *ibid.*, II, v. 372.

TIQUIADES.—¿Cuáles?

EL PARÁSITO.

Cual para mí, tu copa siempre llena  
Estará, si te place beber vino (1).

Las palabras «tu copa siempre llena» no significan que hay siempre al lado de Idomeneo, mientras duerme ó combate, un vaso lleno, sino que este príncipe es el único con derecho á comer con el Rey durante toda su vida. Los demás soldados sólo eran invitados en determinados días. Cuando Ajax acaba gloriosamente su combate singular con Héctor,

Llévanlo al divo Agamenón,

dice el poeta (2), para que tenga el honor de comer aquella noche con el monarca aquivo. Pero Idomeneo y Néstor comían diariamente con el Rey, como Homero nos dice. Creo también que de todos los parásitos de reyes, Néstor ha sido el mejor y el más artista; pues no comenzó á ejercer el arte al lado de Agamenón, sino antes en las cortes de Ceneo y Exadio (3), y de no haber muerto Agamenón, no hubiera abandonado nunca el parasitismo.

TIQUIADES.—¡Parásito ilustre, en verdad! Si conoces algunos otros, procura decírmelos.

46. EL PARÁSITO.—¿Acaso no fué Patroclo parásito de Aquiles, aunque en cuerpo ni en alma no cedía á ningún Griego, á pesar de ser muy joven? Yo de sus obras colijo que no era inferior al mismo Aquiles. El

(1) Homero, *Iliada*, IV, v. 262.

(2) *Ibid.*, VII, v. 181 y 182.

(3) *Iliada*, I, v. 264.

rechazó á Héctor, que, rotas las puertas del campamento (1), peleaba dentro de él junto á las naves, y extinguió el fuego que ya comenzaba á prender en la de Protesilao, aunque sus defensores no eran guerreros oscuros, sino los hijos de Telamón, Ajax y Teucro, bravo hoplita el uno y el otro arquero. Él mató muchos bárbaros (2), entre ellos á Sarpedón, hijo de Júpiter; y hasta su propia muerte no fué como la de otros: Aquiles sólo basta para matar á Héctor, y Paris para matar á Aquiles; mas para acabar con el parásito fueron precisos dos hombres y un numen (3). Él no prorrumpió, al morir, en voces semejantes á las del bravísimo Héctor, que, rodando á los pies de Aquiles, le rogó que entregase su cadáver á los suyos (4), sino las dignas de un parásito. ¿Cuáles? Las siguientes:

Si veinte iguales contra mí viniesen,  
Todos los mataría con mi lanza (5).

47. TIQUIADES. — Basta. Procura demostrarme que Patroclo no era amigo, sino parásito de Aquiles.

EL PARÁSITO.—Voy á presentarte al mismo Patroclo confesando que era parásito.

TIQUIADES.—Me asombras.

EL PARÁSITO.—Escucha estos versos:

No mandes separados de los tuyos  
Mis huesos sepultar, amado Aquiles,  
Sino juntos, pues juntos nos criamos  
En tu regia mansión (6).

(1) *Iliada*, XVI, v. 284 y siguientes.

(2) *Iliada*, XVI, v. 480.

(3) Apolo, Euforbo y Héctor. V. *Iliada*, XVI, v. 788.

(4) *Iliada*, XXII, v. 337.

(5) *Iliada*, XVI, v. 847.

(6) *Iliada*, XXIII, v. 83.

Y poco después dice (1):

Peleo recibióme, y con regalo  
Crióme y me nombró servidor tuyo;

esto es, me tuvo como parásito, pues si Peleo hubiera querido llamar amigo á Patroclo, no le hubiera nombrado su servidor. Patroclo era libre. Ahora bien, ¿á quiénes se llama servidores? Ni á los esclavos, ni á los amigos, y sólo, por consiguiente, á los parásitos. Por la misma causa se llama á Merión servidor de Idomeneo, pues sin duda entonces eran conocidos los parásitos con esta denominación. Observa, de paso, que Homero no creyó á Idomeneo, hijo de Júpiter, digno del epíteto, «igual á Marte», y sí á su parásito Merión (2).

48. ¿Qué más? Aristogitón, plebeyo y pobre, como dice Tucídides (3), ¿no fué parásito de Harmodio? Es más: ¿no era su amador? Justo es que los parásitos amen á los que les dan de comer. Pues esto no fué obstáculo para que tal parásito derrocara la tiranía y devolviese á Atenas su libertad, por lo cual su estatua de bronce se alza ahora en la plaza junto á la de su amigo. Luego todos estos varones esforzados fueron parásitos también.

49. ¿Cómo te representas el parásito en tiempo de guerra? ¿Crees que no saldrá al combate después de haberse alimentado, como estimaba justo el mismo Ulises (4), al decir que quien haya de pelear debe regalarse primero, aunque la acción se entable á

(1) *Iliada*, XXIII, v. 90.

(2) *Iliada*, XIII, v. 295, y VII, v. 166.

(3) Libro IV, 54.

(4) *Iliada*, XX, v. 160.

punto de amanecer? El tiempo que otros soldados temerosos invierten en colocarse bien el casco, ó en vestir la loriga, ó en temblar por las futuras contingencias del combate, lo emplea el parásito en comer alegremente, y al ponerse en marcha, pelea en el primer lugar. El que le alimenta marcha detrás del parásito, que, como Ajax á Teucro, lo cubre con su escudo (1), y al dispararse los dardos, lo protege con el cuerpo descubierto, prefiriendo la salvación de su huésped á su propia salvación.

50. Si el parásito cae en la batalla, ni jefes ni soldados se avergonzarán de su cadáver, corpulento y como tendido blandamente en la sala del festín. Merecería la pena el ver al lado suyo el cuerpo de un filósofo, seco, escuálido, barbudo, muerto antes de combatir el pobrecillo. ¿Quién no despreciará á una ciudad que tiene tan deslucidos defensores? ¿Quién no creerá, al ver los cadáveres de aquellos hombrecillos pálidos y cabelludos, que, falta de aliados, sacó al combate todos los presidiarios? Así en tiempo de guerra son los parásitos en comparación de los filósofos y los oradores.

51. En tiempo de paz, el arte parasítica difiere tanto de la Filosofía, á mi juicio, como la misma paz de la guerra. Consideremos, en primer lugar, si te parece, los sitios que en tiempo de paz se frecuentan.

TIQUIADES.—No entiendo á dónde quieres ir á parar, pero considerémoslos.

EL PARÁSITO.—La Agora, los tribunales, las palestras, los gimnasios, las cacerías y los banquetes, ¿no son los sitios más frecuentados en las ciudades?

TIQUIADES.—Seguramente.

EL PARÁSITO.—El parásito no acude nunca á la

---

(1) *Ilíada*, VIII, v. 272.

Agora, ni á los tribunales, porque tales sitios son más propios para los sicofantas, y nada moderado y prudente se hace en ellos. Concorre en cambio á gimnasios, palestras y banquetes, de los cuales constituye el mejor adorno. ¿Cuándo en la palestra podrán competir en belleza corporal con el parásito un filósofo ó un orador desnudo? ¿Cualquiera de éstos en un gimnasio no es deshonor del sitio? Jamás ninguno de ellos osará hacer frente en una soledad á la embestida de una fiera; pero el parásito la resiste con facilidad á pie firme, porque ha aprendido á menospreciarla en las mesas. Ni ciervo ni cerdoso jabalí le hieren, porque si el jabalí aguza sus dientes contra el parásito, el parásito aguza los suyos contra el jabalí. No hay perro que le gane en la persecución de una liebre. Pues y en un festín, ¿hay quién se atreva á hacerle competencia en buen humor y apetito? ¿Quién podrá regocijar mejor á los convidados, éste cantando y bromeando, ó el otro nunca risueño, envuelto severamente en su manto, y fija la vista en tierra como si asistiera á un funeral y no á un banquete? Un filósofo en un festín me hace el efecto de un perro en un baño.

52. Pero dejemos esto. Pasemos ya á la vida privada del parásito, y estudiémosla comparada con la de los filósofos. En primer lugar, el parásito desprecia siempre la gloria, y no se le da nada de lo que piensan de él los hombres; pero entre oradores y filósofos, no unos cuantos, sino todos en general, son mortificados por el orgullo y el afán de gloria, y no sólo por el afán de gloria, sino, lo que es peor, por el afán de dinero. El parásito se cuida tan poco del dinero, como de los guijarrillos de la playa, y no ve que se diferencie del fuego; pero los oradores, y lo que es más repugnante, los que se precian de filósofos, sienten

hacia el dinero la inclinación más desdichada. Por eso vemos que entre nuestros más célebres filósofos (prescindiendo de los oradores), uno, juez indigno, es condenado por soborno; otro exige al Emperador el pago de sus conversaciones, y, viejo ya, no se avergüenza en hacer un viaje por dinero, ni de venderse como esclavo escita ó indio, ni de cobrar por semejante concepto (1).

53. No es ésta la única pasión que hallarás en ellos: tienen otras muchas, como son tristezas, iras, envidias y apetitos de todo género. El parásito nada de esto experimenta. Nunca se irrita, porque está acostumbrado al sufrimiento y porque tampoco tiene contra quien irritarse. Si alguna vez se encoleriza, su cólera no le arrastra á ningún triste exceso, sino que sirve más bien de placer y diversión á los convidados. Es el hombre de ménos penas, pues su arte le procura alegrías y placeres y le quita todo motivo de tristeza. No posee, en efecto, bienes, casa, esclavos, mujer é hijos, cuya necesaria pérdida precisamente han de afligir á quien los tiene, ni codicia amor, riquezas ni gloria.

54. TIQUIADES.—Pero es probable, Simón, que le apesadumbra la falta de alimentos.

EL PARÁSITO.—Ignoras que en el parásito, en el hecho de carecer de comida deja de serlo. El valiente que pierde el valor, no es valiente; el discreto que pierde la discreción, no es discreto, y del mismo modo el parásito que pierde la comida, no es parásito; y aquí se trata de parásitos y no de los que han dejado de serlo. Luego si es valiente el que tiene valor, y discreto el que tiene discreción, será parásito el que

---

(1) El filósofo aludido es Apolonio de Atenas, llamado por el emperador Marco Aurelio, que deseaba instruirse con su conversación.



tenga comida, hasta el punto de que en cuanto falte esta condición ya no se trata de un parásito.

TIQUIADES.—Según eso, ¿jamás le faltará comida al parásito?

EL PARÁSITO.—Claro está. Por lo mismo, ni eso ni cosa alguna le apenan.

55. Todos los filósofos y todos los oradores están llenos de miedo. La mayor parte llevan garrotes, y si no temiesen, no andarían armados. Cierran también sólidamente sus puertas, por temor sin duda de un ataque nocturno. El parásito no hace más que empujar descuidadamente su puerta, sólo para que no la abra el viento: si oye ruido de noche, no se asusta más que si no lo oyera; si va por un desierto, recorre sin espada el camino, porque nada teme, y en cambio he visto yo á muchos filósofos ir, sin haber peligro, armados á menudo con arcos, y por lo mismo sin duda no sueltan el garrote al ir á comer ó al dirigirse al baño.

56. Nadie acusa al parásito de adulterio, de violencia, de raptó ó de cualquiera otro delito, pues dejaría de ser parásito y se perjudicaría á sí mismo. Si cometiese, pongo por caso, un adulterio, tomaría con su delito el nombre con que suele designársele. Pues así como no puede llamarse bueno al malo, porque es malo, así el parásito, si delinque, pierde aquello por lo cual es lo que es, y recibe lo correspondiente á su delito. Pero oradores y filósofos perpetradores de aquellos crímenes los tenemos á manta, no sólo en nuestros días, sino en los libros que mencionan atentados sin cuento. Apologías hay de Sócrates (1), Esquines, Hipérides, Demóstenes (2) y de casi todos los

---

(1) De Sócrates hay tres apologías, escritas por Platón, Jenofonte y Libanio.

(2) Libanio compuso una apología de Hipérides. De Demóstenes se han

oradores y filósofos; pero no hay una sola del parásito, ni se podría citar contra el parásito alguna acusación.

57. Mas, por Júpiter, si la vida del parásito es mejor que la de los oradores y los filósofos, ¿será acaso más desdichada su muerte? Todo lo contrario: es más feliz con mucho. Sabemos que todos ó, si no todos, la mayor parte de los filósofos han tenido mal fin, como malos: unos condenados en juicio por enormes crímenes, han muerto envenenados; otros quemados vivos; otros de mal de orina; otros en el destierro. Nadie podrá contar de parásitos muertes como éstas, sino las felicísimas del que come y bebe. Si alguno parece haber acabado de muerte violenta, es que ha muerto de indigestión.

58. TIQUIADES.—Perfectamente has sostenido en el debate la causa del parásito enfrente de la del filósofo. Sólo te falta demostrar que tu arte es honroso y útil para el que da de comer. Pues entiendo que los ricos os alimentan por una especie de beneficio y liberalidad que debe avergonzar al que tiene tal modo de vivir.

EL PARÁSITO.—Simple serás, Tiquiades, si no puedes comprender que un rico, aunque tenga los tesoros de Giges, es pobre si come solo, y parece un mendigo si no sale acompañado de un parásito. Así como vale menos el soldado sin armas, el vestido sin púrpura y el caballo sin arnes, así el opulento sin parásito parece un *quidam* obscuro y mal nacido. El parásito realza al rico, y en cambio el rico jamás da realce al parásito.

59. No hay, por otra parte, como dices, desdoro

---

escrito varias, una de ellas del mismo Luciano, cuya traducción irá en el cuarto tomo.

alguno en hacerse parásito de otro, ni en mostrarse por lo mismo como de peor condición, pues al rico le es útil sostener un parásito, que, prescindiendo del realce que le da, afianza extraordinariamente su seguridad. Nadie atacará imprudentemente al rico viéndole tan bien acompañado, ni será fácil que muera envenenado quien tenga un parásito; porque ¿quién se atreverá á intentarlo, sabiendo que el parásito come y bebe de todo antes que el rico? Así, pues, el opulento, no sólo es realzado por el parásito, sino salvado de gravísimos riesgos. Por amor á quien le alimentó, el parásito los afronta todos, y satisfecho con que el rico no coma solo, está dispuesto á morir comiendo con él.

60. TIQUIADES.—Has tratado todos los puntos de tu arte, y nada has omitido acerca de ella, amigo Simón. Tu apología, lejos de resentirse de falta de preparación, como decías, demuestra maduras meditaciones. Sólo quiero ya saber si en el mismo nombre de parásito hay algo de vergonzoso.

EL PARÁSITO.—Escucha la respuesta, mira si es satisfactoria y procura á tu vez responder á mis preguntas como mejor te parezca. ¡Ea! ¿á qué llaman los antiguos σῖτος?

TIQUIADES.—Al alimento.

EL PARÁSITO.—Σιτῆσθαι (ser alimentado), ¿no es lo mismo que comer?

TIQUIADES.—Sí.

EL PARÁSITO.—Luego παρασιτεῖν (comer con alguno), no puede ser otra cosa.

TIQUIADES.—Eso precisamente es lo que parece vergonzoso, Simón.

61. EL PARÁSITO.—Vaya otra pregunta. ¿Cuál de estas dos cosas te parece mejor, y cuál preferirías si te diesen á elegir: navegar solo, ó navegar con otro?

TIQUIADES.—Navegar con otro (1).

EL PARÁISTO.—¿Correr solo, ó correr con otro?

TIQUIADES.—Correr con otro.

EL PARÁSITO.—¿Cabalgar solo, ó con otro?

TIQUIADES.—Cabalgar con otro.

EL PARÁSITO.—¿Disparar dardos solo, ó con otro?

TIQUIADES.—Con otro.

EL PARÁSITO.—Pues lo mismo preferirás comer con otro (*παρσιτεῖν*) á comer solo.

TIQUIADES.—Preciso es confesar que sí. Acudiré, pues, en adelante á tu casa, como los muchachos, á la mañana y después de comer, para aprender tu arte. Justo es que me la enseñes sin recelo, puesto que soy tu primer discípulo. Las madres, según dicen, siempre quieren más á los primogénitos.

---

(1) Los verbos sobre los cuales versan las preguntas del Parásito son todos compuestos de la preposición *παρα*, como el verbo *παρσιτεῖν*: *παρπλεῖν*, *navegar con otro ó en compañía*; *παρατρέχειν*, *correr con otro*; *παριππέύειν*, *cabalgar con otro*; *παρακοζτιζειν*, *disparar dardos con otro*.

## XLIX.

### ANACARSIS O DE LOS GIMNASIOS.

#### ANACARSIS Y SOLÓN.

1. ANACARSIS.—¿Para qué, Solón, hacen eso vuestros jóvenes? Abrázanse unos estrechamente y se derriban: apriétanse otros y se doblan: ruedan otros por el barro y se revuelcan como cerdos. Aunque al principio se desnudaron delante de mí y se untaron de aceite y se frotaron unos á otros con mucha calma, arrebatados después por no sé qué idea, se acometieron con la cabeza baja, pegándose con las frentes como carneros. Y ahí está ese que, cogiendo á su adversario por las piernas, lo ha derribado, y precipitándose sobre él, le impide levantarse y lo incrusta en el lodo, le oprime el vientre con las rodillas, le sujeta el cuello con el codo, y ahoga al desdichado que pegándole en el hombro le suplica, creo, que no acabe de ahogarle. Como el aceite no les libra de ensuciarse, pues desaparece pronto y deja que se cubran de sudor y fango, me hacen reir con aquel escurrirse de entre las manos como anguilas.

2. Otros hacen lo mismo, al aire libre, en el patio; pero no sobre el lodo, sino en un foso lleno de arena, con la cual se espolvorean mutuamente, escarbándola como los gallos, sin duda para no escurrirse con

tanta facilidad; porque la arena quita su suavidad al cuerpo y le hace más fácil de ser asido.

3. Aquellos, de pie y empolvados, se acometen y se hunden á puñetazos y coces: ese infeliz parece que va á escupir los dientes; ¡tan llena de arena y sangre tiene la boca á consecuencia, como ves, de un puñetazo en la mejilla! Pero el Arconte (su ropa de púrpura me da á entender que es un Arconte), lejos de separarlos y de dar por terminada la lucha, los excita y aplaude al que ha pegado.

4. En otra parte muévense otros con rapidez y saltan como si corriesen, pero sin moverse de un sitio; levantan el cuerpo y dan zapatetas en el aire.

5. Quisiera saber para qué cosa buena se hace esto, que á mí se me antoja muy semejante á locura, hasta el punto de que difícilmente se me convencerá de que los que tal hacen están en su sano juicio.

6. SOLÓN.—No es extraño, Anacarsis, que así te parezca lo que aquí se hace, pues son cosas nuevas para ti y muy diferentes de las costumbres escíticas; pues es verosímil que vuestros estudios y ejercicios pareciesen también extraordinarios á cualquiera que, como tú los nuestros, los llegase á presenciarse. Pero tranquilízate, amigo mío: ni por locura, ni por vengar alguna ofensa se golpean esos y se revuelcan en el lodo ó se rocían de arena; lo cosa tiene gran utilidad, no exenta de gusto, y procura á los cuerpos no escasa robustez. Por lo cual si te detienes en Grecia, como espero, no tardarás en ser uno de tantos enarenados y enlodados. Tan grato y útil te parecerá el ejercicio.

ANACARSIS.—¡Quitá allá, Solón! Para vosotros semejante utilidad y placer. Si alguno de vosotros me hiciese eso, vería que no llevo el alfanje para adorno.

7. Pero dime qué nombre tiene lo que aquí se hace y cómo hemos de llamar esos movimientos.

SOLÓN.—El lugar en que se verifican lo llamamos gimnasio, y está consagrado á Apolo Licio (1). Mira allí su estatua. El dios aparece apoyado en una columna, con el arco en la mano izquierda y el brazo derecho doblado sobre la cabeza, en la actitud de quien descansa de larga fatiga.

8. Respecto á los ejercicios, llámase lucha el que se verifica en el lodo (2), aunque también los de la arena luchan: el combate de los que en pie se golpean mutuamente denomínase pancraccio. Tenemos otros ejercicios de igual especie, como son el pugilato, el disco y el salto. Para todos ellos proponemos certámenes, y al vencedor se le considera superior á sus iguales y consigue premios.

9. ANACARSIS.—¿Cuáles son los premios?

SOLÓN.—En Olimpia, una corona de olivo silvestre; en el Istmo, de pino; en Nemea, entretejida de apios; en Pito (3), frutas de las consagradas al numen, y en nuestras Panateneas, aceite de los olivos de la diosa. ¿Por qué te ríes, Anacarsis? ¿Acaso porque te parecen pequeños estos dones?

ANACARSIS.—Nada de eso, Solón; son magníficos, y su simple enumeración revela lucha de generosidad en los fundadores y demuestra la razón con que los atletas no perdonan esfuerzo por ganarlos. Es natural que por apios y frutas se tomen esos trabajos y se

(1) Este gimnasio era conocido con el nombre del Liceo. Había otros dos en Atenas: la Academia, dedicado al héroe Academo, y el Cinosargo, consagrado á Hércules, que tenía en él un templo.

(2) Hay en el texto un juego de palabras intraducible, basado en la semejanza de *πηλός* ó *παλός*, lodo, y *πάλη*, lucha.

(3) Nombre griego de Delfos, conmemorativo de la hazaña de Apolo, matador de la serpiente Pitón, encarnizada perseguidora de Latona. Mito griego que representa la perpetua lucha del bien y del mal, la luz y las tinieblas.

expongan á estrangularse ó á lisiarse unos á otros, como si cuando quisieran no pudiesen procurarse fruta y coronarse de apio ó de pino, sin enlodarse la cara, ni recibir en el vientre una tanda de puntapiés del adversario.

10. SOLÓN.—Pero, amigo mío, nosotros no miramos estos desnudos presentes; pues sólo son indicios ó señales exteriores del triunfo. La gloria que con ellos se consigue es, para los vencedores, de inestimable valor. Por ella, los que aspiran á ilustre fama, dan por bien empleados los puntapiés y puñadas. Imposible es alcanzarla sin trabajo, y es preciso que quien la apetece sufra desde el comienzo fatigas sin número, para dar á sus esfuerzos término á la vez útil y grato.

ANACARSIS.—Ese término útil y grato es, según dices, Solón, el que todos los han de ver coronados, y han de celebrar su triunfo poco después de haberlos compadecido por sus lesiones. ¡Qué felicidad la de recibir fruta y apio por tamaños males!

SOLÓN.—Aun no conoces nuestros usos; pero cambiarás de opinión dentro de poco, cuando asistas á una de nuestras grandes fiestas, y veas la inmensa muchedumbre que á presenciar estos certámenes concurre; los anfiteatros, capaces para miles de personas, llenos de bote en bote; los aplausos á los atletas, y el vencedor equiparado en honores á los númenes.

11. ANACARSIS.—Pues eso mismo, Solón, es lo más deplorable: no sufren sus males ante unos pocos jueces, sino ante infinitos espectadores, testigos de sus ultrajes, que los juzgan sin duda felices al verlos chorreando sangre ó ahogados por sus adversarios. Porque esta es su dichosísima victoria. Entre los Escitas, Solón, si alguien golpea á un ciudadano, ó le derriba de un empellón, ó le desgarrá el vestido, los ancianos



le imponen castigo severo aunque haya ocurrido el caso ante pocos testigos y no ante la inmensa concurrencia que dices acude á los juegos ístmicos y olímpicos. Compadezco, pues, á los contendientes por sus sufrimientos, y tocante á los espectadores, que dices acuden nobilísimos de todas partes, me asombra extraordinariamente que abandonen importantes quehaceres para divertirse con tales espectáculos, y no se me alcanza qué gusto pueden hallar en ver á los hombres atacarse, herirse, tirarse al suelo y molerse unos á otros.

12. SOLÓN. — Si fuese el tiempo de las Olímpicas, las Ístmicas ó las Panateneas, la vista de lo que en ellas pasa te demostraría que no es vana nuestra afición por tales espectáculos. La palabra es incapaz de describir lo que gozarías, sentado en medio del público, al ver el valor de los atletas, la hermosura de sus cuerpos, su admirable bizarría, su agilidad pasmosa, su incontrastable fuerza, su denuedo, su afán de gloria, su invencible coraje y su indefectible esfuerzo por el triunfo. Sé muy bien que tus elogios, aclamaciones y aplausos no tendrían término.

13. ANACARSIS. — Al contrario, Solón; me reiría y además me burlaría. Todo eso que acabas de enumerar, valor, bizarría, hermosura, denuedo, los veo desperdiciados en cosas de poco momento, pues ni la patria está en peligro, ni los campos son devastados, ni atropellados amigos ó parientes. Parécenme, pues, más ridículos esos atletas, si, siendo, como dices, nobilísimos, sufren, sin necesidad, tantos y tales daños y afean su hermosura y gallardía con refrotones de arena y cardenales para ganar una manzana ó una rama de olivo, pues me gusta recordar constantemente esos maníficos premios. Pero dime, ¿reciben premio todos los antagonistas?

SOLÓN.—Nada de eso: sólo uno, el que vence á los otros.

ANACARSIS.—¿Y tantos hombres trabajan por una victoria dudosa é incierta, sabiendo que el vencedor ha de ser uno y muchos los vencidos que recibirán sin provecho contusiones ó heridas?

14. SOLÓN.—Parece que nunca has reflexionado, Anacarsis, acerca del modo de gobernar bien un Estado. De otra suerte no hallarías motivos de censura en nuestros bellos usos. Si algún día te importa saber cómo puede constituirse perfectamente una República y hacer á sus ciudadanos de la mejor condición posible, aplaudirás estos ejercicios y el afán con que los fomentamos, y comprenderás la gran utilidad inherente á esos trabajos que ahora te parecen estériles.

ANACARSIS.—¿Pues para qué he venido de Escitia, atravesando tantas regiones y el vasto y proceloso Euxino, sino para aprender las leyes griegas, conocer vuestras costumbres y estudiar la mejor constitución política? Por eso, de entre todos los Atenienses, te he elegido á tí para amigo y huésped, noticioso de que habías dictado algunas leyes, introducido buenas costumbres, establecido útiles instituciones y organizado, en una palabra, la República. Enséñame, pues, cuanto antes y acéptame por discípulo. Con gusto me estaré á tu lado, sin comer, ni beber, mientras tú puedas hablar, y te escucharé con la boca abierta discutir acerca de la república y las leyes.

15. SOLÓN.—No es fácil recorrerlo todo en poco tiempo, pero si quieres que vayamos por partes, te enteraré de nuestro parecer acerca de los dioses, de los padres, de los matrimonios y de las demás cosas. Pero nuestra opinión respecto á los jóvenes y el régimen á que los sometemos en cuanto empiezan á distinguir

el bien del mal y se hallan en disposición de vigorizar su cuerpo y de soportar el trabajo, te la voy á manifestar ahora, y así sabrás para qué hemos establecido estos ejercicios y hemos sometido los jóvenes á estas fatigas, no sólo en vista de los certámenes públicos y de los premios que puedan conseguir, pues pocos los alcanzan, sino con mira más alta, cual es el bien que resulta de ellos para los mismos jóvenes y para el Estado en general. Hay, en efecto, un certamen para todos los buenos ciudadanos, cuyo premio no son coronas de pino, apio ó acebuche, sino una en que están enlazadas, para la felicidad de los hombres, la libertad pública y particular, la riqueza, la gloria, la celebración tranquila de las fiestas, la conservación de nuestras propiedades y, en una palabra, los dones más hermosos que de los dioses pueden desearse. Todos estos bienes se hallan entrettejidos en la corona de que hablo y se logran solamente en el certamen á que conducen estos ejercicios y trabajos.

16. ANACARSIS.—Pero, estupendo Solón, si podías citarme premios tan grandes y magníficos ¿á qué hablarme de manzanas, apios y ramas de pino y acebuche?

SOLÓN.—Pero ni aun esos premios te parecerán mezquinos cuando conozcas su objeto. Son, en efecto, hijos de la misma idea, y parte integrante del gran certamen y de la corona felicísima descrita hace un instante. Pero mi palabra, abandonando no sé cómo el orden natural, mentó primero los juegos Nemeos, Istmicos y Olímpicos. Pero, ya que tengo tiempo y tú ganas de oirme, volveremos fácilmente al principio, á aquel común certamen, para el cual declaro que son mera preparación estos otros.

ANACARSIS.—Eso será lo mejor. Así nuestra conversación procederá con más orden y acaso aprenda yo

en breve á no reirme de quien dé importancia á una corona de acebuche ó de apio. Vamos, si te parece, á sentarnos en aquel umbrío, donde no nos interrumpirán las voces de los que aclaman á los luchadores. Además, soy franco, no resisto fácilmente el sol que cae perpendicular y abrasador sobre mi desnuda cabeza. Al salir de casa me destoqué, para no presentarme sólo entre vosotros con un traje extranjero. Estamos en la estación más cálida del año, bajo la influencia del astro que llamáis la Canícula, que todo lo quema y abrasa y deseca el aire: y el sol, en el Meridiano, cae á plomo sobre nuestras cabezas, produciendo este ardor insoportable. Admírame, por lo mismo, que siendo ya un anciano, no sudas como yo con calor semejante. Parece, por el contrario, que ni siquiera lo sientes, pues no buscas sombra donde guarecerte y soportas sin fatiga los rayos solares.

SOLÓN.—Esas faenas inútiles, esas continuas voltejetas en el lodo, esas fatigas en la arena al aire libre, son, Anacarsis, nuestra defensa contra los rayos solares; con ellas evitamos su acción sobre nuestras cabezas sin necesidad de púleos. Pero vamos.

17. No escuches cuanto voy á decirte como si fuesen leyes, á las que ha de darse entero crédito; al contrario, cuando diga algo que no te parezca razonable, contradíceme al punto y examina severamente mis palabras. Con esto lograremos una de estas dos cosas: ó afirmarte más en tu opinión cuando hayas expuesto todas tus objeciones, ó rectificar yo mis ideas equivocadas sobre estos particulares. En tal caso todo Atenas se te mostrará vivamente agradecida, pues cuanto más me enseñes y más rectifiques mis opiniones, tanto mayores servicios le prestas. Porque yo nada le ocultaré: me presentaré al punto en el Pnix y diré á toda la Asamblea: «Atenienses, yo os he dictado las

leyes que creí más útiles á la República; pero este extranjero (y te mostraré, Anacarsis), que, aunque Escita, es un sabio, ha modificado mis ideas y me ha enseñado principios é instituciones mejores. Inscribidle, pues, entre vuestros bienhechores, y erigidle una estatua de bronce junto á los Epónimos, ó en la ciudad junto á Minerva.» Ya verás cómo Atenas no se avergüenza de aprender de un extranjero y de un bárbaro lo que pueda aprovecharla.

18. ANACARSIS. — Bien me habían dicho que los Atenienses erais irónicos en vuestras palabras. ¿Cómo yo, pastor y nómada, que he pasado mi vida en un carro yendo de una tierra á otra, sin haber vivido nunca en ciudad, ni haber visto otra antes que ésta, he de discutir de política, y he de dar lecciones á hombres autóctonos, habitantes de una ciudad antiquísima, tantos siglos hace gobernada por excelentes leyes, y, sobre todo, á ti, Solón, que, según dicen, dominas desde niño la ciencia de gobernar bien un Estado y de dictarle las leyes consolidadoras de su dicha? Pero en esto, como en todo, te obedeceré como á legislador, y te haré objeciones cuando tus razonamientos me parezcan menos fundados. Así consolidaré mis conocimientos. Henos ya libres del sol, á la sombra, con el grato y cómodo asiento que nos brinda esa fresca losa. Reanuda, pues, tu discurso desde el principio, y dime por qué desde la niñez sometéis á los muchachos al trabajo; cómo salen ciudadanos excelentes del lodo y de la gimnasia y qué virtud les confieren el enarenamiento y los saltos. Esto es lo que principalmente quiero saber ahora: lo demás ya me lo enseñarás en su lugar y tiempo. Pero al hablar ten en cuenta que te diriges á un bárbaro. Te lo advierto para que no compliques ó alargues demasiado tus discursos; temo olvidar los prime-

ros si afluyen con mucha abundancia los segundos.

19. SOLÓN.—Tú mismo, Anacarsis, podrás regularlos mejor. Si ves que no son del todo claros ó que se diluyen inadvertidamente en digresiones, dirígeme cuando te parezca una pregunta para cortar su extensión. Pero si las digresiones no son ajenas á la cuestión principal, ni van á parar lejos del blanco, no importará, creo, que tengan alguna extensión. Así es costumbre proceder ante el Areópago cuando se juzga una causa criminal. Cuando el tribunal sube la colina y se constituye para fallar acerca de homicidios, de heridas causadas con premeditación, ó de incendios, se concede la palabra á las dos partes, y el actor y el reo, por sí, ó por medio de abogados, hablan alternativamente. Mientras no se salen de la cuestión, el tribunal les escucha con silencio y tranquilidad; pero si alguno quiere anteponer á su discurso un exordio para captarse su benevolencia, ó si trata de excitar la compasión ó la ira con esos recursos ajenos á la causa, frecuentemente empleados por los oradores, adelantase al punto un heraldo y les impone silencio, prohibiéndoles divagar ante el tribunal, ó rebozar y envolver en palabras los hechos para que éstos aparezcan con toda su desnudez ante los Areopagitas. Yo, pues, te nombro para la presente ocasión Areopagita de mis discursos: óyeme como aquel Senado oye á los oradores, ó mándame callar, si te tiendo lazos retóricos; pero mientras no me salga de los límites propios del asunto, permítirme extenderme. No disputamos ya al sol para que sea molesta la conversación si se alarga: la sombra está aquí densa y nosotros desocupados.

ANACARSIS.—Muy bien pensado, Solón. Por de pronto ya te debo agradecimiento profundo por haberme dicho de paso las prácticas del Areópago, ad-

mirables en verdad, y propias de buenos jueces, que siempre votarán lo justo. Habla, pues, con esas condiciones; yo te escucharé como aquel tribunal, ya que me has nombrado tu Areopagita.

20. SOLÓN.—Antes de entrar en materia debo manifestarte brevemente nuestra opinión acerca de una ciudad y sus habitantes. La ciudad no es para nosotros un conjunto de construcciones, como son los muros, los templos, los arsenales, las cuales forman un cuerpo estable y firme para abrigo y seguridad de los habitantes. La esencia de la ciudad está para nosotros en los ciudadanos: éstos la pueblan, la administran, llevan á cabo todos los asuntos, y la custodian como con el cuerpo de cada uno de nosotros hace el alma. Teniendo esto en cuenta, cuidamos, como ves, el cuerpo de la ciudad, lo adornamos para embellecerlo todo lo posible, dotándole de edificios en el interior y cercándole exteriormente de fortificaciones para su más completa seguridad. Pero nuestro cuidado principal es tener ciudadanos de cuerpos robustos y almas rectas, seguros de que, con tales condiciones, administrarán bien la república en la paz, la defenderán en la guerra y la harán libre y feliz. Encomendamos la primera educación á las madres, nodrizas y pedagogos que se encargan de guiarles é instruirles en una enseñanza liberal; cuando ya saben discernir el bien, y se desarrollan en ellos el pudor, el respeto, el temor, el deseo de las bellas acciones, y sus mismos cuerpos, más formados y robustos, ofrecen aptitud para trabajar, los tomamos bajo nuestra dirección, los instruimos en ciencias y ejercicios intelectuales, y comenzamos, por otra parte, á habilitarlos al ejercicio corporal. No nos parece suficiente que, tanto respecto al cuerpo como respecto al alma, quede cada cual como la naturaleza le crió, sino que

uno y otra necesitan de la educación, sea para desarrollar las buenas dotes naturales, sea para que las malas se corrijan y enderecen al bien. Ejemplo de esto nos dan los labradores, que mientras las plantas son tiernas y pequeñas las cercan y cubren para que no las dañe el viento; pero que en cuanto el tallo tiene vigor, lo limpian de vegetación superflua y lo entregan á la agitación y sacudidas de los vientos, con lo cual lo hacen más productor.

21. Encendemos primeramente las almas juveniles con la aritmética y la música, y les enseñamos á escribir y á leer con perfección. Cuando adelantan en edad les recitamos máximas de hombres sabios, hazañas de los antiguos, y útiles discursos, todo con el adorno del verso, para que lo recuerden mejor. El relato de empresas heroicas y de célebres acciones los entusiasma insensiblemente, y los excita á la imitación para ser cantados á su vez y admirados por la posteridad. Homero y Hesiodo suelen producir este efecto en la juventud. Cuando van á estar en aptitud de comprender la política y de tomar parte en los asuntos públicos..... Pero esto acaso no pertenezca á la cuestión: no me proponía al principio hablarte de cómo ejercitamos las almas, sino explicarte el por qué de estos ejercicios corporales. Me impongo, pues, silencio sin aguardar á que lo haga el heraldo ó tú mismo, Areopagita, que por cortesía, sin duda, me dejas divagar tanto tiempo del asunto.

ANACARSIS.—Dime, Solón: ¿no hay fijada alguna pena contra los que ante el Areópago callan y no dicen todo lo necesario?

SOLÓN.—¿Por qué me preguntas eso? No comprendo tu intención.

ANACARSIS.—Porque omitiendo lo más hermoso y agradable de oír, como es lo relativo á la instrucción



intelectual, vas á hablarme de gimnasios y de ejercicios corporales, cosas indudablemente menos necesarias.

SOLÓN.—Recuerdo, amigo mío, lo que al principio estipulamos, y no quiero dar extensión á mi discurso por temor de confundirte con el exceso de datos. Trataré, sin embargo, de esto con la brevedad posible: el examen detenido de la cuestión será asunto de otra conferencia.

22. Formamos, pues, y regularizamos el alma de los jóvenes, ora con el estudio de las leyes comunes, expuestas al público en tablas con gruesos caracteres, donde se manda lo que se ha de hacer y lo que no ha de hacerse, ora relacionándolos con esos hombres virtuosos que les instruyen en lo que han de decir y obrar, y les enseñan la práctica de la justicia, la igualdad ante la ley, el amor al bien y el horror al mal y á proceder con violencia. Llamamos á estos hombres filósofos ó sofistas. Los llevamos también al teatro donde los instruimos públicamente con comedias y tragedias en que ven los vicios y virtudes de los antiguos, para que detesten aquéllos y se aficionen á éstas. Permitimos en la comedia la burla y el insulto contra los ciudadanos de costumbres notoriamente vergonzosas y perjudiciales á la república, con el doble fin de que la acre censura mejore á los perversos y persuada á los demás á huir de merecerlas.

23. ANACARSIS.—He visto á esos trágicos y cómicos que dices, si verdaderamente lo eran. Llevan borcués altos y pesados, vestido con franjas de oro y casco (1) soberanamente ridículo, con boca espantosamente abierta, dentro de la cual daban gritos te-

---

(1) La máscara teatral. Vid. *La Danza*.

rribles. No sé cómo podían andar tan seguros con aquellos borceguíes. Creo que la ciudad celebraba entonces las fiestas de Baco. Los cómicos eran más pequeños, pedestres y humanos, y gritaban mucho menos; pero sus cascos eran más ridículos y excitaban la hilaridad de todo el teatro. A los altos les escuchaban todos con aire compungido, compadecidos, creo, de las trabas y entorpecimientos que arrastraban.

SOLÓN.—No se compadecían de ellos, buen Anacarsis. Sin duda el poeta exponía á los espectadores alguna antigua desgracia y recitaba versos trágicos, cuyo sentido hacía llorar á los oyentes. Probablemente verías también algunos flautistas y á otros que cantaban puestos en círculo. Esos cánticos y esos aires de flauta tampoco son inútiles, Anacarsis. Con todas estas cosas y otras parecidas, aguijoneamos los espíritus y los perfeccionamos.

24. Los cuerpos, que era lo que principalmente deseabas saber, los ejercitamos de este modo. Así que dejan de ser tiernos y poco formados, como te he dicho, los desnudamos y principiámos por acostumarlos á la acción directa del aire, con objeto de que se habitúen á todas las estaciones y ni les incomode el calor, ni se les haga insoportable el frío. Después los untamos y los fricciónamos con aceite para hacerlos más vigorosos. Absurdo sería el creer que las pieles reblandecidas con aceite se hacen más difíciles de romper y de más duración, aunque ya muertas, y negar que un cuerpo lleno aún de vida no ha de mejorar con tal untura. Eligiendo después diversos ejercicios y poniendo al frente de cada uno sus maestros, mandamos á uno á adiestrarse en el pugilato, á otro en el pancraccio para que aprendan á resistir la fatiga, á afrontar los golpes del contrario y á no retroceder

por miedo á las lesiones. Dos efectos utilísimos para la república produce en los jóvenes este hábito: los hace intrépidos para el peligro y despreciadores de sus cuerpos, á la par que aumenta su robustez y su resistencia á los sufrimientos. Los que luchan con la cabeza baja aprenden á caer sin peligro, á levantarse con facilidad, á empujar, á enlazar y á doblegar bajo su esfuerzo al adversario, á apretarle la garganta y á levantarlo en alto; ejercicio muy útil, pues les procura la primera, y, sin duda, la principal de las cualidades, endureciéndoles el cuerpo al dolor y á la fatiga. Otra no pequeña utilidad obtienen de esto, tal es la de tener experiencia, si tienen que hacer aplicación de este ejercicio en la guerra. Es evidente, en efecto, que un hombre así aleccionado si topa con un enemigo lo derribará prontamente con una zancadilla, y que, si cae, se levantará facilísimamente. Porque para todo esto tenemos en cuenta los combates con armas, y creemos que los hombres habituados á tales ejercicios serán soldados mejores, pues el mayor robustecimiento, resistencia, agilidad y vigor que damos á sus cuerpos, sometiéndolos desnudos á estos ejercicios, los hacen por lo mismo más terribles para el adversario.

25. Comprendes, creo, lo que podrán ser armados quienes, aun desnudos, son capaces de aterrar al enemigo; quienes no tienen carnes gruesas, blancas y flojas ó descoloridas y escasas como las de los cuerpos de las mujeres, criadas á la sombra, ni tiemblan, ni se cubren de sudor, ni respiran con dificultad agobiados por el casco, y más sí el sol, como ahora, lanza sus rayos cerca del Mediodía. ¿Qué hacer con soldados siempre sedientos, incapaces de resistir el polvo, aterrados á la sola vista de la sangre y muertos antes de ponerse á tiro de flecha y de atacar?

Nuestros jóvenes tienen la tez enrojecida y morena por el sol y aspecto varonil; muestran mucho ánimo, ardimiento y valor; gozan de las ventajas de excelente salud; no están arrugados ó secos, ni gruesos hasta la pesadez, sino con carne sujeta á la más justa proporción: lo superfluo y excesivo se fundió con el sudor, y lo que da vigor y tono á los músculos permanece en ellos limpio de vicioso humor. Lo que los albainadores con el trigo, hacen nuestros ejercicios con el cuerpo juvenil; aventan raspas y pajas, separan el grano limpio y lo guardan en el montón.

26. Con tal régimen, están sanos por fuerza y aptos para resistir largamente los trabajos: cuéstales mucho romper á sudar y enferman rara vez. Si, volviendo al símil de los albainadores, se echa al fuego un manojo de trigo con espigas, la paja arderá mucho más pronto, el grano lentamente sin hacer llama, ni encenderse de golpe, sino poco á poco hasta consumirse después. De igual modo no hay enfermedad ni fatiga que, atacando á tales cuerpos, los asalte fácilmente ó los domine con prontitud: el interior está bien preparado y el exterior sólidamente guarnecido para que con daño del organismo no entren y se señoreen del cuerpo el frío ó el calor. Si la fatiga llega á dominarles algo, entonces el copioso calor interno que, como de reserva y para cuando sea necesario se halla preparado, afluye en abundancia, restaura al punto las fuerzas perdidas, les da nuevo vigor y los prepara para una resistencia sin fin. De este modo, los frecuentes trabajos y fatigas de antemano sufridos, lejos de consumir las fuerzas, las aumentan, y como con la faena del albainador, se hacen mayores.

27. Ejercitámoslos también en la carrera, bien acostumbRANDOLOS á recorrer un largo trecho, bien procurando que adquieran ligereza y rapidez en local re-

ducido. La carrera se verifica no sólo en firme y resistente suelo, sino sobre arenal profundo, donde no es fácil afirmarse y hacer hincapié en terreno movedizo. Ejercítanse, si hay necesidad, en saltar fosos ó en franquear cualquier obstáculo, hasta llevando en cada mano una masa de plomo.

Tienen también certámenes de dardos. Tú has visto en el gimnasio otra masa de bronce, redonda, parecida á un pequeño escudo, pero sin correas ni asa: intentaste levantarla del sitio en que estaba caída, y te pareció pesada y difícil de coger por lo bruñida. Pues bien; nuestros jóvenes la despiden al aire en dirección vertical ó á lo largo, y juegan á quién la arrojará más lejos. Este ejercicio les robustece los hombros y les vigoriza las extremidades.

28. El lodo y el polvo que al pronto te parecían tan ridículos, escucha por qué están aquí derramados. En primer lugar, para que los ejercitantes no caigan en duro, sino en blando y sin ningún peligro. En segundo lugar, para que al meterse en lodo, como anguilas, según tu comparación, se pongan, como es natural, más escurridizos; lo cual no es ridículo ni inútil, sino muy adecuado para aumentarles el vigor y la fuerza; pues en tal situación, se ven obligados á asirse más fuertemente para que no se les escurra el adversario. No creas que es cosa fácil levantar á uno todo untado de lodo y aceite, que procura escurrirse y escaparse. Como antes te decía, todos estos ejercicios son útiles en la guerra, cuando hay que retirar del combate á un enemigo herido ó que hacer perder tierra á un adversario. Por eso los ejercitamos en ellos excesivamente, proponiéndoles los más difíciles, para que después ejecuten sin dificultad otros más fáciles.

29. El polvo, por el contrario, lo consideramos útil para que los luchadores, una vez agarrados, no pue-

dan escurrirse. Luego, pues, que en el lodo han aprendido á sujetar un cuerpo que se les desliza entre las manos, se acostumbran á su vez á desasirse de quien los sujeta, aunque estén en condiciones desfavorables para hacerlo. El polvo además contiene el sudor, y le impide fluir copiosamente; mantiene más tiempo las fuerzas, evita la acción de los vientos, tan nocivos cuando los poros están relajados y abiertos; limpia la suciedad y da al cutis más brillo. Con gusto pondría yo juntos uno de esos jóvenes pálidos, criados á la sombra, y el que tú quisieras de los que se han ejercitado en el Liceo, limpio de lodo y polvo, y te preguntaría á cuál desearías parecerte. Seguro estoy de que, sin necesidad de probar sus fuerzas, elegirías á primera vista, prefiriendo ser robusto y fuerte á delicado, lánguido y paliducho por la falta de sangre refugiada en los vasos interiores.

30. Estos son, Anacarsis, los ejercicios á que sometemos la juventud, seguros de obtener excelentes defensores de la república, por cuyo esfuerzo viviremos en libertad, vencedores de los adversarios si nos atacan, y temidos por nuestros vecinos, que en su mayor parte nos pagarán tributo por temor. En la paz aun serán mejores: sin viciosos deseos, sin inclinarse por la ociosidad á la insolencia, sólo piensan en sus ejercicios, y en ellos entretienen sus ocios. Y como he dicho, el bien común y la completa felicidad del Estado, consisten en que la juventud, tanto en paz como en guerra, tenga buenas disposiciones y gusto por lo que nos parece más hermoso.

31. ANACARSIS.—Por consiguiente, amigo Solón, si os atacan los enemigos, salís también contra ellos ungidos de aceite y espolvoreados, y los combatis á puñetazo limpio: ellos se amedrentan, sin duda, y huyen, temerosos de que les llenéis la boca de arena,

ó de que asaltándoles por la espalda, os montéis sobre su cintura, les rodeéis el vientre con vuestras piernas y los ahoguéis metiéndoles el codo por el casco. Cierto es, por Júpiter, que os dispararán dardos y flechas; pero, como si fueseis estatuas, flechas y dardos no penetrarán en vuestros cuerpos tostados por el sol y bien surtidos de sangre. No sois, en efecto, raspas ó pajas que sucumban pronto á los golpes, sino que cedéis á la larga llenos de profundas heridas, cuando sólo os resta ya poca cantidad de sangre. Esto dices, si no he comprendido mal el sentido de tus palabras.

32. Quizá en tales casos empleáis las armas de trágicos y comediantes; y si hay una irrupción enemiga, os caláis aquellos cascos de bocas disparatadamente abiertas, con objeto de parecer más terribles al invasor y espantarle con vuestro aspecto de fantasmas; os calzáis también los altos borceguíes, ligeros para vosotros, si hay necesidad de huir, y excelentes para la persecución, pues con ellos ningún enemigo podrá escapar á vuestras grandes zancadas. Pero guarda que esos ejercicios que tan bellos creéis, no sean meros pasatiempos y juegos pueriles para entretener los ocios de la juventud desocupada. Si queréis ser realmente libres y dichosos, os hacen falta otros gimnasios y el verdadero ejercicio de las armas. No debéis luchar en juego unos con otros, sino contra el enemigo, para ejercitar el valor entre los riesgos. Dejaos, pues, de aceite y polvo, y enseñadles el manejo del arco y la esgrima de la lanza. No les déis flechas ligeras, cuya dirección varía el viento, sino un lanzón que, al ser arrojado, silbe, una piedra que les llene la mano, un afilado machete, un escudo para el brazo izquierdo, una coraza y un casco.

33. Tal cual hoy estáis, vuestra salvación me parece pura bondad de los dioses, que no han permitido to-

davía que caigáis al embate de unos pocos soldados de infantería ligera. Si desenvaino esta pequeña espada que llevo á la cintura y acometo solo á todos esos jóvenes, estoy seguro de hacerme al primer grito dueño del gimnasio. Todos huirán; ninguno osará mirar de frente á mi acero: refugiaránse en torno de las estatuas y se ocultarán detrás de las columnas, haciéndome reír la mayor parte con sus temblores y lágrimas. No los verías entonces rojillos como ahora, sino todos pálidos, teñidos al instante de otro color por el miedo. Á tal situación os ha reducido la profunda paz de que gozáis, que no podríais resistir fácilmente la vista de la cimera de un contrario (1).

31. SOLÓN.—No decían eso los Tracios que nos atacaron á las órdenes de Eumolpo (2), ni aquellas mujeres vuestras (3) que, capitaneadas por Hipólito, invadieron nuestra ciudad, ni cuantos se han medido con nosotros en el terreno de las armas. Aunque ejercitamos á nuestros jóvenes con el cuerpo desnudo, no creas, buen Anacarsis, que los mandamos inermes al peligro. En cuanto son fuertes por sí, se ejercitan en las armas, que con la anterior preparación manejan más diestramente.

ANACARSIS.—¿Y dónde está la escuela de armas? Aunque he recorrido en todos sentidos la ciudad, no la he visto en ninguna parte.

SOLÓN.—Podrías verla si permanecieses más tiempo entre nosotros, pues cada ciudadano tiene muchas armas, penachos, arneses y caballos, que se usan cuando hacen falta. Son caballeros casi la cuarta parte de los ciudadanos. Pero en tiempo de paz cree-

---

(1) Alusión á Homero, *Iliada*, xvi, v. 70.

(2) En tiempo de Erecteo, hijo de Pandión, sexto rey de Atenas.

(3) Las Amazonas.



mos inútil llevar siempre armas y andar con la cimitarra al cinto, y hasta hay penas señaladas para el que lleva armas innecesariamente en la ciudad ó las saca al público. El vivir siempre arma al brazo es excusable en vosotros: habitáis en lugares no fortificados, y expuestos, por consiguiente, á una celada: tenéis muchos enemigos, é ignoráis si á lo mejor os asaltará alguno y os arrancará del carro en que dormís para mataros. La mutua desconfianza en que vivís, vuestra individual independencia, la falta de leyes y de comunidad política, os imponen el uso continuo de las armas para tenerlas prontas en caso de ataque.

35. ANACARSIS.—Á vosotros, pues, os parece inútil llevar armas sin necesidad; procuráis que no se estropeen manejándolas, y las guardáis escondidas para usarlas cuando hagan falta; y sin embargo, á pesar de no haber peligro alguno, sometéis á trabajos el cuerpo de los jóvenes, los rendís á golpes y sudores, y no reserváis sus fuerzas para cuando sea preciso, sino que las malgastáis en la arena y el polvo.

SOLÓN.—Das á entender, Anacarsis, que tienes de las fuerzas una idea que te hace equipararlas al vino, al agua ó á otro líquido cualquiera: temes, pues, que, como de vaso de arcilla, se escurran sin ser vistas entre los trabajos, y dejen vacíos y secos los cuerpos, sin nada que en el interior supla á esta pérdida. Pero no es así: cuanto más se las agota con las fatigas, más abundantes afluyen, á modo de la hidra fabulosa, á la cual, según habrás oído, le brotaban dos cabezas por cada una que se le cortaba. Si no se las ejercita desde el principio, si no se las vigoriza y acopia, son mermadas y consumidas por el trabajo, como sucede con una hoguera y una lámpara. Con el mismo soplo encenderás la hoguera y aumentarás rápidamente su

llama á la cual sirve como de aguijón tu esfuerzo, y apagarás la lámpara, cuya mecha no da materia suficiente para resistir tu soplo, falta en el fondo de bastante fortaleza.

36. ANACARSIS.—No comprendo bien todo eso: tus pensamientos son de sutileza superior á mi inteligencia, y exigen cultivado ingenio y aguda perspicacia. Dime, pues, con toda claridad por qué en los juegos Olímpicos, Ístmicos y Píticos, y en todos los demás á los que acude, como has dicho, numerosa concurrencia á presenciarse certámenes de jóvenes, jamás instituis combates con armas, sino que los hacéis comparecer desnudos, y enseñáis cómo se atacan y golpean con pies y manos, y premiáis, por último, á los vencedores con ramas de olivo y manzanas. Merece ser conocido el por qué obráis de esta suerte.

SOLÓN.—Creemos que les inspirará mayor afición á estos ejercicios el ver honrados de esta suerte á los que se distinguen en ellos y proclamados ante toda Grecia. La necesidad de comparecer desnudos ante tanta gente, les estimula á adoptar buenas actitudes, para no tener que avergonzarse de su desnudez y mostrarse cada cual digno de la victoria. Los premios, como ya te he dicho, no son pequeños, pues consisten en el aplauso de los espectadores, en ser distinguido, en ser señalado con el dedo y en parecer el mejor de sus iguales. Por lo mismo muchos espectadores, que están todavía en edad para estos ejercicios, se retiran de los juegos, ardientemente enamorados de los ejercicios y sus glorias. Porque, quitado de la vida el amor á la gloria, ¿qué cosa buena nos quedaría, Anacarsis? ¿Quién querría realizar una brillante empresa? Ahora ya puedes comprender que no serán en la guerra y con armas, defendiendo patria, hijos, mujeres y templos, los que desnudos y para

ganar unas manzanas ó una corona de olivo, muestran tal afán por la victoria.

37. ¿Pues qué pensarías si vieses nuestras riñas de codornices y de gallos, y el entusiasmo que en ellas se manifiesta? Te reirías de seguro, sobre todo si oyeses que están prevenidas por la ley, la cual manda que todos los jóvenes asistan á ver cómo aquellas aves combaten hasta perder la vida. Pues tampoco esto es ridículo. Imbuye en las almas cierto ardor para afrontar los riesgos, con el temor de parecer más cobardes y menos atrevidos que los gallos, si ceden antes que ellos á heridas, trabajos ú obstáculos de cualquiera especie. Tocante á ejercitarlos en las armas y verlos llenos de heridas, ¡quita allá! Feroz, terrible, siniestro, y por añadidura inútil, sería el que se matase la flor de nuestros guerreros, que podrían servirnos mejor combatiendo al enemigo.

38. Ya que piensas viajar por el resto de Grecia, acuérdate de esto, Anacarsis, y cuando estés en Lacedemonia no te rías de los Espartanos, ni creas que se fatigan vanamente si los ves precipitarse unos contra otros en un anfiteatro detrás de una pelota, ó si reunidos en un lugar cercado de agua, divididos en falanges y desnudos como nuestros jóvenes, se atacan como enemigos, hasta que uno de los bandos, el de Hércules, por ejemplo, ó el de Licurgo, desaloje de sus posiciones al otro y le obligue á meterse en el agua. Desde este momento renace la paz y nadie da ya un golpe. Sobre todo cuando veas que, mientras los azotan ante un altar y están chorreando sangre, están presentes los padres y las madres, y no sólo se indignan, sino que los amenazan como no resistan los golpes, y les ruegan que soporten el dolor y los golpes el mayor tiempo posible. Muchos, no queriendo confesarse vencidos, ni ceder al dolor ante sus padres

mientras les duraba la vida, han muerto en esta prueba. Esparta les ha erigido estatuas, objeto de veneración pública. Cuando presencias estas cosas no creas, pues, que están locos, ni digas que sufren tales dolores sin necesidad alguna, sin que tirano alguno ó enemigos crueles se los impongan. Licurgo, su legislador, alegaría multitud de argumentos para justificar que se les castigue así: no por odio ó enemiga, ó para consumir inútilmente la juventud de la ciudad, sino para obtener ciudadanos sufridísimos, superiores á todo dolor y capaces de salvar la patria. Y aunque no te lo dijese Licurgo, se te alcanzaría, creo, que soldados de tal temple si son hechos prisioneros en la guerra, jamás revelarán los secretos de Esparta, y si les atormentan se reirán del enemigo, y brindándose al azote, contenderán en tenacidad con el verdugo.

39. ANACARSIS.—¿Licurgo, amigo Solón, fué azotado en su juventud, ó después de pasar de la edad propia para esta prueba, la estableció con objeto de divertirse, á mansalva?

SOLÓN.—Ya era anciano cuando dió estas leyes á Esparta al regresar de Creta. Había hecho un viaje á esta isla, noticioso de que sus moradores tenían leyes inmejorables dictadas por Minos, hijo de Júpiter.

ANACARSIS.—¿Pues por qué no imitas á Licurgo y azotas á tus jóvenes? Es una bella práctica no indigna de las vuestras.

SOLÓN.—Porque nos bastan nuestros gimnasios, que son institución propia nuestra y no queremos imitar costumbres extrañas.

ANACARSIS.—No es esa la razón, sino el que, á mi ver, comprendes que eso de ser azotado desnudo, y con las manos levantadas, no conduce á nada bueno ni para los particulares ni para el estado en general. Así es que si me corresponde viajar por Esparta cuan-

do se efectúen esas pruebas, temo que públicamente me apedreen, pues no podré menos de reirme viéndolos azotar como ladrones, robamantos ó autores de fechorías de este género. Paréceme que ciudad que tales prácticas tolera, necesita una buena dosis de heléboro.

40. SOLÓN.—No creas, amigo mío, que ganarás una causa desierta, en la que tú sólo abogas, por ausencia de quien replique. En Esparta hallarás quien responda cumplidamente á tus objeciones. Pero pues te he descrito nuestras instituciones, y no las apruebas por completo, me creo con derecho á pedirte que me describas las vuestras, y me digas cómo educáis á los jóvenes escitas, á qué ejercicios los sometéis, y de qué modo hacéis de ellos hombres valientes.

ANACARSIS.—Justísima es tu petición, amigo mío. Te describiré los usos de Escitia, no tan brillantes como los vuestros, á los que en nada se asemejan. No nos atrevemos á recibir una bofetada; somos medrosos, pero te los describiré como son. Mas, si te parece, dejemos para mañana la conferencia, así tendré tiempo para meditar sobre lo que me has dicho, y para refrescar el recuerdo de lo que he de decirte. Dejemos la conversación en este punto, y retirémonos, pues ya anochece.

---



## L.

### DEL DUELO.

1. Interesante es examinar lo que en los duelos dicen y hacen la mayor parte de los hombres; las palabras que para consolarlos se les dirigen y su idea de que la muerte es desgracia intolerable para ellos y para aquellos cuya perdida deploran. ¡A fe de Plutón y Proserpina! no saben con exactitud si todo ello es realmente un mal digno de ser llorado, ó si, por el contrario, es para aquel á quien le acontece una dicha y un mejoramiento de fortuna; pero es de rigor entregarse al llanto así que alguna persona espira. Las ideas que el vulgo tiene de la muerte quiero que sirvan de comienzo á este trabajo: así se verá el objeto de sus inútiles prácticas.

2. La infinita muchedumbre que los doctos llaman vulgo, llena de fe en Homero, Hesiodo y demás narradores de fábulas, considera verdaderos dogmas sus ficciones y cree que existe bajo la superficie de la tierra el llamado Infierno, lugar profundo, inmenso, vasto, tenebroso y sin sol, de suerte que ignoro con cuál luz pueden ver todo lo que hay allí dentro. En este inmenso abismo reina un hermano de Júpiter, llamado Plutón, porque, según me tiene mani-

festado persona perita en el asunto, es rico (1) por los muertos. Este Plutón ha establecido un gobierno y leyes bajo las cuales viven los difuntos. Le cupo en suerte el imperio de los muertos, que una vez recibidos son sujetos con prisiones de las que nadie escapa, de suerte que á ninguno, con pocas excepciones y por causas gravísimas, se le ha permitido volver desde el principio del mundo.

3. Cercan aquella región ríos inmensos, cuyo sólo nombre ya da espanto: los Cocitos, los Piriflegetontes (2) y otros con nombres parecidos. Lo más horrible es la laguna Aquerusia, primera que encuentran los recién llegados. No es posible atravesarla, ni bordearla sin barquero: es, en efecto, demasiado profunda para vadeada y demasiado ancha para pasada á nado, hasta el punto de que ni aun las sombras de las aves pueden traspasarla á vuelo.

4. En la misma entrada y junto á la puerta, que es de diamante, está un sobrino del rey llamado Eaco, el cual tiene á su cargo la guardia del aquel sitio. Le acompaña un espantoso can tricípite, el cual mira tranquila y apaciblemente á los que entran, y espanta con ladridos y terrífica exhibición de dientes á los que intentan la fuga.

5. Pasada la laguna, se entra en un inmenso prado de gamones, regado por un río extirpador de la memoria, por lo cual se le llama el Leteo (*río del olvido*). Todo esto fué, sin duda, contado á los antiguos por los que de allí volvieron, como los tesalios Protesilao y Alceste, Teseo, hijo de Egeo, y el homérico Uli-

---

(1) Las palabras Πλούτων, *Plutón*, y πλῦτος, *riqueza*, cuya semejanza salta á la vista, explican el significado que Luciano da al nombre del monarca del infierno.

(2) *Cocito* se deriva de κωκύω, *lanzar gritos de dolor*; *Piriflegetón*, viene á significar *río de fuego*.



ses, testigos fidedignos y graves que no debieron beber de aquella fuente, porque lo hubieran olvidado todo.

6. Plutón, al decir de ellos, y Proserpina mandan allí y lo tienen todo bajo su dominio, con una turba multa de ministros, copartícipes de su autoridad que son las Furias, las Penas, los Terrores y Mercurio. Este último no se halla en el infierno de continuo.

7. Prefectos, sátrapas y jueces hay dos, Minos y Radamanto, ambos cretenses é hijos de Júpiter. Estos, cuando hay reunido gran número de hombres buenos, justos y virtuosos, los envían como una colonia al Campo Elíseo donde viven felicísimos.

8. Cuando caen malvados en su poder los entregan á las Furias y los envían al lugar de los impíos, donde son castigados en proporción á sus delitos. ¿Qué de tormentos no sufren allí, torturados, quemados, desgarrados por buitres, enrodados, obligados á subir piedras inmensas? Tántalo, en seco, junto á un lago, teme morir de sed á cada momento.

9. Los hombres de vida media, cuyo número es grande, vagan sin cuerpo por el prado, convertidos en sombras que, al tocarlas, se desvanecen como humo. Aliméntanse de las libaciones y ofrendas que sobre sus túmulos hacemos. De modo que quien no deja en la tierra amigos ni parientes, es muerto que no come y condena á hambre perpétua.

10. Tal raíz han echado estas creencias en el vulgo que, en cuanto espira algún pariente, le meten en la boca un óbolo, para pago del pasaje al barquero, sin ver antes qué género de moneda es en el infierno de recibo y corriente, ni si allí admiten el óbolo atico, el macedónico ó el eginético, ni pensar cuánto mejor fuera que no pudiesen pagar la barca,

pues así no los admitiría el barquero, y rechazados por él, volverían al mundo.

11. Lavan después los cadáveres, como si la infernal laguna no fuese baño suficiente para los que allí están; ungen con perfume exquisito el cuerpo, próximo ya á despedir el cadavérico hedor, lo coronan con flores de la estación y lo exponen magníficamente vestido, sin duda para que no tengan frío en el viaje y no los vea desnudos el Cerbero.

12. En tanto, todo son gemidos, lamentos de las mujeres, golpes en los pechos, cabellos arrancados, mejillas ensangrentadas y llanto general: á veces hay desgarraduras de vestidos y encenizadas cabezas. Más de compadecer que el muerto son los vivos, pues á menudo se revuelcan éstos en el polvo y pegan con la cabeza en el suelo, mientras aquél, tendido en bella actitud, lleno de coronas y levantado sobre un lecho fúnebre, está adornado como para una pompa triunfal.

13. A seguida la madre, y también el padre, adelantándose de entre los demás parientes (supongamos, para dar colorido más patético á la escena, que es un joven el difunto), abrazan el cuerpo inerte y pronuncian frases sin sentido y absurdas, á las cuales, si el muerto recobrase la vez, no sabría qué responder. El padre, con acento lúgubre, deteniéndose en cada palabra: «Hijo mío, dulcísimo, dice, te he perdido; has muerto; has perecido prematuramente; me dejas solo, ¡pobre de mí! sin casarte, sin tener hijos, sin servir en el ejército, sin cultivar los campos, sin llegar á la vejez. ¡No tendrás ya francachelas, ni amores, hijo mío; ni te embriagarás en el convite con los de tu edad!»

14. Estas y semejantes palabras dirá, creyendo que su hijo aun necesita tales cosas, y que las apetecerá

después de muerto y él no se las podrá proporcionar. ¿Mas qué digo? ¡Cuántas veces no han sido sacrificados sobre el túmulo caballos, concubinas y escanciadores! ¡Cuántos no han sido quemados ó enterrados con el cadáver, vestidos y otros adornos, como si en el infierno los hubiera de usar y disfrutar!

15. Ahora bien, el anciano que de este modo y de otros muchos se lamenta, no declama por el hijo con trágica voz, pues sabe que ni aunque tuviese la de Estentor le podría oír; no declama tampoco por sí mismo, porque puede sentir y dolerse sin tales gritos, pues nadie necesita gritarse á sí mismo para darse cuenta de su infelicidad, luego sólo por causa de los presentes dice aquellos desatinos, sin comprender lo que ha acontecido á su hijo, ni á donde ha ido, ni averiguar qué es la vida por él abandonada, pues de otra suerte no lamentaría su tránsito á otra como si fuese la mayor calamidad.

16. Si el hijo pudiese hablar, é impetrase de Eaco y de Plutón el permiso para asomar la cabeza por la puerta del infierno y dar fin á las absurdas lamentaciones de su padre: «¡Pobre hombre!, le diría, ¿á qué esos gritos? ¿A qué me vienes á molestar? Deja de arrancarte los cabellos y de arañarte la cara. ¿Por qué me insultas llamándome infeliz y malaventurado, cuando soy mucho más feliz y venturoso que tú? ¿Qué mal te imaginas que sufro? ¿Acaso el no haber llegado, como tú, á ser un viejo con la cabeza calva, arrugado el rostro, débiles las rodillas, encorvado y hundido bajo el peso de la edad y por el transcurso de sin fin de meses y olimpiadas, que viene, en fin, á chochar ante tantos testigos? ¡Necio! ¿Qué bienes de los cuales no podré disfrutar, tiene, á juicio tuyo, la vida? ¡Francachelas, festines, vestidos, goces de amor! ¿Temes que su privación me hará infeliz? ¿No consideras que no tener

sed, es mejor que beber; no tener hambre, mejor que comer, y no tener frío, mejor que poseer infinitas prendas de vestir.»

17. «Ea, pues; ya que al parecer lo ignoras, voy á enseñarte cómo me has de llorar. Comienza de nuevo y grita otra vez: «¡Hijo mio, infeliz; ya no tendrás hambre, ya no tendrás frío, ya no tendrás sed! Te he perdido, ¡pobre de mí!, te has librado de enfermedades; ya no tendrás que temer fiebres, enemigos, ni tiranos. El amor no te entristecerá más, el comercio con las mujeres no te aniquilará más, ni te entregarás á él diariamente dos veces ó tres. ¡Desdicha atroz! No llegarás, en fin, á ser un viejo despreciado, cuya sola vista molesta á la juventud.»

18. «Si me dijese esto, ¿no te parece que te expresarías de un modo más ingénuo y veraz? ¿Ó te atormenta acaso el pensar que estoy cercado de tinieblas, y el temor de que puedo asfixiarme en el sepulcro? Pues considera que podridos en breve mis ojos, ó quemados si habéis decidido mi cremación, no he de ver ya ni las tinieblas, ni la luz, y esto es cosa que se puede sobrellevar.

19. ¿De qué me sirve vuestro llanto? ¿De qué los gemidos y golpes de pecho á compás de flauta? ¿De qué esa interminable lamentación mujeril? ¿Para qué esa piedra coronada en mi sepulcro? ¿Para qué ese vino derramado en derredor? ¿Crees, por ventura, que ha de filtrarse hasta nosotros y ha de penetrar en la morada de Plutón? Tocante á los sacrificios fúnebres ya veis, creo, que la parte más delicada, desvanecida en humo sube al cielo sin provecho alguno para los que abajo estamos, y quedan sólo cenizas completamente inútiles á los muertos, á menos que creáis que nos sirve de alimento este manjar. El reino de Plutón no carece de flores y de frutos, y jamás nos faltan para

necesitar que nos enviéis vosotros qué comer. Así es que, por Tisifone lo aseguro, á no impedírmelo el lienzo y las vendas de lana con que me habéis sujetado las mandíbulas, tiempo hace que vuestras palabras y acciones me hubieran hecho soltar la carcajada.»

20. Dijo, y la muerte lo escondió en sus alas (1).

Por vida mía, si el muerto volviendo la cabeza é incorporándose sobre un codo, hablase de tal suerte, ¿no os parecería cargado de razón? Sin embargo, los necios continúan sus lamentaciones; llaman á algún perito compositor de trenos, compilador de muchas catástrofes antiguas, y con su ayuda y dirección dan rienda suelta á su locura y continúan los cantos fúnebres en cuanto él los empieza á recitar.

21. La ridícula costumbre de los trenos es casi universal: en lo que les sigue, ó sea en el modo de sepultar los cadáveres, hay mucha variación: el griego quema, el persa inhuma, el indio barniza, el escita come y el egipcio sala. Este último (cuento lo que he visto) suele hacer del cadáver desecado su convidado y comensal. A menudo también, dados en prenda el cadáver de un padre ó de un hermano, sacan de apuros al egipcio falto de numerario.

22. Los túmulos, pirámides, cipos é inscripciones, ¿no son, por el poco tiempo que duran, inútiles y como juego pueril?

23. También algunos pueblos tienen ciertos certámenes fúnebres, y pronuncian elogios del muerto sobre su sepulcro. Diríase que defienden su causa ó que prestan declaración en su favor ante el tribunal infernal.

---

(1) Homero, *Ilíada*, XVI, v. 502.

24. A la postre de todo viene la comida fúnebre. Asisten á ella los parientes del difunto y procuran consolar á los padres y hacerles probar algún bocado, á lo cual sin mucha repugnancia se prestan, como que al cabo de tres días de ayuno no podrían resistir ya el hambre. «¿Hasta cuándo, dicen, hemos de estar llorando, amigo mío? Deja descansar en paz los manes de tu hijo bienaventurado. Si piensas llorarlo sin intermisión, come por lo mismo, para tener fuerza suficiente para el llanto. Entonces todos los convidados como un solo rápsoda recitan estos dos versos de Homero:

No se olvidó del pan la bella Niobe (1)

y

Entre griegos no llora al muerto el vientre (2),

prueban, pues, los padres la comida con cierto recato al principio, temerosos de parecer demasiado sometidos á las exigencias del estómago á raíz de la muerte del ser más amado. Estas cosas y otras más ridículas echará de ver quien observe lo que en los duelos se hace. Causa de todo es la vulgar creencia de que la muerte es el mayor de los males.

---

(1) *Ilíada*, XXIV, v. 602.

(2) *Id.*, *ibid.*, XIX, v. 225.

## LI.

### EL MAESTRO DE RETORICA (1).

1. Pregúntasme, joven, cómo podrías hacerte retórico y adquirir el título de sofista, nombre respetable y de hecho por todos respetado. Imposible te es vivir, dices, si no logras en el hablar fuerza bastante para ser invencible, para impedir que nadie se atreva á contrariarte, para atraerte la admiración y las miradas de todos, y para que los Griegos anhelan oírte, y, como es consiguiente, desees conocer, si los hay, los caminos que á este objeto conducen. No tengo por qué negarme, sobre todo siendo quien me pregunta un joven dotado de inclinaciones generosas, desconocedor del lado á que deba volverse, y que, como tú ahora, pide consejo, cosa verdaderamente sagrada. Oye, pues, cuanto se me alcanza y confía en llegar á ser en poco tiempo terrible en la invención y en la elocución, si permaneces fiel á mis preceptos, si los meditas con entusiasmo y sigues hasta llegar á su extremo el camino que voy á señalarte.

2. Lo que anhelas no es de poca monta, en verdad,

---

(1) Está aún *sub indice* la cuestión del objeto que el autor se propuso al escribir este tratado: hay razones para suponer que Luciano trató de desahogar en él su odio contra Julio Pollux, su competidor en la plaza de maestro de Cómodo, ó solo burlarse en general de la falsa elocuencia de los declamadores y eruditos á la violeta de su tiempo.

ni exige pocos cuidados. Requiere, sin duda, mucho trabajo, muchas vigiliass, y cuanto puede ejercitar la paciencia. Mira cuántos hombres que nada eran antes se han hecho con el don de la palabra ricos, nobles é ilustres.

3. No temas, sin embargo, ni renuncies al logro de tus grandes esperanzas, intimidado por lo difícil del objeto y por la idea de que tienes que vencer antes infinitos obstáculos. No hemos de llevarte por senda tan difícil, áspera y fatigosa que hayas de retroceder rendido á mitad de ella. Si así fuese, ninguna ventaja tendríamos sobre los demás maestros, que guían á sus discípulos por el ordinario derrotero, largo, escarpado, trabajoso y desesperante muchas veces. Lo mejor de mi sistema es que el camino que al objeto lleva es á la vez corto y gratisimo, de suave pendiente, lleno de distracciones y recreos. A través de floridos prados y arboledas umbrías, con paso sosegado y tranquilo, subirás á la cumbre, y tomarás sin trabajo la fortaleza, en donde, sentado ya á la mesa, verás desde la cima á los que, habiendo seguido la otra ruta, suben todavía por sendas ásperas, resbaladizas y peligrosas, arrastrándose penosamente, rodando alguna vez de cabeza, é hiriéndose infinitas con las agudas rocas. Tú, por el contrario, coronado mucho antes allá arriba, serás muy dichoso, como que en tiempo breve y como durmiendo, te habrá entregado la Retórica todos sus tesoros.

4. Grande es, en verdad, la promesa; mas, por Júpiter, protector de la amistad, te pido que no dudes de mí, porque te hable de medios fáciles y gratisísimos. ¡Cómo no! Si sólo por haber cogido en el Helicón unas pocas hojas (1), convirtiósese repentinamente

---

(1) Vid. *Teogonia*, v. 30.



Hesiodo de pastor en poeta, y cantó, inspirado por las Musas, el nacimiento de los dioses y los héroes, ¿será imposible, habiendo quien enseñe la senda más corta, hacerse en breve tiempo retórico, profesión cuya grandilocuencia es inferior á la poética?

5. Quiero con este motivo referirte la historia de un mercader Sidonio, autor de un buen descubrimiento, que por no haber sido creído no dió resultado alguno. Después de la derrota de Darío, junto á Arbelas, reinaba en Persia Alejandro y necesitaba enviar á todos los puntos del imperio correos portadores de sus órdenes. De Persia á Egipto era muy largo el viaje: había que flanquear muchas montañas, atravesar la Babilonia, penetrar en Arabia, cruzar un desierto inmenso para llegar á Egipto en más de veinte jornadas para el hombre más ligero. Molestaba esto á Alejandro, que, noticioso de alguna sublevación de los Egipcios, no podría enviar rápidamente sus instrucciones á los sátrapas. Entonces el mercader Sidonio: «Yo te prometo, le dijo, enseñarte un camino corto de la Persia al Egipto. Pasando esos montes, lo cual puede hacerse en tres días, se llega en seguida á Egipto.» Esto era verdad; pero no lo creyó Alejandro, suponiendo que el mercader mentía. Así lo prometido contra la opinión común parece increíble al vulgo.

6. No pienses tú lo mismo. Pronto sabrás experimentalmente que nada te impide hacerte retórico en un solo día y pasar el monte que separa á los Persas del Egipto. Pero antes, á imitación de Cebes, quiero trazarte con palabras el cuadro de ambos caminos: porque dos son, en efecto, las sendas que conducen á la Retórica, á quien, sin duda, ardientemente amas. Sobre la cumbre hállase sentada una mujer completamente hermosa y adorable; en la mano derecha tiene el cuerno de Amaltea, del cual á manta brotan

toda clase de frutas: en la izquierda, imagínate erigido á Pluto todo de oro y amable: la Gloria y el Poder están á su lado, y los aplausos á manera de pequeños amores, revolotean enlazados en derredor de su cabeza. Ya habrás visto pintado al Nilo: represéntasele, por lo común, recostado en un cocodrilo ó en un hipopótamo, y jugueteando en torno de él una multitud de niños, llamados por los Egipcios *codos*; pues así son los aplausos en derredor de la Retórica. Acércate ya, enamorado, ansioso de llegar cuanto antes á la altura, para casarte con la Retórica, en llegando, y entrar en posesión de la riqueza, la gloria y los aplausos que, según prescripción legal, son propiedad del esposo.

7. Pero cuando llegas al pie de la montaña, principias por creerla inaccesible. Te hace igual impresión que la roca Aornos hizo á los Macedonios, quienes al verla escarpada por todas partes é inaccesible para los mismos pájaros, creyeron que era preciso ser Hércules ó Baco para escalarla. Esto te parecerá al principio; pero á poco distinguirás dos rutas; una estrecha, cuajada de espinas, áspera, pronosticando horrores de sudor y de sed al viandante. Hesiodo (1) la ha descrito ya perfectamente, y no necesitas mi descripción para nada. La otra es ancha, florida, llena de fuentes, tal, en fin, como antes la he pintado. No te detendré, pues, con repeticiones, cuando podrías ser ya un retórico.

8. Debo, sin embargo, añadir que la ruta escabrosa y empinada no tiene muchas huellas de viajeros: y si algunas tiene, son antiguas. Yo también ¡pobre de mí! subí por ella, sufriendo sin necesidad tantos trabajos. La otra, lisa y llana, y sin rodeo alguno, la ví

---

(1) *Los trabajos y los días*, v. 290.

entonces de lejos, pero no fuí por ella, pues, como joven, me era lo mejor desconocido y creía á pies juntos en el citado poeta que nos dice:

«Todos los bienes nacen del trabajo» (1).

Pero no hay tal, pues veo que la mayor parte han conseguido sin trabajo los mejores puestos, sin más que una feliz elección de género de oratoria y de camino. Al llegar á la entrada de los dos caminos, dudarás, bien lo sé, y dudas ya sin saber por cuál de ellos dirigirte. Pero yo te diré lo que debes hacer para llegar fácilmente á la cumbre, ser feliz, casarte con la Retórica y asombrar á todos. Basta con lo que yo, por mi funesto error, he trabajado: para tí, como en la edad saturnia,

Sin arar ni sembrar nacerá todo.

9. Se te acercará en seguida un hombre fornido y vigoroso, de varonil andar, cuerpo tostado por el sol, enérgica mirada y aire despierto. Es el guía del camino difícil. Para persuadirte á que le sigas, te dirá aquel necio unas cuantas sandeces, y te mostrará las huellas de Demóstenes, de Platón y de algunos otros, grandes, en verdad, y mayores que las del día; pero borrosas y desvanecidas casi todas por el tiempo. Te prometerá la felicidad y el casamiento con la Retórica, siempre que sigas aquellas huellas como la cuerda el funámbulo, pues si te tuerces un poco ó sacas fuera el pie ó te inclinas y te vences á un lado ó á otro, te saldrás del camino que conduce directamente á las bodas. Te mandará después estudiar los anti-

---

(1) *Los trabajos y los días*, v. 308.

guos, te propondrá para modelos discursos anticuados de imitación difícil, como obras salidas de los vetustos talleres de Hegesias, Critio y Nestocles, sobrias, nervudas, algo rígidas y severa y correctamente modeladas. El trabajar, el velar, el beber agua y el no descansar nunca, te lo prescribirá como cosas necesarias, sin las cuales es imposible recorrer toda la senda; y lo que es más penoso, señalará para tu viaje muchos años, pues este guía no cuenta el tiempo por días ni por meses, sino por olimpiadas completas, lo cual rinde de antemano á quien le escucha, obligándole á renunciar á la empresa y á despedirse de la esperada dicha. Te exigirá, por fin, encima de esto y en pago de tantos males, honorarios nada exiguos, y no se brindará á guiarte sin previa entrega de una crecida suma.

10. Esto te dirá aquel jactancioso charlatán, arcaísmo viviente, contemporáneo de Saturno, proponiéndote modelos muertos hace mil años, mandándote desenterrar discursos antiquísimos, y ordenándote, como lo más útil del mundo, la imitación del hijo de un vendedor de espadas (1), ó el de aquel Atrometo (2), escribano de oficio; y esto en tiempo de paz, cuando no hay Filipo que invada, ni Alejandro que mande, ocasiones en que tal género de oratoria pudiera ser útil, pues el buen hombre desconoce, sin duda, la nueva vía, expedita, breve y derecha, recientemente hallada para ir á la Retórica. No le creas, pues, ni le escuches: te desnucará, si te coge, ó te anticipará la vejez á fuerza de fatigas. Si amas sinceramente á la Retórica; si quieres poseerla cuanto antes; si quieres gozarla en la plenitud de tu vigor, ó mejor aún, que ella espontá-

---

(1) Demóstenes.

(2) Esquines.

neamente se arroje á tus brazos, echa enhoramala á ese barbudo que abusa de su aspecto vigoroso; déjale subir con los que pueda persuadir á que le sigan, y ya verás como jadea y suda.

11. Pero tú, pasando al otro camino, hallarás, entre otras muchas personas, un hombre omniscio y absolutamente hermoso: balancéase al andar y lleva ligeramente inclinada la cabeza; su mirada es femenina, y meliflua su voz; huele á perfumes, ráscase la cabeza con la punta del dedo, péinase con cuidado la escasa cabellera rizada en forma de jacintos, y parece un delicado Sardanápalo, un Cíniro, ó el mismo Agatón, aquel hermoso poeta trágico (1). Te digo esto para que con tales señas lo conozcas y no se te vaya á pasar por alto cosa tan divina y amada por las Gracias y Venus. ¿Pero qué estoy diciendo? Si se te acercase y abriese aquella boca que destila mieles del Himeto, y te hablase con la voz acostumbrada, en seguida, aunque tuvieses los ojos cerrados, conocerías que no era un ser de nuestro linaje, un mortal alimentado con frutos de la tierra, sino un ente fantástico nutrido con rocío ó ambrosía. Si te acercas á él, si te sometes á su dirección, te harás retórico de un golpe, y retórico conspicuo, ó, como de sí mismo afirma él, un rey de la elocuencia, llevado triunfalmente por las cuadrigas del discurso. Se encargará de ti y te enseñará primero lo siguiente.....

12. Pero mejor será dejarle hablar á él: fuera ridículo que yo lo hiciese por semejante orador. Sería yo un mal actor, y es de temer que me cayera, arrastrando conmigo al personaje principal. Diré, pues, como después de aliñarse ligeramente el cabello que le queda y de arquear los labios con la fina y graciosa

---

(1) Vid. Aristófanes, *Las fiestas de Ceres y Proserpina*.

sonrisa que le es peculiar, se expresará con voz dulce y zalamera, imitación de la de alguna Tais, Glicera ó Maltace de comedia. Un acento brusco y varonil sería impropio de tan atildado y amabilísimo orador.

13. Hablando de sí mismo con modestia sin igual: «Amigo mío, te dirá, ¿acaso Apolo Pitio te envía á mí declarándome el mejor de los retóricos, como en otro tiempo declaró á Querefón (1), cuál era el más sabio de los hombres? Si no es así; si de propio grado acudes atraído por la fama de mi ingenio; si te atraen el tributo de entusiasta admiración que me dan todos, las alabanzas que me cantan, el asombro con que me miran, y la humildad con que las armas se me rinden, pronto sabrás á qué celestial varón te has dirigido. No esperes que has de ver nada que tenga conmigo punto de comparación: Ticio, Oto y Efiates te son conocidos: pues bien, se te mostrará otra cosa infinitamente más extraordinaria y superior. Mi voz, como verás, eclipsa la de mis émulos, como la trompeta cubre á las flautas, como las cigarras á las abejas y los coros al que les da la entonación.

14. »También deseas hacerte retórico, y más fácilmente que conmigo con nadie podrás aprender la profesión. Sigue no más, cuidado mío, mis consejos, imita mi ejemplo en todo, y observa religiosamente los preceptos que te dictaré. Adelántate ya, no vaciles, no temas por no estar iniciado todavía en aquellos estudios que, como preliminares para entrar en la Retórica, con sumo trabajo prescriben hombres vanos sin sentido común. No hacen falta. Entra, como dice el proverbio, sin lavarte los pies. Aunque no sepas escribir, cosa bien conocida, no por eso será peor tu condición. El retórico está por encima de esa vulgaridad.

---

(1) Vid. Platón, *Apología de Sócrates*, v.

15. »Te diré primero las provisiones que has de traerte de casa y cómo has de avituallarte para hacer el viaje más pronto y mejor: á continuación y de camino te expondré ciertos principios y te daré ciertos consejos, con los cuales, antes de ponerse el sol, serás un retórico superior á los demás; en una palabra, un retórico como yo, ocupando el lugar primero, último y medio entre cuantos se dedican á hablar. Tráete, pues, porque es lo principal, mucha ignorancia, y además mucho aplomo, mucho atrevimiento y mucha desfachatez: la vergüenza, la discreción, la modestia y el rubor dejátelos en casa; son inútiles y perjudiciales á nuestro intento. Tráete también toda la voz que puedas, tono insolente y andar como el mío. Lo dicho es lo indispensable, y con ello basta. El traje blanco y brochado, de fábrica tarentina, que deje traslucir el cuerpo; el calzado ático, mujeril, abierto en varios sitios, ó borceguíes sicionios, adornados con cintas blancas; numerosa servidumbre detrás de ti, y siempre un libro en la mano. Éstas deben ser tus provisiones.

16. »Lo restante, según vamos andando, puedes irlo viendo y oyendo. Te diré las condiciones en que has de presentarte. Si las reunes, la Retórica te reconocerá, te admirará y no te rechazará, enviándote en hora mala como á profano ó espía que viene á sorprender sus misterios. Ante todo, atildado exterior y elegante vestido: luego quince ó, todo lo más, veinte palabras áticas recogidas de donde se te antoje, y correctísimamente pronunciadas. Tendrás siempre en la punta de la lengua *ἀττα* y *καττα* y *μῶν* y *ἀμνητέπη* y *λῶστε* (1) y análogas, con las cuales rociarás tus discursos como con una salsa: no te importe si las demás

---

(1) Vid. *Lexifanes*, 21.

no se les parecen, ó son de otra familia, ó perfectamente discordantes; sea bella y brillante la franja de púrpura, aunque el vestido sea de burda piel de cabra.

17. »Haz después gran acopio de palabras raras y peregrinas, usadas escasas veces por los autores antiguos, y tenlas siempre apercebidas á lanzarse sobre los que conversen contigo. Lograrás que el vulgo se fije en tí y te admire, creyéndote dotado de erudición incomparable cuando te oiga disparar un ἀποστλεγ-γίσασθαι en vez de ἀποξύσασθαι [*quitar rascando*]; un εἰλιθερεῖσθαι, por ἡλίω θέρεσθαι (*calentarse al sol*); decir ἀρ-ῥόβωνα, por προνόμιον (*arras*, en vez de *pago adelantado*) y ἀκροκνεφές (*matinal*) por ὄρθρον (*el amanecer*). Inventarás á veces vocablos peregrinos, llamando, pongo por caso, εὐλεξιν al que habla elocuentemente, σοφόνου, al entendido, y χειρόσοφον (1), al danzante. Si cometes un solecismo ó un barbarismo, enmiéndalos á fuerza de descaro, citando al punto un poeta ó un prosista que no existen ni han existido, y afirmando que aprueba aquel modo de hablar y que es hombre docto y conocedor profundo del idioma. No leerás obras antiguas ni nada de cuanto escribieron el gárrulo Isócrates, el invenusto Demóstenes ó el glacial Platón, sino libros recientemente publicados, de esos que llaman declamaciones, de las que harás acopio para emplearlas en tiempo oportuno y aprovisionarte de ellas como de un granero.

18. »Si tienes que hablar y los presentes te proponen asunto ó tema para tu discurso, considera como cosa fácil el punto más difícil, y desprécialo como si lo

---

(1) Varias de estas voces figuran en el *Onomasticón*, de Pollux. La última se halla usada por Luciano en los tratados *De la Danza*, 69, y en el *Lexífanos*, 14.



elegido fuese ejercicio propio de muchachos. No vaciles un instante; di cuanto se te ocurra; no te cuides de tratar en primer lugar lo primero, y luego lo segundo, y luego lo tercero, y cada cosa en su sitio: comienza garbosamente por lo primero que á las mientes te venga, y si es preciso ciñe á la frente la pernera y á la pierna el casco. Apresúrate, habla sin hacer pausa, no te calles nunca. Si hablas de un estupro ó de un adulterio cometido en Atenas, cita las costumbres de India y Ecbátana. Pero sobre todo dale firme á Maratón y á Cinegiro, sin los cuales no hay discurso posible. Atraviesa embarcado el Atos, pasa á pie enjuto el Helesponto; oscurezca el sol la nube de flechas pérsicas, huya Jerjes, glorifíquese Leónidas, léase la ensangrentada misiva de Otíriades, retumben los nombres de Salamina, Artemisio, Platea, mil y mil veces repetidos. Recama todo de aquellas pocas palabritas que suben á la superficie del discurso y lo bordan de flores; no se te caiga nunca de la boca el *ἄττα* y el *δήπουθεν* (1), aunque no hagan falta, pues son muy bonitos, aun siendo inoportunos.

19. »Si crees llegado el momento de cantar, sea entonces todo canto y melodía: si el asunto no es realmente cantable, pronuncia con inflexiones musicales el «ciudadanos jueces», y resultará perfecta la armonía. Hiervan tus oraciones en ¡oh desgracias!, golpéate el muslo, habla guturalmente, escupe al hablar y paseate meneando las nalgas. Si no te aplauden, indígnate é insulta á los oyentes; si por miramientos permanecen en pie, dispuestos á marcharse, mándales que se sienten y tiranízalos, en una palabra.

(1) Vid. en el *Lexifanes*, 21, la explicación de estos vocablos.

20. »Para que el vulgo te admire remóntate en tus discursos á la guerra de Troya ó á las bodas de Deucalión y Pirra, si te place, y descende desde estos sucesos á los contemporáneos. Los inteligentes son pocos, los más de ellos callarán por benevolencia, y si alguno habla se lo atribuirán á envidia. El vulgo, en cambio, admirará tu aspecto, tu voz, tu actitud, tus paseos, tu calzado y tu incesante ἄκρα: y al verte sudoroso y jadeante no podrá menos de creerte atleta formidable en la oratoria. El sistema de improvisar, por otra parte, excusa muchas faltas, produce gran admiración en las turbas. Guárdate, por consiguiente, de escribir cosa alguna y de hablar con preparación, si lo hicieses, fácilmente caerías.

21. »Los amigos páguente las cenas con aprobatorias pateaduras: tiéndante la mano si alguna vez resbalas, y dente espacio para inventar qué decir mientras las interrupciones del aplauso. Debes cuidarte mucho de tener un coro de tu devoción, que acompañe bien tu canto. He aquí las reglas que deberás observar en tus discursos. Después de pronunciados te acompañarán, cubriendote con su cuerpo y discutiendo sobre tus palabras. Si por casualidad te encuentras con alguno, di maravillas de ti propio, y deshazte hasta que lo abrumes en elogios de ti mismo. ¿Qué es á mi lado el orador de Peanea? (1), dirás, ó ¿tendré que desbaratar uno á uno á todos los antiguos? y cosas semejantes.

22. »A poco se me pasa por alto lo más preciso y principal para alcanzar buena fama: búrlate de todos los demás oradores. Si son buenos, di que los discursos no son suyos, sino de otros; si son medianos, dí que son detestables. Has de ser el último que entre á

---

(1) Demóstenes.

oirlos; así te harás visible: cuando todo el mundo calle, prorrumpirás en algún extraño elogio que distraiga y ofenda á los oyentes, para que la impertinente hipérbole les dé náuseas y se tapen los oídos. No aplaudas á menudo con la mano, porque es cosa del vulgo; no te levantes sino una ó dos veces á lo sumo; sonríe desdeñosamente con frecuencia y da á entender que no te satisface lo que dicen. Hay muchas ocasiones de censurar, cuando los oídos acogen con afición las calumnias. Por lo demás, no te apures: ten siempre á mano la audacia, la desvergüenza y la mentira; un perjurio en la punta de la lengua, envidia en el corazón contra todos, y odio, maledicencia y calumnias de verídicas apariencias. Con esto serás en breve famoso y conspícuo. Tal ha de ser tu conducta externa.

23. »Norma de tu conducta privada ha de ser el dedicarte á todos los vicios: serás jugador, borracho, lujurioso, adúltero, ó, si no lo eres, te preciarás de serlo, diciéndoselo á todo el mundo, y enseñando las cartitas amorosas que te envían las mujeres. Debes parecer hermoso y darte aires de galán requerido por el otro sexo: el vulgo atribuirá á la Retórica tus triunfos, como si ella hubiese hecho llegar tu fama hasta los gineceos. Tampoco ha de avergonzarte el que con tu barba y tu calvicie parezca que te aman los hombres por otros motivos. En tu séquito debe haber siempre amigos de esta especie, y si no los tienes bastarán los criados. Esto es utilísimo á la Retórica, pues redundará en aumento de atrevimiento y descaro. ¿No ves cuánto más habladoras son las mujeres y cuánto nos aventajan en cuestión de insultos? De necesidad es, por consiguiente, que te depiles todo el cuerpo, ó á lo menos las partes más precisas. Tu boca, además, ha de estar abierta para todo, y tu lengua apercebida á prestar

cualquier servicio: podrá, pues, no sólo incurrir en solecismos y barbarismos, y soltar necedades, perjuros, calumnias, injurias y mentiras, sino ejercer otros ministerios (1). . . . .

24. »Si aprendes bien estas reglas (como puedes, pues nada tienen de difíciles), te prometo, hijo mío, que en poco tiempo serás un perfecto retórico, idéntico á tu maestro. No necesito, por lo demás, enumerarte las ventajas que, en breve, habrá de proporcionarte la Retórica. Aquí me ves á mí, hijo de un padre obscuro, no del todo emancipado, aunque sirvió más que un Jois ó un Tmuis (2), y de una zurcidora de encrucijada. Yo mismo, que entonces no era feo, empecé á servir sólo por la comida á un libertino avaro. Viendo la facilidad de este camino, y que yendo por él me encontraba pronto en la cumbre, pues, por la adorada Adrastea te lo juro, tenía ya amplia provisión de lo que te hablé hace poco, ó sea ignorancia, desfachatez y atrevimiento, principio por no llamarme en adelante Pótino, y me doy el nombre de los hijos de Júpiter y Leda (3). Viví después con una vieja que me trató espléndidamente, gracias al cuidado con que fingí estar prendado de aquella beldad septuagenaria que sólo conservaba cuatro dientes, y éstos empastados con oro. La pobreza me obligó á sufrir aquel suplicio, y el hambre dulcificaba aquellos fríos besos, que me parecían recibidos de la tumba. A punto estuve, en fin, de hacerme dueño de todo constituido en universal heredero, si un maldito esclavo no hu-

---

(1) Suprimido por obscenísimo.

(2) Nombres de esclavos egipcios. Polux, á quien algunos suponen satirizado en este tratado, era de Naucratis, ciudad de Egipto.

(3) Castor y Polux. La alusión al lexicógrafo Polux es bien transparente.

biese dicho á la vieja que yo había comprado un tó-sigo para quitarle la vida.

25. »Arrojáronme de cabeza, pero no me faltó ya lo necesario. Me las eché de retórico, me dí á ver en los tribunales, prevaricando á menudo, y prometiéndolo á los necios el favor de los jueces sobornados. Perdía muchas causas, mas no por eso faltaban en mi puerta palmas verdes formando coronas, cebo para los infelices clientes. Soy odiado por todos, tengo fama de perversas costumbres, todo el mundo me señala con el dedo y me proclama doctor en bribonadas, y esto mismo, sin embargo, no me parece pequeña ventaja. Así, por vida mía, te aconsejo: yo mismo me he acomodado hace tiempo á este sistema, y estoy muy satisfecho de haberlo seguido.»

26. Basta ya: el ilustre varón callará dicho esto. Si obedeces sus preceptos, date por llegado al fin apetecido: nada, como los sigas, te impedirá dominar en los tribunales, parecer bien á la multitud, ser amado por todos, casarte, no, como tu legislador y maestro, con una vieja de comedia, sino con la bellísima Retórica, y aplicarte «lo de volar en carro de alas rápidas», con más justicia que Platón (1) á Júpiter. Pero yo, tímido y cobarde, os dejo el camino libre y renuncio á levantarme hasta la Retórica, á quien no puedo llevar nada de lo que tenéis vosotros. He terminado ya. Hacedos proclamar vencedores, sin haberos cubierto de polvo en el estadio; pero tened presente que no debéis la victoria á vuestra velocidad, aunque parezcáis los más corredores, sino á la condición del camino, todo fácil y cuesta abajo.

---

(1) En el *Fedro*.



# ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TERCER TOMO.

---

	<u>Págs.</u>
XXXIV. Lexifanes.....	1
XXXV. El eunuco.....	15
XXXVI. De la astrología.....	21
XXXVII. Vida de Demónax.....	31
XXXVIII. Los amores.....	47
XXXIX. Los retratos.....	83
XL. Acerca de los retratos.....	99
XLI. Tóxaris ó la amistad.....	115
XLII. Lucio ó el asno.....	155
XLIII. Júpiter confundido.....	191
XLIV. Júpiter trágico.....	203
XLV. El sueño ó el gallo.....	237
XLVI. Icaro Menipo ó por encima de las nubes.....	261
XLVII. La doble acusación ó los tribunales.	285
XLVIII. El parásito ó de que el parasitismo es un arte.....	311
XLIX. Anacarsis ó de los gimnasios.....	341
L. Del duelo.....	367
LI. El maestro de retórica.....	375

---





